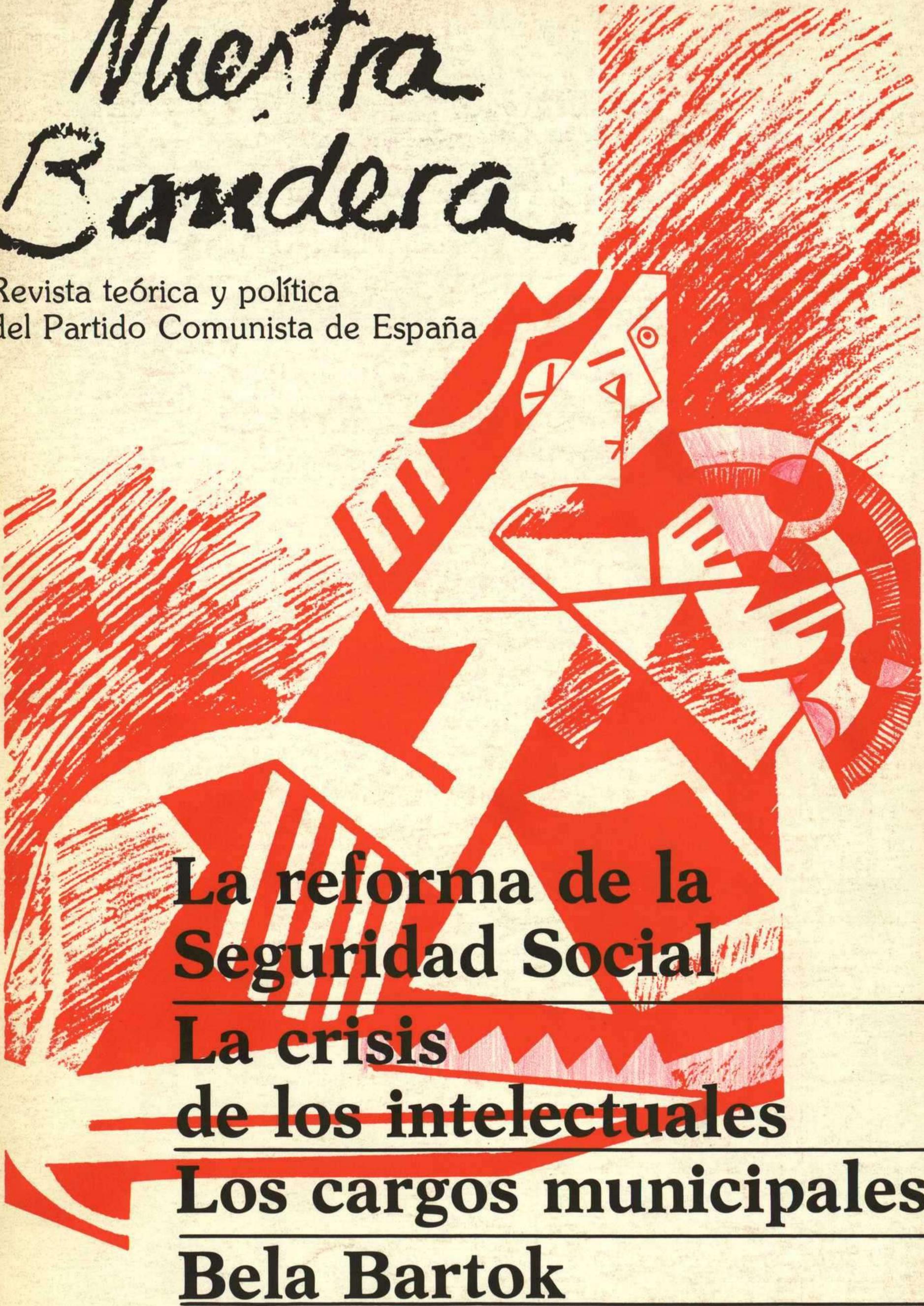


Nuestra Bandera

Revista teórica y política
del Partido Comunista de España



**La reforma de la
Seguridad Social**

**La crisis
de los intelectuales**

Los cargos municipales

Bela Bartok

Portada: Fragmento
de «Abanico y Menina».
Equipo Crónica.



2

Torero.

Sumario

Editoriales

La crisis del Partido se resuelve en la sociedad	5
Polonia: Ya nada es igual que antes	8
La estrategia de la derecha. <i>Julián Ariza</i>	12
PSUC: un año de crisis. <i>Andreu Claret</i>	17
PCE-EPK: Las raíces del conflicto. <i>Ignacio Latierro</i>	22
Los elegidos municipales en el Partido. <i>Jordi Borja</i>	26
La crisis de los profesionales. <i>Hector Maravall</i>	31
Los intelectuales y la transición. <i>A. López-Salinas</i>	39
Renovación de la política y del PCI. <i>Enrico Berlinguer</i>	43
Centroamérica, un proceso revolucionario. <i>Santiago Alvarez</i>	49
Una batalla crucial: La reforma de la Seguridad Social. <i>Norberto Sanfrutos</i>	52
La prensa y su futuro: hoy ya es ayer. <i>Miguel Salabert</i>	62
Partido laico, partido de masas. <i>Juan N. García-Nieto</i>	64
Dialéctica como método. <i>Damián Pretel</i>	69
Equipo Crónica	72
Buero Vallejo: Teatro y política. <i>Diego Jesús Jiménez</i>	74
El premio Cervantes y R. Alberti. <i>Carlos Luis Alvarez</i>	77
El encuentro entre el pueblo y Picasso. <i>Jaime Ruiz Encina</i>	80
Bela Bartok en su centenario	83
Agapito Marazuela: mester de juglaría. <i>A. López-Salinas</i>	88
El largo camino. <i>Angel María de Lera</i>	90
Faustino Cordón. <i>Daniel Lacalle</i>	91
Revista de Revistas	93
Libros	95



La cerveza.

Revista de Revistas
Libros

Editoriales

La crisis del partido se resuelve en la sociedad

Al lanzar la mirada de despedida al año que se ha ido, cargado de conflictividad en lo nacional y en lo internacional, no parece abusivo afirmar que en su transcurso el Partido ha soportado un encadenamiento de conflictos —sobre todo en Cataluña, Euskadi y Madrid, por recordar los más llamativos—, que en su conjunto componen un cuadro crítico de indudable gravedad y cuyo desenlace sigue pendiente.

Los comunistas, como militantes de un partido revolucionario, tenemos la responsabilidad de investigar las causas y de encontrar las respuestas a esta crisis desde las posiciones del marxismo.

Ciertamente, cada uno de los conflictos enumerados puede ser individualizado y aislado en su singularidad, ya que aparentemente obedecen a causas distintas y se expresan en concepciones dispares, bien sea sobre el Partido o sobre su política. Sin embargo, todos ellos tienen un origen común y surgen sobre el suelo de otros fenómenos interiores y externos, entre los que quisiéramos destacar dos por su impacto directo en el Partido.

Digamos antes, para entendernos, que la crisis económica mundial que con tal crudeza se manifiesta en España en la forma, sobre todo, de la extensión de llagas sociales como el paro y la marginación, provoca efectos disolventes en el terreno social, político, cultural e ideológico. Flanqueada, además, por el proceso de involución política de los gobiernos de UCD, constituye el subsuelo de una crisis generalizada, que alcanza a las instituciones y a los partidos democráticos. Recuérdense el célebre desencanto, el crecimiento preocupante del ausentismo electoral, la descomposición y desaparición final de partidos de la izquierda extraparlamentaria, la desafiliación y crisis de militancia en los del llamado «arco parlamentario», la lucha de tendencias en el seno de cada uno de esos partidos. El Partido Comunista no es una excepción.

Pero hay otros fenómenos que atañen de modo más directo al Partido. El primero de ellos es la crisis, que la dolorida Polonia ha vuelto a poner en candelero, del modelo imperante en los países socialistas, crisis larga y penosa, que no puede dejar de suscitar graves meditaciones y que involucra profundamente al movimiento comunista.

El segundo fenómeno, y tal vez el elemento desencadenante más directo de la crisis de nuestro Partido, tenemos que situarlo en el terreno electoral. Las elecciones del 77 y el 79 pusieron al descubierto, en efecto, una notoria contradicción entre nuestro peso político real y nuestro espacio electoral. Esta contradicción ha puesto en movimiento las

aguas sobre las que flota la espuma de la frustración, la duda, la busca de «culpables». Frustración sólo comparable por su magnitud con el papel que los comunistas habíamos desempeñado en la lucha contra la dictadura franquista.

Nada tiene de sorprendente que en esta encrucijada de crisis y reveses, los comunistas se interpeleen a sí mismos sobre el denominado «socialismo real», los destinos del movimiento comunista, el Partido y sus «señas de identidad», el espacio político y el espacio electoral del eurocomunismo, sobre los aciertos y los errores de nuestra práctica política. Este es un debate necesario, que el Partido está haciendo y debe proseguir con plena seriedad y libertad.

Vivimos, sin duda, una crisis «epocal» del movimiento comunista, un momento de cambios de alcance histórico. Mas, para que esta crisis y estos cambios nos conduzcan a un nivel superior, a un progreso dialéctico, la primera exigencia es conservar y realzar nuestra identidad comunista diferenciadora y fortalecer el Partido como organización política de las clases que aspiran a la transformación de la sociedad.

Sin ánimo de meter nuestra barca en la escollera de una tipologización de los partidos que actúan en la realidad social española, si es preciso reafirmar que nuestro partido no es un «santuario de ideas»; ni un colector de movimientos dispares difusamente anticapitalistas; ni un «partido de todo el pueblo», interclasista, en virtud de lo cual serían legítimas e incluso imprescindibles las corrientes organizadas; ni es, por supuesto, una maquinaria electoral y parlamentarista.

El PCE era y sigue siendo, esencialmente y en la medida en que la clase obrera permanece como fuerza revolucionaria fundamental de la sociedad española, un partido obrero —no obrerista— en el sentido de que es la forma de organización más adecuada para la acción política transformadora de la clase obrera.

Una organización de lucha y de gobierno, para decirlo con una fórmula que ha hecho fortuna aunque no sea afortunada: es decir, un partido que despliega su actividad tanto en el campo de las instituciones, como en el entramado de la sociedad civil mediante el método de la lucha directa de masas.

Una organización que se esfuerza en llevar adelante, venciendo las formidables resistencias que opone el sistema capitalista, un proceso democrático de formación de la voluntad de pensamiento y de acción dentro del Partido y dentro de la clase.

Una organización profundamente democrática, que ha cumplido una evolución histórico-política, aún no agotada, hacia el máximo despliegue de la democracia interior, y que tiene su expresión organizativa en las agrupaciones locales, de empresa, de centros de trabajo o estudio y de sectores profesionales, lo que constituye el tipo más alto de organización política de la democracia de masas que quepa imaginarse. Este armazón de organizaciones básicas de la democracia de Partido no sólo asegura a sus miembros la elección directa de sus órganos dirigentes, sino que les proporciona el territorio privilegiado para el debate libre, la discusión, la crítica, el plebiscito permanente, en un debate de abajo arriba y de arriba abajo, que es parte constitutiva del proceso democrático de formación de la voluntad del Partido y de la formación de sus equipos dirigentes.

A este propósito, es preciso insistir en que el Partido no es más eurocomunista ni más democrático cuando se exhiben sus problemas interiores en los medios de comunicación externos al Partido. Eso sólo sirve —y con ese fin se hace— para propiciar la aparición de elementos exógenos de presión sobre el Partido y para dramatizar y endurecer las tensiones interiores.

Como tampoco eso le agrega un adorno de credibilidad democrática: antes la socava gravemente, pues la lectura que hace la opinión popular de esa exhumación pública de las querellas internas es que son la expresión de ambiciones espúreas y luchas por el poder.

Precisamente por este carácter de partido de la clase obrera, de partido de lucha y de gobierno, el partido aparece a la vez como representante de todos los intereses de progreso de la sociedad y constituye un polo de atracción no sólo para amplios sectores intelectuales, sino para muchos elementos y sectores populares a los que las nuevas contradicciones que genera el capitalismo liberan para el movimiento de transformación socialista de la sociedad.

En virtud de este proceso histórico, el partido va convirtiéndose de manera real en el Partido de todos los elementos de progreso del pueblo, de los nuevos «sujetos de la revolución», que tienen intereses sociales y objetivos políticos coincidentes con los de la clase obrera.

Este proceso de incorporación masiva de estratos populares portadores de diversas sensibilidades y culturas a un partido cuyos fines van más allá de todo el orden existente, constituye, sin duda, la contradicción dialéctica del Partido Comunista, que la de evolucionar y avanzar esquivando dos peligrosos escollos: el de la pérdida de su carácter de clase, *esencialmente obrero*, o el del abandono de su aspiración a constituirse en partido de masas; el de la recaída en la secta o el de la desvertebración populista.

Esta contradicción no se genera en las cabezas de los comunistas — como ya advirtiera Rosa Luxemburg — sino que es el producto inevitable de la evolución de la sociedad capitalista y del propio Partido inmerso en ella; y cuando la contradicción entra en crisis, como acontece hoy, en el PCE, ésta sólo podrá superarse mediante un esfuerzo para recomponer el proceso de formación de la voluntad de pensamiento y de acción en sus filas. Este esfuerzo nos invita a la flexibilidad, a la búsqueda de soluciones políticas y organizativas, pero también al cumplimiento estricto del estatuto orgánico con el que el Partido se preserva de los embates de la confusión y de los peligros de invertebración, que hoy le amenazan tanto desde las corrientes organizadas, como desde la cantonalización organizativa.

La democracia del Partido viene siempre determinada por el juego dialéctico de los contrarios. Es una tensión permanente entre la libertad de crítica y debate, necesaria para que el Partido avance en la comprensión de la realidad y la unidad política imprescindible para que no se desintegre como base común de voluntad y de acción transformadora de esa realidad.

Por eso, el respeto a las normas que regulan y salvaguardan el funcionamiento de la democracia del Partido no es un mero rigorismo estatutario. No se trata de ortodoxias organizativas, sino más bien de la ortopraxia que aconseja el buen sentido, en momentos en que las corrientes de opinión que discurren normalmente en el partido cobran corporeidad, se organizan y se van deslizando sensiblemente hasta los umbrales de la fracción.

La rígida postura adoptada por las corrientes organizadas, de uno y otro signo, en las confrontaciones entabladas, apenas ha dejado espacio a otra cosa que al recurso estatutario para reconducir el debate a los cauces de la democracia interna. Pero a nadie se le oculta que la salida de la crisis no depende tanto de medidas heroicas como de la movilización a fondo de las reservas morales, políticas e ideológicas del Partido.

De la crisis se sale con el debate y el esfuerzo de todos para defender la identidad del Partido como patrimonio de historia, de ideas y de luchas de los comunistas españoles, y como instrumento de acción política de la clase obrera y de las fuerzas de progreso.

De la crisis se sale con la audacia, pero también con la coherencia ideológica y política que distingue al Partido. Las vicisitudes adversas de los países socialistas — y las muy dramáticas de Polonia — no entibian nuestras convicciones comunistas; antes bien, nos comunican

nuevas energías para luchar por el socialismo en la democracia, por la revolución de la mayoría, por el pluralismo político, por una concepción nueva de la organización de la economía, del Poder Socialista y de sus relaciones con la sociedad.

El eurocomunismo es, en nuestro mundo y en nuestro tiempo, el descubrimiento de los horizontes perdidos de la revolución socialista, la concepción transformadora que conecta con las realidades de nuestra sociedad.

La crisis del Partido se resuelve, en última instancia, en la sociedad. En el centro de nuestras preocupaciones tenemos que colocar una tarea subrayada, repetida, remachada vigorosamente en el X Congreso: bajar a las agrupaciones, que son el cimiento de la arquitectura democrática del Partido y de la actividad de sus miembros.

Volcarse en las agrupaciones no para ensimismarnos en disputas, sino para liberar las energías contenidas y proyectarlas afuera. Potenciar las agrupaciones para multiplicar sus vínculos con los movimientos de masas, las asociaciones culturales, los intelectuales, los jóvenes y los viejos, las mujeres, la gente, la realidad social que nos circunda. En este contacto se enriquece la vida y la iniciativa de las agrupaciones y se eleva el quehacer político de los comunistas. De esta forma podremos cerrar la brecha aún abierta entre la acción del partido en el plano de las instituciones y su acción en el plano de la sociedad; acción esta última que tiene su dimensión más profunda en el estrechamiento de los lazos de los comunistas con las aspiraciones y las reivindicaciones de los diversos sectores ciudadanos, para así expresar y defender mejor sus intereses.



Los acontecimientos de Polonia han conmocionado a la opinión pública y, en especial, a los comunistas que creemos en la causa del socialismo. La instauración de un régimen militar en Polonia es un hecho de extrema gravedad y, en cierta forma insólito en la historia de un conjunto de países que iniciaron la vía del socialismo a partir del resultado de la II.ª Guerra Mundial. Aunque, por desgracia, existan precedentes de intervención armada en los conflictos civiles. Ya al final de los años 40 varios de estos países vivieron procesos de represión durísimos que afectaron a sectores importantes de los propios partidos comunistas en el poder. En 1956 se sucedieron hechos dramáticos en la R.D.A., en Hungría, en la propia Polonia, con características y significado diversos, pero todos ellos expresión de malestares profundos en el seno de la sociedad. Doce años después, la experiencia de un modelo de socialismo democrático, impulsado y dirigido por el P.C. Checoslovaco, fue truncado violentamente con la invasión del país por parte de las tropas del Pacto de Varsovia. En 1970, de nuevo Polonia conoció un levantamiento obrero que se saldó con numerosos muertos y heridos, como

consecuencia de la acción de la Milicia y el Ejército, lo que originó la caída de Gomulka y la subida de Gierek al poder. Ahora, una vez más, once años más tarde, como si de un proceso cíclico y fatal se tratase, los intentos de renovación de la vida económica, política y social de la nación han terminado en tragedia. En esta ocasión, los comunistas españoles, italianos y de otros países, que venimos propiciando el eurocomunismo, hemos llegado a la conclusión de que ya nada es lo mismo que antes, después de lo acaecido en Polonia, que no basta con una reprobación puntual, con una crítica o condena a la cronología de los hechos. Por el contrario, pensamos que ha llegado el momento de realizar una reflexión a fondo que suponga una auténtica reconsideración de la cultura tradicional comunista y de la realidad de los países del llamado «socialismo real», proponiéndonos al propio tiempo unas nuevas formas de articulación del movimiento revolucionario a nivel mundial. Esto es, precisamente, lo que ha hecho el Comité Central del PCE en su última reunión, al aprobar un documento que sin duda marcará un hito en el camino de las elaboraciones estratégicas de los comunistas españoles, en la línea de lo que, de forma natural, se desprende de las concepciones adoptadas en el X.º Congreso del Partido.

No se trata, en un editorial de NUESTRA BANDERA, glosar el contenido íntegro de dicha resolución. Nos interesa, más bien, sintetizar los elementos claves que se contienen en la misma. De entrada, queremos señalar que la reflexión de los comunistas españoles sobre lo acaecido en Polonia parte de la asunción plena del significado que tiene la revolución de octubre de 1917 para la historia de la humanidad, que rompió el sistema de dominación del capitalismo en Rusia y del imperialismo a escala planetaria, que impulsó los movimientos de liberación nacional contra el colonialismo, que superó el fracaso de una II.ª Internacional, estancada en la visión reformista estrecha del marxismo, y dio origen al nacimiento de los partidos comunistas, entre ellos el nuestro. Parte también, de nuestras concepciones marxistas revolucionarias, de entender el eurocomunismo como un enriquecimiento y desarrollo del mismo, que niega —superando, tanto la concepción socialdemócrata como la del comunismo tradicional sobre los problemas que plantea la transformación de la sociedad—, abriendo una nueva fase en los procesos revolucionarios. Por fin, en coherencia con toda nuestra experiencia como partido de clase y nacional que ha ido conformando, desde esas fuentes, sus señas de identidad, en una larga lucha que ha transcurrido desde el período del Frente Popular y la guerra civil, pasando por la aportación a la batalla anti-franquista en el movimiento obrero, cultural y político, hasta los momentos actuales de construcción de una democracia autónoma y pluralista.

De ahí que pensemos que uno de los nudos gordianos del fracaso polaco, y de otros anteriores o que puedan producirse en el futuro, radica en que a determinados países se les ha exportado e impuesto un modelo, un sistema político, que no es la creación autónoma de esos pueblos y entra en contradicción con sus realidades nacionales. No se trata de que esos pueblos no tuviesen tradiciones profundas en el movimiento obrero, que las ideas del socialismo no hubieran penetrado en las masas. Las sublevaciones de Varsovia y Eslovaquia durante la II.ª Guerra Mundial, la República de los consejos húngaros en los años 20 estarían ahí para desmentirlo. El problema es que con las tropas del ejército soviético no sólo entró la liberación del nazismo, sino también la imposición de un modelo único, calcado del imperante en la URSS bajo la égida de Stalin. No creemos que sea necesario recordar todo el dramático período de los años 50, con las purgas y proce-

sos contra los acusados de «titismo», «desviacionismos nacionalistas», que no tenían más objetivo que cortar de raíz cualquier veleidad de desarrollo autónomo del socialismo en esos países (1). Por eso lo que se ha hundido en Polonia — y puede suceder en otros países del Pacto de Varsovia si las cosas no cambian — es un modelo de crecimiento económico, de Estado, que se ha agotado, que ha entrado en contradicción flagrante con la sociedad, con las fuerzas más vivas de ésta, los obreros, los técnicos, los intelectuales, y ha entrado en barrena, cada vez más virulentamente, no sólo por esas deformaciones de origen sino también porque, a pesar de todo, se ha producido durante estos años un crecimiento de las fuerzas productivas — industrialización, mecanización del campo, etc. —, de la cultura, la enseñanza, la sanidad, transformando esos países en sociedades más complejas que exigen por ello mismo, imperiosamente, otros regímenes políticos o de lo contrario exponerse a vivir entre periódicas convulsiones y, a la postre, acabar en el estancamiento económico y social.

Mas en Polonia no sólo se ha hundido un régimen político, un modelo de construcción del socialismo. También ha fracasado un tipo de partido comunista jerarquizado y burocratizado, carente de un funcionamiento interno democrático, imbricado hasta tal punto con el aparato del Estado que ha terminado por ser devorado por éste cuando su pretensión era dominarle. Un partido que ha ejercido el poder en solitario durante decenios sin ningún tipo de control por parte de los militantes o de la sociedad y que sólo intentaba corregir el tiro, inútilmente, cuando se producían estallidos procedentes de la sociedad civil, de los trabajadores. Un monopolio del poder, pues, descontrolado, dominando sobre la sociedad pero no dirigiéndola partiendo de su propia dinámica, lo que ha supuesto el alejamiento de la misma y, a la postre, el enfrentamiento con las aspiraciones reales de los trabajadores, de los campesinos, de las fuerzas de la cultura, que han acabado por organizarse al margen y en contra del Partido para poder articular sus reivindicaciones y defenderlas. Ello nos lleva a la conclusión, desde hace tiempo mantenida por el PCE, de que el socialismo es inseparable de la democracia, de que es imprescindible que la sociedad civil pueda manifestar libremente la pluralidad social, política y cultural que existe en el seno de la misma, incluídas las sociedades en que se intenta construir el socialismo.

El tercer elemento esencial de la reflexión del Comité Central es que los moldes históricos en los que se manifestó la articulación del movimiento comunista mundial, desde la III.^a Internacional, pasando por la Kominform y siguiendo por las conferencias de partidos comunistas y obreros se ha agotado definitivamente y es necesario pasar a una nueva fase. Un partido revolucionario no puede encerrarse en el estrecho marco de las fronteras nacionales, cuando uno de nuestros rasgos esenciales es el internacionalismo. Incluso partidos de la burguesía (democristianos, liberales), y socialistas tienen esas formas de coordinación internacional. No se trata, por nuestra parte, de la pretensión de crear una nueva Internacional. Pero sí de avanzar decididamente en la toma de iniciativas concretas en varias direcciones, que va-

(1) *Sólo la Yugoslavia de Tito se libró de este troquel paralizante, arrojando la condena de la Kominform y el aislamiento durante años (lo que pudo hacer precisamente porque lo fundamental de la liberación nacional fue obra de ellos mismos). O como posteriormente ha sucedido con procesos autónomos como el de China, Corea, Cuba, Vietnam, etc.*

yan creando un nuevo foco de referencia política a escala europea y planetaria. Plataforma que debe sustentarse, sobre todo, en los partidos obreros, comunistas, los de inspiración socialista, progresistas y los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Articulación que debe adoptar formas más flexibles y amplias, independientes de los bloques militares, no alineadas con políticas de Estado; en una palabra, focos de acción internacionalista que vayan impulsando iniciativas de todo orden.

Así, el sentido de nuestra crítica a la realidad hoy imperante en los países del llamado socialismo real, la constatación del fracaso de un modelo de Estado y de Partido, la certificación del agotamiento de formas de articulación internacional, nos conducen a la conclusión de que el PCE no es una parte crítica de esas realidades, sino que somos otra cosa, con un origen común en la revolución de Octubre de 1917, pero que hoy poseemos una estrategia, una concepción del Estado y del Partido distinta de la de aquellos Estados y partidos. Por eso, para nosotros el problema no es romper o no romper con dichos partidos, sino constatar nuestra diferenciación e independencia y mantener las relaciones normales con ellos, que igualmente tenemos con múltiples partidos de matriz ideológica diversa —socialistas, progresistas, etc.— Somos, pues, hijos de la revolución de Octubre del 17, nos inspiramos en el marxismo revolucionario, somos solidarios con todas las causas revolucionarias del mundo, construimos nuestras señas de identidad en la lucha de nuestro pueblo, de nuestra clase obrera para acabar con la explotación, la alineación, la de unos pueblos sobre otros.





La estrategia de la derecha

Julián Ariza Rico

Intentar un análisis de la situación política que vaya más allá de la actual coyuntura y nos permita definir los vectores que, a nuestro entender, pretenden marcar el próximo futuro, exige en primer término examinar, aunque sea muy esquemática y someramente, los trazos y las etapas de la transición. Para ello nos puede valer la idea de que dichas etapas están en cierto sentido reflejadas por el papel que han jugado o pretendido jugar los Presidentes de Gobierno habidos tras la muerte de Franco.

La designación y posterior caída de Arias Navarro representan el propósito

inicial y el fracaso del continuismo reformista, en el que las reformas no iban mucho más allá de una prolongación tolerante del viejo sistema, con retoques de fachada pero con intención de mantener la estructura del edificio y hasta su arquitectura.

Es con Suárez cuando verdaderamente toma cuerpo la reforma, incluso, parcialmente, también con Suárez se introducen importantes elementos de ruptura, de los que la Constitución es la expresión más acabada. A los efectos que pretendemos señalar, la etapa Suárez resulta, con diferencia, la más interesante. Es en esa etapa cuando se perfila el *mapa político* que aún hoy, pese a ciertos cambios parciales, perdura en lo fundamental. Habida cuenta del carácter de clase que tuvo desde sus orígenes la política franquista, *representativa*, en términos globales, de los intereses de las clases dominantes, resultaba lógico que sólo la izquierda, con mayor o menor protagonismo y coherencia, mantuviera política y sindicalmente sus siglas, su vertebración organizativa, sus programas y alternativas. Entre las



cosas para las que sirvió la etapa Arias Navarro está que en su transcurso se desarrollaron los débiles embriones de organización política y empresarial de sectores de la burguesía y para poner sordina a lo que en el supuesto de una ruptura habría sido la audiencia del PCE y CC.OO. No podemos dejar de valorar el significado de que tanto UCD como CEOE, por citar sólo las dos formaciones burguesas —política y empresarial— más relevantes en este período, nacieron durante la transición. UCD ha sido precisamente un invento de Suárez.

El activismo de los poderes fácticos

Entender hoy la crisis de UCD y el papel político asumido por CEOE pasa en primer término por valorar la naturaleza resultante de la composición de aquel «inventor», en el que se han mezclado factores muy heterogéneos —demócratas conservadores, liberales sin solera, socialdemócratas de aluvión— en bastantes casos apenas representativos de los poderes reales que han permanecido intactos antes y durante la transición. Es Suárez quien liga este entramado y lo articula con una parte de la Administración y de las instituciones del Estado, a través de ese conglomerado de funcionarios y políticos que formaron parte de la burocracia del sistema anterior. Suárez y sus afines aportan «aparato» a UCD a la vez que la impregnan de un cierto componente populista, subyacente, en determinados aspectos, a la doctrina nacionalsindicalista, que era sustancial a su «cultura». Suárez creyó, sin duda, que UCD podría ser el partido en el que

se sintieran representados todos los sectores de la burguesía, incluidos los grupos dominantes, y que sólo unos pocos apostarían por una derecha más pura como la representada por Fraga. Las elecciones del 77 le confirmaron esta idea y le reafirmaron que sólo mediante la llamada política de centro, desmarcada de toda relación con el régimen anterior, podía frenar a la izquierda. Creyó que podía ganarse la confianza de los poderes fácticos. No calibró bien el sentido de clase que la derecha de este país pretende imponer a las decisiones políticas y de Gobierno. Quizás Suárez y los suaristas no pensaron, por usar un ejemplo simbólico, que un antifrancista como Oscar Alzaga acabaría siendo una referencia para los que deseaban y desean que UCD sea un

partido y haga una política estrictamente de derechas. Dicho más claramente, no pensaron que algunos adversarios del régimen anterior les desbordarían por la derecha.

Aunque valdría la pena extenderse en otras consideraciones que avalan la idea y que van, por supuesto, bastante más allá de lo que es su base electoral, podemos afirmar que UCD ha terminado siendo un partido con una política típicamente interclasista, contradictoria y cada vez más contestada por la derecha económica y política, especialmente desde los llamados poderes fácticos. Recordemos, por ilustrarlo con algunos ejemplos, los furibundos ataques que Ferrer Salat, *testaferro* de esa derecha económica, lanzó contra los Acuerdos de la Moncloa, tanto por su contenido como por la política que expresaba: el consenso. Luego veremos que con la solución Calvo-Sotelo se vuelven a reproducir los ataques, esta vez en base al ANE.

Quiere decirse que uno de los poderes fácticos, el financiero-industrial, ha ido progresivamente desasistiendo a los Gobiernos de UCD. En cuanto a la Iglesia, otro de esos poderes, tanto ante determinados artículos de la Constitución, como en ciertos temas de la enseñanza —principal soporte de su influencia en la vida social—, además de cuestiones básicas para la afirmación de su poder, erosionadas con la Ley del Divorcio y el temor a un tratamiento más progresista del tema del aborto, ha habido un evidente distanciamiento de Suárez y su política. De las Fuerzas Armadas es pública y notoria una cierta disociación respecto del poder civil. Pero es elocuente que el activismo en los cuarteles coincida en el tiempo con el «activismo» de la derecha en la esfera económica y, más discretamente, en la religiosa. Sin

embargo, aun con notables y no pocas excepciones, debe decirse que en la mayor parte de sus miembros y de forma destacable entre los altos mandos existe una evidente sincronía con los otros poderes, de los que no puede decirse que hasta ahora hayan apostado abiertamente por soluciones anticonstitucionales.

Para el análisis que tratamos de realizar, lo que quizás resulte más destacable no es tanto las reservas iniciales y la posterior oposición a Suárez y determi-

nadas decisiones tomadas o admitidas por éste, que han supuesto que influyentes personalidades y órganos de la jerarquía militar hayan pasado de una actitud más bien expectante a otra de mayor intervención. Lo significativo es que en este marco concurrente de los poderes fácticos frente la política de Suárez y sus Gobiernos, se ha desarrollado una *tendencia* minoritaria en el seno de las Fuerzas Armadas, caracterizada por actuar de forma *autónoma* en relación a los intereses de clase que de forma más

visible y expresiva exterioriza la derecha económica. Este sector de las Fuerzas Armadas, permanente promotor de conspiraciones e intentos involucionistas, ha llegado a cotas tan serias como la del 23 de febrero. Precisamente, por esa que llamó autonomía y su desfase respecto de lo que, con cierto paralelismo, preconizan el conjunto de los poderes a que reiteradamente vengo refiriéndome, el 23 de febrero se saldó de forma favorable para la democracia. Y el efecto de ello ha sido que la misión que debía emprender Calvo-Sotelo — «regeneración» hacia la derecha de UCD— esté retrasada y hasta es posible que frustrada en los términos inicialmente previstos.

La variable independiente

De lo que ya no parece existir duda es que en la colisión de Suárez y su política con estos poderes está la clave de su caída y la raíz de la larga e irresuelta crisis de UCD.

Si es evidente que en la etapa Suárez se configura un *mapa político*, también es notorio que se asienta un *mapa de poder* que, tras un cierto período, actúa sobre ese mapa político para *redibujarlo*. El freno son las masas populares, el electorado, el marco de democracia política que se ha dado a sí mismo el pueblo.

La estrategia de la derecha económica y política, cuya única variable independiente es ese sector golpista de las Fuerzas Armadas — lo cual no impide que esa variable no deje de utilizarse a fondo— viene siendo desde las elecciones de 1979 conseguir algo que ya con anterioridad se había deseado sin éxito; esto es, reajustar el mapa político al modelo alemán o anglosajón. Existe el propósito de aprovechar la precariedad de nuestra democracia para impedir que en España se asiente el modelo predominante en los países del Sur de Europa en los que los partidos comunistas tienen un sensible poder social y los partidos socialistas, en mayor o menor medida, se diferencian de las variantes socialdemócratas que gobiernan o han gobernado en el centro y el Norte del Continente.

Calvo Sotelo era el candidato *aceptable* para la derecha económica, *manejable* para los otros poderes fácticos e *idóneo* para la propia reorientación de UCD hacia un objetivo a largo plazo como el de configurar una formación más representativa de los intereses «de la España de siempre». En buena medida la opción Calvo Sotelo expresaba la intención de conducir el proceso de adaptación del mapa político al mapa del poder por cauces constitucionales, aunque para algunos de los poderes fácticos ac-





tuantes en la operación se perfila en el horizonte la modificación de determinados artículos de la Constitución. Bajo este prisma se puede entender que Calvo Sotelo creyese realmente que la transición había terminado y lo dijese públicamente veinticuatro horas antes de que Tejero le demostrara con metralletas y pistolas todo lo contrario.

El 23 F. introduce un factor de distorsión en el proceso. Obliga a una precipitada remodelación del nuevo Gobierno que queda prácticamente igual al último de Suárez. Actúa a su vez sobre el propio Calvo Sotelo, impulsándole a la *concertación*, variante del consenso. La LOAPA y el ANE son dos exponentes de esa política, distinta pero no nueva. Sale adelante la Ley del Divorcio. Inevitablemente, se agudiza la crisis de UCD. Irremediamente, tras el paréntesis a que obliga el 27 de febrero, se recrudecen los ataques sobre el Gobierno. De forma sutil desde la Jerarquía eclesiástica. De forma abierta desde CEOE, a través de los testaferros de la derecha económica. La trama golpista continúa.

El PCE, entre dos fuegos

Entretanto, se producen los Congresos de CC.OO., del PCE y del PSOE. En el primer sindicato de España se confirma la línea que desde un año antes se fue abriendo camino, tras la experiencia negativa para el conjunto del movimiento obrero de la división y el enfrentamiento sindicales, consecuencia de las diferencias respecto del Estatuto de los Trabajadores, del AMI, la negociación

colectiva, etc. No se trata de reproducir aquí las causas ni justificar las razones que llevaron a esa situación, cuya responsabilidad mayor es externa a CC.OO. Se trata de destacar que tras el ANE se recompone en buena medida la unidad de acción entre las dos Centrales mayoritarias y se crea un marco más favorable para la acción de los sindicatos. Con el ANE se concreta en términos prácticos la política de salida democrática, solidaria y negociada a la crisis y se atisba un fortalecimiento político de la izquierda. Que el ANE sea una frustración, en la perspectiva de futuros comicios electorales y para que prospere su política de *imposición*, es una necesidad para la derecha económica.

En el PCE, que ha venido asumiendo una política de *Estado* con una base parlamentaria y electoral relativamente reducida, afloran con fuerza problemas en buena medida derivados de los resultados del 15 de junio de 1977. Vale la pena meditar sobre el hecho de que para la operación bipartidista, que está en el punto de mira de la estrategia de la derecha económica y política —también, por otros motivos, en el PSOE— la existencia de un PCE, *eurocomunista* y electoralmente en ascenso —recordemos que fuimos el único partido de organización a nivel estatal que mejoró sus resultados entre 1977 y 1979— es uno de los problemas fundamentales, que se pretende resolver alentando sus tensiones internas, otorgando la máxima cobertura propagandística a la disidencia y a sus protagonistas, sean del signo que fueran; fomentando todo lo que propicie la interiorización de su debate, con la consiguiente merma de capacidad para la actuación política hacia la sociedad, etc. También se desea la escisión del PCE de sectores que la clase obrera necesita ganar para el proyecto eurocomunista. Dicho sea de paso, aparte la dosis de irresponsabilidad de los mal llamados renovadores, ante el efecto que la agudización de la crisis en el PCE tiene sobre la muy grave situación política y social que vive en nuestro país, otro de sus errores puede consistir en que han pretendido ser ellos quienes ganen a la clase obrera para su alternativa.

Hay coincidencia entre esa derecha reaccionaria y otras fuerzas sobre las que no caben dudas respecto de su talante democrático, en reducir al PCE, aislarlo y hasta fragmentarlo. Aunque el tema exigiría más amplio análisis, vale la pena reflexionar, por ejemplo, en cómo una actitud que intenta evitar lo que, objetivamente, es un aliento para el nacionalismo y hasta el independentismo —planteamiento de EIA y de los comunistas identificados con Lertxundi— amén de una puesta en cuestión del eurocomunismo y de falta de nitidez en

la lucha frente al terrorismo, se transforma de hecho en un ataque de dichas fuerzas y los medios de comunicación que controlan o sobre los que influyen, precisamente contra el PCE. Valdría también la pena preguntarse por qué los sectores dogmáticos tienen, en general, «buena prensa». Y en este marco resultaría fácil deducir por qué son precisamente Carrillo y los respetuosos con todo el X Congreso del PCE el blanco de los ataques. En todo esto, hay que decirlo, están también interesados, por razones obvias, los protagonistas a nivel mundial de la política de bloques.

Los síndromes francés y griego

En cuanto al PSOE, puede entenderse que *de momento* sea, junto con AP, el menos sacudido por la llamada crisis de los partidos, por diversas razones. Desde la función balsámica que produce la expectativa de acceso al poder y su correspondiente ascenso electoral, pasando por el hecho de haber vivido ya su crisis y terminando por la oferta moderada que se desprende de su último Congreso, amén de que esas fuerzas y poderes fácticos no pueden o quieren abrir demasiados frentes a la vez. Pero si mis impresiones son ciertas, antes de que se convoquen las próximas elecciones se acentuará un progresivo y diverso cerco sobre el PSOE.

Efectivamente, en el recrudecimiento de la ofensiva de la derecha durante este verano ha influido seriamente el resultado de las elecciones en Francia. En el mantenimiento y agudización de esa ofensiva está también el triunfo del PASOK en Grecia. Por otra parte, la política exterior USA choca con un PSOE que puede sentirse tentado no tanto a un replanteamiento del tema OTAN, si accede al Poder, como a una mayor independencia en política internacional y a un aliento de los sectores que en Europa quieren zafarse de la dialéctica de los bloques. Sin entrar en otro tipo de consideraciones que nos llevarían a la inviabilidad de un Gobierno PSOE en solitario, al menos a corto y medio plazo, y sin tampoco ocultar que en su política de largo alcance hay sectores minoritarios que desde la derecha barajan la posibilidad de «quemar» ahora al PSOE, dadas las limitaciones objetivas que impone la crisis económica y las que también impone la influencia de los poderes fácticos —sin contar lo que representaría tener al conjunto de los partidos burgueses en la oposición— parece fuera de duda que para la gran mayoría de la derecha dominante en nuestro país el paso del PSOE al Gobierno, *aun en coalición con UCD*, aparece como una catástrofe. Que el PSOE no

avance y, si es posible, que retroceda en las elecciones, es otra de las cuestiones básicas para las fuerzas y poderes a los que vengo refiriéndome. El control de los principales medios de comunicación social, —retengamos lo sucedido en TVE— el fomento del clima de inseguridad, al que tanto favorece la «institucionalización» del clima golpista, aparte otros instrumentos que pueden activarse, son referencias a tener en cuenta.

Dentro de la estrategia de la derecha económica y política puede resultar en estos momentos *tácticamente* necesario no abandonar el espacio de centro. No podemos eliminar este dato a la hora de valorar cómo se ha resuelto la remodelación del nuevo Gobierno de Calvo Sotelo. Aunque el inestable equilibrio interno de UCD y lo dicho más atrás sobre los efectos colaterales del 23 F., tenga mucho que ver en la solución y aunque estemos convencidos que con ese Gobierno es muy poco probable llegar a las elecciones del 83, no cabe duda de que algo ha debido pesar en la decisión final el propósito de reducir al máximo las posibilidades del PSOE. Lo que se desprende de todo esto es que, conjuntamente con UCD y todo lo que está a su derecha tratan de ganar las elecciones.

El objetivo, resumo, sería que tras las elecciones se formara un Gobierno con menor peso de UCD y mayor de AP, punto de arranque para una formación política que llegara a representar a la gran mayoría de la derecha sociológica y política del país. A su lado un PSOE socialdemocratizado, con un PCE casi residual y con sus fronteras limitadas hacia lo que llamamos fuerzas de la cultura. Ese sería el nuevo mapa político por el que se viene apostando.

En este análisis, inevitablemente incompleto y hasta un tanto «lineal», he obviado la hipótesis nada desdeñable de que la variable golpista termine consiguiendo sus objetivos. Salidas extra o anticonstitucionales, incruentas o cruentas, blandas o duras, no son en absoluto descartables. Pero creo que, al menos hasta ahora, son más un elemento *con el que se cuenta* que la solución por la que optan esos poderes fácticos que tanta influencia tienen sobre los destinos de nuestra Patria.

Por razones de espacio no es posible —ni tampoco creo necesaria— una exposición de las alternativas a desarrollar para impedir que ese objetivo de la derecha pueda hacerse realidad. Están perfiladas en la línea de nuestro X Congreso y en las propuestas políticas y de movilización de masas que todos conocemos.

PSUC: Un año de crisis, su significado y algunas de sus causas

17

Andreu Claret Serra

E

scribo esta reflexión sobre la crisis por la que ha atravesado el PSUC durante 1981 al año exacto del V Congreso, cuando no ha concluido todavía el que, con toda probabilidad, pasará a la historia como uno de los episodios más dramáticos – y también de mayor entidad política– de nuestro partido. Escribo cuando no es posible todavía predecir con exactitud el desenlace de la crisis y sus consecuencias en la inserción social, política y electoral del PSUC en la sociedad catalana. Pero lo hago convencido de que el año 1981 no ha transcurrido en vano: nos ha ofrecido al menos la oportunidad de comprender el significado político de esta crisis; lo que no es poco, pues supone el primer paso para superar la confrontación en su fase irracional y estéril y para abrir camino, por fin, a un debate fecundo, político, y a una clarificación que puede y debe volver a hacer del PSUC una gran fuerza obrera y un punto de referencia de todas las ideas progresistas y de todas las exigencias de cambio que se manifiestan en Catalunya.

El fondo político de la confrontación.

Cuando afirmo que 1981 no ha transcurrido en vano es porque creo que las actitudes adoptadas a lo largo del año por todos los protagonistas de la crisis han permitido despejar muchas de las brumas que rodearon el V Congreso y han dejado al descubierto el fondo político de la confrontación que ha conocido el PSUC durante este período. Aunque, como suele ocurrir, a este proceso de clarificación han contribuido poderosamente acontecimientos de la vida política y social, en particular en el orden internacional (cambios políticos en Europa, irrupción del pacifismo, renovación y crisis en Polonia).

Es cierto que el V Congreso fue objeto de debates múltiples que se desarrollaban en escenarios simultáneos. Representó un momento de cristalización de muchas insatisfacciones acumuladas durante la transición. Supuso



un intento sincero, sano, de muchos militantes que querían denunciar y superar vicios enquistados en nuestro quehacer político desde hace años, entre otros el de un pragmatismo que tiende a menospreciar el papel del partido como intelectual colectivo y que — en el nuevo contexto democrático— ya no podía, ya no puede, subsanarse con el acierto táctico de los equipos dirigentes y el voluntarismo de la militancia. (Cuando las aguas hayan vuelto a su cauce, habrá que retomar de este V Congreso todo cuanto tuvo de experiencia democrática y de intento de permitir que un Congreso sea también el lugar en el que se manifiestan los sentimientos y los anhelos de los militantes. Pero esta será muy difícil — como lo ha sido de hecho para la dirección del PSUC durante todo este año— mientras las aguas no vuelvan a su cauce, esto es, mientras el partido no recupere el sentido imprescindible de la

organicidad y mientras no esté resuelta la confrontación abierta en torno al núcleo de nuestro proyecto estratégico).

Porque el V Congreso fue también, y en primer lugar, un intento de poner en cuestión los fundamentos de nuestro proyecto histórico (y del PCE) — socialismo en democracia, revolución de la mayoría, unidad de la izquierda, partido de masas, independencia en el plano internacional— y de sustituirlo por otro proyecto de contornos todavía imprecisos en el transcurso del V Congreso, pero que han ido afirmándose posteriormente, en una dirección por así decirlo «clásica», cuyo rasgo más acusado y explícito es el de la dependencia en el plano internacional pero que apunta también hacia otras ideas propias de la III Internacional. Por ejemplo, en su concepción subsidiaria de la democracia y de su función en la construcción del socialismo o en su actitud frente a la

tradición socialista y socialdemócrata. Podrá decirse que no es así. Que un proyecto semejante no estaba y no está escrito en ninguna parte. Y es cierto en un sentido: no existe todavía una formulación acabada que pretenda erigirse en alternativa nítida a la concepción del socialismo en libertad. Pero, ¿desde cuando un proceso de diferenciación política se ha presentado ya acabado en sus inicios, incluso en crisis que han concluido con dos proyectos contrapuestos, dos políticas y con la creación de dos organizaciones? Aquí también, desde el primer momento, el V Congreso tuvo su «música» y su «letra». Y aunque en la «letra» — examinada posteriormente por el Comité Central para determinar las conocidas «contradicciones» que se expresaron en los textos aprobados— sólo aparecieran algunos elementos procedentes de una matriz política de signo diferente a la del IV Congreso, lo cierto es que la «música»

del V Congreso ya reveló la hondura de la confrontación política que se abría en el PSUC.

Para confirmar lo que ahora, al año del Congreso, es ya algo más que una intuición, conviene recordar algunas propuestas políticas que no pasaron a formar parte de los textos aprobados (porque no fueron sostenidas hasta el final por sus promotores o porque no obtuvieron la adhesión de una mayoría de los delegados), pero que formaban parte de la misma matriz política que pudo con el eurocomunismo en las Tesis y que introdujo algunas enmiendas de inequívoco significado en el capítulo de política internacional. Un primer y elocuente ejemplo: la propuesta de sustitución de «socialismo en democracia» por «democracia socialista», defendida por las célebres enmiendas del Comité Comarcal del Vallés Occidental. Otro ejemplo: la justificación de la intervención soviética en Afganistán basada en la tesis de «las reiteradas solicitudes del gobierno legítimo de aquel país». O bien la idea según la cual los problemas entre países socialistas se explican por «el papel que la URSS se ha visto obligada a jugar como principal potencia económico-militar del bloque socialista», otra propuesta del Comité Comarcal del Vallés Occidental.

De ahí la importancia y la significación política de algunas de las enmiendas aprobadas (independientemente de que no todos los delegados fueran conscientes de su significación «alternativa»). Sobre todo de la que preside toda la concepción internacional del grupo fraccional, según la cual «la confrontación entre los países socialistas y el imperialismo es una de las principales manifestaciones de la lucha de clases a nivel internacional». (En abierta contradicción, por cierto, con la afirmación contenida en la misma Tesis, unas líneas más abajo, por la cual «el PSUC es defensor consecuente de la paz y de la coexistencia pacífica, por la superación negociada y simultánea de los bloques militares»).

El V Congreso, insisto, no puede reducirse a esto, a una ofensiva contra el eurocomunismo y contra una política independiente en el plano internacional. La voluntad y las intenciones de los casi mil delegados o de los cuatrocientos y pico que votaron contra la permanencia de este término en las Tesis para caracterizar nuestro proyecto político no puede, de ninguna manera, encorsetarse hasta este extremo. Pero lo cierto es que el vehículo que transportaba valiosas intenciones críticas iba en una dirección tan equivocada como inequívoca. Aunque sólo unos pocos la conocieran. Y es innegable que muchos de los que ahora, desde el Comité Central, han protagonizado la fracción, supieron capitalizar el malestar y la vo-

luntad de cambio de muchos militantes al servicio de un proyecto político alternativo.

Al año del V Congreso, lo determinante del mismo es la existencia de este proyecto alternativo, madurado y defendido con todas sus consecuencias, sin reparar en la utilización de métodos que sólo se explican si están al servicio de una determinación política absoluta. ¿Cómo explicar, de lo contrario, que cuadros de la talla histórica de Josep Serradell («Román») o Ardiaca hayan decidido, por primera vez en su vida, quebrar aquello que ellos conciben también como la columna vertebral del partido, el centralismo democrático?

Por las razones que fuera, este proyecto no apareció con nitidez en el marco del mismo Congreso. Me atrevo a afirmar que, de haber ocurrido, la resultante del Congreso hubiera sido otra, porque la mayoría de los delegados no estaba por una impugnación consciente de nuestra política. Lo que ocurre es que Román y sus seguidores supieron apuntar hacia el eslabón débil de las Tesis: su caracterización eurocomunista en uso de un vocablo que no pertenece a nuestra tradición y sobre cuya falta de rigor todo el mundo coincide. Se recordará incluso que la maniobra y el cinismo llegaron a la argumentación de proponer su eliminación... para asumir mejor su contenido. (Por otra parte, viendo los acontecimientos retrospectivamente debe recordarse, en honor a la verdad, que quienes han asumido posteriormente la dirección de la fracción, dándose toda su dimensión política, no fueron los principales protagonistas del V Congreso: algunos jóvenes cuadros sindicales y la dirección del Comarcal del Vallés Occidental fueron quienes llevaron la iniciativa política y organizaron el primer núcleo fraccional).

Esta confusión explica buena parte de las dificultades de la dirección actual en su intento de deshacer la amalgama que se produjo en el V Congreso, en la votación contra el eurocomunismo, y de aislar lo que eran, propiamente, intenciones políticas alternativas. Aunque, sin ánimo de justificar errores de la dirección, también han contribuido a ello —esto es, a hacer más difícil la comprensión del significado del V Congreso— quienes al día siguiente de su terminación la impugnaron de plano y adoptaron una actitud que ayudó en no poca medida a que los «26» aparecieran no como lo que eran sino como los depositarios legítimos del V Congreso, de todo el Congreso, y no sólo de aquello que procedía de otro pensamiento político.

En cualquier caso, el desarrollo de los acontecimientos ha despejado las dudas y ha situado —aunque tarde— la confrontación en el terreno político. Es significativo que la única enmienda rete-

nida por los «26», de manera textual, en su plataforma política fraccional, sea la que atribuye un signo de clase a la confrontación entre los bloques. Como lo es también que uno de los «26» haya interpretado la crisis polaca como una expresión más de esta «lucha de clases» entre Estados. Creo sinceramente que ello ha ayudado a desvanecer una idea bastante extendida, dentro y fuera del partido, en particular entre algunos círculos de la intelectualidad comunista, según la cual el V Congreso fue una confrontación entre la «izquierda obrera» y la «derecha» del partido. Otra visión reductiva del Congreso que no se corresponde tampoco con la realidad de lo que fue un fenómeno más complejo.

Las causas de la crisis

Nunca se insistirá suficientemente en las causas objetivas que han presidido esta crisis. Una crisis que toma cuerpo en el V Congreso pero cuyas manifestaciones eran evidentes mucho antes de su celebración.

La crisis económica y sus consecuencias políticas, sociales y culturales no explican, claro está, todo lo ocurrido. Sobre todo la forma en como los acontecimientos se han producido y el alcance que han tenido, inédito en la historia reciente de un partido comunista occidental (con la excepción, quizás, de Finlandia; otro caso de ruptura, el del PC griego, conoció una dinámica completamente distinta y se produjo en un contexto político y cultural que poco tiene que ver con el de Catalunya). Pero el marco de involución política y de disgregación social y cultural en el que la crisis se ha producido ha actuado en favor de una ofensiva representada por sus promotores en términos de afirmación de la identidad comunista. Es cierto que la crisis ha existido en otras zonas del Estado, en Andalucía por ejemplo, en términos más agudos, sin que se haya proyectado mecánicamente en una ruptura de la cohesión del partido. Pero no es menos cierto que en ninguna parte puede hablarse, como en Catalunya, de semejante «frustración de expectativas», las que en un momento determinado, en torno a las elecciones de 1977, compartieron amplios sectores populares de Catalunya. En términos de «frustración», que son los que explican radicalizaciones ulteriores, la evolución de la situación en Catalunya ha sido especialmente ingrata: un sector importante de la clase obrera que había tenido un inmenso protagonismo en las luchas de la última década y en la dirección del movimiento antifranquista creyó que, aun sin ruptura, el cambio, al menos en Catalunya, iba a ser realidad. O que iba a tener mayor profundidad

que en el resto del Estado. Las posiciones conquistadas en el terreno social y la mayoría electoral de la izquierda, en la que destacaba el resultado alcanzado por el PSUC, hacía muy difícil imaginar lo que han sido los retrocesos y las derrotas posteriores. (Aunque lo cierto es que el futuro de Catalunya estaba escrito en la correlación de fuerzas con que el resto del Estado amaneció a la democracia. Con la perspectiva de estos cuatro años, es legítimo preguntarse si nosotros no contribuimos a un cierto espejismo. En el IV Congreso, celebrado a finales de octubre de 1977, afirmábamos de modo algo irreflexivo: «la gran burguesía ha perdido definitivamente la posibilidad de recuperar la hegemonía dentro del movimiento nacional catalán y, hoy, se dan condiciones para que la clase obrera y las demás fuerzas populares asuman esta hegemonía...». Por no hablar del período «Tarradellas», en el que nuestra participación —por supuesto acertada— en el gobierno preautonómico de unidad dio una imagen idealizada de nuestras posibilidades reales de participación institucional en la reconstrucción nacional de Catalunya, en el contexto político en el que se encontraba el Estado).

Los hechos posteriores fueron crueles: gobierno monocolor de Convergència i Unió; dificultades en el plano sindical; pérdida de la mayoría de izquierdas; 260.000 parados... Esto es, un proceso autonómico en el que han ido perdiendo protagonismo e incidencia las fuerzas políticas y sociales que más habían hecho por las libertades democráticas y nacionales de Catalunya. Estoy convencido de que este reflujo en el protagonismo de las clases populares produjo un trauma colectivo presente en la actitud de no pocos militantes y de muchos de los delegados al V Congreso.

Entre estos factores objetivos conviene destacar también —en estrecha relación con la crisis económica y sus consecuencias disgregadoras y con la victoria de Convergència i Unió en las elecciones al Parlamento Catalán— el frenazo en el proceso de integración en la comunidad catalana de los casi tres millones de inmigrantes. Los retrocesos en las luchas sociales, en la defensa del puesto de trabajo y la asimilación subjetiva entre «Generalitat» y «Jordi Pujol» (cultivada por la derecha han producido una disociación progresiva entre la lucha obrera y la lucha por la afirmación autonómica y han provocado otro reflejo defensivo en amplios sectores inmigrados que se han replegado sobre sus orígenes, en búsqueda de una identidad cultural perdida y pisoteada por el nacionalismo conservador —y, a veces, chovinista— de la derecha catalana. (Es significativo que el V Congreso aproba-

Amb el poble amb la majoria



ra, en alguna enmienda, la idea, siempre rechazada por el PSUC, de que en Catalunya existen dos culturas diferenciadas; aunque fuera, aquí también, en abierta contradicción con el resto de la Tesis sobre política cultural). Este acoso social y cultural contribuyó sobremanera a que el partido se encerrara en sus cuarteles de invierno y se creara en muchos militantes una «exigencia de identidad». (Piénsese que, en puertas del V Congreso, los militantes del PSUC nacidos en Andalucía superaban a los nacidos en Catalunya).

A la ofensiva de la derecha española y catalana subyacente en las actitudes defensivas de muchos militantes directamente afectados por la crisis, conviene sumar el impacto producido por la contraofensiva bélica del imperialismo norteamericano tras la elección de Reagan y las consecuencias que tuvo en el aumento de la tensión internacional. El clima de guerra fría y de «revival» anticomunista que prevaleció en toda Europa durante buena parte de 1981, en apoyo al proyecto de despliegue de nuevos cohetes Pershing y Cruise en el continente, actuó como otro factor de repliegue, en una tradición ya vieja en la clase obrera del sur de Europa y en el

movimiento comunista. Para lo que alguien ha llamado «el alma sencilla de la viejas certidumbres comunistas» este hilo conductor que va de Pujol y Trías Fargas a Reagan pasando por Calvo Sotelo exigía una respuesta simétrica que uniera la lucha de clases en nuestro país con la «defensa del bloque socialista». De ahí el impacto que produjeron, y producen, ideas simples articuladas en torno a una visión catastrofista de la situación internacional, y de una concepción monolítica y «trilateral» del imperialismo. Se daban y se dan, de hecho, condiciones para que reverdezcan viejos dogmas, tan útiles en el pasado como estériles en el presente. A los que se presenta ahora bajo el atractivo propósito del «rearme ideológico».

Esas tres «exigencias de identidad» (social, cultural e ideológica) están en la base del intento de desvirtuación del proyecto político del PSUC por parte del grupo fraccional. De hecho, toda la ofensiva de este grupo se vertebra en torno a tres ejes:

— Contraposición de una política de «resistencia ante la crisis» a una propuesta de articulación de las movilizaciones (en defensa de los puestos de trabajo existentes) con la negociación

(que permita una intervención global, no corporativa, sobre el problema del paro).

— Insinuación de un neolerrrouxismo incipiente, todavía poco explícito, disfrazado de obrerismo, alimentado por la descalificación del «pico de oro», esto es, del intelectual. Un fenómeno objetivamente ligado a la progresiva obrerización del partido y a la práctica desaparición del mismo de las zonas rurales a que conducirían, entre otras cosas, los presupuestos políticos de los fraccionalistas.

— Tendencia al alineamiento internacional, equiparando enfrentamiento entre bloques a lucha de clases en cada país.

Una suma de errores

Nuestras insuficiencias y nuestros errores (los del Comité Central que dirigió el partido entre el IV y el V Congreso), así como los errores e insuficiencias de la política desarrollada por los comunistas a nivel de Estado contribuyeron, claro está, a que este fermento de insatisfacciones fuera canalizado hacia otro proyecto político (que, por cierto, sólo ofrece respuestas «ideológicas» a los problemas en los que basa su audiencia, pero en ningún caso respuestas reales que contribuyan a un desarrollo más positivo de la lucha de las clases populares). Ya he apuntado autocríticamente lo que me parece que han sido errores de apreciación del PSUC durante la etapa de transición, derivados, en buena medida, de una falta de «sentido de estado» de nuestros análisis. Pero también nos han afectado los excesos de triunfalismo que, durante el mismo período, prodigó la dirección del Partido Comunista de España. Quizás más, incluso, que en muchas de las propias organizaciones del PCE, por ser el PSUC un colectivo de base más amplia, más diversa, más sensible al entorno social, al que no puede mantenerse cohesionado sin corresponsabilizarlo en la elaboración de la línea política.

Tres ejemplos pueden ilustrar las consecuencias negativas que han tenido para el desarrollo y la cohesión del PSUC decisiones adoptadas con excesiva tendencia al verticismo (independientemente de su acierto o de su inconveniencia política):

— El abandono del leninismo sin debate previo, sin una explicación profunda que permitiera ir al fondo de la cuestión de tal modo que la supresión del término (en el IX Congreso del PCE) pudiera tener el mismo signo de superación y no de abandono que tuvo para el PSUC el rechazo de la fórmula sacralizada —el «marxismo-leninismo»— y su sustitución por una referencia abierta, no

dogmática al leninismo, contrastada con «otras aportaciones de la práctica y del pensamiento revolucionario».

— Los Pactos de La Moncloa, presentados con virtudes taumáticas en las que no sólo nadie creyó, sino que dieron argumentos a quienes propugnan de hecho una política distinta y estrecha frente a la crisis. La defensa más austera pero no menos política que hemos hecho, durante este año, del ANE ha desarmado mucho mejor los intentos de la fracción de hacer de este tema otro factor de demagogia política.

— El posicionamiento en política internacional, justo en su intención pero vehiculado, a veces, por un lenguaje impropio, sin la suficiente determinación pedagógica, ha contribuido a presentar la fracción como un baluarte frente a lo que era leído por muchos militantes en clave antisoviética.

Piénsese, por ejemplo, en la escasa explicación en torno a la decisión —acertada— de no asistir a la reunión de los PC en París. O en algunas manifestaciones críticas sobre los países socialistas de los responsables de política internacional, antes del X Congreso, que no operaban, por la forma en que eran expuestas, como un factor de educación eurocomunista, sino como un elemento de provocación.

Entre los errores cometidos por el anterior Comité Central del PSUC y que determinaron en cierto modo el V Congreso, destaca la práctica de una «política de integración» que ahora aparece como esencialmente errónea. Sobre todo en orden a la necesaria homogeneización de todo partido y, en particular, de un partido comunista.

Desde antes del IV Congreso, la dirección del PSUC ha conocido una curiosa división del trabajo que encubría, de hecho, la existencia de actitudes políticas diversas en el vértice y, lo que es peor, facilitaba su enquistamiento en vez de ayudar a su superación, a su plena integración en el proyecto político del partido. Es sintomático, por ejemplo, de una determinada concepción de la integración —y debe ser un caso único en los partidos comunistas— que el dirigente de mayor relieve que se opuso a la condena de la intervención soviética en Checoslovaquia (1968) haya seguido al frente nada menos que de la Secretaría de Organización hasta después de la 1.ª Conferencia Nacional (1978). Como lo es también que en el IV Congreso le sustituyera en esa responsabilidad quien, en la anterior Secretaría de Organización, estaba más identificado con sus posiciones políticas.

Igualmente discutible resulta, desde una perspectiva homogeneizadora, que se tomara la decisión de colocar al frente de las responsabilidades institucionales, sobre todo municipales, a un grupo

de cuadros reintegrados en el PSUC procedentes de una experiencia política y cultural izquierdista. No se trata de negar la lógica que tenía el hecho de que Román ocupara una importante responsabilidad en Organización o de que los cuadros procedentes de Bandera Roja, conocidos protagonistas del movimiento popular en los años setenta, jugarán un importante papel en la política municipal del PSUC. Pero sí de recoger como experiencia crítica para el futuro el hecho de que esta concepción de la integración, basada en una división de las responsabilidades en la cúspide del partido, tiende a acrecentar lo que en un principio no tienen por qué ser proyectos políticos dispares, lo que incluso sólo son, a veces, sensibilidades políticas o culturales diversas.

El V Congreso hizo estallar esta concepción errónea y que se acerca más, de hecho, a la que defendieron en el X Congreso del PCE los llamados «renovadores» que no a la que caracteriza la tradición comunista (aun con estrategia eurocomunista: véase el PC italiano).

Definir sin, ambigüedad, la significación política de la crisis del PSUC me parece el punto de partida indispensable para su superación. Sólo conociendo por donde acechan, hoy, principalmente —aunque no exclusivamente— los peligros de desnaturalización de nuestro proyecto político eurocomunista podremos hacerles frente políticamente, racionalmente, sin costos en la tradición democrática del PSUC y sin retrocesos en su capacidad de afirmación como partido de masas, diverso, unido en torno a su programa político, abierto al debate que recorre hoy todo el movimiento comunista y toda la izquierda europea.

Pero me ha parecido importante, también, dedicar una parte de la reflexión a las causas que nos han conducido a esta situación. Porque esta crisis también confirma el aserto según el cual las ideas sólo se abren camino, para nosotros, si se apoyan en una organización, en una política organizativa, en unos métodos de dirección. Y en ese sentido nuestra crisis y, más allá, las dificultades que conoce nuestra tradición en toda España, no podrán superarse hasta que seamos capaces de asumir autocríticamente los errores que hemos cometido y las insuficiencias que hemos tenido en estos últimos años. No para desgarrarnos las vestiduras o para llegar a la conclusión de que el instrumento que sirvió para hacer frente a más de cuarenta años de dictadura no vale para afrontar la consolidación de la democracia y para abrir camino al socialismo en nuestro país sino, todo lo contrario, para hacer de esta experiencia, ciertamente traumática, un factor de consolidación y arraigo de la tradición comunista en nuestro país.

Las raíces del conflicto en el PCE-EPK

Ignacio Latierro

Los lectores de «Nuestra Bandera» han tenido ya, en su anterior número, ocasión de conocer los términos políticos en los que se ha planteado la división en el seno del Partido Comunista de Euskadi. Por otra parte «Mundo Obrero», en su número 150, ofrecía un completo «dossier» sobre el transcurrir del pretendido proceso de convergencia entre un grupo de militantes del PCE-EPK y la organización EIA (núcleo fundamental de Euskadiko Ezkerra), en el que incluía las intervenciones efectuadas en el Comité Central del PCE que debatió y resolvió el problema. No se trata, pues, de repetir aquí los detalles del conflicto político en el seno del PCE-EPK, sino de un intento de reflexión sobre el mismo desde el punto de vista de lo que puede ser común a los problemas del conjunto del PCE.

1. La pérdida de confianza en el partido

El proceso, que se iniciaba el 12 de septiembre, con el envío de la carta aprobada por la mayoría del C.C. del PCE-EPK a la dirección de EIA, suponía, en lo esencial, una dejación de elementos sustanciales de la política que había caracterizado a los comunistas vascos; que renunciaba, de entrada, incluso a someter a debate cuestiones tan esenciales como el carácter eurocomunista del nuevo partido, su vinculación con el PCE en el plano estatal, la defensa de la Constitución de 1978, el posicionamiento inequívoco frente al terrorismo o la opción sindical a favor de CC.OO.

Tal actitud sólo puede ser explicada a partir de un previo convencimiento de la *inutilidad* en la presente coyuntura his-

tórica, de la opción comunista (eurocomunista) en Euskadi.

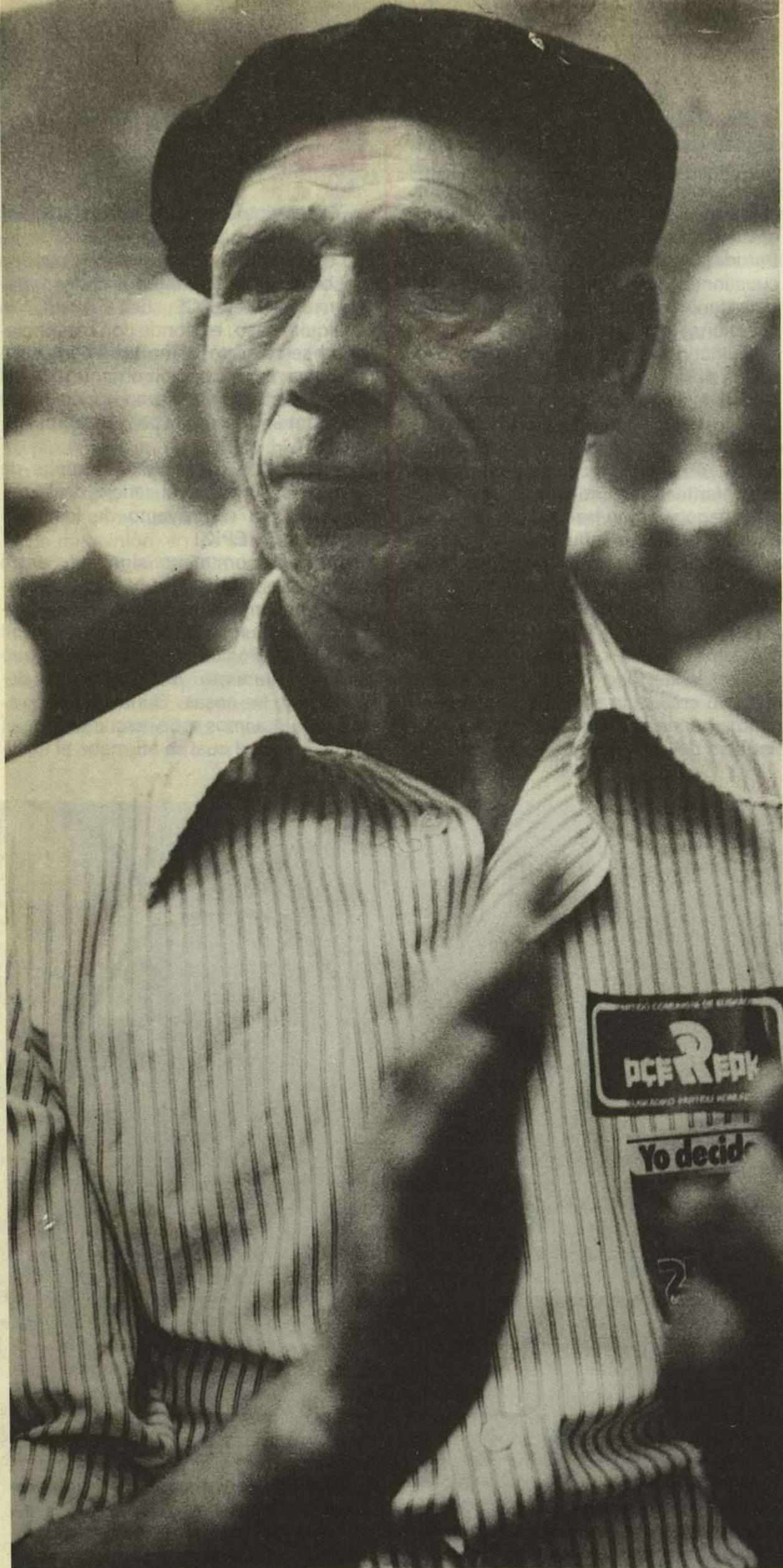
En realidad, las primeras dudas sobre el espacio político-electoral del PCE-EPK en la sociedad vasca comenzaron a manifestarse en el interior del partido a raíz del resultado electoral del 15-6-77. Las sucesivas insatisfacciones que produjeron los comicios posteriores de 1979 y de 1980 al Parlamento Autónomo, contribuyeron a dar consistencia a la idea de que un partido que cosechaba entre un 4 y un 5 por 100 de los votos emitidos, carecía de función en tanto en cuanto en su estrategia se valora como imprescindible su acción a través de las instituciones representativas.

Paralelamente, los resultados de estas elecciones, en particular de las dos últimas, configuraban un mapa político de indudable predominio nacionalista. Las elecciones al Parlamento Vasco, por otra parte, indicaban una especial tendencia a la baja en todos los partidos de ámbito estatal, salvo A.P., correspondiéndose a lo que era el clima político cotidiano en Euskadi.

2. La unidad de la izquierda como excusa

En este contexto fue gestándose la idea de colocar en el centro de los objetivos políticos del PCE-EPK, la necesidad de conseguir «la unidad de la izquierda».

Sin en cualquier circunstancia, la apelación a la unidad de las fuerzas de la izquierda aparece como un objetivo atrayente, mucho más en una coyuntura como la que viene atravesando Euskadi. Pero a medida en que se iba insis-



tiendo más y más en la necesidad de esa unidad, hasta el punto de llegar a convertirse en tema casi monotemático en el EPK, más se iban diluyendo los contenidos y los objetivos que la misma debía de perseguir, para manifestarse exclusivamente como el proyecto de fusión entre dos organizaciones políticas y, al final, como la simple pretensión de liquidación de una de ellas (del EPK en la que mayor arrastre electoral había demostrado: Euskadi Ezkerra).

¿Por qué ocurría esto?

En primer lugar, porque se imponía en la práctica de un tipo de análisis de los resultados electorales y de los acontecimientos políticos en general, en los que se colocaba en el centro nuestra propia debilidad, y no lo que expresaban en relación con el conjunto del sistema democrático español.

Así se explica que, en definitiva, todo el proceso haya sido conducido como la búsqueda de un *espacio político-electoral* en el que situarse, aceptando como sustancialmente estable el marco político que reflejaba.

En todas las valoraciones positivas que se venían haciendo del proyecto que encabezaba Lertxundi —y entre ellas, una que hacía Pilar Bravo, editorializando en «N.B.» a la luz de los resultados de las elecciones al Parlamento Vasco— no se dudaba en constatar la existencia expresa de un espacio electoral eurocomunista en Euskadi, que no era cubierto por el PCE-EPK, sino por Euskadiko Ezkerra. Lo significativo aquí, no es tanto el error de apreciación, luego tan evidente, de considerar a E.E. como una fuerza eurocomunista, sino, sobre todo, el plantear el problema en términos que, de una u otra forma, presuponian la existencia de un sistema político ya consolidado.

Quienes participamos en el proceso de elaboración de las Tesis que se presentaron al IV Congreso del EPK tenemos la ventaja de haber oído —y leído— las opiniones de quienes luego encabezarían el proceso convergente-escisionista, en el sentido de que el período de transición en España había concluido. Luego, el ruido de sables aconsejó evitar que en las tesis aparecieran tan precipitadas opiniones que, no obstante, han sido las que han guiado el comportamiento de quienes lograron ocupar la mayoría de la dirección que el Congreso eligió.

Hemos escuchado reiteradamente que el problema no era la política que el Partido preconizaba en Euskadi, sino, simplemente, que el EPK no era ya el instrumento adecuado para continuarla. Pero esto no es cierto.

Lo que asustaba a los hoy ex-comaradas, eran las dificultades con que nos encontrábamos, y nos encontramos, para abrir camino a nuestra política. Porque si se reconoce, que la

consolidación de la democracia, y por tanto la salida a los graves problemas que padece, requiere de una política de colaboración entre las fuerzas democráticas; si se sigue manteniendo que la defensa de la autonomía vasca exige un compromiso del conjunto de las fuerzas vascas, nacionalistas o no nacionalistas, en el sostenimiento de la democracia española; si se propone una vía negociada y solidaria de hacer frente a las crisis económicas; si se está, en definitiva, con lo que ha sido la política del P.C. de Euskadi, no se puede participar en un proceso como el de esta pretendida convergencia que, en absoluto, avanza en esa dirección.

Es decir, que los ex-camaradas, lejos de aplicar lo que en nuestras propias dificultades eran producto de la situación general; incapaces, por tanto, de abordar las vías de superación y fortalecimiento del partido, han elegido el camino fácil de renunciar al auténtico examen autocrítico de nuestros errores, para sustituirlo por el anatema global y la huida a otra opción, con el erróneo convencimiento de que el 10 por 100 de votos va a ser un colchón más cómodo que el precedente.

3. Los vicios de la organización

Todo lo que hemos dicho, sin embargo, no puede explicar el por qué los problemas han alcanzado en el PCE-EPK la magnitud que les ha caracterizado. Porque no es que el sector de militantes hayan participado en este proceso de huida política, sino que el mismo ha sido protagonizado por quienes fueron la mayoría del C.C., encabezados por su secretario general. Y haríamos mal en dar a este fenómeno una explicación conspirativa, aunque de todo haya habido en la viña del Señor.

Algo que no ha merecido la reflexión necesaria en el Partido, y ahora me estoy refiriendo en el conjunto del PCE, es la influencia que sobre nuestro propio comportamiento orgánico ha tenido la forma en que se está produciendo la transición en nuestro país.

Lo que yo me atrevería a llamar el «espejismo del cambio», la ilusión creada por el final de tantos años de vida clandestina, ha impedido valorar en su medida la difícil época que para la actividad comunista se abría, en cierto sentido con más dificultades, cuando menos, que las que afrontábamos en los últimos años de ilegalidad.

A favor de esta tendencia, el espontaneísmo se adueñó de nuestro trabajo en materia organizativa, produciendo muy serios vicios, y en primer lugar la confusión entre el necesario esfuerzo de democratización interna con

la reducción de los comités a un simple órgano representativo, a los que se minusvaloraba en su función de dirección. Como consecuencia de ello se ha venido produciendo la apertura de un foso entre muchos comités y el conjunto del Partido, ignorando o limitando a las cuestiones que podríamos llamar de «mantenimiento vegetativo», a las cuestiones organizativas.

Olvidándonos de que el partido sólo puede desarrollar su influencia en la sociedad a través de su funcionamiento colectivo, esto es, a través de la práctica organizada *del conjunto* de su militancia, en muchas ocasiones nos hemos planteado las cuestiones llamadas «de imagen» como las decisivas en relación con nuestra influencia política y, sobre todo, electoral. Euskadi ha sido un vivo ejemplo, en este terreno.

Estos serios defectos, que en cualquier circunstancia hubiesen generado problemas, en la compleja y difícil situación vasca han contribuido eficazmente a crear una situación que ha llegado a poner en cuestión la propia continuidad del partido.

4. Las diferencias son políticas

Todos estos rasgos, evidentemente, no han sido privativos del PCE-EPK, sino que, de una u otra manera, pueden encontrarse en el conjunto de las organizaciones del PCE. En Euskadi, en cualquier caso, es donde con mayor claridad se ha visto cómo los intentos de modificar la concepción organizativa del partido está ligada a una variación de los contenidos políticos eurocomunistas.

Ese partido que se decía, «debe de ser, en su interior, el reflejo de la sociedad», era el proyecto de los escisionistas del EPK.

Ser eurocomunista significa, entre otras cosas, luchar por hacer la revolución con la mayoría. Pero no puede significar situarse automáticamente en el terreno ideológico y político por el que en un momento dado parecen desarrollarse las cosas. El inaudito silogismo que tuvimos que escuchar en el C.C., según el cual se afirmaba el euro-



comunismo de Euskadiko Ezkerra en el hecho de «que no están ni por la socialdemocracia, ni por el socialismo real», tenía su correspondiente en la idea justificación de los «convergentes» vascos: «Puesto que las cosas parecen transcurrir en Euskadi por las rutas del nacionalismo, hagámonos nacionalistas para llegar a ser auténticamente eurocomunistas».

Pero también hay ocasiones en las que los eurocomunistas tenemos que ir a contracorriente. Porque la inclusión del «euro» — nada banal y absolutamente renovador en su sentido histórico— no significa renuncia al carácter de vanguardia que *justifica* la existencia de partidos comunistas.

En mi opinión, en los últimos tiempos hemos vivido en el PCE un debate que estaba, no sé si conscientemente, truco. La defensa que las figuras públicas de los llamados «renovadores» han hecho del proyecto de «nuevo partido vasco» no es una simple muestra de solidaridad con el compañero que había mantenido posiciones coincidentes en el Xº Congreso, sino un acuerdo con el

fondo de una concepción que implica la desaparición del Partido Comunista de Euskadi. No compartiendo esta posición estoy convencido de que el debate hubiera sido más rico, hubiese aportado mucho más al profundizar en los problemas reales, si se hubiera situado en éste su justo terreno.

5. La reacción de la militancia

Esa concepción del partido que los «revadores» pretendían aprobar en el Xº Congreso, estaba afincada ya en muy diversos niveles del partido. EIA ha venido produciendo confusión, en las bases militantes, un difuso malestar y una seria pérdida de eficacia en la acción del partido. Ha ayudado, también, a que las posiciones dogmáticas por reacción encontraran caldo de cultivo para penetrar.

Sin embargo, la conciencia sobre el papel del partido está mucho más arraigada en el conjunto del partido, que en algunos de los que han formado

en sus órganos de dirección. La batalla protagonizada por las bases del PCE-EPK han sido un buen ejemplo. Por ello, la celebración del Congreso Extraordinario de los comunistas vascos no ha supuesto sólo continuidad de la existencia del Partido de Euskadi, sino el fin de una dolorosa querrela interna.

Sin ignorar las dificultades que se nos presentan, sin dejar de lamentar los elementos individuales que hemos perdido en el conflicto, el partido va a salir en mejores condiciones para influir en la realidad política. El Xº Congreso nos habló de la necesidad de acabar con esa especie de «política por arriba» en la que habíamos caído. En Euskadi hemos vivido una experiencia práctica en esa dirección.



M Los elegidos Municipales en el Partido

Jordi Borja

Me asombra sinceramente la seguridad con la que algunos dirigentes y cargos públicos del Partido sientan cátedra sobre sus atribuciones respectivas, cómo se enfatiza la función dirigente del Partido, representado por los comités de dirección y la dependencia de éstos de los cargos públicos, por una parte, y por otra cómo se exalta la responsabilidad de los cargos públicos ante los ciudadanos, puesto que una vez en la lista, y sobre todo si han resultado elegidos, ya no serían patrimonio exclusivo del Partido.

Hace dos años estuve en Francia e Italia, en nombre del Partido, para entrevistarme con los responsables de política municipal del PCF y del PCI y con alcaldes y concejales de diversas ciudades. Una de las cuestiones más interesantes para mí era precisamente conocer las relaciones entre los organismos de dirección central y local de ambos Partidos con los elegidos. La respuesta fue siempre la misma: un problema no resuelto. No en el terreno de las fórmulas, pero sí en la práctica. Los dos conceptos básicos eran siempre los mismos: dirección política de los comités locales o provinciales y centrales, autonomía de los grupos municipales. Los camaradas franceses hablaban de dependencia orgánica de los cargos elegidos respecto a los comités departamentales (es decir provinciales, no locales), pero reconocía que en la práctica esta dependencia era sólo teórica y que allí donde el PC tenía responsabilidades municipales importantes, sobre todo la alcaldía, el problema era más bien el contrario: el Partido tendía a quedar supeditado al equipo de gobierno municipal. Los comunistas italianos han eliminado finalmente de sus estatutos la dependencia orgánica de sus cargos elegi-

dos respecto a los comités del Partido, estableciendo solamente una responsabilidad genérica de los elegidos, tanto ante el Partido como ante los electores (art. 46, Estatutos de 1979). La experiencia les ha conducido a optar por la cooperación política entre el comité y el grupo municipal, superando la poco productiva dicotomía dirección/dependencia y autonomía de funcionamiento, que en la práctica es una fuente de problemas, o bien porque se convierte en un control administrativo insoportable o porque la autonomía culmina en divorcio. Y sobre todo porque es extraordinariamente difícil de interpretar: la decisión sobre el presupuesto, un plan general de urbanismo, la distribución de responsabilidades públicas en el grupo, etc., ¿a quién corresponde? Si se atribuye al comité local o provincial, que a menudo desconoce el conjunto de condicionantes que se deben tener en cuenta, se corre el riesgo de crear un conflicto permanente entre el comité, que decide a distancia, y el grupo que deberá ejecutar unas decisiones con las que muchas veces no coincidirá. Si, por el contrario, estas decisiones se considera que son competencia de los grupos municipales, la dirección política de los comités puede ser tan abstracta como inoperante. La solución italiana se basa en optar por la cooperación política considerando que comités y grupos se necesitan mutuamente. La decisión es una atribución de aquél que después debe ejecutarla, es decir, será el grupo el que decidirá sobre todo aquello que debe aprobarse o realizarse en el Ayuntamiento, y el comité el que decidirá sobre las iniciativas y las posiciones que tome el Partido y las orientaciones que deben seguir los militantes. La cooperación se dará por-

* La gran extensión de este trabajo y las limitaciones de espacio nos obligan a dividirlo en dos partes, la segunda de las cuales aparecerá en nuestro próximo número. En la segunda parte, el autor —responsable de política municipal del PSUC desde 1977 a 1981 y miembro de la Comisión y Secretaría municipales del PCE, desde su constitución en 1978— analizará el papel de la política y la gestión municipales en el desarrollo de la vía eurocomunista.

UN BARRIO SOLIDARIO ES UN BARRIO SEGURO



Entra en el Ayuntamiento.
VOTA PCE

27

que el grupo necesitará el apoyo del conjunto del Partido y porque los comités del Partido se preocuparán de orientar y también de aprender de la práctica del grupo municipal.

En nuestro caso debemos reconocer que nuestra experiencia es escasa; las formulaciones de nuestros estatutos, como veremos en seguida, poco claras, y la capacidad del Partido para dirigir la política municipal hoy por hoy muy insuficiente. Todo lo cual nos debe llevar a aproximarnos a esta cuestión con una gran modestia y evitar las fórmulas rotundas¹.

LAS REGLAS DEL PARTIDO

En primer lugar hay que referirse a los Estatutos del PCE. Solamente un artículo, el 67, regula esta cuestión, y establece:

a) El elegido «está obligado a poner su cargo a disposición del partido».

b) «A trabajar por la aplicación del programa electoral».

c) «Actuará en estrecha relación con el comité del partido del que depende».

d) «Responde de su actividad como representante público tanto ante el órgano del Partido que le ha designado como ante sus electores y las masas populares que representa».

e) «Está obligado... a realizar una intensa actividad como representante del pueblo y en defensa de sus intereses y a informar a sus electores de su gestión pública».

Es interesante comparar los estatutos del PCE con los del PCI, pues resulta

evidente que el artículo 67 está muy inspirado en el artículo 46 del PCI (gran parte de la redacción es idéntica), pero en nuestros estatutos se añaden algunas obligaciones y servidumbres que no se dan en los estatutos de los comunistas italianos, como son: 1) de poner el cargo a disposición del partido (se supone que está obligado a dimitir o a abandonar una responsabilidad específica en el Ayuntamiento si así lo decide el Partido).

2) «Estrecha relación con el comité del Partido del que depende» (en los estatutos del PCI no se establece ninguna dependencia orgánica).

3) «Responde... ante el órgano del partido que lo ha designado» (en este caso los estatutos del PCI amplían, correctamente, nos parece, esta responsabilidad, puesto que es responsable ante el «partido», desde la agrupación de la localidad hasta el C. Central).

En los Estatutos del PCE y en general en las Tesis e informes aprobados en el

X Congreso se aprecian vacíos importantes en todo lo que se refiere a la consideración de los cargos elegidos y a la relación de los grupos (municipales, parlamentarios) con los comités. Estos vacíos en parte son difíciles de llenar con criterios concretos pero en parte lo han sido ya mediante la reflexión y la práctica de los últimos tres años e incluso, como veremos en seguida, se han formalizado en documentos. Ahora nos limitaremos a citar alguno de los vacíos que nos parecen más importantes sobre esta cuestión: a) el no reconocimiento del grupo municipal como colectivo formado por todos los concejales elegidos en las listas del Partido.

b) La concreción de la autonomía del grupo en su funcionamiento, organización interna y gestión municipal cotidiana.

c) El establecimiento de un mecanismo formal que permita la negociación y solución de los conflictos internos.

d) El papel de los comités superiores y su acción garantizadora, en los casos de conflicto, de la elaboración y aplicación de nuestra política municipal, según la línea del Partido y los intereses de los ciudadanos.

e) La superación de la visión tradicional de dependencia orgánica entre el comité local-grupo municipal por una visión más articulada basada en la cooperación política.

Para resumir los criterios elaborados y puestos en práctica por el Partido entre 1979 y ahora vamos a tener en cuenta:

A) La Conferencia de Política Municipal y Movimiento Ciudadano.

B) Dos documentos del PSUC referidos exclusivamente a la relación comités-grupos municipales, así como dos declaraciones conjuntas con los socialistas sobre la resolución de los conflictos en los pactos municipales.

C) Los criterios prácticos utilizados por la Secretaría de Política Municipal hasta ahora.

La Conferencia de Política Municipal y M. C.

28

El IX Congreso (1978) tomó el acuerdo de celebrar antes de las elecciones municipales una Conferencia en la que se aprobaran los contenidos generales de nuestra política municipal y de los programas y campaña electorales, criterios para la formación de candidaturas, orientaciones para el movimiento ciudadano en la nueva etapa que se abría y líneas de actuación para el Partido y en especial para los elegidos municipales en la primera etapa de presencia en los Ayuntamientos democráticos. La Conferencia se celebró en enero de 1979, y en ella se aprobaron las grandes líneas de la política municipal del Partido que pensamos que han orientado realmente nuestra actividad en estos dos años y medio y que continúan siendo unos principios válidos, aunque la experiencia y las necesidades de hoy nos permiten —y nos obligan— desarrollarlos bastante más. Resulta, en cambio, sorprendente la ausencia de este desarrollo en el X Congreso, puesto que ni en las Tesis ni en el Informe se dice casi nada de política municipal y no se cita tan sólo la Conferencia (a pesar de que de las Conferencias propuestas y aprobadas en el IX Congreso ésta fue de las pocas que se celebró y que ha sido útil).

De lo discutido y aprobado en esta Conferencia y que se refiere a la problemática de este artículo, creemos que debe retenerse:

a) La política municipal la debe hacer todo el Partido, no solamente los elegidos. El conjunto del Partido debe apoyar y contribuir a realizar la política municipal que hacen los comunistas y la izquierda en el Ayuntamiento. Los objetivos prioritarios de nuestra política municipal deben ser: actuaciones concretas, eficaces a corto plazo, beneficiosas y visibles para los ciudadanos y en especial para los sectores populares; hacer unos ayuntamientos abiertos y eficaces y eliminar la corrupción; impulsar la descentralización municipal y la participación y vida asociativa ciudadanas.

b) Pero el Partido y en especial los Comités no pueden polarizarse exclusivamente en la política municipal y menos en el Ayuntamiento. Sus funciones de dirección política son de carácter global y deben impulsar la presencia del Partido en todos los sectores, incluido el movimiento ciudadano. Este, en esta etapa, adquiere un nuevo carácter, que puede ser más constructivo, participativo, de prestación de servicios, de relación con el Ayuntamiento, sin abandonar por esto su carácter reivindicativo. En política municipal, los Comités del Partido deben preocuparse especialmente de elaborar, con la colaboración de los elegidos, las grandes líneas de la política municipal y de promover la relación de las agrupaciones y ciudadanos en general con el Ayuntamiento y en especial con los cargos públicos. Es tarea y obligación del Partido elaborar las orientaciones generales de la política municipal en todos los sectores de la actividad de los Ayuntamientos y asegurar su coherencia y siempre que sea posible el asesoramiento a los grupos municipales.

c) Los concejales, organizados en grupo municipal, tendrán autonomía en su funcionamiento, no sólo por razones de eficacia práctica, sino también porque una vez elegidos se convierten en representantes de todos los ciudadanos y no sólo del Partido (incluso de los que no los han elegido) y porque en su actuación deben tener más en cuenta que el resto del Partido un conjunto de condicionantes (pactos legalidad, recursos económicos, etc.) que limitan su acción. El Grupo Municipal evitará cualquier trato de favor al Partido o a sus militantes (clientelismo, corruptelas) sin que esto impida la contratación de cargos de confianza política. Conviene que en la discusión con el grupo municipal, especialmente en casos de conflicto, intervenga además del Comité Local, el Comité Superior, lo que permite superar los aspectos excesivamente localistas o personales del conflicto.

La reflexión del PSUC

Sobre la base de los principios adoptados por la Conferencia y de la posterior experiencia municipal, el PSUC ha elaborado dos documentos sobre la relación entre los comités del Partido y los cargos públicos municipales. El primero fue aprobado y publicado por el Comité Ejecutivo (abril 1980) y el segundo es un documento elaborado un año después por la Secretaría de Política Municipal (es decir, después del V Congreso). Como los criterios son coincidentes y

complementarios los resumiremos juntos:

a) Se concreta que el conjunto del Partido debe apoyar la acción de los gobiernos municipales surgidos de los pactos de progreso o de unidad de la izquierda. En todo caso la crítica a nuestra actividad municipal debe hacerse en las conferencias, en los plenos de la Agrupación o en las reuniones entre el Comité y el Grupo Municipal.

b) La dirección política que ejerza el Comité debe basarse en su capacidad de dar orientaciones útiles para el trabajo de los colectivos del Partido en todos los sectores, incluido evidentemente el municipal. Para lo cual es conveniente una estrecha relación entre el Comité y el Grupo, enriquecedora para ambos. Se propone que por lo menos una vez al mes haya una reunión entre ambos colectivos (que según los casos puede ser ampliada o restringida) en las que se fijen las orientaciones generales de la política municipal y se informe de la actividad del Ayuntamiento y de la de todo el Partido. El Comité Local (o en su caso el Pleno de la Agrupación o la Conferencia) deberán aprobar los contenidos de los programas de actuación municipal (plurianuales) que les proponga el Grupo. Este, además, informará al Comité de aquellas cuestiones importantes (planes de urbanismo, presupuestos, etc.) con antelación a que se tomen decisiones públicas. El Grupo Municipal se ocupará de las relaciones corrientes con las otras fuerzas políticas presentes en el Ayuntamiento y será autónomo en su funcionamiento y organización interna, así como en la toma de decisiones concretas de la gestión municipal. En aquellas cuestiones de cierta importancia y trascendencia política (responsabilidades en el grupo, cambios en las concejalías, contratación de cargos de confianza política, etc.) se informará previamente al Comité.

c) Se configura, pues, una relación que es más de cooperación política que de dependencia orgánica. Lo cual no excluye que no puedan darse situaciones de conflicto en cuyo caso se recurrirá a los Comités superiores (comarcal, intercomarcal, Central). En la medida que no pueda paralizarse la actividad municipal, en aquellas decisiones que deban ser tomadas efectivamente en el Ayuntamiento, decidirá en último caso el Grupo, mientras que en lo que sean posiciones o iniciativas de Partido, decidirá el Comité competente.

d) En aquellos casos en que la Alcaldía corresponde al Partido se reconocerá una especial autoridad a la persona del alcalde (y en general de los tenientes de alcalde, cabezas de lista o portavoces) para dirigir nuestra política municipal y se evitarán las críticas públicas a su actuación. Los Comités del Partido tendrán muy en cuenta el carácter ciudadano de los alcaldes y concejales que dará lugar a que en muchos casos actúen públicamente en tanto que tales y no como representantes del Partido. Esto no excluye ni la necesidad que los cargos públicos también sean personalidades públicas del Partido ni la obligación que tienen de informar y discutir especialmente con las Agrupaciones y Comités del Partido. Por otra parte, la especial responsabilidad de los alcaldes y concejales como cargos públicos destacados hace que deban ser portavoces de las posiciones políticas generales del Partido, sobre todo cuando se refieren a cuestiones importantes, y deben evitar la expresión de desacuerdos fuera de sus organizaciones.

Los pactos municipales suscritos con los socialistas han hecho posible gobiernos de izquierda en la mayoría de grandes y medianas ciudades y en muchos pueblos. Las dificultades y las crisis de los pactos en distintas situaciones concretas condujeron al PSUC y al PSC (PSOE) a hacer frecuentes reuniones entre los responsables de política municipal y en algunos casos al más alto nivel, con participación de los secretarios generales. En dos casos estas reuniones dieron lugar a sendos documentos destinados a los comités y a los grupos municipales de ambos partidos. Entresacamos algunos de los acuerdos alcanzados destinados siempre a consolidar unos pactos considerados por ambos partidos como una política que debe perdurar:

1) Se procurará que sólo se lleven a los ayuntamientos aquellas cuestiones políticas generales de carácter extramunicipal que sean de gran importancia y en las que haya acuerdo entre ambos partidos (por ejemplo, OTAN). Los partidos evitarán, en la medida de lo posible, instrumentalizar a los cargos públicos en polémicas políticas de carácter extramunicipal. También se evitará, dentro de cada partido y excepto en casos muy graves, que las diferencias internas no tengan efectos en la actividad municipal (enfrentamientos públicos, cambios de responsabilidad por razones extramunicipales, ceses o dimisiones, etc.).

2) En cada Ayuntamiento se celebrará una reunión periódica o regular entre representantes de los dos grupos municipales (o de todas las fuerzas integrantes del pacto), incluido el alcalde, que puede dar lugar a la creación de un organismo estable de gobierno o de coordinación. En los casos de conflicto, y antes de que éste sea público y dé lugar a un enfrentamiento en el Pleno, se celebrarán reuniones con representantes de los Comités Locales, comarcales o intercomarcales y de la dirección, si uno de los dos partidos lo considera necesario.

3) Los alcaldes se comprometen a no cesar unilateralmente a los concejales responsables de área del otro partido. El grupo municipal integrante del pacto y que no tiene la alcaldía se compromete por su parte a no presentar moción de censura ni a retirarse unilateralmente de sus carteras. En aquellas cuestiones que no sean de gran importancia, y habiéndose informado previamente ambos grupos, se podrá votar distinto sin que esto signifique una crisis en el pacto municipal.

La práctica de las Secretarías de Política Municipal.

Las Secretarías de Política Municipal de PCE y del PSUC, y por la información que tenemos las de los otros partidos de nacionalidad o región, han actuado en general según los criterios hasta ahora expuestos (aunque algunos de ellos sólo están formalizados en documentos del PSUC forman parte, nos parece, de la «cultura municipalista» común de los comunistas españoles). De las reuniones tanto de la Comisión de Política Municipal del PCE como de los plenos y jornadas de ámbito regional o



de nacionalidad, pensamos que pueden extraerse algunos criterios más que desarrollan y complementan lo dicho hasta ahora:

a) El partido debe conquistar su autoridad para dirigir la política municipal, tanto a nivel central, como regional, provincial o local. Es decir debe ser capaz de aprender de la experiencia municipal, de coordinar nuestra acción en los municipios, de tener iniciativas generales, de asesorar y ayudar a los grupos municipales, de elaborar políticas sectoriales y política municipal global, de avanzar en la política de unidad de la izquierda, de luchar y de negociar con el Gobierno y con la Administración, de relacionarse y estar presente en las organizaciones sociales y profesionales que intervienen en la política municipal (movimiento ciudadano, profesionales, sindicatos, funcionarios, etc.).

b) Los Comités Locales y Provin-

ciales deben superar el «síndrome municipal» que puede manifestarse tanto por la obsesión de controlar el grupo como por el desentenderse de la actividad municipal considerada como tarea de especialistas (a veces se incurre en ambos defectos a la vez). Los alcaldes y concejales tienen sin embargo una responsabilidad especial pues deben preocuparse de tener informado correctamente al conjunto del Partido, empezando por los Comités, de lo que ocurre en la vida municipal. Sólo así podrán recabar el apoyo del Partido, indispensable para realizar una política de izquierdas.

c) La elaboración de la política municipal del Partido exige tener muy en cuenta la experiencia municipal concreta tanto para aprender de ella como para evitar incoherencias y localismos para lo cual se deberán hacer planteamientos generales en cada sector de la actividad

de los ayuntamientos. Hay que potenciar la relación horizontal entre alcaldes y entre concejales que trabajan en la misma área o departamento y promover reuniones periódicas comarcales o provinciales, regionales, y nacionales. Para esto los Comités del Partido deberán garantizar que exista una Secretaría de Política Municipal en cada uno de estos niveles y siempre que sea posible una Comisión u Oficina de carácter técnico-político que pueda preparar las reuniones, elaborar las propuestas y proporcionar un cierto asesoramiento. También debe hacerse una elaboración de política municipal, y en cada uno de sus sectores, a nivel central que tenga en cuenta las experiencias locales, y además los objetivos generales del Partido, el análisis de la situación política, el conocimiento de las cuestiones legales, presupuestarias, etc. Es especialmente importante ahora potenciar la Federación Española de Municipios y nuestra iniciativa en ella, lo cual obliga a una coordinación mayor de nuestro trabajo municipal. Debería estudiarse la utilidad de una organización complementaria para los cargos públicos municipales, miembros o simpatizantes del Partido como la que tienen los comunistas franceses (Association d'Elus Communistes et Republicains).

d) En la actividad municipal específica es fundamental defender la autonomía del Grupo Municipal y en aquellos casos en que es atacado públicamente desde el mismo Partido hay que restablecer su autoridad y credibilidad ante el conjunto de los ciudadanos. Sólo cuando se llegue a la conclusión, en los órganos competentes del Partido, que el Grupo o alguno de sus miembros, realiza una política municipal contraria a nuestros objetivos y métodos, o tiene una actitud en el Ayuntamiento o hacia los ciudadanos indigna o inaceptable políticamente (p. ej. corrupción, colaboración con fuerzas o personas antidemocráticas), se debiera plantear su cese o destitución.

e) Es un criterio general en nuestra política municipal que en los casos de conflicto interno en los que intervienen cargos públicos el intentar resolverlo dentro del Partido (y no por medio de acciones o declaraciones públicas) a través de la discusión y la negociación. También consideramos muy conveniente que haya la máxima estabilidad de los cargos públicos, tanto por razones de credibilidad y eficacia hacia afuera, como para que puedan consolidarse los equipos municipales y no se dilapide el patrimonio representado por este período de formación que han sido

los tres primeros años de Ayuntamientos democráticos. Lo ideal es que, si no todos, la mayoría de nuestros alcaldes y concejales puedan volver a serlo en la próxima legislatura y no que haya que volver a empezar prácticamente de cero (aunque el Partido como colectivo también ha aprendido en este período).

f) Un caso especial que se ha planteado en los últimos meses (primero en Catalunya con los «prosoviéticos» y luego en Madrid y en algunos otros sitios con los «renovadores») es qué ocurre cuando los cargos públicos hacen pronunciamientos de política general contrarios a la política aprobada en Congresos o Conferencias o a los acuerdos de los órganos de Dirección del Partido. De esto hablaremos más adelante, pero sí que queremos decir desde ahora que nos parece que ha sido un criterio general del Partido y de nuestra política municipal considerar que los cargos públicos son de especial confianza y representatividad del Partido, y que son los que más obligados están a defender y respetar la línea política y los acuerdos aprobados regularmente en el Partido.



La crisis de los profesionales, intelectuales y artistas del P.C.E.



La grave crisis de militancia que desde las elecciones de 1977 se venía produciendo en amplios sectores de profesionales, intelectuales y artistas del Partido ha llegado a su punto más alto con motivo del X Congreso, de tal forma que no es aventurado decir que en estos meses se está cerrando toda una época. Por ello es imprescindible analizar a fondo todo lo que ha supuesto este período, con el objetivo de ir creando paulatinamente las bases de un nuevo trabajo hacia estos sectores, que se traduzca, en un futuro a medio plazo, en una amplia proyección política, electoral y militante del Partido en lo que hemos denominado genéricamente Fuerzas de la Cultura, porque partimos de un supuesto que no por aceptado hay que dejar de reiterar y es que el proyecto eurocomunista exige una profunda inserción del Partido y de su política entre las Fuerzas de la Cultura, así como una amplia presencia militante de los profesionales, intelectuales y artistas en las filas del P.C.E.

Los orígenes de la expansión

No es ninguna exageración decir que en el bienio 1975-1977 el P.C.E. tenía un reconocido prestigio, una evidente influencia, unas sólidas organizaciones entre los profesionales, intelectuales y artistas, especialmente en los grandes núcleos urbanos, por encima de cualquier otro partido; siendo quizá uno de los apoyos decisivos, si no el fundamental, de la Junta Democrática el impulso que le dieron esos sectores identificados con la política del P.C.E.

Por otra parte, en las elecciones generales de 1977, el P.C.E. se presentó con prestigiosos profesionales e intelectuales en sus listas. Y nuestros mítines, así como otras formas de campaña electoral, con la adhesión igualmente de muchos de ellos. En los órganos de dirección del Partido, en sus diversos niveles, estaban presentes, en proporción

no precisamente testimonial, tendencia ésta que se mantendría en el IX Congreso, con un avance significativo, a pesar de lo que haya podido decirse en el X Congreso.

Los orígenes de esta importante presencia militante de profesionales e intelectuales en el PCE y de esa sensible proyección externa, se sitúan en los años ascendentes del movimiento estudiantil, aunque ya desde la II República el PCE había tenido una cierta presencia entre los intelectuales, recuperada en los años 50. Será precisamente después de la crisis de Claudín y Semprún, cuando, con motivo de su expulsión y las repercusiones solidarias que ello tuvo en organizaciones y militantes ligados a las Fuerzas de la Cultura (basta recordar la masiva defección de la organización del PCE en la Universidad de Madrid), todo hacía pensar en una destrucción del trabajo del PCE entre las Fuerzas de la Cultura realizado especialmente a partir de 1956 y con mayor relieve en los años 62 y 63, se inicia un crecimiento sostenido de la militancia de estudiantes, de profesionales e intelectuales en el PCE que será ininterrumpido hasta 1977.

32

A grosso modo distinguiríamos dos factores de aproximación al PCE de amplios sectores de estudiantes, uno de carácter básicamente sociológico y otro de matiz netamente político.

Si bien es cierto que ya en los años 50, gracias a la lenta recuperación del movimiento obrero, y a la presencia de algunos comunistas en las luchas estudiantiles del año 56, se produjo una sensible influencia del PCE en *personalidades* de la cultura, estudiantes, etc., era ésta una militancia *muy selectiva e individualizada* y con un componente fuertemente *ideologizado*. Será la masificación de la Universidad en los años 60, con la irrupción mayoritaria de las capas medias en una Universidad hasta ese momento casi totalmente reservada a los hijos de la alta burguesía, la que irá creando las condiciones sociales para la influencia del PCE en unas capas no tan íntimamente ligadas al poder franquista, a las clases dominantes; influencia que será posible además por la propia política de Reconciliación Nacional, dirigida especialmente hacia esas capas medias.

En lo que se refiere al factor político resulta significativo analizar 15 años después la firme y coherente posición del PCE en el movimiento estudiantil en el período 64-69 y después en el 73-77, con frecuencia en solitario y a contra corriente de las posiciones izquierdistas en boga, manteniendo estructuras y reivindicaciones que permitieron la participación unitaria del conjunto de los

estudiantes en las movilizaciones, la propia política de atracción del estamento docente, de llegar a la opinión pública, a las clases medias con actitudes razonadas que chocaban con los criterios del vanguardismo gauchista. Esta política eurocomunista «avant la lettre» en la Universidad, se tradujo en una integración en el PCE no ya sólo de los líderes de masas más significativos, sino también de muchos militantes del F.L.P., del PCE (i), Bandera Roja, ORT, etc., atraídos por la coherencia estratégica del PCE y su ligazón a la política cotidiana del movimiento estudiantil.

Serán fundamentalmente estos estudiantes los que años después encabezarán y formarán parte de los movimientos profesionales, de intelectuales y artistas.

Una primera y por supuesto nunca definitiva conclusión política que podemos extraer del origen de la expansión del PCE entre los intelectuales y profesionales bajo la dictadura, es el papel que tuvo una estrategia política coherente, aún siendo coyunturalmente difícil de defender y abrirse paso, a la hora de llegar a sectores que por su propia formación intelectual valoran la racionalidad de las propuestas, por encima de las otras consideraciones.

Una segunda conclusión en el análisis de esos orígenes hay que situarla en la imbricación de esa estrategia política en los movimientos de masas. La expansión militante se produce siempre al calor y al contacto de propuestas y estructuras movilizadoras de masas, y nítidamente democráticas: el SDEU, las manifestaciones y asambleas masivas, los programas reivindicativos concretos, fueron los impulsores de la militancia comunista. Los años de paralización, de clandestinización o de liquidación de estructuras de participación de masas, a la vez que facilitaba la represión precisamente de los comunistas, eran el terreno propio del izquierdismo y en ese sentido los años 1969-73 son significativos.

Así pues, fue evidente la relación dialéctica entre crecimiento de la militancia comunista y movimientos democráticos y a sensu contrario, como después desarrollaré, los comunistas, al menos los profesionales e intelectuales, fuera de movilizaciones democráticas nos hemos perdido, hemos entrado en crisis de identidad, nos hemos interiorizado en polémicas a menudo interminables.

La segunda oleada en ese proceso de crecimiento del PCE entre los profesionales e intelectuales vendría en relación con los movimientos de profesionales surgidos en el período 1974-

1977 y en especial en torno a la política de la Junta Democrática. La política del Pacto por la Libertad, unitaria, orientada a buscar formas organizativas abiertas, que facilitaran la participación masiva, la utilización de las plataformas legales, la vinculación entre los problemas específicos de cada sector y la lucha por la libertad, serán experiencias, ya probadas en el movimiento estudiantil, que adaptadas a los movimientos de profesionales en el período 74-77 asegurarán no sólo positivos frutos movilizadores contra la dictadura, sino también una profunda influencia del PCE en ellos.

El factor de la lucha por la libertad

Es un hecho reconocido ampliamente que al menos hasta el año 1974 la *oposición activa* de carácter político en nuestro país pasaba de forma casi exclusiva por las filas del PCE como *lucha articulada a nivel de Estado*.

Así pues, la lucha por la libertad y contra la dictadura aparecía para numerosos demócratas íntimamente ligada a la militancia en el PCE. Los planteamientos de vía democrática al socialismo, la posición crítica hacia los países del bloque soviético, etc., eran factores que indudablemente facilitaban el paso a la militancia en el PCE.

Ese carácter no dogmático de nuestras concepciones políticas, y la inmediatez de las tareas políticas cotidianas se traducían en que no se hacía necesario para quien entraba en el PCE una identificación excesivamente detallada con las teorías marxistas.

Por otra parte, nuestra política de pacto por la libertad, que es la definidora de este período, era más una política de oposición y de lucha, que de alternativas de gobierno. Esa política no requería excesivas concreciones y por su genérica amplitud podía ser fácilmente asumible por un luchador demócrata que careciese de prejuicios anticomunistas y que, de alguna forma, se identificara con la idea transformadora del socialismo genéricamente.

De forma algo esquemática pero inteligible diríamos que en los años 74-77, a medida que se amplían los movimientos de oposición a la dictadura entre los profesionales e intelectuales, a medida que se flexibilizan las posibilidades de militancia en el PCE, a medida que la política del Pacto por la Libertad se centra en la dicotomía dictadura-libertad, el carácter de la militancia de ese sector en el Partido se aproxima más a la de un movimiento socio-

político que a la de un *partido político* de contornos muy definidos.

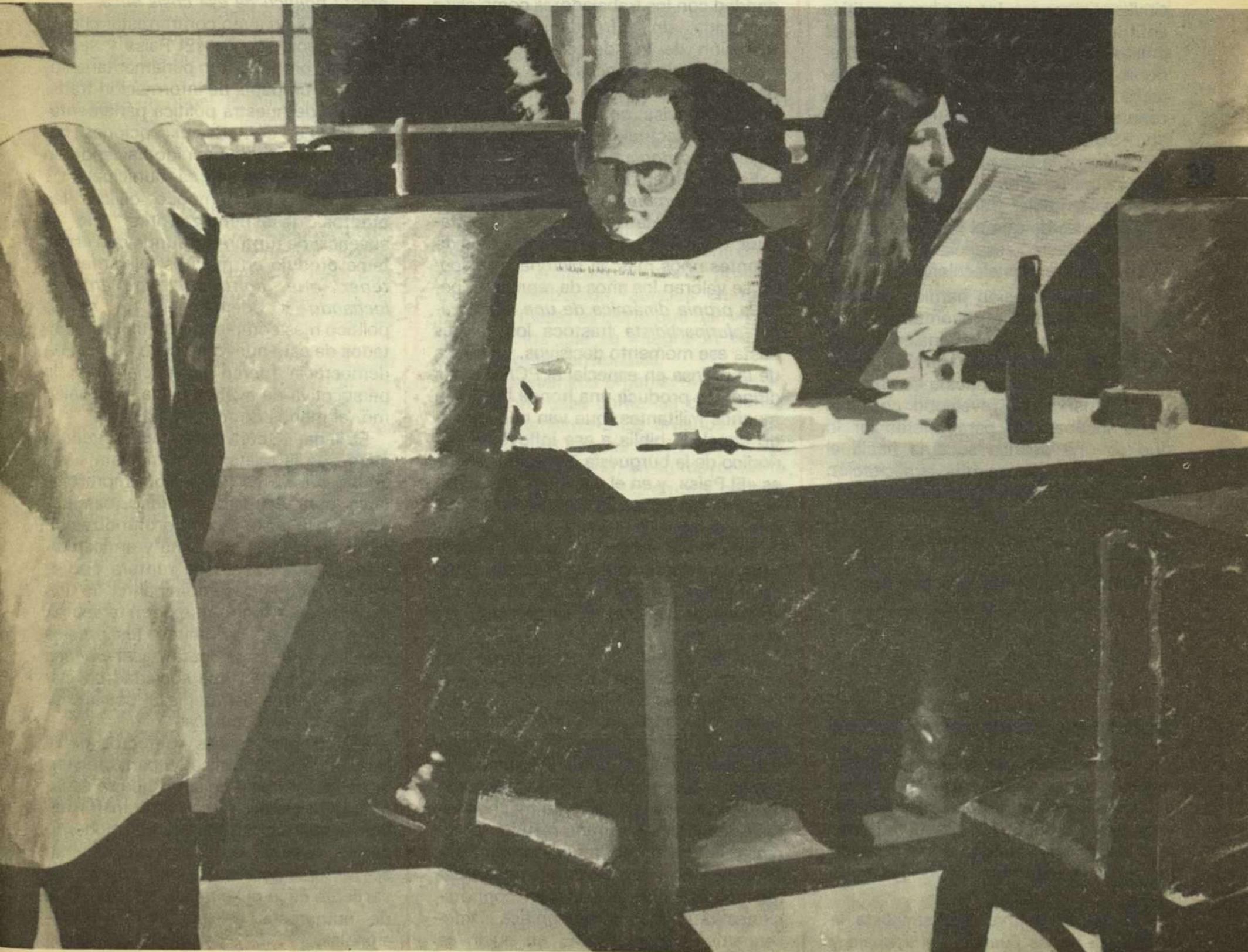
Y así, la consecución de la democracia, la irrupción como fenómeno tangible de los partidos políticos como *opciones diferenciadas* y como *conjunto de intereses políticos específicos* hace que entre en crisis esa concepción de la militancia en el PCE de *perfiles movimentistas* y que vaya agudizándose con nuestra progresiva estructuración como partido político. No es que antes de 1977 no fuéramos un partido político, o que los militantes del PCE no tuvieran conciencia de militar en un partido, es que a partir de abril de 1977 nos adecuamos paulatinamente como *partido político a un sistema democrático de partidos políticos en el que la contienda electoral y la presentación de opciones diferenciadas cobran un papel decisivo*.

Paralelamente, se inicia el gran despegue de un PSOE renovado cuyos planteamientos no serán muy diferentes, *en una primera lectura*, y así a partir de 1977 la lucha democrática no pasará ya casi exclusivamente por el PCE sino que surge un partido con enormes posibilidades de atracción hacia los profesionales e intelectuales, como demostraron las propias elecciones de 1977.

En ese espacio político de izquierda que ahora comparten dos partidos, el PCE y el PSOE, se irán sucesivamente desarrollando posiciones diferenciadas, en especial a medida que el proceso electoral se hace inmediato.

El PSOE ofrecerá una imagen sugestiva: dirección integrada básicamente por *jóvenes y profesionales, aspectos dinámicos, respaldo europeo, radicalismo*

en algunos aspectos, compensado con no ser comunistas, etc. La irrupción espectacular del PSOE, y se ha visto a lo largo de los años siguientes, no produjo un efecto de *arrastre de los militantes* intelectuales y profesionales del PCE, al menos de forma significativa, pero tuvo otros efectos no despreciables, como, por ejemplo, el frenazo al proceso de aproximación al PCE de aquellos que en los años anteriores no tenían la referencia PSOE, al menos como algo tangible. Así, otros sectores de profesionales sin militancia en partidos, pero que en los años 75 y 77 habían actuado políticamente alrededor de los comunistas, se sintieron atraídos por *el voto útil* PSOE, lo que no suponía ni militancia en el PSOE y ni siquiera romper ciertas formas de relación con las iniciativas comunistas.



Quizá hubiera sido ese el momento de presentar y desarrollar a fondo la opción diferenciada *eurocomunista*, de profundizar en el espacio propio eurocomunista, de librar una batalla de *consolidación ideológica* del marxismo revolucionario entre los intelectuales, profesionales y artistas influidos por el PCE, de *destacar los rasgos diferenciadores del PCE que no tenían porqué implicar una actitud anti-PSOE*.

Los resultados del 15 de junio de 1977, a mi manera de ver, tuvieron un efecto demoledor en esos sectores, cuya aproximación militante o simpatizante hacia el PCE venía determinada por esa referencia básica de ser la oposición política real al franquismo. El PCE, el 15-6-77, pasaba a ser casi un partido de referencia testimonial para muchos de ellos, la política real quedaba limitada al PSOE.

A partir del 15 de junio de 1977 y por similares razones a las que hacer política antifranquista les llevaba a la zona de influencia del PCE en los años anteriores, el hacer política contra la derecha, ya en democracia, les lleva a la zona de influencia del PSOE y al voto útil PSOE. Las posibilidades de que el PSOE fuera la alternativa aparecían en esos primeros años de la transición como algo tangible, frente a las alejadas posibilidades de que el PCE pudiera acceder al gobierno, especialmente a partir de las segundas elecciones.

Una nueva ocasión perdida para reafirmar el espacio eurocomunista ante los intelectuales y profesionales progresistas fue el XXVII y XXVIII Congresos del PSOE, con la propuesta de abandono del marxismo, revelando con una cierta incapacidad para diferenciar lo que es una política sectaria hacia el PSOE de lo que es una explicitación pública de las diferencias entre los dos partidos de izquierda.

Lo que recientemente hemos llamado síndrome Miterrand es, por el momento, la culminación del proceso iniciado en la noche del 15 de junio del 77.

El factor ético

El desencanto de muchos intelectuales, artistas y profesionales por las actividades de los partidos de izquierda, y en especial del PCE, no está muy alejado del propio impulso ético determinante de la decisión de militar en el PCE.

Aunque desde una visión simplista de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y

de la Cultura podríamos concluir que los intelectuales que ingresan en el PCE lo hacen como reflejo de esa coincidencia objetiva con la clase obrera como Fuerza de la Cultura; en mi opinión, son minoritarios los miembros de ese sector que han entrado en el PCE por una neta conciencia anticapitalista, por intereses de clase. Quizá haya que diferenciar entre quienes empezaron a militar a partir del movimiento estudiantil de los años 64-69 en los que sí efectivamente se había desarrollado una conciencia anticapitalista a través de los años de militancia y los que lo hicieron en el período 74-77 en que los objetivos anticapitalistas se fueron tácticamente difuminando ante la inmediatez de la disyuntiva dictadura-democracia.

Y en este sentido, junto a la necesidad de luchar por la libertad donde realmente se podía hacer, se produce un *impulso ético* que yo situaría en la solidaridad con los trabajadores como clase explotada, un enfrentamiento con la represión de los derechos *culturales, nacionales, lingüísticos, etc.*, la necesidad de acabar con una situación de dictadura opresiva, omnipresente y ante la que un intelectual, en cierta forma privilegiado, *no podía éticamente inhibirse*.

Este contenido ético empieza a quebrarse *también* a partir del 15 de junio de 1977. Ha desaparecido la dictadura, el PCE es una opción más, sus dirigentes unos más, la historia se respeta, se valoran los años de represión, pero *la propia dinámica de una democracia pluripartidista* trastoca los valores hasta ese momento decisivos. La crítica de la prensa en especial al PCE y a sus dirigentes produce una honda huella en muchos militantes, que van concediendo papel de biblia a ese influyente periódico de la burguesía democrática que es «El País», y en el partido como tal no captaremos esos efectos devastadores que el cambio de una prensa burdamente anticomunista por una prensa sofisticadamente antimarxista (y desde posiciones democráticas) tendrá en amplios sectores de profesionales e intelectuales progresistas.

La necesidad de consolidar la democracia hace que la práctica política, las exigencias cotidianas de la lucha política, las alianzas de uno y otro tipo imprescindibles en un sistema democrático, ese papel de partido político que hay que desempeñar, aparezcan como mezquinas, marrulleras para muchos camaradas. En este sentido resulta significativa la fijación en la persona de Santiago Carrillo, en quien de forma visceral, yo diría que incluso con connotaciones freudianas, se personifica el «desencanto» hacia el PCE, en quien se

centran todos los males y errores del partido, todas las frustraciones derivadas de la crisis en la visión «idealista-obrerista» de los dirigentes históricos del PCE.

Ese *marcharse* día a día en una democracia pluripartidista con una correlación de fuerzas que no es *obviamente la que deseamos los comunistas, pero en la que operamos respetando el marco constitucional*, llega a hacerse incomprensible para muchos componentes del sector que estamos analizando. En ese proceso de deterioro, la brutal crítica que contra el período de consenso, que permitió la elaboración de la Constitución, desencadenaron numerosos órganos de comunicación de masas, tuvo la virtud de terminar de confundir ese impulso ético en que se apoyaba en forma importante la militancia de muchos profesionales e intelectuales, y *el desencanto será, pues, el efecto político de esa crisis ética*.

«M. O.» no supo contrarrestar el desgaste ideológico de «El País» y similares, ni el propio grupo parlamentario supo jugar un papel de información transparente de nuestra política parlamentaria, salvo en contadas excepciones, como tampoco lo han venido haciendo en general nuestros cargos municipales.

No podemos tampoco olvidar los efectos desesperanzadores que la ausencia de ruptura profunda con el sistema produjo en muchos militantes, *el tener que continuar nuevamente luchando* y además en un marco político más complejo, sin que los resultados de este nuevo proceso político en democracia fueran sustanciales en la perspectiva de avance hacia el socialismo, al menos de forma inmediata.

El llegar a convencer del contenido ético que la militancia comunista tiene *aquí y ahora*, es quizá algo imprescindible, para recuperar a muchos camaradas. Y ello parte de una profundización de la conciencia socialista y anticapitalista, de un trabajo de ruptura con la ideología de la clase dominante, de una explicación a fondo que permita asumir las exigencias, los límites, los precios que hay que pagar para hacer *política revolucionaria* en una sociedad de clases y por una estrategia al socialismo *netamente democrática*.

Las propias causas y efectos de la brutal crisis económica, el paro creciente, la incapacidad de la burguesía española para asumir tareas de transformaciones democratizadoras, de modernización cultural, etc., pueden y deben ser factores para la recuperación de esa vertiente ética de la militancia en el PCE de numerosos intelectuales y profesionales.

Los efectos disgregadores de la territorialización

La necesidad de llevar la política global del Partido a las masas, ligada a las tareas evidentes de la homogeneización del PCE, la propia concepción organizativa y política de nuestro partido, exigían una estructura territorial y no sectorial. Sin embargo, la decisión política de la primavera del 77 de territorializar el Partido tuvo terribles efectos en la militancia de este sector. Una decisión correcta se ha traducido en un grave error político. ¿Por qué? Para empezar, diría que no se tuvieron en cuenta, por quienes en aquellos días defendimos la territorialización, entre otros, los siguientes factores:

— Una parte sustancial de los profesionales e intelectuales que militaban en el PCE llevaban un tiempo medio de 2-3 años en el Partido y era en ellos precisamente en los que ese componente de lucha por la libertad y de conciencia ética jugaba un papel de militancia decisivo y en los que la visión idealizada-obrerista de los militantes obreros del Partido era mayor.

— La proyección política de la militancia de los profesionales e intelectuales se realizaba fundamentalmente en sus ámbitos profesionales, estaba volcada hacia sus colegios o movimientos profesionales, aunque también hubiera un sector no desdeñable con un trabajo de carácter sindical.

— El haber ingresado en el PCE no sólo ya en la época de las «agrupaciones», sino en especial en agrupaciones de profesionales, en las que las relaciones de amistad, de proximidad profesional, de similares esquemas vitales, culturales, etc., creaban un clima que facilitaba en gran medida la militancia y la propia comunicación entre unos y otros camaradas.

Las características especiales de esas agrupaciones de profesionales, en las que además se daba una cierta visión informal (en el sentido de no formalista) de la militancia, de la vida orgánica, no reñida, por supuesto, ni con la disciplina ni con el activismo, se complementaban con una profunda preocupación por el funcionamiento democrático interno. En ese sentido, las actitudes críticas hacia los órganos de dirección del partido se producían más por discrepancias en cuestiones formales que por divergencias de fondo.

Esa hipersensibilidad democrática interna, esa «desacralización» del concepto «órgano de dirección», hacían

que la propia aceptación del centralismo democrático fuese considerado como algo en proceso de superación una vez alcanzada la democracia, pero no como algo necesario para el partido.

Cuestiones que para muchos militantes podrían aparecer como meramente formales, para la mayoría de los profesionales e intelectuales comunistas tenían una importancia no secundaria.

A partir de la legalización y de la territorialización, muchos de ellos empezaron a sentirse incómodos por una cierta concepción del Partido que ellos podrían considerar como tradicional y rigorista y a la vez insuficientemente democrática.

El propio arraigo de las concepciones assembleístas practicadas en el movimiento estudiantil o profesional estaba latente en el funcionamiento de las agrupaciones profesionales.

A la hora de plantearse hoy día el trabajo para el futuro entre los profesionales, intelectuales y artistas tendremos que *revalorizar*, y no de forma defensiva precisamente, la *importancia positiva del centralismo democrático* en la vida del Partido, resaltar el carácter nítidamente democrático y revolucionario de esta concepción, la necesidad de su práctica sin distorsiones y su propia adaptación a las exigencias de la lucha política de nuestro tiempo.

A partir de la realidad descrita se puede decir que sólo una pequeña parte del sector analizado resiste el proceso de territorialización, aunque en unos primeros meses es cierto que fueron numerosos los que se integraron en las agrupaciones territoriales.

Los *sucedáneos organizativos* que se plantearon, tales como las comisiones de asesoramiento a los órganos de dirección, a los grupos de concejales, al grupo parlamentario, en su mayor parte se redujeron de *hecho*, en una primera época, a comisiones de *notables*, a acoger las figuras más prestigiosas. Con el paso del tiempo esas comisiones de notables, cuyo trabajo no supimos o pudimos organizar de forma estable, cuyas iniciativas eran archivadas con frecuencia por nuestras propias limitaciones de poder plasmarlas en algo operativo políticamente, fueron entrando en proceso de disolución.

Sin que tampoco olvidemos ciertos elementos tecnicistas o perfeccionistas de camaradas profesionales distanciados de la *realidad política del PCE*.

En definitiva, éste no fue ni un cauce político ni de trabajo para la mayoría de los profesionales e intelectuales del Partido.

Los cauces organizativos para el asesoramiento a las agrupaciones territo-

riales en la consecución de su proyección ciudadana tampoco funcionaron, al menos con carácter general. Unas veces por incapacidad de los propios profesionales, para descender de lo genérico a lo específico; otras, por incapacidad de la propia agrupación de salir del local, de romper con su trabajo interiorizado, o, también, por la propia crisis de los movimientos asociativos (objeto de otro tipo de análisis pendiente en el PCE) en los que apoyar esas tareas de asesoramiento. Por último, el limitado poder de gobierno que las elecciones políticas y municipales nos han dado hasta la fecha era también un techo para el trabajo de los profesionales.

Tenemos, por tanto, que admitir que hemos sido bastante incapaces, empezando por los propios profesionales, de desarrollar ese aspecto básico de la política eurocomunista de pegarnos a la realidad social y proyectarnos en ella desde abajo, razón de ser, entre otras cosas, de esa estructura territorial del Partido.

Por otra parte, en algunos cuadros del Partido se ha dado, y yo diría que se sigue dando, una concepción «antigua» del concepto «fuerzas de la cultura», asimilándolo más a «personalidades», a «intelectuales», a «profesionales liberales» (que eran precisamente los que entraron en el PCE o fueron influidos por nuestra política en los años de la II República y en los años 50) que a la nueva realidad de un sector social resultante de la revolución científico-técnica y de la masificación universitaria de los años 60.

La relación política con unos y otros, sin ser en sí contradictoria, tiene elementos diferenciados que hubiera sido necesario tener en cuenta, como se reveló en la propia propuesta de comisiones de asesoramiento de los órganos de dirección a la que ya me he referido, pensada básicamente en los primeros y sin que simultáneamente profundizáramos en el espacio político que dentro del Partido deberían tener los nuevos profesionales.

Con el paso del tiempo se va produciendo un proceso diversificado: por una parte, sólo un reducido número de profesionales llegan a cuajar y a mantenerse en las agrupaciones territoriales y muchos de estos serán precisamente los que están vinculados a un trabajo sindical.

Una gran mayoría, precisamente los que entraron en el período 74-77 van paulatinamente dejando la militancia organizada, siendo quizá el último acto militante la participación en el proceso electoral del 79, aunque ya con bastantes defecciones en relación con el 77.

Hay un tercer sector de profesionales e intelectuales que aunque no integrados de forma regular en las agrupaciones territoriales mantienen una vinculación política con el PCE, asistiendo a actos políticos, apoyando o participando en iniciativas del Partido, etc.

Por último, serán escasos los abandonos formales explícitamente públicos o la integración en el PSOE o en otros partidos.

Es evidente que el hecho en sí de la territorialización no fue el factor decisivo en esta crisis de militancia. De hecho, en algunos sectores se mantuvieron las agrupaciones profesionales y éstas sufrieron similares situaciones de crisis. Lo que quiero resaltar es el carácter complejo de un proceso, cuyas causas son básicamente políticas, pero que medidas organizativas contribuyeron a acelerar.

Si los efectos de la territorialización en el mantenimiento de la vida orgánica fueron sensibles, las repercusiones en la actividad política, y más aún en la propia posición política, fueron todavía más significativas, aunque hayan sido hasta ahora menos analizadas.

36

Otras causas de distanciamiento

La carencia de *vínculo orgánico permanente*, que cumplían las antiguas agrupaciones sectoriales, para cada sector de los profesionales, tiene que ver de manera inmediata con el progresivo abandono del trabajo en los Colegios y movimientos profesionales. Los comunistas, que éramos el elemento dinamizador básico en los Colegios y movimientos profesionales, *desperdigados organizativamente*, fuimos sucesivamente inhibiéndonos, sin que nuestro papel político fuese cubierto ni por los socialistas, ni tampoco por los núcleos reducidos y radicalizados de profesionales izquierdistas e independientes. Se ha dicho que la caída en manos de la derecha de los Colegios y movimientos profesionales era lógica, dadas las tendencias corporativistas de los Colegios y asociaciones profesionales, así como que la política en democracia ya no pasaba por estos y sí por los partidos e instituciones políticas. Eso es, en parte, cierto, pero no excluye las importantes consecuencias políticas de un claro abandono de los profesionales vinculados al PCE o influidos por él, y esto, insisto, refleja esa pérdida del vínculo organizativo tradicional de los profesionales comunistas, que era el que posibili-

taba esa proyección activa a los Colegios y movimientos profesionales.

Esa pérdida de la actividad política concreta de masas, ese aislamiento, si no personal, sí como *colectivo político actuante*, va a ir creando incluso las condiciones que permitirán en muchos casos un posicionamiento político progresivamente diferenciado de las posiciones del Partido.

El origen de esa progresiva diferenciación política hay que buscarlo también en la pérdida de *vida política estable*, de la falta de vínculos permanentes de discusión en el Partido, de un *seguimiento continuado* de las posiciones e iniciativas políticas del PCE.

Esa falta de proyección política activa en el movimiento de masas y esas carencias de vida política orgánica desembocan en una doble actitud.

Por una parte, la de quienes, sin dar el paso militante de integración en el PSOE, consideran acertada o más atractiva la política de este partido, con frecuencia más influidos por las aparentes actitudes radicales del PSOE o por iniciativas espectaculares de los socialistas, y ello sin analizar con rigor en que quedan con el tiempo esas propuestas que en su enunciación pueden deslumbrar políticamente, que por una profundización en la política global de los socialistas españoles.

Por otra parte, la de quienes, y en especial a partir de la incompreensión de los Pactos de la Moncloa, criticaron éstos, la política de consenso, la actitud firme y dura frente al terrorismo, e incluso tendrán reticencias hacia la propia Constitución, y considerarán una coartada alarmista las denuncias del PCE de los riesgos involucionistas; resultando, en definitiva, sorprendente que profesionales que se identificaron en su día con la política del Pacto por la Libertad, con la Junta Democrática, rechazan en estos años la política de gobierno de concentración o la firma de los Pactos de la Moncloa.

La insuficiente participación de los colectivos de profesionales en el debate del IX Congreso, con dos aspectos tan decisivos, como fueron el análisis de la transición política y el abandono del concepto marxismo-leninismo, ha tenido significativas repercusiones en las posiciones de numerosos profesionales e intelectuales comunistas.

Existe una generalizada puesta en cuestión en unos casos, e incompreensión en otros, de la política seguida por el Partido en el período que transcurre desde la legalización hasta la Constitución, sin que se haya profundizado en la reflexión autocrítica contenida en las tesis del IX Congreso y menos aún en una

lectura de las mismas a la luz de los acontecimientos del 23 de febrero de 1981.

El abandono del concepto «marxismo-leninismo» fue vivido por numerosos profesionales e intelectuales comunistas como una concesión oportunista a la burguesía y a los poderes fácticos, al margen de que se estuviera próximo o alejado de las concepciones teóricas marxistas-leninistas.

La política sindical y los profesionales

El ascenso de la lucha reivindicativa de los técnicos y profesionales en los años 75-77 en paralelo al proceso de auge de las movilizaciones obreras en esos años, abría amplias posibilidades a la futura sindicalización de técnicos y profesionales, muchos de los cuales también militarían en el PCE.

La estructuración de CC.OO como sindicato, en la primavera del 77, abandonando, ante las posiciones de UGT y USO, los proyectos inmediatos de unidad sindical, la propia ruptura de estructuras unitarias en algunos sectores de técnicos y profesionales, será un primer factor en el proceso de distanciamiento sindical y político de numerosos técnicos y profesionales.

En parecidos términos a lo que supuso la incompreensión de la nueva situación de actuación política en un sistema de democracia pluripartidista, la situación de pluralismo sindical consolidado, la estructuración sindical, la carrera por la afiliación, la inevitable competitividad sindical, creará un cierto desencanto en sectores con poca experiencia de lucha y de organización, con nula memoria histórica sindical.

Quizá en aquellos momentos no fue posible o quizá no se hizo por los comunistas presentes en CC.OO lo necesario para buscar fórmulas organizativas adecuadas que concretaran en la práctica los interesantes debates teóricos sobre las formas de sindicación de los técnicos y profesionales de los años 76-78.

Perdimos así unos años preciosos, aunque, sin duda, hubo también que elegir en condiciones difíciles toda una serie de trabajos prioritarios.

Esa falta de flexibilidad organizativa, esa timidez en promocionar a los técnicos y profesionales a los órganos de dirección de la C. S. de CC.OO en sus diversos niveles y ámbitos, fue continuada por una errónea política reivindicativa hacia los técnicos y profesionales, cuyo más conocido pero no único

reflejo fueron las famosas subidas lineales.

A ello se añadiría una actitud radical hacia los técnicos y profesionales en numerosas situaciones de huelgas, expedientes de crisis, mesas de convenios, sin olvidar incluso secuestros, actitudes contra las que se reaccionó excesivamente tarde.

El indudable espacio que los técnicos y profesionales tenían en CC.OO -movimiento, en las luchas de los años 72-77 no supimos con posterioridad a la estructuración como sindicato adecuarlo a la nueva situación, convirtiéndose a los técnicos y profesionales poco más que en auxiliares técnicos para las negociaciones con las empresas, o acordándose de ellos ante las campañas de elecciones sindicales.

Por su parte, la integración de cuadros sindicales surgidos de entre los técnicos y profesionales en la estructura del sindicato produjo una cierta separación «orgánica» con el conjunto de los técnicos y profesionales por lo que no eran ni mucho menos injustificadas las críticas de actitudes «obreristas» dirigidas hacia estos cuadros del sindicato. Las propias plataformas reivindicativas situaban las reivindicaciones específicas

de los técnicos y profesionales como coletillas finales de las que las comisiones negociadoras se olvidaban con frecuencia una vez conseguidos otros puntos básicos.

El resultado es que una afiliación de técnicos y profesionales que aún no era masiva en el 76-77, pero que pudo serlo, se ha convertido cuatro años más tarde en una afiliación exclusivamente ideológica e incluso con dificultades para mantener en la práctica sindical a militantes o simpatizantes del PCE.

Las repercusiones de esta crisis sindical de los técnicos y profesionales en el campo de la militancia en el PCE si bien no ha sido fundamental, sí ha sido un elemento más que sumar a los anteriores a la hora de analizar la crisis de los profesionales comunistas.

Establecer perspectivas de trabajo

Unicamente del análisis, de las reflexiones que hagamos los propios profe-



sionales que militamos en el Partido, sobre nuestro proceso y experiencia militante, podremos trazar una serie de conclusiones y a partir de las mismas plantearse un trabajo político de reinserción en el sector.

Sin embargo, hasta ahora ese análisis o no se ha producido, o ha sido sobre aspectos muy parciales, y en cualquier caso no ha sido debatido o asumido de forma colectiva.

No se trata de sumirse en una polémica abstracta o indefinida, sino de analizar las transformaciones sustanciales del marco en que nuestro trabajo político se desarrolló y la necesidad de unos nuevos planteamientos políticos y organizativos.

Es evidente que éste no es un tema exclusivo de los militantes de ese sector, sino que atañe al conjunto del Partido; sin embargo, la iniciativa del mismo para ser realmente eficaz y transformadora debe surgir de los colectivos de profesionales e intelectuales comunistas, y a la que los órganos de prensa, las organizaciones regulares, los órganos de dirección del Partido deben prestar especial atención.

38

Es imprescindible, en cualquier caso, un debate ideológico con y entre los profesionales, intelectuales y artistas del Partido sobre el carácter del centralismo democrático y su papel en la vertebración y funcionamiento político del Partido, una profundización en el valor ético de la militancia comunista en una sociedad de clases, un análisis a fondo en las tesis del X Congreso y su proyección concreta en el trabajo de y hacia este sector; una aceptación consciente de los órganos actuales de dirección del PCE como expresión democrática de la mayoría de los militantes del Partido.

Una aplicación no lineal ni cerrada de las formas de organización de los profesionales en base a lo aprobado en el X Congreso, que establezca las más adecuadas estructuras orgánicas para ellos, y a la vez garantice su integración en el conjunto del Partido; la inserción del trabajo de los profesionales, intelectuales y artistas en las estructuras territoriales, la no compartimentación, el evitar objetivamente situaciones de ghetto y también cualquier tentación obrerista.

Ir conjugando estos procesos imprescindibles de análisis con una salida al exterior, con una vuelta progresiva a los movimientos y organizaciones de profesionales, intelectuales y artistas, con una presencia en el barrio o en la ciudad; adecuarse a las nuevas exigencias de la lucha política en una so-

alidad democrática pluralista, con una correlación de fuerzas desfavorable para la izquierda; desarrollar una política sindical idónea para los técnicos y profesionales; establecer una colaboración con los profesionales del PSOE y otros sectores progresistas en una perspectiva de defensa y movilización en torno a la Constitución, a la consolidación del sistema democrático, a conseguir una

salida negociada progresista a la crisis, etc.

En definitiva, ligando el análisis de las experiencias pasadas con propuestas organizativas e iniciativas políticas concretas podremos superar la crisis actual y potenciar *unos nuevos movimientos* de profesionales e intelectuales, elemento esencial para el avance hacia una España progresista y socialista.



Los intelectuales y la transición

Armando López-Salinas

El desencanto por el escaso desarrollo democrático de nuestro país ha afectado profundamente a los intelectuales. En ello tiene que ver, sin lugar a dudas, la forma en que se inició la transición de la dictadura a la democracia, la no consecución de la ruptura democrática y, por tanto, la no formación de un gobierno provisional que convocara a Cortes Constituyentes. En definitiva, el que la clase obrera y las fuerzas populares de nuestro país, entre ellas amplios sectores intelectuales, no hayan podido jugar un papel hegemónico en la etapa de transición en la que aún estamos inmersos.

Durante muchos años, prácticamente desde 1956, fecha que cabe señalar como el primer enfrentamiento de las fuerzas de la cultura con la dictadura fascista, la lucha de los intelectuales, militaran o no en partidos políticos clandestinos, fue en aumento, siendo, en muchas ocasiones, la vanguardia por una renovación política, moral y cultural de la sociedad española. Documentos, sentadas, conferencias, acciones en la Universidad y en colegios profesionales, defensas políticas y sindicales, asambleas, huelgas y manifestaciones que ensanchaban el campo de la lucha democrática y de clases eran el pan nuestro de cada día. Clima cultural contestatario que promovía sin cesar líderes naturales de este movimiento cultural y político que sin muchas dificultades conectaba con el movimiento obrero organizado y los partidos de izquierda, fundamentalmente el comunista. En este contexto, los intelectuales comunistas se movían como el pez en el agua. Si no la hegemonía, la iniciativa en la acción generalmente estaba en sus manos.

Mesas y Juntas Democráticas ampliaron el campo de acción política de los intelectuales en toda España. Militantes y no militantes en partidos políticos, con gran capacidad autónoma de organización y decisión, se sentían, eran en aquel tiempo, constructores concretos, inmediatos, de la historia de su país. No hacían política por delegación, participaban directamente en ella

arrimando colectiva e individualmente el hombro para cambiar la realidad. Expresaban, en muchos casos con nombres y apellidos, algunos de ellos hoy casi olvidados, los deseos de libertad que anidaban en la sociedad española. Vanguardia cultural y vanguardia política eran, en cierto modo, una misma cosa.

Dentro del movimiento intelectual, junto al entusiasmo mostrado, había, ciertamente, y el que esté libre de pecado tire la primera piedra, una cierta dosis de ingenuidad, de idealismo. La cantada solidaridad, la cantada unidad era originada por las condiciones de la clandestinidad, un tanto relativa ya, y por un proyecto común.

Ese proyecto común, interclasista —no cabía otro, dada la correlación de fuerzas—, contenía a todos: intelectuales y obreros, demócratas burgueses, reformistas y revolucionarios. A todos unía la hostilidad a un régimen que ya estaba dando las boqueadas, a todos unía lo que estaba colocado en un primer plano: la conquista de las libertades políticas. Libertades que para unos constituían la meta de sus aspiraciones y para otros la necesaria e imprescindible etapa para ir más allá en la consecución de una democracia política, económica y social, antesala del socialismo en libertad.

De todos es sabido que la derecha social, frente a la política planteada por la Junta Democrática, presentó su alternativa de reforma buscando un nuevo equilibrio político que asegurara —cediendo en el terreno de las libertades— el desarrollo del capitalismo y su predominio social.

Interesa señalar que, al tiempo, temerosos de la influencia que pudieran alcanzar el Partido Comunista de España y CC.OO, caso de producirse la ruptura, la actitud del PSOE y otras fuerzas democráticas no facilitó el desarrollo de las luchas populares, menos aún la aceptación general que hubiera sido necesaria para la formación de un gobierno provisional. Así, cargue cada uno con su responsabilidad, sólo se fue capaz de movilizar a una vanguardia, muy

numerosa y combativa, pero no capaz por sí misma de producir la ruptura política que las circunstancias requerían. La derecha social, de este modo, mantuvo la hegemonía en el cambio.

Dado el carácter interclasista de la unidad a que aludíamos, cuando llegó la hora de las libertades democráticas se produjo una gran dispersión del movimiento intelectual. Juntas y plataformas habían alcanzado, en parte, sus objetivos y entraron en lid las diversas opciones políticas y sindicales. Puede decirse que los intelectuales, al romperse la unidad de acción y política de los colectivos de la oposición, al menos una parte de los mismos, optaron por alguna formación política. La lucha de clases, las opciones políticas diferenciadas, con su presencia abierta y cotidiana, marcaban y marcan el proceso histórico.

Al no producirse la ruptura, que sin duda hubiera favorecido el papel político de los intelectuales, las razones de la historia han barrido muchas ilusiones, creencias y esperanzas. Frustraciones personales y colectivas se han producido.

40

Ilusiones en que el cambio político y las elecciones generales iban a mostrar un mayor peso de la izquierda, desde luego de los comunistas. Ilusiones en que la onda democrática y participativa, se militara o no en partidos políticos, que se había generado en los últimos tiempos de la dictadura y en los primeros de la transición, se habían afincado para siempre en nuestro país. Esperanzas en que el cambio político tuviera su correspondencia en un cambio cultural, cosa que no ha sucedido.

Los olvidados

En realidad, la cultura, los intelectuales, han sido los grandes olvidados de la transición. Los sucesivos gobiernos de UCD han desdeñado la enorme aportación que los hombres de la cultura podrían y pueden dar al proceso democrático en curso. ¿Qué apoyos encuentra el cine español? ¿Qué pasa con la libertad de expresión, amenazada permanentemente? ¿Qué sucede con los artistas plásticos? ¿Qué ocurre con el teatro? TVE es de vergüenza ajena. ¿Qué se ha hecho con la ciencia, la enseñanza, la investigación? Las preguntas podrían sucederse poniendo en cuarentena la política del gobierno cara al desarrollo cultural de nuestro país.

La hegemonía de los centristas no ha propiciado cambio alguno, de orden positivo, en materia de política cultural. Ahí están los Presupuestos Generales del Estado para mostrarlo. La cicatería, lo roñoso de las cifras —6.500 millones dedicados a inversiones culturales, 38 millones de estímulo a la creación literaria— dan cuenta, mejor que nada, del estado de la cuestión.

UCD y su gobierno son los máximos responsables de la situación cultural española. Se han limitado a recomponer, bajo apariencias democráticas, las estructuras de manipulación y control, características de la época anterior.

Dicho lo anterior, ello no significa que la oposición, que los partidos de izquierda hayan prestado al tema cuanto menos la misma atención que prestaron al combate cultural durante la dictadura. En los debates parlamentarios el tema cultural ha brillado, en general, por su ausencia. También es cierto que aún no se han aprovechado suficientemente las posibilidades que se han abierto en este tema en los ayuntamientos gobernados por la izquierda. En el interior de los partidos, y cara a la sociedad, no se ha potenciado suficientemente el espacio político que pueden y deben ocupar las fuerzas de la cultura.

Es evidente que, agobiados por temas tales como la crisis económica, la construcción de la España de las autonomías, paro creciente, terrorismo, golpismo, etc., los partidos políticos no han sabido o no han tenido capacidad suficiente para asumir el papel dinamizador, democrático y revolucionario que llevan en sí las fuerzas de la cultura. Los partidos obreros no han sabido resituarse, en las nuevas condiciones políticas, al movimiento intelectual. Muchas voces se alzan, justa o injustamente, según los casos, denunciando el excesivo tacticismo de la izquierda, un coyunturalismo que no es capaz de ligar los problemas de hoy, del presente, con el insustituible planteamiento estratégico que coloca el problema de la hegemonía político-cultural en el centro de las atenciones de un partido obrero.

También se pone en cuestión una supuesta o real instrumentalización de los intelectuales por parte de los partidos de izquierda y en concreto del comunista. Cabría pensar, tal y como se produce la queja, que el fondo de la cuestión no radica tanto en la citada instrumentalización, sino más bien en que el Partido Comunista no haya sido capaz aún, tanto desde el punto de vista ideológico como organizativo, de poner en juego el gran capital intelectual de que dispone dentro de sus filas y la influencia ideológica fuera de ellas.

Pero todo ello, volviendo a lo anterior, no justifica las voces, algunas interesadas, que tratan de culpabilizar a la izquierda de los males culturales de nuestro país, cayendo en la puerilidad de entender que democracia y revolución cultural iban a acudir puntualmente a la cita del día y la hora de las libertades políticas. Como tantas veces se ha dicho, y una vez más se comprueba, el tiempo cultural no coincide forzosa-mente con el tiempo político. Y que va a costar muchos años y muchos esfuerzos recuperar los estragos que en este campo supusieron cuarenta años de franquismo, que no se barren de la noche a la mañana.

Pensar de otro modo sería exculpar a la derecha, a la cerrazón pasada y actual por ella mostrada respecto a los intelectuales y la cultura.

Intelectuales y lucha de clases

En la situación que analizamos hay que tener en cuenta otros extremos. El papel político jugado por los intelectuales en una época, y difícilmente podía ser de otro modo, ha cedido ante el que juegan los partidos políticos, los ayuntamientos, el Parlamento, etc. No es la primera vez que el desencanto se apodera de una parte de los ciudadanos españoles, no es la primera vez que se producen frustraciones en el campo intelectual.

Bastaría recordar lo que sucedió en las horas finales de la Monarquía de Alfonso XIII y en las primeras de la llegada de la II República. Todo parecía centrarse en Ortega, Ayala, Marañón y otros intelectuales de la Asociación al servicio de la República. Eran, de algún modo, portavoces públicos del sentir de una gran parte de los españoles. Pero la política, la lucha de clases, resituó el problema a pesar del papel positivo que jugaron algunos de ellos, a diferencia de ahora, en las Cortes Constituyentes. Tras una etapa de desencanto, por una u otra vía se produjo la irrupción de las masas en la vida política, masas que votando o absteniéndose, participando o no participando en huelgas y manifestaciones, arrinconó el protagonismo individual de algunos valiosos intelectuales.

De otra parte, el desarrollo industrial, sus servidumbres, condiciona y condicionará más aún el papel de los intelectuales en la sociedad moderna.

Vivimos, aunque la ciencia no va a sustituir a la revolución, a la lucha de clases, en la época de la llamada revolu-

ción científico-técnica. Se ha producido un amplio desarrollo de los conocimientos especializados y no existe una relación jerárquica clara entre producción material, investigación, técnica y ciencia. Y hoy, cuando la ciencia ha pasado a ser, en muchos casos, una fuerza productiva directa, determinante en algunas ramas de la producción, surgen grandes interrogantes sobre el papel que juegan los intelectuales, sobre su relación con el sistema capitalista y el movimiento obrero organizado, sobre su encaje en las estructuras económico-sociales y, por tanto, en la lucha de clases que sigue siendo el factor determinante del desarrollo social.

Puertas adentro

Ocurre que los intelectuales, más que ninguna otra capa social, se ven sometidos a cambios muy rápidos que van modificando su situación dentro del entramado social, de una organización de la producción y la cultura que en virtud de su diversificación fragmenta y compartimenta a la sociedad, alejando a ésta de los centros de decisión, de los centros de poder. Y que no sólo cambian su engarce en el entramado social, sino que también transforman su estructura interna.

Se está produciendo un proceso de proletarianización de los intelectuales, un proceso de salarización y cambio de las condiciones de trabajo dentro del sistema capitalista. El intelectual se ve obligado, aunque así no ocurra todavía en todas las profesiones, a vender su fuerza de trabajo en parecidas condiciones que cualquier trabajador manual. Al tiempo, quizá a causa de la crisis, para defenderse de ella, adopta en muchas ocasiones actitudes corporativas.

Cabe decir, pues, que a causa de la forma en que se está desarrollando el sistema productivo moderno, la hegemonía de las clases dominantes en el amplio terreno de la cultura está en



entredicho. En general, al modificarse la base social en el sistema productivo, los intelectuales han empezado a dejar de ejercer la función mediadora entre las clases que le había asignado el capitalismo, en razón de que hoy son sujetos de las contradicciones sociales.

La burguesía está, también en esta cuestión, creando sus propios sepulcros, al mostrar que la intelectualidad es un sector social cada vez más masivo, cada vez más subordinado a las leyes objetivas del desarrollo capitalista. Sector al que sólo reconoce, en definitiva, como fuerza de trabajo, por más que reserve, valga la palabra, a un cierto número de profesionales para que sigan siendo productores de mercancías ideológicas que ayuden a cimentar el poder político y económico del sistema.

Transición política, crisis económica y desempleo, atonía cultural, problemas planteados por la revolución científico-técnica están presentes en la crisis de la intelectualidad española, crisis que se expresa a través de distintos grados de conciencia y niveles ideológico-políticos. Pero que indican en todo caso, aunque a veces se produzcan de forma nihilista, una rebeldía, un inconformismo con el sistema establecido. El objeto fundamental de la crítica, no el único por supuesto, es el capitalismo. El marxismo, y ello es importante, ha desplazado del debate ideológico a otras corrientes filosóficas, se ha situado en el centro de la polémica, bien sea para afirmarlo bien sea para negarlo.

Pero ello no puede eximirnos de ver que la contestación al sistema capitalista no ha alcanzado aún las cotas de unidad suficiente, en la base del movimiento intelectual, para poder articularse de manera autónoma, y en alianza con las fuerzas del trabajo, en un proyecto revolucionario. No puede eximirnos de ver cómo, con demasiada frecuencia, la rebeldía se sitúa puertas adentro del movimiento intelectual, individualizándose, traduciéndose en la inoperancia del pasotismo.

De ahí que se plantee la necesidad de analizar la forma concreta de cómo se hace hoy la política en España. No basta, aunque sea absolutamente indispensable, con tener una línea política correcta en términos generales, es necesario saber entroncar, en la práctica cotidiana, en el proceso revolucionario, a la clase obrera con otros sectores de la población que tienen experiencias políticas distintas, que viven la política de forma diversa a partir de su origen social, su encuadramiento en la sociedad o su formación cultural.

Sin duda, hacer política no es sólo

depositar el voto cada cuatro años en las urnas, delegar las decisiones en las manos exclusivas de los parlamentarios y los partidos políticos, sino propiciar la participación directa, no delegada, del pueblo en los asuntos que cotidianamente le conciernen. No se trata de contraponer la democracia parlamentaria a la democracia directa, sino señalar que ambas son necesarias, que ambas se complementan. Nadie delega, ni puede delegar su participación política de una manera total en sus representantes. El sistema de partidos políticos es uno de los pilares de la democracia española, pero no el único. Ahí están los movimientos sociales y en primer lugar los sindicatos. La libertad tiene que llegar a las fábricas, a los centros de producción, a la Universidad, etc.

Se trata de retomar en las nuevas condiciones de España el encuentro entre política y cultura, que en estos momentos y en la perspectiva puede transformarse en decisivo. Si los partidos obreros, y especialmente el comunista, deben proscribir una visión utilitarista del papel de los intelectuales en el proceso revolucionario y enfocarlo, por el contrario, desde el punto de vista de la necesaria conquista de la hegemonía para un bloque social de progreso, los intelectuales españoles, como tal capa social, pueden ayudar decisivamente a crear una nueva cultura, entendida ésta no ya solamente como saber especializado, sino como un saber capaz de poner en marcha las condiciones materiales e ideológicas que, rompiendo las distancias creadas entre dirigentes y dirigidos por una excesiva institucionalización de la vida política, faciliten la participación de las más amplias masas en la dirección de la vida pública del país.

Un papel revolucionario

La crisis no va a resolverse con cilicios penitentes por los pecados cometidos, ni en el muro de las lamentaciones individuales, no va a resolverse con el «no es esto, no es esto» de Ortega, que en ciertos casos, claro que involuntariamente, alimenta las corrientes antidemocráticas; tampoco con las críticas ciertas o inciertas, necesarias siempre, hacia las insuficiencias y errores de los partidos obreros, ni afirmando que la política es algo sucio y corrupto y que la solución vendrá de manos de la ética o el desarrollo cultural.

El intelectual ha sido reclamado por la historia, tiene que cumplir un papel revolucionario en la sociedad. La cultura, la revolución cultural se sitúa en el centro de los problemas estratégicos de la marcha hacia el socialismo en libertad. Porque está claro que junto a la acción de los partidos políticos obreros la intelectualidad ha de jugar su papel autónomo, que no puede limitarse, por necesaria e indispensable que ésta sea, a la función crítica. Las fuerzas de la cultura son hoy una fuerza de masas, y como tales masas han de jugar un papel dinámico en la sociedad española, un papel transformador de la misma. Y han de jugarlo, repetimos, autónomamente, creando instrumentos propios de elaboración teórica y de organización que les permita participar en la lucha político-social, en la lucha por una nueva cultura. Jugarlo autónomamente significa hacerlo en relación a la lucha de clases, en confrontación con el sistema capitalista y en alianza con la clase obrera y otras fuerzas de progreso.

Renovación de la política y renovación del PCI



Enrico Berlinguer

El impetuoso desarrollo del movimiento por la paz, caracterizado por contenidos y formas de participación en parte distintos de aquellos propios de los partidos, nos autoriza a plantear el tema de las novedades que se vienen manifestando en las relaciones entre las masas y la política, tema a cuyo propósito habíamos tenido ocasión de reflexionar después de la campaña referendaria sobre el aborto.

Ya entonces destacábamos la necesidad, sobre todo para un partido como el nuestro, de liberarse definitiva y rápidamente de una visión reductiva de la política y de la lucha política, visión que tiende a medir los resultados sólo en términos de votos para los partidos, de número de escaños en las asambleas electivas, de peso expresado en la cantidad de puestos y posiciones de poder, de conformación de las posiciones políticas, parlamentarias y de gobierno. Todas éstas son cosas importantes y a menudo decisivas, pero no deben inducir a los partidos —en todo caso a un partido como el nuestro— a ignorar o desdeñar el carácter y el valor claramente político de hechos derivados de movimientos y organismos que, sobre la base de necesidades y exigencias de la más diversa naturaleza, se manifiestan y afirman en la sociedad, también fuera de los partidos, y que son indicio y consecuencia a un tiempo de cuestiones nuevas que buscan solución, de aspiraciones, ideas, costumbres y comportamientos nuevos de nuestro pueblo.

Estas nuevas formas de pensar y comportarse —junto a cuestiones decisivas del mundo actual, que ya perciben

El semanario del PCI Rinascita ha publicado recientemente, en su suplemento «Il Contemporáneo», un debate en torno a los problemas actuales del Partido, del que extraemos la intervención de Enrico Berlinguer.

amplios sectores en toda su gravedad, como la del peligro de una catástrofe atómica afectan a otros asuntos humanos y sociales importantísimos, como son la familia, la vida de la pareja, la sexualidad, la maternidad, la paternidad, las relaciones entre padres e hijos, el cuidado de la salud, la seguridad de la vida cotidiana, el ocio y el tiempo libre; y éstos son asuntos a los que se encuentran ligados y conectados otros de no menor importancia, tales como el tenor de vida y la calidad de la vida, el estado de los servicios sociales y los equipamientos civiles, la mayor o menos posibilidad de tener una casa, de que los hijos estudien, de asegurarles trabajo y porvenir, de asistir a los ancianos, y tantas cosas cuya solución depende de las opciones que sepamos hacer para cambiar la orientación de la vida económica y productiva.

Ahora bien, todos estos cambios y novedades en las formas de comportarse y de pensar, que han emergido en estos últimos años en la vida y en la conciencia, en primer lugar, de las mujeres y los jóvenes, pero también de otros estratos y áreas de la sociedad — y que se han revelado en el referéndum sobre el aborto y, ahora, en los movimientos por la paz, pero que se manifiestan también de otras mil maneras distintas— constituyen ya parte sustancial de la política y, en todo caso, de la política tal y como nosotros la entendemos y la aplicamos hoy, a diferencia de ayer y a diferencia de cómo la conciben y la aplican todavía los demás partidos.

44

No es cierto, que haya un descenso general del compromiso político; lo que hay son fuerzas y problemas nuevos que están cambiando las formas mismas de hacer política.

Y nosotros debemos acertar a responder a este ensanchamiento de horizontes con nuestra renovación.

Por lo demás, en los últimos cien años ha cambiado muchas veces el carácter de la política. Hasta finales del siglo pasado, la política era algo situado al exterior de las grandes masas proletarias y populares de la ciudad y del campo y que se fundaba sobre la exclusión de ésta. Cuando estas masas comienzan a imponer su presencia — lo que acontece con el nacimiento y la afirmación del movimiento socialista— se produce la primera mutación de la vida y la lucha política la cual habría de comenzar a tener en cuenta las necesidades, las reivindicaciones, las aspiraciones, la realidad viva de estas masas. Las consecuencias son conocidas: hubo una expansión de la vida democrática, cambiaron los partidos y las relaciones entre éstos, surgieron los sindicatos de clase en ciudades y aldeas, cambió la composición de las asambleas representativas, se produjeron cambios en la política económica. Se entró, en suma, en una fase nueva, que proporcionó nueva sustancia a la elaboración y a la acción política.

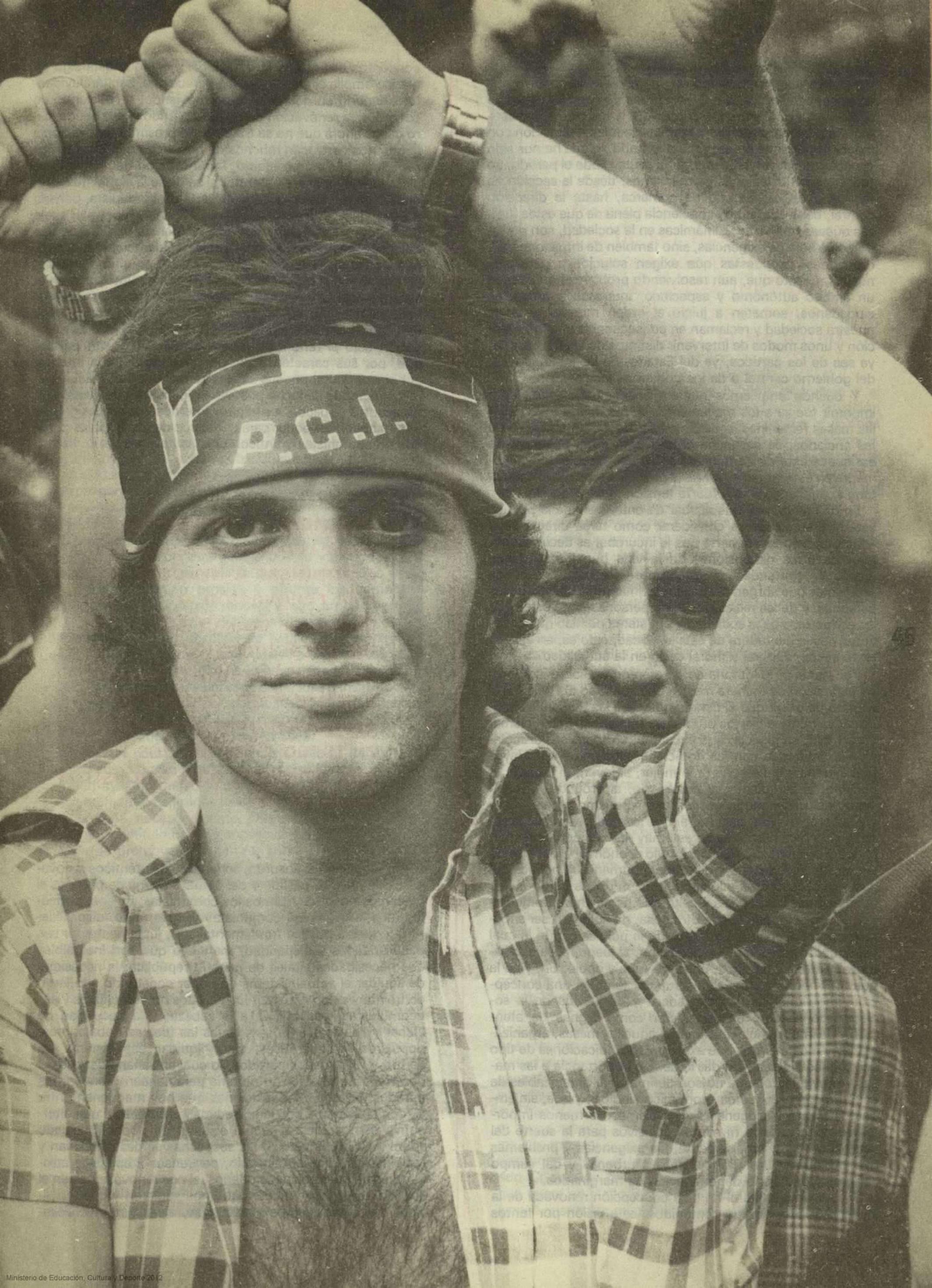
Tras el sombrío período de opresión y sojuzgamiento del fascismo, se produjo otro despliegue cualitativo y una nueva extensión del mundo de la política, cuando merced a la resistencia antifascista y a su final victorioso, y también a

los grandes movimientos de posguerra, tuvo lugar una amplia e impetuosa irrupción de las masas trabajadoras y populares en la batalla política y en la vida de la sociedad y del Estado. Así cambiaron de nuevo los partidos, con el nacimiento, sobre todo, de los partidos de masa. Cambió después la forma institucional del Estado: de una monarquía, Italia se convierte en una república, del Estado albertino se pasa a la Constitución democrática. Cambiaron de nuevo, en muchos aspectos, los contenidos y las formas de la lucha política y social. Surgieron y se desarrollaron las más diversas asociaciones y organizaciones de masa. Se hizo más rica la dialéctica democrática y más extensa y capilar la vida de la democracia. Por eso en los años del centrismo y de la guerra fría el pueblo italiano estuvo en condiciones de rechazar los ataques encaminados a cercenar y a intentar enterrar la libertad y las instituciones democráticas, cosa que no le fue posible hacer y en cualquier caso no hizo en el bienio crucial de 1921-1922.

Hoy estamos viviendo de lleno en una época que, mientras asiste a la irreversible entrada en la historia del mundo de las extensas masas de los pueblos oprimidos y explotados por el colonialismo y el imperialismo, conoce también — especialmente en algunos países entre los que figura Italia— la entrada en la escena de la historia y de la política (más bien la presencia apremiante) de nuevas fuerzas, nuevas masas, nuevas áreas sociales como las mujeres, los jóvenes y los muchachos, los marginados de toda condición y extracción social, resueltos a que se cuente con ellos, a imponerse, a hacer sentir sus propias aspiraciones y a exigir que sean satisfechas por la sociedad, por los partidos, por el Estado. Es éste un hecho no sólo grandioso por sus dimensiones, sino revolucionador por la entidad de las consecuencias que provoca incluso en el terreno de la política, ya que modifica una vez más los términos en los que ésta era tradicionalmente entendida y realizada. Es esto, precisamente, aquello de lo que aún no habíamos cobrado plena conciencia, y justamente con estos acaecimientos estamos llamados a medirnos todos los partidos democráticos.

A este propósito debe dar que pensar el hecho de que incluso en Italia, si bien en grado inferior a otros países de tipo occidental, ha comenzado a manifestarse un distanciamiento entre considerables estratos de la población y los partidos. Ello ha podido comprobarse asimismo en el aumento de las abstenciones electorales y de los votos blancos o nulos; y se aprecia en la atrofia de la vida interna y de la militancia activa en casi todos los partidos. No se puede decir, sin embargo, que estemos en presencia de un descenso del compromiso político que, más bien, en muchos aspectos tiende a crecer, manifestándose, sin embargo, también fuera e independientemente de los partidos. Así ha sucedido, en parte, con el referéndum sobre el aborto y así ocurre hoy con el movimiento por la paz. Tenemos aquí una prueba más de la necesidad de una renovación de los partidos y de sus formas de hacer política, si se desea evitar que vaya en aumento una disensión que puede resultar bastante peligrosa para los destinos de la democracia.

No se trata únicamente de seguir, de secundar, de no obstaculizar, sino de comprender, de hacer propias, de interpretar políticamente y de lograr que en las opciones políticas adquieran peso las insatisfacciones, la rebeldía, las reivindicaciones que expresan las masas contra la carrera de armamentos, los gastos militares, las amenazas de guerra, contra los mecanismos capitalistas que tienden a marginarles y contra los partidos que tratan de instrumentalizarles (para asegurar la propia supervivencia y prolongar la permanencia de ese sistema de poder clientelar al que han dado vida y al que no quieren renunciar). Nuestro partido ha tenido en alguna medida esta sensibilidad y ha hecho ya mucho en esta nueva dirección, decisiva, entre otras cosas, para imponer la solución de la cuestión moral y hacer avanzar la perspectiva de una alternativa democrática. Tenía razón el ca-



marada Di Giulio cuando, pocos días antes de su desaparición, afirmaba la necesidad de una revolución copernicana en la concepción de la política, capaz de cambiar de arriba abajo la relación entre los contenidos y los posicionamientos. Pero es menester progresar en esa misma dirección con mayor ímpetu que antes; y, para lograrlo, lo que hemos sido capaces de hacer hasta aquí ya no basta. Todo el partido, en todas sus articulaciones y organismos, desde la sección de fábrica o de barriada, o de comarca, hasta la dirección central, debe cobrar hoy conciencia plena de que estas fuerzas nuevas, tan vivas y dinámicas en la sociedad, son portadoras no sólo de exigencias, sino también de intuiciones, indicaciones, propuestas que exigen soluciones *generales* nuevas, puesto que, aun resolviendo problemas que tienen un ámbito autónomo y específico, interesan a todos los ciudadanos, someten a juicio el orden mundial y el de nuestra sociedad y reclaman en consecuencia una intervención y unos modos de intervenir distintos de los del pasado, ya sea de los partidos, ya del Estado, de las instituciones, del gobierno central o de los gobiernos locales.

Y cuando ampliamos nuestra acción para estimular e imprimir fuerza a los movimientos de las masas juveniles y las masas femeninas, o de las masas de los sin trabajo o de los ancianos, se ensancha el horizonte de la política y se enriquece ésta de contenidos antes impensables. Es justamente en este empeño donde la política se convierte en militancia, animada de una fuerte tensión ideal y moral.

En definitiva, hay que acabar de entender que la política está hoy emplazada a considerar como tarea directa suya — naturalmente en la parte que le incumbe, es decir, sin abjurar de otras dimensiones de la vida humana y, desde luego, sin pretender ser totalizante— la solución de los problemas que surgen del desenvolvimiento de la vida de las personas, y de las relaciones entre personas, y de éstas con las estructuras de la sociedad y el sistema político que constituye hoy la nervadura de esta sociedad; esto es, en el contexto social, cultural y moral dado en la actualidad.

Por ejemplo, la victoria en el referendun sobre el aborto ha expresado de manera masiva una voluntad del país, en el sentido de exigir que el Estado no deje a las personas abandonadas frente a ciertos problemas humanos, y de reclamar en cambio, en justicia, que el Estado, en todas sus articulaciones, interceda con las dotaciones, los actos y las leyes que ayuden a la persona (a la mujer, al joven, al parado, al anciano, al estudiante, al muchacho, al drogado) a resolverlos del mejor modo posible para sí mismo y para la sociedad entera. Mas, para lograr que los poderes públicos estén en condiciones de hacer esto hay que poner en cuestión el tipo y la orientación del desarrollo económico, los fines de la actividad productiva y del trabajo humano, la política del gasto público central y local, la función de los partidos, las orientaciones ideológicas y culturales hasta ahora dominantes. Y aún se puede añadir otra cosa: no sólo va a ser superada una concepción restrictiva de la política según la cual ésta queda reducida a la articulación, al juego, a las escaramuzas entre los partidos, entre mayoría y oposición, y en la que todo termina ahí; se va a superar también una concepción tradicional de la lucha social y de la vida de la sociedad consistente en considerar como dignas de atención y de importancia únicamente aquellas masas, organizaciones y movimientos que expresan reivindicaciones de tipo económico-sindical, sin dar la debida importancia a las masas y movimientos que no son definibles ni organizables de acuerdo con el esquema económico-sindical, y que, sin embargo, plantean exigencias y problemas no menos importantes políticamente ni menos decisivos para la suerte del país, como son, precisamente, las exigencias y problemas que promueven las grandes masas urbanas y del campo congregados bajo la denominación de marginados.

Si se asume hasta el fin esta concepción renovada de la lucha política y de sus contenidos, esta visión por tantos

conceptos distinta de la tradicional — aunque ésta siga teniendo amplia circulación — me parece que resultará evidente el sentido en que se está promoviendo, y realizando en concreto, la renovación de nuestro partido. Pero quede claro desde ahora que no se trata de esa presunta renovación a la que nos convocan muchos de nuestros críticos y mentores. Según éstos, en efecto, la renovación del PCI sólo se alcanzaría de manera auténtica si se diese la siguiente novedad: nuestro partido debería dejar de ser comunista, debería acabar de ser diferente, es decir, debería — como se suele decir hoy — «homologarse» con los demás partidos, o sea hacerse «más democrático», «más occidental», más «europeo», pero en el sentido de convertirse, en último análisis, en una formación política como hay tantas, integrada en el sistema vigente y tendente, a lo sumo, a parciales y sectoriales ajustes en su interior. En suma, para todos ellos daríamos la verdadera prueba de nuestra capacidad de renovación sólo si renunciásemos a seguir siendo un partido que, por sus características, por el estilo de vida interna, por su conducta, por sus ideales permanece inasimilable para los métodos de lucha política, de gobierno, de gestión de los asuntos públicos, los hábitos internos, los modos de uso (y de abuso) del poder característicos de los actuales partidos no comunistas y anticomunistas italianos.

Seguimos convencidos de que para renovarse a sí mismos e impulsar a los demás a la renovación, debemos conservar las características que nos hacen ser distintos, y sobre todo, organizar grandes movimientos de masas en torno a los nuevos temas, que debemos hacer nuestros hasta el fin.

Por reducción al absurdo, seríamos los auténticos renovadores de nuestro partido y del actual sistema de partidos si fuésemos nosotros mismos los comunistas, quienes cancelásemos la «cuestión comunista» y, más tarde, disolviésemos la fuerza política fundamental que, justamente por sus peculiaridades y disparidad, mantiene que son ineludibles dos necesidades vitales de nuestra república: la necesidad de liquidar el actual sistema de poder construido a lo largo de treinta y cinco años por los partidos no comunistas y anticomunistas, con la DC. a la cabeza; y la necesidad de luchar y llamar a la lucha a todas las fuerzas trabajadoras, populares, democráticas, para liquidar ese sistema de dentro y fuera de los partidos, lo cual entrañaría después el desarrollo de una acción unitaria para sanear y renovar los partidos mismos y las relaciones que hoy mantienen entre sí, con el Estado y con la sociedad, y abrir paso a una alternativa democrática al actual sistema de poder articulado sobre la DC. Los vetos y las sospechas se desvanecerían y recibiríamos, bien al contrario, consensos y aplausos atornadores de nuestros peticionarios, si nos renovásemos en el sentido aparential y ficticio que nos sugieren y que auspician; o si cambiásemos nuestra naturaleza y nos volviésemos

mos «iguales a los demás», si abdicásemos de nuestra función transformadora, dirigente nacional; si decidiésemos «cortar nuestras raíces pensando florecer mejor», lo que sería — como ha escrito recientemente François Mitterrand — «el gesto suicida de un idiota». No puede haber inventiva, fantasía, creación de lo nuevo, si se comienza por sepultarse a sí mismo, por sepultar la realidad propia y la historia propia.

Así pues, seguimos convencidos de que para renovarnos nosotros mismos e impulsar a los demás a renovarse, debemos conservar y reafirmar netamente los caracteres que nos contramarcán y nos distinguen. Es preciso, en efecto, que ya de entrada se disipen cualesquiera ilusiones sobre una posible rendición o colusión u omisión, presentes o futuras, respecto de unos métodos de gestión del poder que han inficionado y dislocado las relaciones de los partidos entre sí y entre aquellos y el gobierno, y las instituciones, y la vida económica, y la sociedad, hasta llegar a la degradación que hoy está corroyendo los fundamentos de nuestra república.

Por tanto, debe ser llevada hasta el fin la lucha contra la corrupción, que se extiende por todos los campos de la vida nacional; es decir, la lucha contra todo acto o tendencia encaminados a servirse en interés propio y con fines particulares de organismos, instrumentos, oficinas, cuerpos y medios financieros de carácter público, que pertenecen a todos los ciudadanos y deben estar a su servicio. Aquí reside la principal garantía de que se mantenga viva la posibilidad de una auténtica renovación, la premisa indispensable para poner en buen camino algo que sea serio, limpio, nuevo en la vida política italiana: y nosotros sentimos el orgullo de representar esta esperanza para el pueblo y para la nación.

Pero ésta es precisamente la premisa: es preciso ahora que nuestra reflexión prosiga y afronte los contenidos concretos de la acción para renovar y renovarnos de un modo auténtico y no ficticio; debemos intentar definir en qué consiste esa acción, después de haber dicho en qué no puede ni debe consistir. Y aquí vuelve a salir a la luz la importancia determinante que hoy tienen esos grandes temas y cuestiones, esas aspiraciones descuidadas o insatisfechas, esas fuerzas desatendidas y marginadas de las que hablaba al comienzo, y que tienen que convertirse en materia viva y nueva de la política y de la lucha política.

Insertar en nuestra elaboración, en nuestro trabajo y en nuestro compromiso cotidiano estos problemas y objetivos que aún ayer no merecían consideración ni se afrontaban suficientemente; asumirlos hasta el fin y sentirlos como propios, entraña, necesariamente, para un partido como el que nosotros constituimos, una consecuencia práctica muy precisa: la de promover y organizar sobre ellos y en torno a ellos no sólo iniciativas específicas y, por así decirlo, especializadas, sino *sobre todo movimientos de masa* tanto en el plano local y provincial como en el plano nacional. Es así como los comunistas podemos hacer realidad de veras y de forma apropiada y adecuada esa exhortación dirigida a los partidos con tanta insistencia, pero también con tan retórica vaguedad, y que se expresa en la fórmula «abrirse a lo social».

He hablado más arriba de los movimientos por el desarme y la paz (que han aparecido y crecido en Italia de agosto a hoy con unos rasgos completamente nuevos y con una grandeza que ha sorprendido a todos) como un ejemplo de intervención de las masas que se está manteniendo, relanzando y extendiendo. Pero se podría subrayar la enorme importancia innovadora que han tenido y deben seguir teniendo hoy y mañana los movimientos relativos a los problemas de la condición femenina y de la liberación de la mujer (la afirmación de su dignidad y de sus derechos de persona libre, de sujeto autónomo y autodeterminado en tanto que trabajadora, ciudadana, madre, etc.); los movimientos por objetivos relacionados con problemas irresueltos y con temas que suscitan el interés de los jóvenes y de las

El Partido nuevo creado por Togliatti respondía a una situación determinada; hoy la situación ha cambiado en gran parte, y es más amplio, aparte de ser más complejo, el horizonte de un Partido como el nuestro, un Partido organizado de masas que quiere cambiar la sociedad.

muchachas (la nueva calidad de la vida, el trabajo y el empleo, el ocio y el deporte, el estudio y la propia formación ciudadana, el amor, el sexo y la vida de la pareja, la vivienda para los jóvenes matrimonios, la lucha contra la droga, etc.); los movimientos por la protección y el mejoramiento de la condición de los ancianos, en la convicción de que la «tercera edad» no es y no debe significar ni la desolación del abandono en el que muchos ancianos se encuentran, ni la pasiva espera de la muerte, sino una estación de la vida que a la sociedad corresponde que sea empleada y disfrutada con garantías de seguridad económica, utilidad social y tranquilidad personal. Y se han alentado y organizado movimientos de masa sobre los temas angustiosos y explosivos del Mediodía y de la situación de las poblaciones meridionales (para imprimir una nueva calidad al desarrollo, para salir del parasitismo y el clientelismo que, sobre todo en la vida política y económica de aquellas regiones, constituyen una gangrena propagante, para debelar las bandas y la mafia), así como en torno al tema no menos alarmante y agudo de la disgregación social que impera, sobre todo, en esas junglas constituídas por la periferia de los grandes centros y en las áreas donde se ven condenadas a vivir las masas del subproletariado urbano y los pobres.

Si todo el partido se pone a trabajar con fuerza y constancia en estos problemas y a crear movimientos de masas en torno a ellos, no sólo haríamos un importante aporte a su solución; pienso que también iríamos superando esquematismos, verticismos y burocratismos en la concepción misma de la política y las formas de actuación de nuestro propio partido. Por ende —y ésto es hoy muy importante— mantendríamos y desarrollaríamos de verdad nuestro carácter de gran partido organizado de masas, pero un partido de masas del día de hoy, de los años 80.

En 1944 Togliatti intuyó la necesidad, y además trazó los rasgos fundantes, de un Partido Comunista Italiano que no fuese únicamente una vanguardia de cuadros (y mucho menos, una secta de simples propagandistas), sino un partido nuevo, de masas. En este objetivo y esta tarea, que en juicio superficial pudieran parecer tan sólo un cambio de la estructura organizativa del Partido, se insertaban y conectaban una estrategia política democrática y un método de trabajo y de lucha democrática, enderezados a afirmar la función dirigente, nacional de la clase obrera, una visión más amplia de sus alianzas, un concepto más elevado y abarcante del bloque histórico gramsciano que era preciso crear y realizar para transformar la sociedad italiana en dirección del socialismo. Se trataba, pues, de profundas innovaciones en la elaboración teórica, en la acción práctica, en la función del Partido Comunista Italiano, de una formación revolucionaria que opera en el Occidente capitalista desarrollado, innovaciones que tenían un alcance y una relevancia *generales*. Pe-

ro lo que quiero decir, es que la opción del partido de masas y la actividad que el mismo estaba llamado a desarrollar se referían a una *determinada* situación histórica y política del país, a una *determinada* circunstancia de la sociedad, a un *determinado* estadio de las costumbres, a una *determinada* fase económica, a un *determinado* nivel de conciencia del pueblo italiano. En síntesis, se referían a la situación integral en que se hallaba el país tras la caída del régimen fascista (y tras la derrota del nazismo en Europa), esto es, al día siguiente de un régimen reaccionario, totalitario, opresivo, que había ineducado, extrañado y perseguido a las masas obreras, trabajadoras y populares para impedir su intervención en la vida política, a cuyo fin las había deshabituado coercitivamente al ejercicio de la democracia.

Entonces, favorecimos y apoyamos —junto a los demás partidos antifascistas— la entrada de estas masas marginadas de la política, unidas y como protagonistas, en la escena política y en la vida de las instituciones; asumimos su anhelo de libertad y las convocamos, por tanto, al libre uso de todos los derechos democráticos que habían conquistado y que, por consiguiente, se les debían. Abrimos a estas masas, además, las puertas del Partido. Es así como el PCI se convirtió en un partido de masas y, como tal, creció considerablemente por el número de sus afiliados y acertó a establecer lazos propios y directos con la clase obrera y con los trabajadores, con las fuerzas que entonces definió como sus primeros y necesarios aliados (las capas medias de la ciudad y del campo) y, más en general, con todos los estratos del pueblo y de la sociedad.

48 Pero las fuerzas y las áreas sociales hacia las cuales dirigíamos entonces nuestra actividad y nuestra iniciativa, y de cuyos problemas y aspiraciones nos hacíamos intérpretes y, en la medida de lo posible, realizadores, eran las fuerzas del cambio propias de la sociedad de entonces, de aquella *determinada* situación existente hace casi cuarenta años. Hoy, las masas excluidas, desamparadas, que aspiran a un cambio o que de algún modo lo necesitan, así como los problemas que debemos conocer, afrontar y resolver, se han modificado en gran parte; y es más extenso y más amplio, aparte de más complejo, el horizonte de la política y de la acción política de un partido como el nuestro, es decir, de un partido organizado de masas, que quiere transformar la sociedad.

Al llegar aquí hay quien dice (y parece que no falta quien lo sostenga también en nuestras filas) que de los cambios operados entre los años 40 y 80 hay uno del que deberíamos extraer ciertas conclusiones relativas al carácter del partido. Se repara en que de la relación, a menudo muy baja, existente en ciertas ciudades y zonas entre los *afiliados* al Partido y sus *electores*, no se derivan consecuencias negativas en cuanto al número de votos que vienen a nosotros. Por consiguiente —se argumenta— desde el punto de vista electoral es insubstancial que se tengan muchos o pocos afiliados; en definitiva, cuenta más formar opinión, atraer la atención, estar presentes en los medios de comunicación y demás. Si logramos —se dice— que el PCI se haga un gran

partido de opinión que acierte a tocar los sentimientos, los intereses de la gente, a través de la comunicación de masas, no sólo no perderemos votos, sino que tal vez los aumentaremos directamente. Por tanto —se concluye— tener un millón setecientos mil afiliados o la mitad influirá poco o nada en el objetivo de conseguir el máximo peso electoral.

Ciertamente, se podrán aportar abundantes datos ilustrativos para probar que los muchos afiliados acarrearán también muchos votos. Sea como fuere, y es éste el punto decisivo, de seguir semejante razonamiento terminaríamos por transformarnos, no en un gran partido moderno de masas, sino en un partido electoralista, en un partido a la «americana», es decir, en un partido atento sólo a ganar votos, que despreciaría el trabajo en contacto directo con la gente para ayudarla a razonar, a organizarse y a luchar, que vaciaría de cualquier contenido la militancia política, que pensaría solamente en tener más diputados, más senadores, más concejales, más asesores, más puestos de poder. Y, entre otras cosas, si acabásemos en esto no tendría ningún sentido la descentralización que estamos realizando, es decir, el esfuerzo organizativo y político que venimos haciendo para extender capilarmente la presencia organizada y la constante iniciativa de nuestras secciones, de nuestras organizaciones zonales y de nuestras federaciones.

Pero un partido «renovado» de esta suerte, ¿seguiría siendo el Partido Comunista Italiano? ¿No son acaso el electoralismo y la caza del poder por el poder los vicios de los otros partidos a los que se quisiera que nos homologásemos? Conquistar más votos es, ciertamente, indispensable; conceder mayor atención a la prensa, la radio, la televisión, y lograr una presencia mayor en todos los medios de comunicación de masa es correcto; ser más capaces de formar a la opinión sobre cada problema, grande o pequeño, es importante. ¿Pero acaso no es todavía más importante que haya muchos comunistas? Yo creo que sí francamente. Así pues, éste es el momento de atraer nuevos afiliados y, al mismo tiempo, de formar militantes más conscientes y activos, de tener más compañeros y compañeras comprometidos en un trabajo preciso, con tareas bien definidas, pertrechados de un bagaje político, humano y de ideas con cuya ayuda irán a las masas y sabrán estar entre las masas, con sus problemas, sus aspiraciones, su furia, su lucha; de tener compañeros y compañeras más numerosos en los puestos de responsabilidad y dirección, públicos y privados, que estén bien preparados, bien orientados y sean fieles al mandato recibido.

Que seamos muchos comunistas, y comunistas serios, es la condición real para tener muchos votos, pero es, sobre todo, la garantía para hacer de nuestro partido un instrumento cada vez más firme y consistente de la auténtica renovación y del desarrollo del país.



Centroamérica, un proceso revolucionario inevitable

A

Santiago Alvarez



América Latina está dominada por una doble contradicción: La determinada por la necesidad de la paz mundial, de evitar la hecatombe nuclear, y el sentido contrario a esa necesidad que tiene la política de guerra del imperialismo norteamericano; la situación en América Central y el Caribe y el soporte que los EE.UU. prestan a las dictaduras y su amenaza creciente de mayor intervención militar en esa zona. Esta amenaza se dirige de modo especial contra las revoluciones triunfantes en Cuba, Nicaragua y Granada, pero puede concretarse antes que nada en El Salvador.

Si la primera contradicción afecta en común a los pueblos de Latinoamérica, de Europa y del mundo, la segunda no es un asunto exclusivo de los latinoamericanos. La amenaza de una intervención más abierta en Centroamérica y el Caribe nos atañe a todos, ya que hace de esa zona uno de los puntos neurálgicos de la política mundial y de los peligros de guerra.

Bajo esa doble óptica es como vemos la situación en América Latina al escribir este comentario.

La preocupación por lo que ocurre en dicho Continente, y concretamente en América Central y el Caribe, ha de estar por ello relacionada con la causa común de todos los pueblos interesados en luchar contra la guerra nuclear y por garantizar la paz; pero también con la necesaria solidaridad política y humana con los que luchan por sus derechos y libertades, así como por la transformación de sus estructuras socioeconómicas neocoloniales o monopólicas, ya que dicha transformación ha de servir de soporte a esas propias libertades.

Una intervención norteamericana más descarada en Centroamérica y el Caribe puede ser «estimulada» o precipitada por los fenómenos que tienen lugar en Europa, que sigue siendo el punto neurálgico por excelencia de la paz o la guerra, y como consecuencia del factor negativo de la división del mundo en bloques militares. A evitar que eso se produzca deben estar orientados los es-

fuerzos de todos los que defendemos la paz, la libertad y la soberanía de los pueblos, y de los que también nos identificamos con la tesis marxista de que la revolución no se exporta, que tiene que madurar en el seno de cada pueblo, lo que generalmente ocurre en el marco de los estados.

Mas la lucha contra la exportación de la contrarrevolución es también un deber primordial de los revolucionarios, de todos los que no han abdicado de sus deberes internacionalistas. En este caso debemos constatar que la intervención norteamericana en Latinoamérica y concretamente en el Caribe y Centroamérica es un hecho desde hace mucho tiempo. Esa política intervencionista está en la naturaleza misma del imperialismo como capitalismo monopolista y monopolista de Estado. Este existe y se desarrolla, no lo olvidemos, en la medida en que además de poner a su servicio la economía de su propio país, expolia despiadadamente a otros países y pueblos.

Recordemos la famosa frase de Marx, de que el capitalismo emergió como sistema social «sudando sangre y lodo por todos sus poros, desde la cabeza hasta los pies».

La intervención de EE.UU. en la guerra contra España, con motivo de la independencia de Cuba fue, al margen de la justeza de la lucha anticolonial e independentista, la primera guerra imperialista de la Historia. Fueron los grandes capitales de esta hoy primera potencia mundial los que, al ser derrotado el dominio colonial de España en su último jalón de América, sustituyeron a ritmo acelerado el predominio inglés y en algunos lugares el francés para hacerse los dueños y señores de vidas y haciendas de los pueblos sur y centroamericanos y del Caribe y, en general, del conjunto de Latinoamérica.

Desde entonces sus intervenciones militares, sus brutales presiones económicas y sus descaradas ingerencias políticas: En Cuba, en Santo Domingo, en Guatemala, en Panamá, etc. han sido constantes. Es de fecha muy reciente el hecho de que el cambio de relación de fuerzas a nivel mundial haya impedido a EE.UU. nuevas intervenciones descaradas y abiertas de tipo militar, realizándolas, sin embargo, de modo encubierto.

La América Central es una de las zonas geográficas del globo en que la contradicción de su situación de subdesarrollo económico, social y cultural, la situación de opresión en que vive se halla cada vez más en flagrante contradicción con el dominio, explotación y expolio de los monopolios de la primera potencia imperialista mundial. Esa contradicción si no se supera de un modo, por una vía, se resolverá de otro modo, por otra vía (1). Lo que no puede,

al llegar al actual nivel histórico, es perdurar ese dominio de explotación imperialista neocolonial, apoyado en la fuerza militar de la gran potencia y en las dictaduras de las minorías oligárquicas nacionales.

Esa contradicción fue la base de la revolución cubana. Esta triunfó cuando a determinadas condiciones objetivas se unieron las subjetivas, creadas bajo la dirección de Fidel Castro.

Esa contradicción fue la base de la histórica lucha sandinista de Nicaragua que no pudo triunfar entonces pero que triunfó ahora bajo el Frente Sandinista de Liberación.

En esa contradicción se apoyó el Gobierno democrático revolucionario de Arbenz de los años 50 en Guatemala, derrocado por la intervención directa de la multinacional United Fruit Company y del Gobierno de EE.UU., sobre todo porque había decretado la Reforma Agraria. Pero esa contradicción sigue siendo la razón objetiva del nuevo movimiento guerrillero que está resurgiendo en Guatemala.

Esa contradicción o cúmulo de contradicciones —perdonesenos la redundancia— es la base que anima la lucha heroica del pueblo salvadoreño.

En definitiva, en la zona del Caribe y Centroamérica la despiadada explotación del imperialismo ha generado una lucha liberadora. Surgen y se cohesionan movimientos de liberación que denotan la maduración de un proceso revolucionario. ¿Es ello acaso consecuencia de la intervención de Cuba o de otros países socialistas en los asuntos internos de esos países y pueblos? En modo alguno.

Es la consecuencia de las condiciones objetivas antes señaladas, cuando a ellas se unen determinadas condiciones subjetivas: formas de organización y de lucha popular y revolucionaria, propiciadas por las fuerzas políticas del pueblo más conscientes de su deber histórico.

Cuba influye sí en la maduración del proceso revolucionario subjetivo de esos países, pero de otro modo: en la medida que su ejemplo revolucionario, el crecimiento y desarrollo económico, el del nivel de vida del pueblo cubano, de su bienestar y de su cultura, y su decisión de lucha a muerte por defender sus conquistas revolucionarias, son una bandera para todos los pueblos latinoamericanos, como lo son también más allá de los océanos; en la medida asimismo en que el pueblo cubano es solidario de los pueblos de Latinoamérica que son sus hermanos.

Las transformaciones revolucionarias maduran en cada país en que existen contradicciones de clase. Que en el caso de los países a que nos estamos refiriendo el dominio de las fuerzas proimperialistas y oligárquicas que gobiernan

y, por tanto, también el de los monopolios del imperialismo norteamericano. Es más que obvio. Pero, ¿en qué razones se puede apoyar la negación a un pueblo de sus derechos inalienables? ¿Es que la lucha por éstos amenaza la paz o la seguridad de la nación norteamericana? En absoluto. Por tanto, la creciente intervención de dicha potencia en esa zona no tiene justificación, y oponerse a ella, con vigor y energía es un deber y una contribución a la causa de la paz, de la libertad y del derecho de autodeterminación de los pueblos.

La realidad mencionada es la que no sólo estimula la acción antiimperialista de las fuerzas más revolucionarias de Centroamérica y el Caribe, sino que lleva a declarar a los partidos que constituyen la COPPPAL (1) reunidos en Panamá el 26 y 27 de noviembre lo siguiente:

«La COPPPAL manifiesta su preocupación por la situación política que se presenta en el área centroamericana. En el momento actual se configura un clima de agresión y amenaza en contra del proceso —revolucionario— democrático que tiene lugar en la región, y que se pretende justificar con argumentos que no corresponden a la realidad. *Los procesos de cambio en Centroamérica son resultado de una situación de miseria, de explotación y de la prevalencia y extensión de métodos políticos dictatoriales.*

La COPPPAL reafirma, en este sentido, la validez de la no intervención y la autodeterminación como principios rectores de las relaciones internacionales, mismos que deben ser íntegramente respetados. Estamos también convencidos de que *no puede haber estabilidad política, ni podrían crearse procesos democráticos, sin acciones paralelas en el campo económico y social y sin atacar desde sus raíces los fundamentos de la desigualdad.*

«... La COPPPAL observa con suma preocupación *las amenazas y preparativos de intervención militar que se han hecho por parte del Gobierno de los Estados Unidos, particularmente en contra de Cuba, Nicaragua, Granada y El Salvador.* Esta actitud del Gobierno norteamericano no coadyuva a la búsqueda de soluciones políticas y pacíficas a la crítica situación que se está viviendo...»

«... Resultaría conveniente establecer una especie de tregua verbal con el propósito de crear un ambiente diferente al que ahora prevalece, desde luego *sin afectar las acciones o la continuación de los procesos políticos revolucionarios que se encuentran en marcha en estos pueblos,* así como las vías de entendimiento y solución.» (1).

La acusación de que los EE.UU. practican una política intervencionista y tratan de destruir las conquistas revolucionarias y democráticas de Cuba, Nica-

ragua, Granada y pretender aplastar la lucha del pueblo de El Salvador, no es, como puede apreciarse, una acusación comunista. Es una acusación general de las fuerzas democrático-liberales de América Latina.

«La COPPPAL — dice más adelante la citada declaración— refiriéndose a El Salvador, considera que el camino más efectivo y humanitario es la solución política al conflicto salvadoreño sobre la base del reconocimiento del FDR-FMLN como una de las partes involucradas en el conflicto y *no a través del esquema militar de guerra de exterminio popular con cobertura electoral*.

Inciendiando más profundamente sobre dicho problema la COPPPAL tomó nota de la iniciativa que Argentina, Dinamarca, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, México, Suecia y Yugoslavia presentaron recientemente en las Naciones Unidas y que pone énfasis particular en la sistemática y reiterada violación de los derechos humanos en El Salvador. «Respalda el proyecto de resolución que solicita a las partes en conflicto que busquen una solución política negociada con el fin de alcanzar la paz y establecer, en una atmósfera *libre de intimidación y terror*, un gobierno que exprese la voluntad popular del pueblo salvadoreño» (1).

El «tour de force» realizado por el secretario de Estado norteamericano Haig en la reciente reunión de la OEA, para sacar adelante el acuerdo favorable a unas elecciones en El Salvador bajo el poder de la Junta Militar, sin negociar con la oposición, no sólo es un insulto al pueblo salvadoreño y a las fuerzas democráticas de Latinoamérica, es un menosprecio a los acuerdos de la ONU y una demostración fehaciente del contenido imperialista y agresivo de la política de Reagan.

¿Qué fuerza responsable latinoamericana que no sean las dictaduras del Cono Sur o los que son «la voz de su amo», podía apoyar ese engendro de proyecto «electoral», decidido por mayoría en la OEA? El desprestigio de la Democracia Cristiana Latinoamericana, sobre todo de su ala derecha, sin excluir al COPEI que gobierna en Venezuela, por su soporte a la Junta de El Salvador, es un indicativo claro de la impopularidad que entre los pueblos latinoamericanos acarrea cualquier apoyo a los planes agresivos del imperialismo norteamericano y a las dictaduras de las minorías oligárquicas e incondicionales, en que éste se apoya.

Dado el punto a que ha llegado la lucha en El Salvador y la grave tensión mundial, la situación en dicho país y la causa de la paz requiere no la realización del proyecto «electoral» acordado por la OEA; si se quiere solucionar la trágica situación salvadoreña o avanzar

hacia su solución es preciso aplicar el conocido proyecto de Francia y México.

¿Cómo puede desconocerse una fuerza revolucionaria integrada por todos los grupos que participan en la lucha guerrillera, que disponen de unas fuerzas armadas que son un ejército de liberación, que la Junta no ha podido ni podrá derrotar, que tienen bajo su poder un tercio del territorio nacional y amplísimas simpatías y apoyo en las zonas en que formalmente domina la Junta militar?

Lo que ocurre es que en EE.UU. los partidarios de la política de guerra de Reagan no desean la solución negociada y, por tanto democrática, del problema de El Salvador. Lo que desean y se proponen es que allí sigan dominando las fuerzas que han llevado a dicho país a la ruina y a la guerra civil, reforzadas con su ayuda económica y militar. Su propósito estratégico sería el lograr un corte en el proceso revolucionario que vive dicho país, que le sirva de base contra la revolución en Nicaragua, en Cuba y en Granada y favorezca, además, sus propósitos de aplastar de nuevo el desarrollo de la lucha revolucionaria en Guatemala.

El que la opinión pública mundial y, por lo que nos afecta, la opinión pública española (en especial las fuerzas obreras y democráticas) expresen al pueblo salvadoreño su solidaridad y el más firme apoyo a la solución de su problema por la vía de la propuesta de México y Francia, es una contribución solidaria también con todos los pueblos centroamericanos y del Caribe con la lucha por la superación de la política de bloques militares, y contra la guerra nuclear y por la paz mundial.

(1) Si, por ejemplo, no se resuelve por la vía pacífica de las reformas y de la institucionalización de la democracia política y parlamentaria, tenderá a resolverse por la vía armada y revolucionaria.

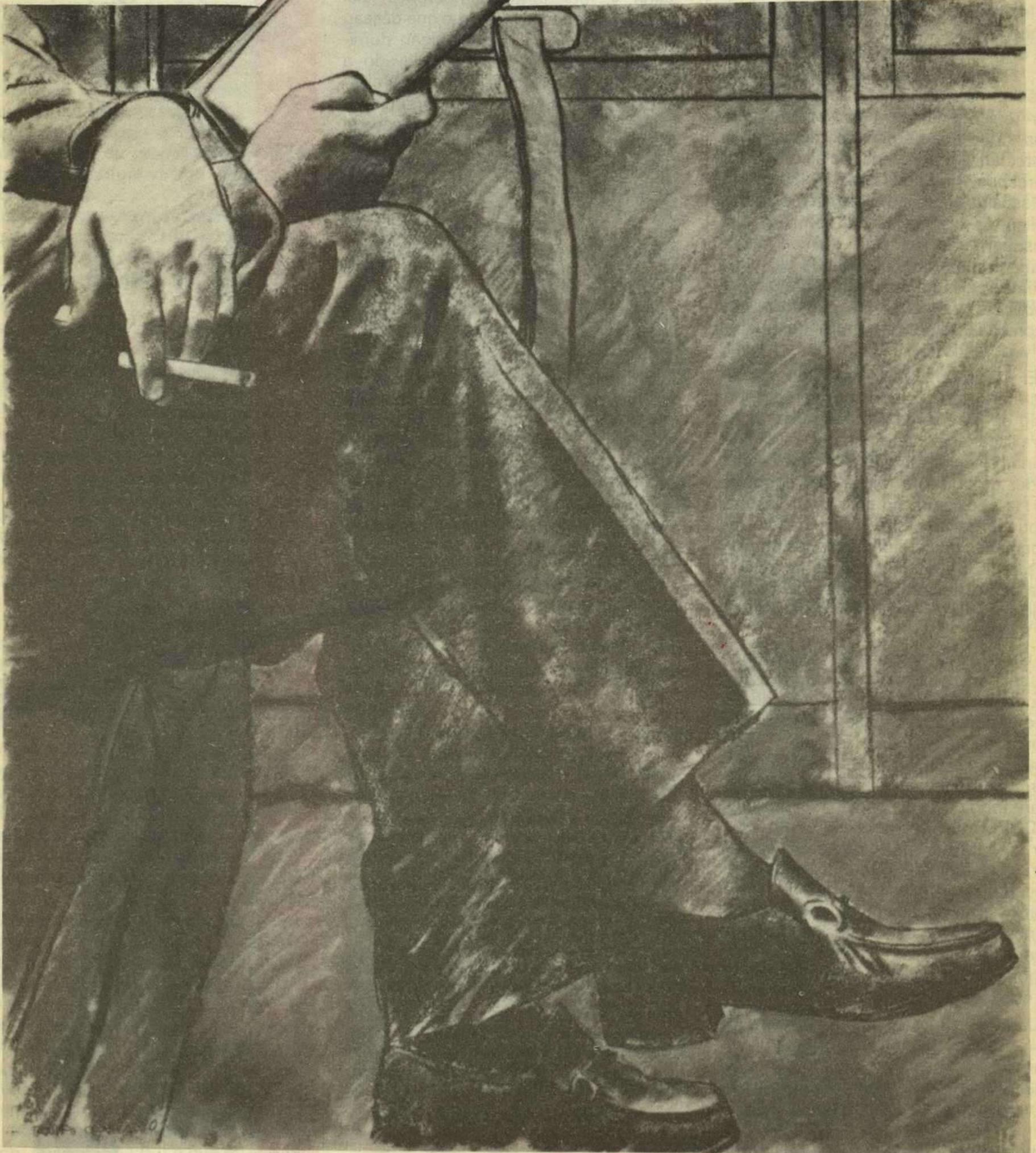
(1) Conjunto de 18 partidos políticos y de Movimientos de América Latina, de signo democrático-liberal, socialdemócratas y socialistas.

(1) Los subrayados son nuestros.

(1) La COPPPAL también expresa su respaldo a la oportuna convocatoria de la Conferencia Latinoamericana por la Paz y la autodeterminación en El Salvador, organizada por la Asociación Latinoamericana para los Derechos Humanos (ALAHU), que tendrá lugar en la ciudad de Lima el 19 y 20 de enero de 1982 con la participación de fuerzas democráticas y personalidades de América Latina, Estados Unidos y Canadá.



Una batalla crucial:



La reforma de la Seguridad Social

Norberto Sanfrutos Velázquez

Suele asimilarse la Seguridad Social (S. S. en adelante) a la Asistencia Sanitaria, cuando esta es tan sólo una de sus prestaciones. Prestación que, si bien cualitativamente —al entrar en juego la salud— es muy importante, en términos cuantitativos supone tan sólo un 25% del total de la S. S. Aquí no vamos a tratar específicamente el problema de la Asistencia Sanitaria sino como una de las prestaciones que actualmente integran el sistema de la S.S.

Vamos a considerar a la S. S., pues, como el conjunto de instituciones que tienen como objetivo sustituir las rentas (salariales-profesionales) perdidas como consecuencia del cese —definitivo o temporal— de la actividad laboral (jubilación, enfermedad, accidentes, desempleo..., etc.) y compensar los gastos producidos como consecuencia de ciertas situaciones (enfermedad, gastos familiares..., etc.).

La importancia del tema viene determinada no sólo por el volumen de recursos que administrar (un billón 300 mil millones para 1982) sino por su incidencia en la economía del país y por ser un subsector del Sector Público donde las Centrales Sindicales juegan —y jugarán cada vez más— un importante papel al participar en sus órganos de vigilancia y control como los Consejos Generales de los distintos Institutos Gestores (INSS, INSALUD, INSERSO) y Comisiones Ejecutivas Provinciales.

Desde hace tiempo, se viene insistiendo en que una de las ideas del Gobierno —quizás no deba meterse a toda la UCD en el mismo saco pero sí a la parte de ella que es la dominante en estos momentos— era la privatización de la S. S. Cuando esto se decía, algunos portavoces del Gobierno y de UCD, afirmaban que no era cierto, que algunos estábamos viendo lobos por todas partes. Los hechos, sin embargo, nos han dado la razón, y por si alguien no se lo cree todavía —y no le dan la necesaria importancia al tema— ahí están las líneas de la Reforma Sanitaria, la Ley Básica de Empleo, el proyecto de Ley de Instituciones de Inversión Colectiva... etc., donde no sólo se dan

pasos agigantados en este terreno sino que se concreta ya la privatización.

Si después de esto, los partidos de izquierda y sobre todo las Centrales Sindicales, no se lo toman en serio, podemos dar por perdida una de las batallas más importantes. Por ello, es necesario lanzar un reto a las fuerzas de izquierda para que tomen postura y expliquen claramente a sus afiliados, simpatizantes y a la opinión pública en general el significado y alcance de medidas de este tipo, proponiéndoles las medidas necesarias para evitar el proceso de privatización.

La importancia del salario no directo

Aunque pueda parecer una paradoja hablar de Salario No Directo en un país, donde los salarios nominales percibidos por la mayor parte de la población, no alcanzan un nivel aceptable ni comparable con el del resto de los países del área a la que nos queremos homologar, es precisamente por ello por lo que debería preocupar más este tema. Porque además el Salario no directo afecta a tal volumen de población trabajadora, que darle de lado podría ser una de las causas del estancamiento, por no hablar de reducción, de la afiliación de la población activa a las Centrales Sindicales de clase o de la escasa incidencia de tales Centrales en sectores como los jóvenes que buscan primer empleo, los jubilados o los parados.

Quizás merezca, a este respecto, recordar una frase de L. Lama, Secretario General de la CGIL: *«las causas de la escasa incidencia y del fracaso de nuestra acción deben investigarse también, dentro del sindicato, en la escasa convicción en la lucha de parte de quienes no han querido superar la concepción arcaica que sitúa la defensa cuantitativa del salario en primera línea».*

Aunque a la hora de hablar de salario no directo el término utilizado sea el de Salario Indirecto, englobando en dicho concepto todas las prestaciones extrasalariales, nosotros preferimos hacer algunas distinciones, aun comprendiendo

las dificultades, puesto que todas las prestaciones que actualmente da la S. S. provienen financieramente de un impuesto sobre los salarios. Así pues, dentro del concepto «prestaciones salariales indirectas» distinguimos el «Salario Diferido», es decir, las prestaciones sustitutivas del salario (Jubilación I.L.T. otras pensiones, Desempleo) y lo que sería propiamente Salario Indirecto (Asistencia Sanitaria, Servicios Sociales, Transporte, Vivienda... etc.).

La situación actual

Para conocer el grado de perfección de un sistema de S. S. se suele utilizar tres índices: extensión del ámbito subjetivo del sistema, es decir, población protegida frente a población total; extensión del ámbito objetivo (contingencias o situaciones protegidas) e Intensidad de la Acción Protectora (cuantía y calidad de las prestaciones percibidas). Analicemos, aunque sea someramente, la situación española con respecto a estos índices citados.

La población protegida

El último dato al que podemos hacer referencia es del segundo trimestre de 1981. En ese momento estaban afiliados al Sistema español de S. S.: 10.334.843 trabajadores (ver cuadro 1). Teniendo en cuenta que faltan colectivos de trabajadores con regímenes especiales no incluidos en esas estadísticas (MUFACE, MUNPAL, ISFAS... etc.), se puede decir que prácticamente la totalidad de la población activa (12.800.500 para ese mismo trimestre, según la EPA) estaba afiliada al sistema.

Hay que añadir que respecto a las prestaciones técnicas (asistencia sanitaria) y asistenciales (servicios sociales), el colectivo protegido es mayor puesto que al concepto de afiliado hay que añadir el de pensionista y sus familiares y el de beneficiarios (familiares de afiliados).

CUADRO N.º 1.-Afiliados y su distribución

Régimen	N.º total	Porcentaje
General	7.535.064	72,91
Autónomos	683.969	6,62
Campo	1.573.082	15,22
Mar	41.809	0,40
Carbón	49.669	0,48
Diversos	451.250	4,37
TOTAL	10.334.843	100

Fuente: Memorias trimestrales del INSS.

En el mes de diciembre del 80, la población con derecho a asistencia sanitaria ascendía a 31.203.000 personas.

La conclusión es obvia: aunque con diverso grado de protección, la totalidad de la población activa está protegida y cerca de un 85% de la totalidad lo está respecto a la prestación sanitaria. Esto no nos puede hacer olvidar la desprotección en que se encuentran determinados colectivos de población activa, especialmente los parados cuando terminan el tiempo de subsidio y sus prórrogas o aquellos que no han cotizado. Algunos de estos problemas se encuentran en vías de solución con el ANE.

54

Los riesgos cubiertos

Los riesgos —situaciones de necesidad— cubiertos por el Sistema español, recogen prácticamente la totalidad de lo establecido en la Norma Mínima (Convenio 102, 1952) de la Organización Internacional del Trabajo, donde se especifican las nueve ramas que, como mínimo, deben integrar un sistema de Seguridad Social: asistencia médica; prestaciones monetarias por enfermedad; prestaciones de desempleo; prestaciones de vejez; prestaciones en caso de accidente de trabajo y enfermedad profesional; ayuda familiar; maternidad; invalidez y sobrevivientes.

Así pues, prácticamente la totalidad de las situaciones de necesidad que hoy se consideran «ideal de cobertura» están recogidas por el sistema español. Lógicamente, es necesario hacer matices como consecuencia de la Organización del Sistema español en un Régimen General y varios Regímenes Especiales y las diferencias —cada vez menores, por cierto— que existen entre ellos (ver cuadro n.º 3).

Intensidad de la acción protectora

El balance no es tan positivo si nos referimos al tercero de los índices que nos

sirven para analizar nuestro Sistema de S. S., su intensidad protectora deja mucho que desear tanto en su aspecto cuantitativo como cualitativo. La insuficiente protección se pone de manifiesto sobre todo en el colectivo de parados (grado de cobertura teórica de 69,23% y real del 54,49 en el mes de diciembre de 1980) así como en la baja prestación media que perciben los mismos; en la baja prestación media que se percibe tanto durante la ILT como durante la Invalidez Provisional; en las ridículas cantidades dedicadas a la protección a la familia, cantidades no revisadas desde hace diez años; en las pensiones bajas e insuficientes que todavía tiene la mayoría de los pensionistas (ver cuadros 4 y 5).

La baja calidad de las prestaciones se pone de manifiesto en la duración media de los trámites necesarios para el reconocimiento de los derechos a cualquiera de las prestaciones —en algunos casos llega a durar más de 4 meses—, en el trato deficiente que reciben los beneficiarios—usuarios por parte de las Entidades Gestoras... etc.

Claro que donde se demuestra la baja calidad de la Acción Protectora es en las prestaciones técnicas —asistencia sanitaria— y asistenciales. Si bien la Asistencia Sanitaria hospitalaria puede ser comparable con la de cualquier otro país europeo, no cabe decir lo mismo de la asistencia domiciliar y ambulatoria. El despilfarro de recursos y la mala administración de los mismos es aquí donde se pone de manifiesto y donde las medidas de mejora y racionalización pudieran tener unos efectos más llamativos si hubiera voluntad política para realizarlas. Claro que, como veremos más adelante, ese despilfarro y mala administración cumplen una función muy importante para conseguir determinados objetivos.

Una reforma en marcha

La Reforma de la Seguridad Social no es algo nuevo que se nos venga encima

en estos momentos como consecuencia del ANE. Se puede decir que desde el mismo momento en que empieza la aplicación efectiva de la Ley de Bases de 1963 —Ley de la que emanan los principios que han conformado el actual sistema de S.S.—, es decir, desde 1967, el Ministerio de Trabajo, encargado en aquellos momentos de la «vigilancia y tutela» del sistema, establece un conjunto de normas que van modificando no sólo aspectos circunstanciales sino fundamentales del Sistema implantado. La Ley de Financiación y Perfeccionamiento de la Acción Protectora de 21 de junio de 1972, así como el Texto Refundido —que no se limita simplemente a refundir normas anteriores sino que incorpora ciertas novedades— de la Ley General de Seguridad Social de Mayo de 1974 son pruebas palpables de esta afirmación.

Por esas mismas fechas comienza a sentirse la necesidad de una Reforma a fondo de la S.S. Se publican Informes —Libro Blanco, Informe Barea para el Ministro Rengifo, que no llega a publicarse— y Contrainformes —Libro Verde— encaminados a exponer dicha necesidad de Reforma así como los principios en los que ésta debería basarse. Es en estos momentos cuando se producen los acuerdos político-económicos de la Moncloa (1977) en los que la S.S. va a jugar un papel importante como contrapartida a los sacrificios exigidos a la clase obrera, y en concreto, a los principios de política de rentas que dichos acuerdos conllevan.

En esos acuerdos se tomaron medidas fundamentalmente en los frentes de la gestión, la financiación y las prestaciones. El modelo de S.S. resultante no era el óptimo deseable, dada la diversidad de fuerzas e intereses presentes en la negociación, pero sí podía suponer un acercamiento a un modelo de S. S. progresista que fuese fácilmente asumido y, por ende, defendido por la clase obrera. Sin embargo el cumplimiento de dichos acuerdos ha dejado mucho que desear en este terreno, quedándose en lo puramente formal, debido por una parte a la interpretación unilateral reali-

CUADRO N.º 2.— Prestaciones del sistema español de Seguridad Social

A. Prestaciones Económicas
1. Pensiones
1.1. Jubilación
1.2. Invalidez Permanente
1.3. Viudedad
1.4. Orfandad
1.5. Favor de Familiares
2. Prestación por ILT
3. Prestación por invalidez provisional
4. Asignaciones familiares
5. Indemnización (accidentes de trabajo y enfermedades profesionales)
6. Auxilios por defunción y otras ayudas
B. Prestaciones asistenciales
7. Asistencia sanitaria
C. Servicios sociales

CUADRO N.º 3.— Prestaciones económicas en los diferentes regímenes.

Régimen	ILT	Invalidez	Vejez	Muerte y S.	Pr. Famil.	Desempleo
GENERAL	X	X	X	X	X	X
M. Carbón	X	X	X	X	X	X
Ferrovianos	X	X	X	X	X	X
Rep. Comercio	X	Sólo Per.	X	X	Pag. Unico	NO
AGRARIO						
— cuenta a.	X	X	X	X	X	NO
— cuenta p.	X	Sólo Per.	X	X	Pag. Unico	NO
MAR						
— salarios	X	X	X	X	X	X
— a la parte						
150 TRB	X	X	X	X	X	X
+ 10-150 TRB	X	X	X	X	X	X
+ 0- 10 TRB	X	X	X	X	X	Muy Espec.
— cuenta pro.	X	X	X	X	X	NO
AUTONOMOS						
Emp. Hogar	X	Sólo Per.	X	X	Pag. Unico	NO
Artistas	X	X	X	X	X	NO
Toreros	X	X	X	X	Pag. Unico	Muy Espec.
Esc. Libros	X	X	X	X	Pag. Unico	NO
					NO	NO

Fuente: Ley General de la S.S. y Reglamentos distintos regímenes.

CUADRO N.º 4.— Relación entre seguro de desempleo y salario mínimo.

AÑO	A Prestación media desempleo	B Salario mínimo anual	A/B · 100
1973	62.400	76.350	81.72
1974	75.792	92.115	82.27
1975	101.308	114.050	88.82
1976	104.120	145.045	75.28
1977	156.549	188.920	82.86
1978	194.151	234.924	82.64
1979			
1980			

Fuente: Elaboración propia sobre datos del INP e INEM.
Varias Normas SMIG.

zada por el Gobierno y a la escasa presión social ejercida para que se cumplieran tales acuerdos.

El ANE y la Seguridad Social

En el punto V-2 del ANE se dice que las partes «han coincidido en la necesidad de proceder a un examen de conjunto del actual sistema de Seguridad Social orientado a su mejora y racionalización. A estos efectos, la Administración, en un plazo no superior a los seis meses elaborará una propuesta que será sometida a una Comisión integrada por las partes firmantes de este Acuerdo, que antes del 31 de enero de 1982 formularán por escrito propuestas que, de común acuerdo, puedan alcanzarse». Dichas propuestas serán tenidas en cuenta «en los proyectos legislativos que puedan elaborarse sobre estas materias.»

Este punto del ANE puede poner freno a un proceso de Reforma encubierto que se inició —incumpliendo los acuerdos de 1977— con el Real Decreto-Ley 36/1978 de 16 de noviembre en lo que afecta tanto a la gestión del sistema como a algo mucho más importante: su financiación —recuérdese que dicho Real Decreto-Ley daba luz verde al Gobierno para introducir las reformas necesarias en el sistema de financiación—, que siguió con la reforma de una de las prestaciones más importantes del sistema —el Seguro de Desempleo— mediante la Ley Básica de Empleo y que ha continuado con la Reforma de otros aspectos de la Ley General de la S.S. (Ley 40/80 sobre Inspección y Recaudación, etc.), de tal forma que por la vía de los Decretos-leyes sobre todo se ha estado hurtando a las fuerzas políticas y sociales un verdadero debate sobre el carácter, contenido y funciones de lo que debe ser el sistema de S.S. en España.

Nadie niega que la S.S. española necesite una reforma que afecte a todas sus variables fundamentales. Sí se debe estar en contra, sin embargo, de que tal Reforma se lleve a cabo unilateralmen-

CUADRO N.º 5.— Número de pensionistas y pensión media.

AÑO	Número de pensionistas	Pensión media	pensión media ptas. 1978
1973	3.075.375	3.078	7.297
1974	3.230.374	3.917	8.029
1975	3.410.103	4.717	8.266
1976	3.598.146	6.401	9.537
1977	3.806.289	8.342	10.032
1978	4.013.584	11.158	11.158
1979	4.221.508	13.176	11.385
1980	4.393.500	15.040	11.255

Fuente: Revista Española de Seguridad Social.

te, sin un debate en profundidad en el que participen todos los afectados por la Reforma (afiliados y beneficiarios-usuarios), principalmente a través de las fuerzas políticas y sociales. De ahí la importancia extraordinaria de tal punto del ANE, que nos permite corregir una práctica que ha sido desastrosa para el sistema de la S.S. y, por tanto, para los afiliados y beneficiarios del mismo.

La fuerte campaña de la derecha y sus objetivos

56

Hay que partir reconociendo un hecho: han sido la derecha y las organizaciones patronales quienes han asumido la importancia real que tiene el sistema de la S.S. y están intentando, sin ahorrar ningún tipo de medios, que su reforma se haga coincidiendo con sus intereses. A tales efectos se han organizado campañas de prensa, Congresos, Jornadas, Estudios y Publicaciones en los que se ha tratado de demostrar la «monstruosidad del sistema», el excesivo peso de las cotizaciones sociales y sus efectos sobre el nivel de empleo, sin decir que ello es como consecuencia de la baja presión fiscal existente en nuestro país y por la asunción por parte de la Seguridad Social de funciones que deberían estar encomendadas al Estado — no existe prácticamente política social fuera de la S.S. — que coarta la libertad de mercado y va en contra del individuo, que determinadas prestaciones serían más baratas en el sector privado, etc. De tal forma ha sido esta campaña que hasta los medios de comunicación de izquierdas han caído en la misma.

Todo esto les ha llevado a pedir insistentemente la privatización de la S.S. o, más concretamente, la introducción de la iniciativa privada en una materia que después de la Ley de Bases de 1963 era competencia exclusiva del Estado. Vamos a intentar a continuación analizar cuáles son los objetivos de la derecha con respecto al Sistema de la S.S., las vías para introducir su modelo, así co-

CUADRO N.º 6.— La reforma del seguro de desempleo.

Tiempo cotizado	prestación percibida		
	ANTES	AHORA	DIFERENCIA
6 meses	378.000	72.000	— 306.000
12 meses	378.000	144.000	— 234.000
18 meses	378.000	207.000	— 171.000
24 meses	378.000	270.000	— 108.000
30 meses	378.000	324.000	— 54.000
36 meses	378.000	378.000	0

Notas: Se ha supuesto una misma base reguladora de 30.000 pesetas. Sólo los trabajadores que han cotizado más de 3 años mantienen (no mejoran) su prestación. El resto pierden cantidades que oscilan entre el 81 por 100 y el 14 por 100 de lo percibido anteriormente. ¿Cuánto debería percibir un trabajador que haya cotizado 30 años? Si no se sigue la serie es por solidaridad de los que más cotizan. Solidaridad que se ha roto con la Reforma.

mo la concreción práctica de la introducción de la iniciativa privada dentro de este sector.

Se puede decir — aun a riesgo de parecer excesivamente simplista — que el objetivo fundamental de la derecha es no dejar en manos del Sector Público el volumen de recursos que administra y controla el sistema de la S.S. Objetivo que implica a su vez otros dos no menos importantes: en primer lugar, reducir el área de actuación del Sector Público y quitar poder a las Centrales Sindicales, puesto que es la S.S. un subsector del Sector Público donde las Centrales Sindicales de clase juegan y van a jugar cada vez más un importante papel al estar presente en sus órganos de participación y control.

Esto que puede suponer un paso muy importante para la consolidación de las Centrales Sindicales de clase, no están dispuestos a permitirlo los empresarios, en particular, y la derecha, en general. Recuérdese a este respecto su postura cada vez que se habla de financiación no sólo de las Centrales Sindicales sino de esos órganos en los que participan. En el cuadro n.º 7 hemos intentado hacer un esquema-resumen de la fórmula a través de la cual pretenden conseguir ese objetivo de control sobre los recursos generados por el sistema de la S.S.

comparándolo con el esquema actualmente vigente.

S.S. para ricos y para pobres

El instrumento fundamental que tiene la derecha para conseguir su objetivo de introducirse en el sistema de S.S. es la Complementariedad. Complementariedad que afectaría no sólo al nivel voluntario (tercer nivel) — opción a la que nada tendríamos que objetar — sino también y fundamentalmente al nivel profesional (segundo nivel). Complementariedad que sería no del tipo público sino de tipo privado. Véase el esquema adjunto (cuadro n.º 8) donde aparecen resumidas las principales variables que conforman el Modelo de S.S. hasta ahora defendido por las Organizaciones Patronales.

Para conseguir esta complementariedad, se está siguiendo una trayectoria muy coherente ayudada por la propia política de S.S. del Gobierno de UCD: que sean los propios afiliados-beneficiarios del sistema quienes pidan la complementariedad, incluso a través de los convenios colectivos, y, lo que es más grave, aun apoyadas dichas plata-

formas por las Centrales Sindicales. ¿Cómo?

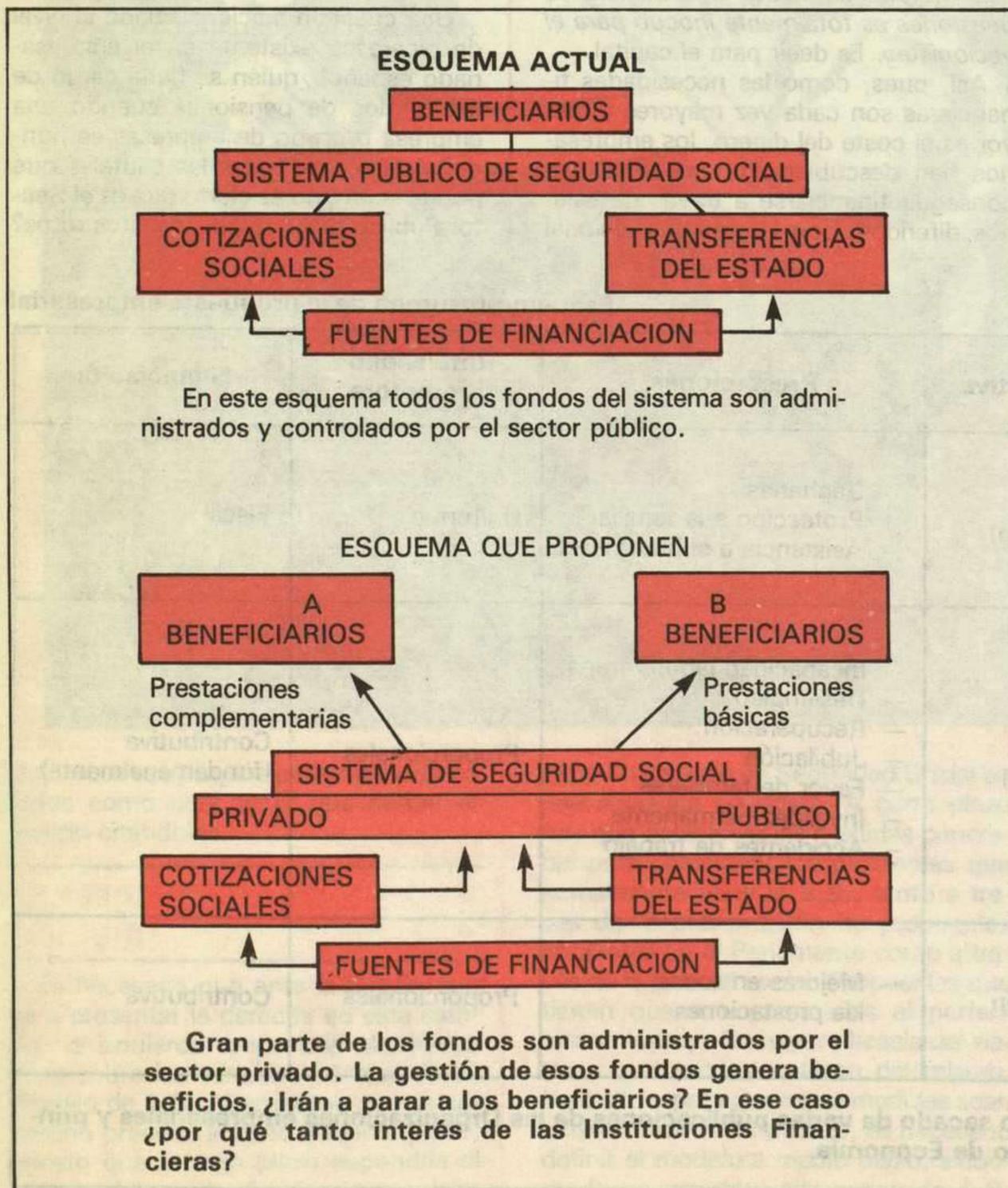
En primer lugar por la vía del deterioro de las prestaciones económicas. Este deterioro se concreta en una política de revalorizaciones de pensiones que no respeta la estructura de pensiones, lo que trae consigo que a muy corto plazo todos los pensionistas percibirán una pensión igualitaria. Ello implicaría que los propios trabajadores activos no vean

rentable el cotizar sobre salarios reales proporcionalmente, cuando luego van a percibir una pensión igual a quien haya cotizado menos. Son, pues, los colectivos de trabajadores con mayores salarios los que pedirían la complementariedad. En segundo lugar, por la vía del deterioro de la prestación sanitaria, que se concreta en la reducción de inversiones para equipamientos sanitarios así como en una política que no sólo no

persigue sino que fomenta y premia el descontrol, el fraude y la corruptela. Todo ello con consecuencias importantes en el terreno de una mejor asistencia sanitaria. De esta forma serían los mismos trabajadores quienes pedirían la complementariedad para conseguir una mejor prestación asistencial.

Las consecuencias de implantar una complementariedad de este tipo, potenciándola a fin de que la iniciativa privada juegue un importante papel, puede ser muy grave para la mayoría de los trabajadores de un país que trabajan en pequeñas y medianas empresas y que, por tanto, tienen poco poder de negociación para exigir prestaciones complementarias. De esta manera habría una S.S. para ricos — aquellos sectores laborales con mayor poder de negociación que conseguiría dichas prestaciones complementarias — y otra para pobres, y que en nuestro caso afectaría prácticamente a la gran mayoría de los trabajadores del país.

CUADRO N.º 7.



Los fondos de pensiones

En el Informe de la Comisión para el Estudio del Mercado de Valores se dice textualmente que una de las medidas a tomar es la «Regulación de los llamados Fondos de Pensiones que en otros países tienen un gran desarrollo y prestan un servicio importante, no sólo desde el punto de vista social — completando la acción de los sistemas de S.S. — sino también como instrumento de canalización de recursos hacia el mercado de valores (el subrayado es mío). Estos fondos deberían tener por finalidad la cobertura de los complementos de pensiones por muerte, invalidez permanente o jubilación con aportaciones a cargo de las empresas y los trabajadores. Su gestión debe encomendarse a una entidad gestora de carácter técnico, bajo la supervisión de un organismo en el que participen representantes de los trabajadores y de la empresa y su régimen fiscal debe ser análogo al vigente hasta ahora para las instituciones de inversión

colectiva». Esto no sólo se ha quedado en dicho informe sino que se están preparando proyectos de ley concretos y alguna empresa (Mapfre en concreto y otras más) ya los están vendiendo como un servicio más.

Pero ¿qué son los fondos de pensiones? La definición más aceptada los describe como «un plan establecido y mantenido por las empresas con el fin primordial de proporcionar a sus empleados una pensión a partir del momento de la jubilación o retiro de estos». Hay que señalar, sin embargo, que la realidad de los fondos de pensiones o Cajas de Pensiones difiere mucho según los países en los que está establecido.

Aunque el fin declarado es el de proporcionar una pensión al trabajador, los Fondos de Pensiones que recibieron en USA el apelativo de «industria de las pensiones», puesto que en 1977 llega-

ron a mover más de 400 billones de dólares, tienen una clara finalidad económico-financiera, de tal manera que *«en los USA se ha dicho que los fondos de pensiones van adquiriendo gradualmente la propiedad de las empresas del país. Puede observarse un desarrollo similar en Alemania debido a la creciente importancia de las reservas afectadas a planes de pensiones. Naturalmente las reservas para planes de pensiones no dan lugar a ninguna influencia en la compañía de forma que este método de operar los sistemas de pensiones es totalmente inocuo para el accionista»*. Es decir para el capital.

Así, pues, como las necesidades financieras son cada vez mayores y mayor es el coste del dinero, los empresarios han descubierto un método para conseguir financiarse a través de salarios diferidos, con la ventaja adicional

de tener exenciones fiscales. Por ello, cuando los empresarios hablan del peso de las cotizaciones sociales, no están proponiendo la desaparición de la técnica de la cotización social como forma de financiar la S.S. Lo que están proponiendo es que la administración y control de esos fondos así recaudados no estén en manos del Sector Público sino que pase al sector privado en concreto a los Fondos de Pensiones, aunque éstos se encubran bajo la apariencia de instituciones benéficas sociales.

Una cuestión adicional, dado el nivel de picaresca existente en el empresario español ¿quién se haría cargo de los fondos de pensiones cuando una empresa o grupo de empresas se hunda? A pesar de todas las cautelas que ponga la ley ¿no es cierto que es el Sector Público quien paga los platos rotos?

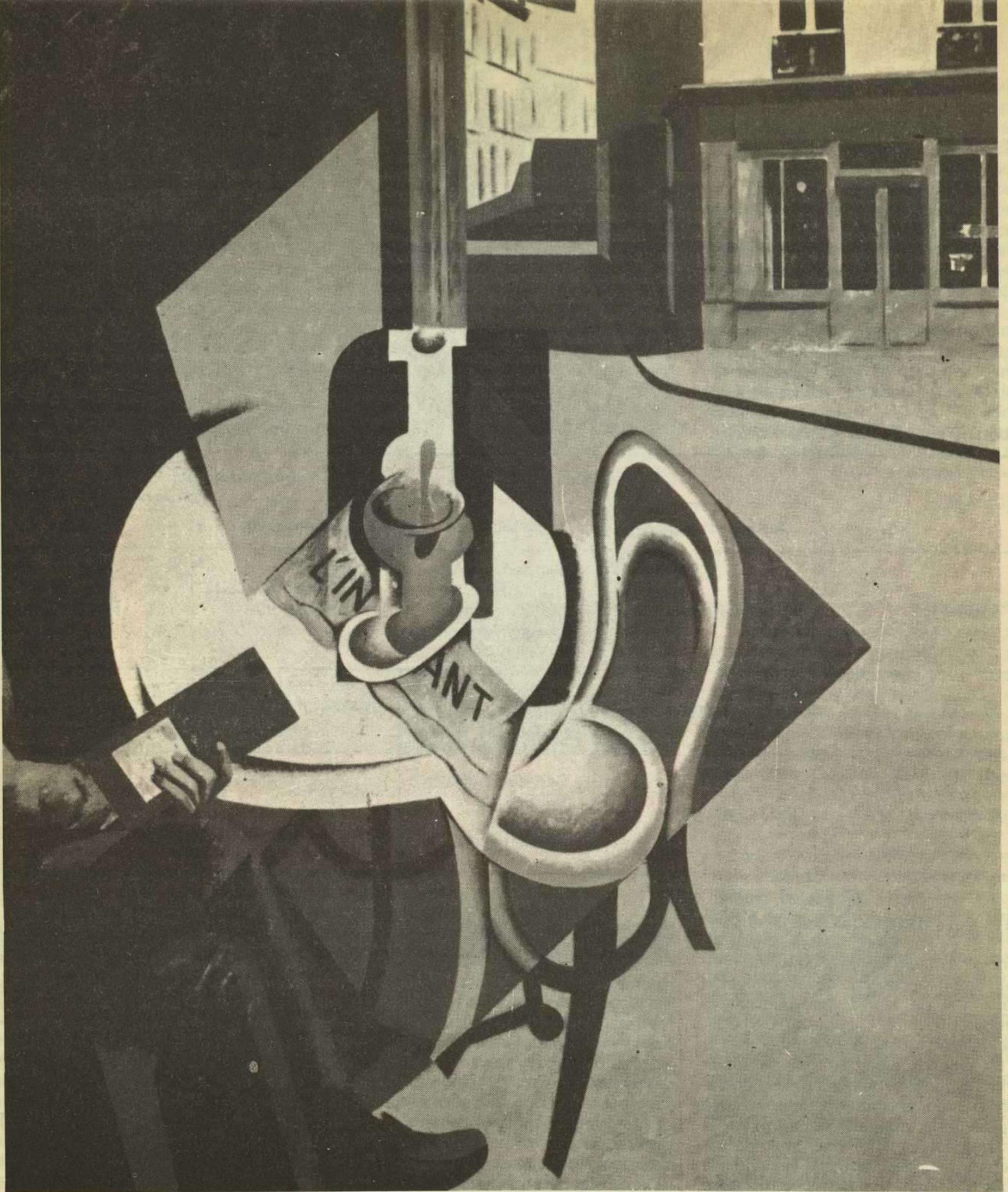
58

CUADRO N.º 8

Esquema-resumen de la propuesta empresarial

Nivel	Extensión subjetiva	Prestaciones	Intensidad protectora	Financiación
I. — GENERAL	Universal (toda la población)	<ul style="list-style-type: none"> — Sanitarias — Protección a la familia — Asistencia a subnormales 	Uniforme	Fiscal
II. — PROFESIONAL	Limitada (población activa)	<ul style="list-style-type: none"> — Incapacidad laboral trans. — Desempleo — Recuperación — Jubilación — Favor de familiares — Invalidez permanente — Accidentes de trabajo 	Proporcionales	Contributiva (fundamentalmente).
III. — VOLUNTARIO	Limitada (quienes suscriban la póliza)	<ul style="list-style-type: none"> — Mejoras en todas las prestaciones 	Proporcionales	Contributiva

Nota: Este esquema-resumen ha sido sacado de varias publicaciones de las Organizaciones empresariales y principalmente del presentado por el Círculo de Economía.



Hay muchos ejemplos en la memoria de todos como para tener que perder el tiempo citándolos.

La respuesta de la izquierda

Es necesario que ante la batalla que va a presentar la derecha en este campo, la izquierda tenga una alternativa clara sobre las variables básicas de su modelo de S.S. Alternativas que es necesario precisar a corto y medio plazo, puesto que a largo plazo supondría el estudio del papel y funciones que debe

jugar un sistema de Seguridad Social en una sociedad socialista. A corto plazo hay que establecer las medidas concretas para solucionar los problemas que actualmente tiene la S.S., tanto a través de la presentación de propuestas concretas en el Parlamento como a través de la presión social. Propuestas que tienen que ir encaminadas al perfeccionamiento, a la mayor eficacia del sistema y al control externo del mismo. Para ello y para que estas medidas sean lo más coherentes posible, es necesario definir el modelo a medio plazo, elaborando un proyecto alternativo de S.S.

en el marco de una sociedad capitalista, definiendo las variables básicas de este modelo: su campo de aplicación, su estructura y la forma de organizar la protección, su gestión y la forma de recaudar los recursos necesarios.

En primer lugar, hay que definirse sobre el carácter que deben tener las prestaciones sociales en una Seguridad Social de tipo progresista. Normalmente se suele dar carácter asistencial a aquella S.S. que se limita a ser un instrumento de redistribución de rentas en sentido vertical: de los que tienen más a los que tienen menos. Por el contrario,

CUADRO N.º 9

Carácter	Variables básicas para un modelo de Seguridad Social			
	Ambito subjetivo	Prestaciones	Financiación	Gestión
<i>Salarial</i>	Población activa	<ul style="list-style-type: none"> — Pensiones — ILT e Inv. P. — Maternidad — Desempleo — Accidentes T. 	Contributiva Aportaciones del Estado	Pública
<i>Asistencial</i>	Toda la población	— Asistencia Sanitaria en todas sus facetas	Fiscal	Pública
<i>Asistencial</i>	Toda la población	<ul style="list-style-type: none"> — Servicios Sociales — Subsidio de desempleo — Pensión social 	Fiscal	Pública

60

se le suele dar carácter salarial cuando la S.S. se liga fundamentalmente a las rentas de activo lo que la convierte también en un mecanismo de redistribución horizontal de rentas: activos-pasivos, sanos-enfermos, ocupados-parados, etc. (salario indirecto y salario diferido).

En segundo lugar, se trata de definir si la S.S. debe proteger a toda la población o si, por el contrario, debe limitarse a proteger a una parte de la misma. El sistema actualmente vigente es de carácter profesional, es decir, limitado a la Población Activa, si bien determinadas prestaciones tienen un ámbito de aplicación mucho mayor. La respuesta a esta cuestión depende cómo se resuelva la primera alternativa. Así si la S.S. se considera que debe tener un carácter asistencial, su ámbito de aplicación debe extenderse a toda la población (universalidad) y sólo a la población activa si consideramos a la S.S. con un contenido eminentemente salarial aunque aplicable a las rentas profesionales y de autónomos. Puede darse un modelo mixto en el que parte de las prestaciones se refieran a la población activa (prestaciones económicas) y parte a la totalidad de la población (prestaciones

de carácter sanitario y los servicios sociales).

En tercer lugar, es necesario definirse por el modelo de financiación. Es decir, si los recursos van a provenir de los beneficiarios del Sistema (contributivo) o si se van a recaudar de todos los ciudadanos olvidando la relación cotización-prestación (fiscal). Una propuesta progresista podría defender que en los casos en los que la relación cotización-prestación se ha perdido — asistencia sanitaria, servicios sociales, pensión social, protección a la familia, etc. — la financiación debe tener un carácter fiscal mientras en los casos donde dicha relación se mantiene — desempleo, pensiones, ILT, etc. — la financiación debe seguir siendo contributiva aunque con las reformas necesarias para que dicha contribución sea lo más neutral posible en lo que respecta a la asignación de recursos y con una aportación del Estado suficiente como para compensar aquellos sectores deficitarios (Agrícola, etc.) cuyos costes no deben recaer totalmente sobre los trabajadores de la Industria y los Servicios.

En cuarto lugar, es necesario tener una opción clara respecto al modelo de

organización de la acción protectora. Si ésta debe organizarse a través de un Régimen Único o mediante un Régimen básico y otro complementario, en cuyo caso habría que optar por el tipo de complementariedad que se estaría dispuesto a defender: pública o privada, sectorial o de empresa, obligatoria o voluntaria, etc. No hay que olvidar en este punto la historia de la S.S. en España. Esta nace organizada a través de un Régimen básico (SOVI) y uno complementario de tipo profesional (Mutualidades y Montepíos Laborales). Sin embargo, la experiencia de desigualdad de protección llevó a la unificación en un Régimen Único. Puesto que la consecuencia de la complementariedad es la desigualdad protectora de los distintos sectores productivos, se debe tener en cuenta a la hora de definirse sobre si complementariedad sí o no.

En cualquier caso lo que sí es necesario que las fuerzas progresistas y de izquierda asuman la importancia del tema de la Seguridad Social — como lo ha hecho la derecha del país — y se preparen a una lucha que va a durar bastante, pero que en los próximos meses va a tener sus momentos más importantes.



La prensa y su futuro: Hoy ya es ayer

Miguel Salabert

Paradójicamente, la prensa ha permanecido hasta hace quince años al margen de los avances tecnológicos que han ido reflejando sus páginas. Paradójicamente o, si se prefiere, tecnológicamente, la prensa, tan viva y trepidante ella, ha sido durante setenta años una Bella Durmiente. En efecto, hasta comienzos de la década de los setenta, la prensa se ha fabricado del mismo modo que a principios de siglo, como lastrada por el peso del plomo con que componía sus páginas.

Tan solo a comienzos de los años setenta se produce la gran mutación tecnológica de la prensa, con la irresistible invasión de la informática en las áreas de la fabricación, gestión, distribución y, finalmente y todavía en fase no muy desarrollada, de la redacción.

La informatización de la composición —fotocomposición—, ha enviado al desván de la historia a las linotipias, y con ellas a los oficios tradicionales de los tipógrafos, como la de las salas de redacción ha expulsado a las máquinas de escribir, sustituidas por las pantallas

visuales con teclado. Hoy, un viejo periodista que visite un periódico totalmente informatizado, no reconocerá nada de su arcaico mundo de hace quince años, y creará incluso haberse vuelto ciego y sordo, pues hasta el familiar ruido de las linotipias y de la redacción ha quedado también proscrito.

Han sido fundamentalmente razones económicas y técnicas, resumidas en la palabra productividad, las que han determinado la conversión tecnológica de la prensa. Entre las ventajas inducidas por la informatización pueden destacarse muy esquemáticamente las siguientes: *reducción de tiempo* (en la transmisión, elaboración de la noticia, composición de textos, corrección, confección... piénsese, por ejemplo, respecto a esto último, que la confección de un cuadro estadístico o de la Bolsa se hace ahora en cuatro horas menos que con el sistema tradicional); *reducción de costos* (principalmente, en fabricación, por la vía de la supresión de un elevado número de puestos de trabajo, pero también en distribución mediante la edición

a distancia por el método del facsímil, consistente en la transmisión por cable telefónico de la fotografía de cada página del periódico para su reproducción por pequeñas imprentas diseminadas por provincias. Este sistema, utilizado desde hace ya quince años en Japón y Suecia, y que va generalizándose, permite economizar los cuantiosos gastos de transporte por avión y tren, y además hace posible la inclusión de la información local elaborada in situ en los centros regionales o provinciales de edición); *descentralización de las unidades de redacción* (que asegura una mayor racionalización y eficacia en la producción de la información); *posibilidad prácticamente ilimitada de aumentar el número de páginas*, que el sistema tradicional de composición limitaba gravemente, etc...

INFORMATIZARSE O MORIR

A estas razones fundamentales hay que añadir, como factores de aceleración, los estímulos crediticios y fiscales que algunos Estados han aplicado a la modernización técnica de la prensa, y, sobre todo, la posibilidad que la nueva tecnología daba a los empresarios de reducir el fuerte poder de los sindicatos obreros de prensa, al diezmar sus efectivos y destruir sus oficios y sus tradiciones.

Las respuestas sindicales han sido muy variadas, desde la inglesa, con la famosa batalla del *Times*, hasta la del diario de los sindicatos suecos, *Arbetet*, de Malmoe, que no sólo ha informatizado la fabricación sino que también ha sido uno de los primeros diarios que ha montado una redacción totalmente electrónica. Su total informatización permite al *Arbetet*, en conexión con el Servicio Nacional del Paro, dar cinco días a la semana una lista (de fotocomposición ultrarrápida por Digiset) de empleos vacantes, que llega a alcanzar hasta 140 páginas (1). En otros países, como en Francia, la modernización de los diarios, iniciada por la poderosísima prensa regional, se ha efectuado mediante acuerdos con los sindicatos, basados en la reconversión de los actuales puestos de trabajo y en su reducción por jubilaciones anticipadas en masa, sistema al que también ha tenido que acogerse *L'Humanité*.

Ningún periódico puede resistirse ya por mucho tiempo a su modernización tecnológica. Incluso los diarios de elevada tirada y con abundantes ingresos publicitarios, como ocurre en Inglaterra

(1) Vid. *L'Information demain* (pág. 49). J. L. Lepigeon y D. Wolton. La documentation Françoise, París, 1979.

y en algunos casos en España, se hallan en precaria o en desastrosa situación económica, a causa fundamentalmente de su desfase tecnológico. Informatizarse o morir a corto plazo, esa es la cuestión.

A corto y medio plazo, en España, esta mutación pone en crisis a los grandes periódicos tecnológicamente desfasados.

Consecuentemente, establece magníficas condiciones competitivas para la creación de periódicos de nueva planta, sobre todo de ámbito regional, con las perspectivas añadidas que les abre el desarrollo político de las autonomías.

Pero a largo plazo hay otra amenaza que se cierne sobre la prensa escrita y que afecta, nada más y nada menos, que a su función tradicional e incluso a su propia supervivencia. Es la amenaza que hace planear la irrupción de los nuevos medios electrónicos o telemáticos de comunicación, algunos de ellos ya operativos y en fase de experimentación... comercial. Esos nuevos medios no sólo van a revolucionar la práctica de la información sino también el propio concepto de la misma.

Se está fraguando ya ante nuestras distraídas narices una industria, con la información y las ideas por mercancía, de un alcance ideológico y económico insospechables. Un experto en comunicación, el profesor Manuel Martín Serrano, escribía recientemente: «*En los años ochenta la industria que gira en torno a la comunicación se va a constituir en uno de los sectores económicos más importantes de la producción mundial*».

PERIÓDICOS A LA CARTA

Descartaremos aquí a los medios icónicos ligados a TV, como el magnetoscopio y el videodisco, para ceñirnos a aquellos que más directamente puedan usurpar o sustituir —o al menos competir—, con la tradicional función de la prensa, que utiliza el no menos tradicional soporte del papel.

Se trata de los sistemas de teletexto o videotexto, en cuya descripción no es posible entrar aquí pero que en sus diversas variantes japonesas (sistemas llamados *Hi-Ovis* y *Captains*), inglesa (*Prestel*), francesas (*Antiope* y *Teletel*) o norteamericana (*Qube*, ya con más de 30.000 abonados), consisten, fundamentalmente, en la recepción de informaciones en la pantalla del televisor, con selección de las mismas por el propio usuario mediante un teclado que establece la comunicación bidireccional, y el uso, complementario o no, del teléfono.

Esos servicios permiten consultar los horarios de trenes y aviones (y efectuar

reservas), los bancos de datos, las dudas sobre la declaración de impuestos, etc... y además recibir a cualquier hora un periódico de actualidad inmediata, fresca, renovada, en cuyo sumario puede elegirse la sección o «página» que se desee. Para mayor claridad —que si es cortesía voluntaria para el filósofo, es obligatoria para el periodista— pongamos un ejemplo, que tomamos de la obra citada de Lepigeon y Wolton.

Con el sistema francés ANTIOPE (siglas de «*Adquisición Numérica y Televisualización de Imágenes Organizadas en Páginas de Escritura*»), el usuario que quiera informarse sobre un partido de fútbol marca en su teclado el número correspondiente a la sección deportes. Aparece en pantalla la lista de los deportes con sus números de clave. Si el 08 corresponde al fútbol, la nueva «página» la da el número del partido sobre el que quiere información. Marcado éste, aparece el artículo.

Cada página que aparece en la pantalla comprende un máximo de 24 líneas de 40 caracteres, que es el equivalente de 30 líneas a una columna en un diario de papel.

Esto indica ya que la redacción de los textos debe ser extremadamente sintética, y de ahí a un empobrecimiento aún mayor de la lengua no hay más que un paso. Que se dará.

El sistema inglés de videotexto PRESTEL, inaugurado en 1979, y ya comercializado, es el más adelantado en su difusión social, gracias a la singularidad de que el setenta por ciento del «parque» de televisores en Inglaterra es de alquiler. Eso facilita la penetración de los nuevos sistemas y de la adaptación técnica de los receptores de TV.

Cierto es que ninguno de estos sistemas viaja en tren o en metro. Pero el soporte papel también les es accesible, mediante la impresión por telecopia a domicilio.

La prensa, para sobrevivir a lo que se le viene encima, si es que sobrevive, tendrá que cambiar profundamente su concepción y contenido. Pero la gran mutación que anuncian estos y otros sistemas ya en marcha no está en la desaparición o en la conversión de la prensa escrita a otras fórmulas, sino en la noción y en la práctica mismas de la información, con las profundas consecuencias políticas y sociales que ello entraña.

UNA NUEVA GUERRA DE TROYA

Los que, bajo el título de sociólogos y otros arrequives académicos, efectúan un trabajo de relaciones públicas —remunerado de una u otra forma— para «preparar» o acondicionar a la sociedad a los cambios tecnológicos, afir-

man que la información será mucho más democrática. Más democrática, dicen, puesto que «*abierto a todos y a cada uno*» —con la posibilidad para cada quisque de confeccionarse un periódico «*a la medida o a la carta*»— y porque esa «*personalización*» de la información va a romper el viejo monopolio de las empresas periodísticas sobre la decisión de lo que es noticiable y de lo que no lo es.

Pero es evidente que estos argumentos son groseramente falaces. En primer lugar, por la creación que esta tecnología supone de una nueva industria ideológica, más poderosa aún que las actualmente existentes. En segundo lugar, porque esa información será cara, y, consecuentemente, actuará como un factor de discriminación aún más acusado que ahora. En tercer lugar, porque esa «*personalización*» de la información «*a la carta*» se anuncia ya como un disolvente social de los colectivos o grupos seriales, como diría Sartre, que forman los lectores de los periódicos actuales, en los países en los que hay un verdadero pluralismo de prensa. Un disolvente tanto más eficaz cuanto que se acompaña de otro factor de aislamiento social, como es el de aumentar previsiblemente hasta grados patológicos la ya excesiva dependencia del televisor.

La lucha contra esto no consiste, naturalmente, en oponerse a la irresistible ascensión de estas nuevas tecnologías. La lucha es política, y tiene su terreno de batalla en el doble problema de la independencia nacional y del control democrático o plutocrático de estos nuevos medios.

La lucha será decisiva... si la izquierda se muestra a la altura de los tiempos. Porque también podría ocurrir que esta nueva guerra de Troya no tuviese lugar. Y es seguro que así ocurrirá si la izquierda, que es y se dice portadora de progreso, continúa en el campo de la comunicación viviendo en el horizonte de la linotipia, que es lo mismo que vivir en Babia o hacer el avestruz. La indigencia de la izquierda en el campo de la comunicación sólo es comparable a la del programa del gobierno en materia de informática, que ya nos ha descolgado del futuro y apeado de un tren que, una vez más, vemos pasar de largo, y de lejos. Sin que nadie ponga el grito en el cielo. Como si ese fuera un tren cualquiera. Un amigo mío, periodista él, decía con mucha gracia el otro día que si todo esto pasa, «*si a mi me quitan los periódicos de papel tierno y crujiente, yo me borro*». Como no nos preparemos a la batalla política en el frente global de la comunicación, puede que no nos quede ni la posibilidad de borrarlos, porque nos borrarán ellos. No digo que del mapa, ni de las paredes (porque siempre quedará la pintada, que a eso sí que no nos gana nadie) pero...

Juan N. García Nieto

A

Partido laico, Partido de masas

Antes de entrar a desarrollar el tema, debo decir que el debate sobre el partido laico interesa a todo el Partido. Evidentemente, también interesa la problemática «Marxismo-Cristianismo» y «Teología de la Liberación», no sólo como elementos culturales, sino como elementos de debate ideológico; pero interesa particularmente a aquellas camaradas que tienen planteado el problema de la compatibilidad de la militancia cristiana y la militancia comunista. Sin embargo, el tema de Partido laico, en cierto modo, supera el debate marxismo-cristianismo.

Ya tendremos ocasión de ir discutiendo el concepto de *laicismo*, político e ideológico a la vez, aunque con implicaciones de carácter teórico, que afectan tanto a las bases culturales ideológicas de los partidos comunistas como al propio marxismo. Es un concepto que tiene resonancias y dimensiones estrictamente políticas, porque determina la actitud del partido *laico* en relación con otras instituciones, y *supera lo estrictamente ideológico*.

Segunda advertencia introductoria: afirmar la identidad de un partido en estos momentos entraña el pleno reconocimiento de una realidad que parte, evidentemente, de aportaciones teóricas, formuladas ya por Gramsci cuando expuso la esencia del socialismo en libertad, y, al mismo tiempo, compendia todo lo que ha sido la práctica de la concepción eurocomunista, la revolución de la mayoría.

Evidentemente, el carácter laico va mucho más allá de la actitud del Partido ante el hecho religioso y ante las instituciones eclesiales. Podríamos decir, y es una afirmación hecha repetidas veces, que la laicidad del Partido sitúa al marxismo en el centro del debate cultural, de las distintas aportaciones culturales que convergen en el Partido como partido de masas. Por tanto, quiero dejar sentado desde el principio que no se trata de un debate marxismo-cristianismo. Es algo que va mucho más allá de lo que supone la militancia de cristianos en el partido.

Ahora, una aclaración. Nos encontramos ante conceptos distintos al afirmar, primero, que el Partido es laico y al especificar, después, que en su seno se respeta la creencia o la convicción filosófica de cada miembro, pues todo ello se refiere, única y exclusivamente, a la esfera individual y a los derechos personales de cada afiliado.

Son dos cosas distintas, aunque el respeto a las creencias personales presupone ya que el Partido, como tal, es un partido laico. Cuando se da por sentada su laicidad, se sobreentiende que no es confesional, ni es ateo, ni es ateísta, etc. Pero de no introducir el término «partido laico», quedaría incompleta su presentación, ya que, aún aceptando las convicciones personales, el Partido, como tal, antes del IX Congreso (1978) no se declaraba laico. Por tanto, cuando el IX Congreso del PCE y el V del PSUC lo proclamaron así, dieron un paso cualitativo muy importante.

Todos sabemos que el PCI, por su tradición, por las aportaciones de Gramsci y por todos sus análisis, nos ha llevado gran ventaja en el estudio de la laicidad del Partido, en las relaciones partido-religión y en cuanto a la militancia de creyentes. Con motivo de la célebre comunicación epistolar que sostuvieron en 1977, Enrico Berlinguer hizo manifestaciones sumamente esclarecedoras: «Un partido laico y democrático, como tal, no es un partido ateo, ni un partido ateo, aspira a conseguir un Estado laico y democrático, no un Estado ateo ni un Estado ateo». Son dos afirmaciones de extrema importancia: una se refiere al Partido como tal, y la otra al Estado que el Partido propugna. Tanto en el primer caso como en el segundo, registramos la afirmación de la laicidad del Partido.

En términos generales, podríamos decir que es difícil entender la laicidad del Estado. Sin embargo, al aplicarla al Partido, y más concretamente al PCE van a aflorar no pocas dudas, e incluso aparentes contradicciones. Por eso recordaremos brevísimamente lo que significa «laicidad del Estado», la cual comporta libertad de conciencia, de creencia y de convicciones filosóficas o religiosas. El Estado laico no puede privilegiar a ninguna ideología ni a ninguna corriente cultural o artística en perjuicio de otras. Todas las ideologías son iguales para él.

Por esta razón nos preguntamos qué significa el aserto de que los partidos comunistas son partidos laicos. Aparte la definición de Berlinguer, preliminar y muy somera, el Partido Comunistas posee un patrimonio de ideas y un patrimonio cultural a los que no puede renunciar sin negarse a sí mismo. Lombardo Radice dice textualmente: «La relación entre el Partido y su tradición e ideas no puede ser del mismo tipo que la de un Estado democrático con las distintas corrientes ideológicas y culturales». No puede el Partido mantener la misma actitud ante las corrientes ideológicas que le han dado vida, que el Estado laico ante las diferentes ideologías existentes dentro de la sociedad.

Para el Partido, la pregunta lógica es: ¿qué tipo de relación hay entre el Partido como tal y su patrimonio ideológico y cultural? Por eso decía antes que el debate de la laicidad en el Partido coloca al marxismo en la perspectiva de un Partido laico en el centro mismo del debate cultural, y no es una palabra hueca que se haya añadido al azar, sino que alcanza dimensiones muy importantes.

Para responder a tal pregunta, tenemos ya una cosa clara: el núcleo de la tradición ideológica del Partido Comunista, es, evidentemente, el marxismo en cuanto ha configurado el partido como revolucionario y clasista. Y este patrimonio no es simplemente algo pragmático, sin nexo alguno con los principios ideológicos del marxismo: representa, fundamentalmente, un análisis científico de la sociedad y de su desarrollo histórico. Pero — y aquí viene el pero y la parte que

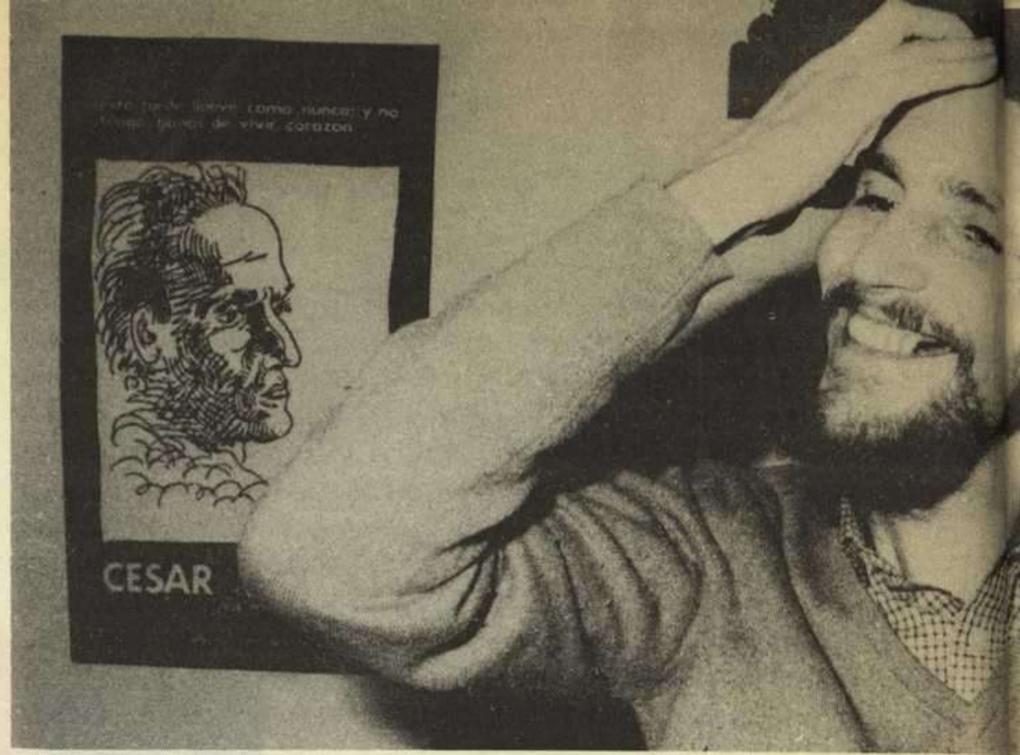
centra el debate — esto no significa necesariamente la profesión exclusiva de una filosofía materialista.

Cuando el Partido se declara laico, entiende que el afiliado se adhiere a un programa político basado en la tradición ideológica y cultural del pensamiento de Marx y de Engels, de las ideas renovadoras de Lenin y de otras corrientes y expresiones revolucionarias, y que está siempre dispuesto a una confrontación con las diversas aportaciones del pensamiento moderno verificadas constantemente por la realidad y la práctica.

Aquí conviene introducir un elemento de discusión importante. En recientes congresos, el IX del PCE y el IV del PSUC, y en todo este período, se discutió la afirmación del leninismo sin analizar lo que estaba ocurriendo. Tal vez viendo la cosa desde una perspectiva lejana, nos es dado entender bien lo que quiere decir. La tesis de que nuestra tradición ideológica y cultural radica en el pensamiento de Marx y en las ideas renovadoras de Lenin y de otras corrientes y situaciones revolucionarias, añadiendo que estamos siempre dispuestos a una confrontación con las diversas aportaciones del pensamiento moderno, con la realidad y la práctica, nos induce a examinar una discusión sostenida durante los años 75-77 en el seno del PCI, cuando se trató el problema de la laicidad del Partido.

De acuerdo con el artículo 2.º de los Estatutos — señala Radice — «pueden inscribirse en el PCI todos los ciudadanos que habiendo cumplido los 18 años, y sea cual fuere su creencia religiosa, acepten la política del Partido y se comprometan a actuar para realizarla, acaten sus estatutos y trabajen en una de sus organizaciones...». Todo es similar a nuestros Estatutos. Pero luego — añade Radice —, «existía el artículo 5.º, que estipulaba lo siguiente: Todo afiliado, sin perjuicio del artículo 2.º, tiene el deber de profundizar en el conocimiento del marxismo-leninismo y aplicar sus enseñanzas». ¿Cómo se concibe el artículo 5.º, que parece privilegiar la ideología marxista-leninista, mientras el artículo 2.º establece la libertad de creencias religiosas? Preguntado al respecto, Berlinguer contestó que el Partido italiano no profesa estrictamente la ideología marxista como filosofía materialista atea. Ello provocó una discusión, y en la nueva redacción de los Estatutos quedó suprimido el artículo 5.º, sustituyéndolo el artículo 7.º, que rezaba: «Cada afiliado debe aumentar sus conocimientos culturales y políticos, profundizando en el estudio de la historia del Partido y de todo el movimiento obrero y revolucionario». Así, pues, cuando se habla del patrimonio histórico y cultural del Partido, nos referimos a la tradición cultural del pensamiento de Marx y Engels, a las ideas innovadoras que aportara Lenin y a otras corrientes.

Dicho con otras palabras, el Partido es laico por cuanto no se proclama ni ateo ni confesional, ni defiende una



ideología oficial intangible y dogmática. De donde se deduce una formulación sumamente delicada: el marxismo en que se inspira el Partido es una guía para la acción.

El materialismo histórico se presenta como una teoría de análisis de la sociedad, susceptible de diversas interpretaciones. El PSUC se inspira en un conjunto de ideas y de valores, de raíz marxista y revolucionaria, aceptables para muchas personas que no están plenamente identificadas con el marxismo en su totalidad. Alguien ha llegado a admitir como posible la afiliación al Partido de personas que no acepten la filosofía marxista, pero sí el programa político. Nosotros no afirmamos tanto, porque toda la concepción del Partido, una de cuyas bases radica en el análisis histórico de la sociedad, tiene un armazón evidentemente marxista.

Surge aquí una pregunta, que aceptamos como un reto: ¿de qué marxismo tratamos? Con lo que acabo de exponer ya se ve el marxismo que inspira al Partido Comunista. Aquí quiero citar unas palabras muy lúcidas de Alfonso C. Comín, uno de los hombres que suscitaron no sólo el tema de la militancia de los creyentes, sino toda esta problemática de índole filosófica o ideológica. En su libro «Por qué soy marxista», al explicar de qué marxismo se trata, habla de un marxismo que renuncia a la cosmovisión de todos los problemas y misterios del hombre y del universo, en ruptura con su tradición ateísta; que acoge las aportaciones de otras culturas y de otras escuelas teóricas; que reconoce sus limitaciones; que está dispuesto a revisarse perpetuamente, aunque, por supuesto, mantiene vigente la sustancia del Manifiesto Comunista, donde se postula la liberación y el auténtico humanismo; un marxismo en el que se articulan debidamente la teoría y la praxis, con la correspondiente primacía de esta última, cuya consecuencia final es la revolución; un marxismo en el que lo prioritario es el hombre y, parafraseando a Teilhard de Chardin, un hombre emancipado; un marxismo que rompe con el mecanicismo, el cual pretende transformar la conciencia del hombre a partir de un mero cambio de las relaciones de producción. Berlinguer hace una referencia crítica al postulado mecanicista, alegando que, pese a la tesis de que, al modificarse las estructuras y las relaciones de producción, la conciencia religiosa irá desapareciendo, en algunas ocasiones sucede lo contrario.

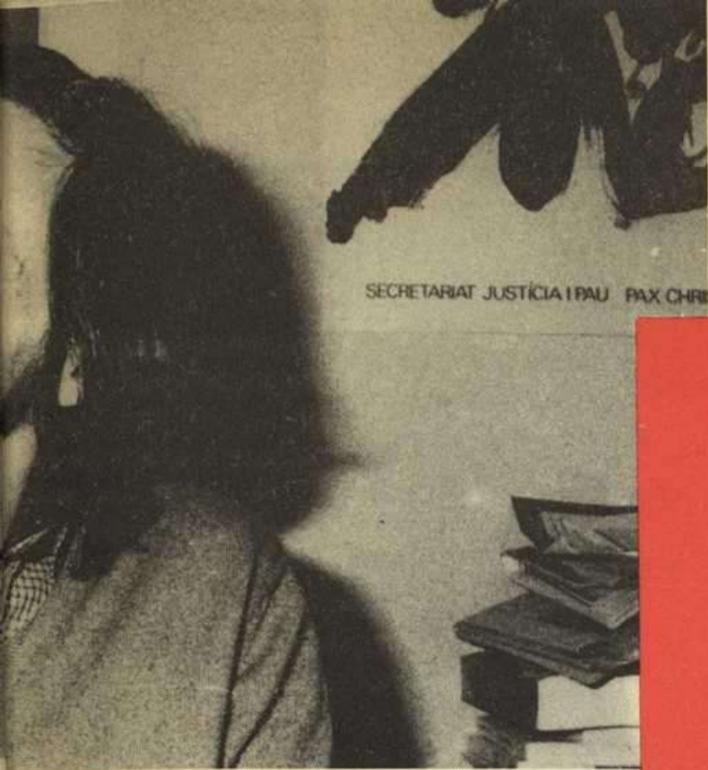
Se plantea, pues, la cuestión de cuál es el marxismo que configura esta tradición ideológica y que coloca al partido laico en una situación distinta a la del Estado laico: mientras el Estado laico no prima a ninguna ideología, el partido laico promueve la ideología a que nos estamos refiriendo.

De este modo, resulta patente que la índole laica del Partido no conlleva una renuncia a lo que ha sido y continúa siendo la base de su tradición cultural e ideológica; pero también queda claro que su carácter laico lo libera de dogmas inmutables y lo sitúa en la estrategia de un partido revo-

lucionario clasista que se propone construir el socialismo en libertad mediante la revolución de la mayoría, respetando el pluralismo en cuanto atañe a las convicciones filosóficas y a las tradiciones culturales de sus afiliados. La naturaleza laica del partido le coloca en una situación que debe lógicamente afrontar mediante el debate, a fin de determinar cuáles son las diferentes aportaciones ideológicas que, aparte el núcleo central, que es el marxismo, pueden enriquecer su teoría revolucionaria, pero hay otro elemento que, evidentemente, va a surgir (en la discusión de nuestro V Congreso ya surgió), y que consiste en sostener que si el Partido es laico ya no tiene por qué ocuparse de la religión, ni de la Iglesia.

¿Quiere decirse que, frente al hecho religioso, ha de adoptarse una posición de neutralidad? Su laicismo no significa que el Partido, como tal, deba permanecer indiferente ante las iglesias, que renuncie a juzgar y criticar a las iglesias; ello supondría actuar como si en el seno de las diversas iglesias no se diese también la lucha de clases, como si la institución eclesiástica no desempeñase un papel importante, en muchos casos, en favor de una clase determinada: la burguesía y sus sectores más conservadores y reaccionarios. Aquí conviene invocar la Declaración del Comité Central del PCE de julio del 78, donde se establece una diferencia muy clara entre la laicidad liberal y la laicidad marxista. Es cierto que el laicismo de inspiración marxista obliga al Partido, como tal, a abstenerse de un juicio sobre el hecho religioso. Por supuesto, nos diferenciamos algo de los partidos socialistas de la Europa del Este. El hecho de ser laicos no implica un juicio de verdad sobre el hecho religioso, ni ha de constituir un obstáculo, según indica Girardi, «para abordar el carácter de clase que se manifiesta en la cultura que pueda difundir la Iglesia y en el tipo de hombre que ella contribuye a formar a través de su acción educativa». Dicho sea de paso, esta tarea no ha de ser privativa de aquellos que profesan la creencia religiosa y que, por consiguiente, se hallan mejor pertrechados para denunciar actitudes de la Iglesia, sino que compete al Partido entero. El laicismo de inspiración y perspectiva marxistas no puede permanecer neutral ni confundirse (tal como se afirma en la declaración del Comité Central del PCE) con el concepto de laicidad liberal, basado en una visión interclasista de la agrupación política. Cuando invocamos el artículo 2.º, descubrimos ante nosotros la gran cuestión de la laicidad de un partido marxista. La nuestra es una laicidad de clase, y, consecuentemente, no cabe confundirla con el concepto de laicidad liberal.

Tan importante hecho fue tenido en cuenta durante la discusión en el seno del PSUC y en la Comisión de Estatutos del V Congreso, donde se intentó que quedase lo más claro posible. Laicidad no supone neutralidad; descarta un juicio



Alfonso
Carlos Comín

H

de verdad sobre la fe y el hecho religioso; y da por sentado que la práctica de los cristianos es autónoma, pero el Partido no puede permanecer neutral frente a una institución que puede utilizar su cultura y su acción educativa en beneficio de unos sectores de la clase burguesa.

Por eso, el laicismo de inspiración liberal-socialdemócrata se abstiene de toda interferencia en la vida de la Iglesia, adoptando implícitamente el supuesto individualista, según el cual la esfera religiosa es ajena a la dialéctica de clases. Pero el PCE, en cuanto partido laico, no adopta una postura neutral ante el hecho religioso.

Tal como queda dicho, el debate sobre la laicidad del Partido no se refiere exclusivamente a su actitud ante el hecho religioso y ante las instituciones eclesiales. El marxismo, en la perspectiva de un partido laico, se convierte también en el centro del debate cultural. Y esto quedó bien claro en el seminario celebrado en Barcelona, que venía a declarar lo siguiente: «Por ello, las diferentes concepciones y creencias de los militantes se han de encontrar en el debate cultural, y de él ha de surgir un enriquecimiento teórico de las masas, ya que renunciar a cualquier confesionalidad del Partido no significa situarse en el terreno de la neutralidad, frente a los valores que han de configurar la futura sociedad socialista. Precisamente somos un partido laico para llegar a ser el punto de convergencia de todas aquellas personas que, independientemente de sus convicciones filosóficas, deseen participar en la construcción de la nueva sociedad socialista».

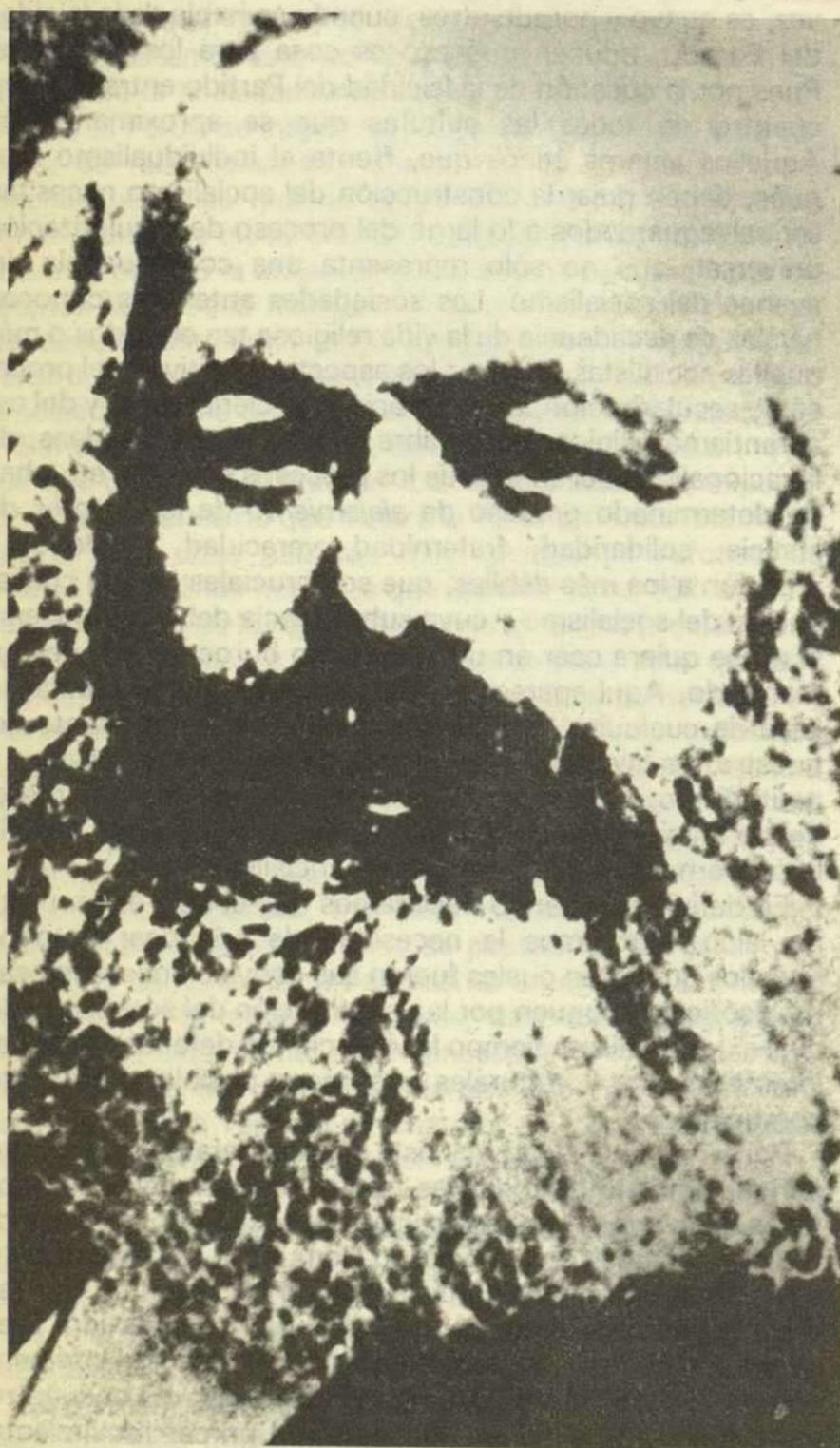
Esto quiere decir que la laicidad del Partido tiene una dimensión mucho mayor de lo que en un principio pudiéramos creer. El Partido no se presenta ya como una cultura complexiva, que pretende dar respuestas globales, de una manera simplista y mecanicista, a todas las inquietudes psicológicas y culturales. Cuando hablamos de nuestra idea de la revolución de la mayoría, del Partido de masas, de la sociedad socialista, sobreentendemos el respeto a las libertades del hombre y al pluralismo de las diversas tradiciones culturales. El IV Congreso del PSUC, en la ponencia «La militancia comunista y el cristianismo», afirmó ya que la estrategia de Socialismo en Libertad exige el respeto a todas las fuerzas sociales y corrientes culturales que han optado por el socialismo.

ago hincapié en lo que digo porque para muchos, tal vez, es nuevo y porque otros, cuando se habla de la laicidad del Partido, aducen que eso es cosa para los cristianos. Pues no: la cuestión de la laicidad del Partido entraña el encuentro de todas las culturas que se aproximan a él. Aquellos valores éticos que, frente al individualismo burgués, deben guiar la construcción del socialismo necesitan ser salvaguardados a lo largo del proceso de secularización universal, que no sólo representa una consecuencia del avance del socialismo. Las sociedades anteriores conocen niveles de decadencia de la vida religiosa tan elevados o más que las socialistas. Junto a los aspectos positivos del proceso de secularización, de superación del clericalismo y del oscurantismo religioso, de la libre circulación de las ideas, de la racionalidad del análisis de los procesos sociales, etc., hay un determinado proceso de *alejamiento* de los valores de justicia, solidaridad, fraternidad, veracidad, igualdad, y atención a los más débiles, que son cruciales para la consecución del socialismo y cuya subsistencia debe garantizarse si no se quiere caer en un socialismo burocrático y deshumanizado. Aquí aparece en toda su magnitud la condición laica de cualquier Partido Comunista y concretamente del nuestro. La laicidad no se plantea en términos de asepsia o neutralismo, como decíamos antes, no solamente ante el hecho religioso, sino ante valores que van haciendo posible la conformación de la conciencia socialista.

En definitiva, cuando declaramos que el PCE es un partido laico, afirmamos la necesidad de convocar a todos aquellos que, sean cuales fueren sus convicciones religiosas o filosóficas, aboguen por la construcción del socialismo, lo cual exige al mismo tiempo la vivencia y la defensa de los valores humanos y culturales que hacen posible el proyecto comunista.

Por tanto, la laicidad marxista supone garantizar el mutuo enriquecimiento de todas las tradiciones culturales susceptibles de ayudar a la construcción del socialismo en libertad. Supone, además, que el Partido Comunista se compromete a impulsar esta dinámica dialéctica de las distintas aportaciones culturales, tanto dentro como fuera del Partido. Precisamente por esto, recordamos la importancia de la primera declaración del PC en 1975, donde se decía: «El encuentro entre fuerzas que tienen su raíz en el primer movimiento igualitario conocido en la humanidad como cristianismo y el socialismo científico moderno, es un hecho de importancia histórica que viene a reforzar el frente de la lucha de clases desde perspectivas más claras de victoria de los oprimidos». No faltan camaradas que se han preguntado qué tipo de aportaciones culturales puede entrañar el cristianismo. Veamos lo que dice Alfonso Carlos Comín en el libro citado: «Sin penetrar en el nuevo carácter marxista del concepto laicidad del Partido, no se puede construir, con corrección

A



teórica, un Partido de masas que recoja la pluralidad de culturas revolucionarias en el seno del Partido marxista. Sólo a partir de ahí quedará normalizada la militancia de cristianos en su seno». Volviendo al planteamiento de Bloch, ¿en qué medida la corriente cristiana progresista puede cumplir una misión teórico-política de clarificación de la conciencia socialista?

Aquí hay elementos nuevos por explorar.

Alfonso Comín, como Bloch y otros que hemos mencionado o podríamos mencionar, insisten en que el tema no puede ser privativo de los militantes cristianos en el seno del Partido, sino que debe y puede ser patrimonio de todos los camaradas. No deja de ser importante que una de las resoluciones del IX Congreso del PCE hable de la aportación creciente de amplios sectores cristianos que, al tiempo que luchan por el socialismo, aspiran a la afirmación de valores evangélicos de honda resonancia histórica, como la libertad, la igualdad, etc., lo que constituye un fenómeno de incidencia positiva en el desarrollo de los auténticos valores socialistas.

Un artículo de Rudolf Bahro, que recogió «Materiales», en agosto de 1978, contiene este párrafo: «En lo que respecta a las últimas evoluciones del movimiento cristiano, los comunistas deben comprobar que entre los intelectuales cristianos va generalizándose la idea de que el materialismo histórico de Marx resulta un instrumento imprescindible para posibilitar una transformación profunda de los modos de conducta; a su vez, los marxistas captan la relevancia actual del principio ético motivador del Sermón de la Montaña de Cristo». Esto lo dice Rudolf Bahro, que no es creyente, y, evidentemente, hay otra serie de aportaciones que recoge Alfonso Comín en un capítulo del libro «Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia». Jesús —proclaman los teólogos progresistas— no es patrimonio único de los creyentes, sino de toda la Humanidad, y, más que de nadie, de aquellos que luchan por una Humanidad más justa, como son los comunistas. Sin la causa de Jesús, sería imposible el triunfo, entendido correctamente, de la causa de Marx. Un filósofo checoslovaco considera que no valdría la pena seguir viviendo en un mundo en el que desapareciera la causa de Jesús, entendida como herencia que ha afectado profundamente a la persona humana, y que, aunque de manera primitiva, ha planteado el principal mandamiento ético de la historia.

Todo esto nos plantea problemas muy serios y abre perspectivas de debate mucho más altas y mucho más extensas; pero he querido mencionarlo precisamente porque, si bien he advertido que la laicidad va mucho más allá de la actitud del Partido Comunista respecto a los creyentes y a las instituciones eclesiales, es un hecho que suscita el debate cultural en toda su profundidad y con dimensiones difíciles de imaginar. No podemos los comunistas desdeñar el patrimonio cultural de esta corriente histórica que, como bien señala el documento del PCE de 1975, coincide con el socialismo científico y fue una de las primeras que clamaron por la igualdad. Hay en ella unos valores culturales que se han ido acumulando en la historia y que deben figurar en nuestro debate.



Dialéctica como método

Damián Petrel

El conocimiento en España de los aspectos esenciales de la filosofía marxista parece, a todas luces, insuficiente.

Muchas veces se identifican los llamados «fundamentos» de la filosofía marxista con la nefasta ortodoxia dogmática del «diamant». No es de extrañar que, incluso estudiosos de la filosofía, nieguen la existencia de la filosofía marxista.

Sin embargo, en mi opinión, la solución no está en negar el pensamiento filosófico marxista, sino en rescatarlo de esa ortodoxia dogmática del susodicho «diamant». Y para ello, lógicamente, hay que volver a los orígenes, al estudio pormenorizado de las obras de Marx y de Engels, en primer lugar, de «El Capital», así como de su rica correspondencia en la que muchas de sus ideas aparecen en proceso de elaboración y en la que, por tanto, se aprecia, nítidamente, que la filosofía marxista es, ante todo, método, lógica dialéctica.

Definición de la dialéctica

La dialéctica se ha definido como la teoría general del desarrollo de la realidad objetiva, del pensamiento y del conocimiento, de la actividad práctica de los hombres ¹.

A mi juicio, dicha definición tiene el valor de destacar la interrelación Objeto-Sujeto en función del desenvolvimiento de la práctica social que, en última instancia, siempre está relacionada con lo concreto y hasta tiene un carácter concreto.

Pero, por un lado, como todas las definiciones, ésta se puede y se debe precisar, teniendo en cuenta que cualquiera de ellas adquiere tantas matizaciones como nuevos aspectos descubre la práctica en todo el proceso de su desarrollo. Está, pues, claro que la definición de la dialéctica no se puede establecer de una vez y para siempre, ya que depende del constante quehacer práctico, de la función concreta que desempeña en el proceso del conocimiento, en el concierto de las ciencias en la vida social.

Esta es una idea que, generalmente, no se tiene en cuenta en los textos del dogmatismo filosófico. Resulta contradictorio que la teoría del desarrollo se pueda autodefinir de una manera inmutable. Nada más lejos del auténtico pensamiento filosófico marxista. A este respecto es oportuno reflexionar sobre las siguientes palabras de Engels: «Sólo cuando las ciencias naturales y la ciencia histórica se impregnen de dialéctica, todas las disquisiciones filosóficas (a excepción de la doctrina pura sobre el pensamiento) serán innecesarias, desaparecerán de la ciencia positiva». («Dialéctica de la naturaleza») ².

Objeto de la filosofía marxista: interrelaciones Objeto-Sujeto

Por otro lado, la definición tradicional de la dialéctica, ha sustentado la creencia de que la filosofía marxista está constituida por dos partes integrantes: 1) ontología (teoría del ser) y 2) gnoseología (teoría del conocimiento), concediendo a la primera una determinada supremacía sobre la segunda.

Mas, a diferencia de la filosofía premarxista y de las interpretaciones dogmáticas de la marxista, en la dialéctica materialista lo que pudiera entenderse por ontología y gnoseología no existe independientemente de la práctica, lo cual quiere decir que la primera no se da sin la segunda y viceversa. O sea, que la filosofía marxista no está constituida por dos partes, separadas la una de la otra, sino por un sólo bloque. Así, pues, la ontología, en tanto que cosmovisión, no tiene razón de ser en nuestro pensamiento filosófico. Su elaboración era propia, ante todo, del materialismo filosófico anterior al marxista que, como es sabido, se preocupaba, en primer lugar, de las cuestiones del contenido ontológico para, después, interrogarse sobre los problemas relacionados con el conocimiento. Cuando en los textos ya mencionados se hace hincapié en la ontología y, por ende, en la filosofía como cosmovisión, por lo visto, se actúa de acuerdo con los moldes del materialismo metafísico, que es otro de los hechos notorios de la revisión de la filosofía marxista en la época del estalinismo. Entonces el acento se ponía en

el estudio del Objeto, mientras que la preocupación esencial de la dialéctica materialista es el análisis de las interrelaciones Objeto-Sujeto en íntima conexión con el desarrollo de la práctica. Tampoco es casual que la preferencia por tales moldes se hiciera en detrimento de las grandes aportaciones de la filosofía clásica alemana, en particular, de Hegel.

La filosofía marxista y la lógica dialéctica

La filosofía marxista no tiene por qué invadir el espacio de las ciencias particulares, aunque sea muy negativo su divorcio de ellas. (En la época del estalinismo, ese divorcio fue una realidad, a pesar de que la filosofía pretendiera resolver toda una serie de problemas de las ciencias naturales, por ejemplo, de la genética, de la cibernética y de otras).

No es fortuito que lo que Marx y Engels retienen de la filosofía anterior se reduzca única y exclusivamente a la teoría sobre el pensamiento y sus leyes, o sea, a la dialéctica y la lógica formal, hecho éste que, por lo general, no se ha tenido en cuenta en los susodichos textos de filosofía. Y, sin embargo, de una u otra manera, ellos lo planteraron con suficiente claridad. He aquí, por ejemplo, la siguiente opinión de Engels: «De la filosofía anterior, la única que conserva una importancia independiente es la ciencia sobre el pensamiento: la lógica formal y la dialéctica; todo lo demás forma parte de las ciencias positivas acerca de la naturaleza y de la historia.» («Anti-Dühring»). Introducción. Nociones generales).

Nada tiene de casual que cuando el mismo Engels hablaba del nuevo pensamiento filosófico, sustituyera el concepto «filosofía» por el de «teoría». Hasta este extremo llegaba su interés por deslindar su pensamiento filosófico del anterior. (A este respecto ofrecen un gran interés, por ejemplo, sus trabajos preparatorios sobre el «Anti-Dühring»).

Asimismo, al estudiar el significado de las citadas palabras de Engels, hay que tener presente que el objeto de la filosofía marxista está determinado por el progreso del pensamiento filosófico anterior y por las necesidades de la nueva práctica social, entendida en el más amplio sentido de la palabra. Habida cuenta de estos dos factores, la dialéctica materialista es, ante todo y por encima de todo, lógica dialéctica.

Lógica formal y lógica dialéctica

Pero, en opinión de muchos autores, dicha lógica no tiene razón de ser, reconociendo solamente a la formal.

En primer lugar, digamos que la lógica no es una ciencia a lo Kant, es decir, una ciencia sobre las formas puras del pensamiento, pues éste existe tan sólo en relación inseparable con un determinado contenido. De manera que la idea en general, o sea, sin contenido alguno, no es más que una abstracción.

Ya Hegel se encargó de la crítica de Kant, alegando que el pensamiento no existe independientemente de su contenido. Por esta razón, su lógica se entrelaza con la gnoseología y la dialéctica, convirtiéndose por primera vez en método filosófico. (Hasta entonces la filosofía utilizaba los métodos de las ciencias particulares, por ejemplo, de las matemáticas).

La lógica formal, como dijera Engels, es, sobre todo, el método de búsqueda de nuevos resultados, del paso de lo desconocido a lo conocido. («Anti-Dühring», 1.^a parte, cap. XIII). En consecuencia, su objeto está constituido por

las leyes generales del reflejo de los fenómenos y cosas finitas que permanecen en un estado de quietud relativa. Es decir, no abarca las contradicciones internas, el proceso de conversión de los mencionados fenómenos y cosas en sus contrarios y, por lo tanto, no se extiende a todo el proceso del desarrollo.

Sin embargo, no cabe duda de que la lógica formal juega un papel muy importante en el progreso del conocimiento, puesto que el estado de quietud relativa es propio de todos los fenómenos y cosas de la realidad objetiva. Y fue un grave error del estalinismo la negación de su valor en el conocimiento. Error que establecía un signo de igualdad entre ella y el método metafísico. De manera que, por negar a éste, se renunció a aquélla.

La tarea de la lógica dialéctica consiste en analizar cualquier tipo de objetos y fenómenos en el proceso de su automovimiento, en investigar sus relaciones y aspectos, en mostrar, por lo tanto, que la verdad siempre es concreta. Y todo ello es así, porque en sus definiciones entra toda la práctica en tanto que elemento determinante de qué es lo que necesita el hombre en cada momento dado. Estos planteamientos del trabajo de Lenin «Una vez más sobre los sindicatos» (1922) conservan su vigencia y sirven de guía para aclarar uno de los aspectos más importantes de la filosofía marxista.

Por lo que acabamos de decir se comprende que las lógicas formal y dialéctica tienen objetos diferentes, aunque están íntimamente relacionadas entre sí. En consecuencia, las dos lógicas se distinguen, a pesar de que la lógica dialéctica no pueda existir sin la formal. En efecto, la primera es más amplia que la segunda y, por eso mismo, la engloba, al igual que las teorías de Einstein no niegan, sino que abarcan a las de Newton.

Por lo tanto, su condición de método tiene un alcance mayor, se extiende a todo lo largo del desarrollo del proceso del conocimiento.

Unidad de la lógica, la gnoseología y la dialéctica

Por esta misma razón, la lógica no está separada de la gnoseología, de la teoría del conocimiento. Más todavía: coinciden, pues, tanto la una como la otra se orientan al mismo objetivo: a captar la verdad. Esta coincidencia es la que, en definitiva, determina que las formas y leyes de la lógica siempre estén cargadas de un determinado contenido.

Pero, a su vez, este contenido es el que corresponde al reflejo adecuado de la realidad objetiva. En consecuencia, coinciden no sólo la lógica y la gnoseología, sino también la dialéctica, tanto del mundo objetivo como de la actividad práctica de los hombres.

Está claro que esta coincidencia se produce en última instancia o, en términos dialécticos, no coincidiendo.

De todas maneras dicha coincidencia de la lógica, la gnoseología y la dialéctica (Lenin, en sus «Cuadernos filosóficos», decía que no son necesarias las tres palabras, que basta con una sola) es uno de los principios esenciales de la filosofía marxista que, por desgracia, no se ha tenido debidamente en cuenta en los textos a que nos referimos. En general, dicho principio ha empezado a aclararse a comienzos de la década de los años 60, porque los pocos trabajos que se publicaron con anterioridad, a mi juicio, tienen muy poco interés; y todavía no se toma como base del estudio de la filosofía, como método, es decir, como hilo conductor de toda la exposición de la filosofía marxista.

El principio en cuestión explica, en primer lugar, que las leyes de la dialéctica coincidan esencialmente con las de la gnoseología y la lógica, como resultado de la repetición de



la práctica del reflejo de unas mismas relaciones objetivas. Lenin decía a este respecto: «La práctica del hombre que se repite miles de millones de veces, se consolida en la conciencia del hombre por medio de figuras de la lógica.» (Lenin, Obras, t. 38, pág. 209)³.

Unidad de lo lógico e histórico

De esta forma se establece, en segundo lugar, otro tipo de coincidencia entre lo lógico y lo histórico. Engels escribió que el método lógico de la investigación «en esencia no es otra cosa que el mismo método histórico, sólo que liberado de la forma histórica y de las casualidades embarazosas» (Marx y Engels, Obras Completas, ed. rusa, t. 13, 497). El subrayaba que la lógica del pensamiento siempre refleja la historia del objeto que se conoce. Y, en definitiva, el desarrollo del método lógico es el «reflejo del proceso histórico en una forma consecuentemente abstracta y teórica; el reflejo corregido, pero corregido de acuerdo con las leyes que nos da el propio proceso histórico real»... (ídem).

Está claro que lo lógico empieza por donde comienza lo histórico; por eso la dialéctica estudia las leyes generales del desarrollo de la realidad objetiva. Pero, una vez que estas leyes ya han sido formuladas, lo que destaca de la dialéctica es su condición de método. Tanto es así que, frente a las afirmaciones acerca de que el método es un aspecto o uno de los aspectos esenciales de la filosofía marxista, yo diría que ésta es método, es decir, lógica; lógica dialéctica.

Filosofía, concepción, convergencia

Habrà quien pueda objetar: ¿Entonces la filosofía no es concepción? No, en el sentido tradicional del concepto. Ya hemos dicho que su misión no es, ni debe ser la de elaborar una cosmovisión. Sin embargo, en tanto en cuanto lo lógico es una síntesis de lo histórico, más aún, de la historia del desarrollo del conocimiento humano, la filosofía marxista, no

cabe duda, juega un determinado papel de concepción del mundo. O sea, el problema se plantea al revés de cómo se concibe en los textos de referencia: la filosofía no es método porque sea concepción, sino que es concepción porque es método.

Por otra parte, está claro que la concepción del mundo (cosmovisión) no puede ser obra de la filosofía, sino del conjunto de los conocimientos que ofrecen las ciencias particulares naturales y sociales.

Resumiendo, la lógica dialéctica es el método general del pensamiento, del conocimiento y de la práctica. Método en el que pueden coincidir todos los hombres independientemente de los credos políticos y religiosos que puedan sustentar. Y, en consecuencia, puede existir y existe una convergencia ideológica que se extiende también a los dominios de la filosofía.

Ciertamente, esto se niega categóricamente en todos los textos ya repetidamente recordados de la filosofía.

Pero las diferencias entre el materialismo y el idealismo no excluyen la posibilidad de la coincidencia en el uso de un mismo método lógico. En la vida común y corriente e, incluso en el proceso de la investigación, los hombres piensan consciente o espontáneamente de acuerdo con la lógica dialéctica. Engels, por ejemplo, lo dice muy claro: «Los hombres han pensado dialécticamente mucho antes de saber lo que era la dialéctica, de igual manera que hablaron en prosa mucho antes de que apareciera la palabra "prosa"». («Anti-Dühring», primera parte, capítulo XIII).

Al propio tiempo, no se debe olvidar que, históricamente, el idealismo ha estado cargado de materialismo (Hegel) y viceversa: que el materialismo no ha sido ajeno a planteamientos de orden idealista (primer impulso, etc.). Está claro que, en términos dialécticos, la divergencia absoluta entre el materialismo y el idealismo no sólo no excluye, sino que presupone su convergencia relativa.

¹ Ver N. B., núm. 107, págs. 66-68.

² La traducción de todas las citas es mía. D. Pretel.

³ Aunque no con la misma precisión, esta idea ya la había expuesto Marx, por ejemplo, en sus «Observaciones al libro de A. Wagner, *Manual de economía política*» (1879-1880); ver Marx y Engels. Obras completas, ed. rusa, t. 19, págs. 377-378.

Equipo Crónica

La muerte de Rafael Solbes, en la víspera de la inauguración de la muestra realizada en Madrid en noviembre-diciembre de 1981, ha sido la última «serie» —negra— de la gran crónica del Equipo Crónica, integrado por él y Manuel Valdés.

Fue en 1964 cuando los dos pintores valencianos casaron sus pinceles y paletas, sus ojos y sus ideas, hasta que la muerte los separara.

En 1964, ambos se distanciaron del informalismo y del pop-art para acercarse más, y más profundamente, a la realidad. Desde entonces, Solbes y Valdés, Valdés y Solbes, han ido pintando la realidad y su reflejo —pintar la pintura— y cambiando con ellas, a medida que iban transformándolas y que éstas les iban transformando a su vez. A través de las sucesivas y fechadas crónicas del Equipo Crónica: lo cotidiano (64-66); la recuperación (67-69) de la pintura clásica española; El Guernica (69); la autopsia del oficio (69-70) con la «disección» de las Meninas de Velázquez, obra en la que la dialéctica espectáculo-espectador, observador-observado, halla en la versión del Equipo una poderosa y viva conjunción plástica de estas dos visiones literarias: la de Pacheco, el maestro sevillano de Velázquez, de que «la imagen debe salir del marco» y la de Michel Foucault, referida a las Meninas, que dice: «los ojos del pintor capturan al espectador y le obligan a entrar en el cuadro»; policía y cultura (71); la serie negra (72), el cartel (73); Variaciones sobre un paredón (76) etc...

Han pintado el aire del tiempo y han aireado la pintura. Han sacado la pintura de los museos y la han sometido al baño reactivo de nuestra modernidad, frotando aquélla con los mensajes icónicos de la publicidad y del espacio en que vivimos, en una lograda tentativa de sincronizar lo diacrónico; lograda también y además porque esa deslumbrante colisión de referencias nos permite darnos cuenta mejor de la tatuada imposición y presencia —muchas veces inconsciente— de las artes plásticas en nuestras retinas.

A lo largo de una obra caracterizada por una búsqueda subversiva (en el más amplio y rico sentido de la palabra) y una incesante evolución técnica, temática y estilística, Rafael Solbes-Manuel Valdés han sido permanente e inseparablemente fieles al compromiso social con el pueblo, que ha informado desde sus orígenes la elaboración de su gran crónica de nuestro tiempo.

NUESTRA BANDERA rinde aquí un modesto homenaje al Equipo Crónica, mediante la ilustración de este número con algunas de sus obras y fragmentos de las mismas. Un homenaje que, en memoria de Rafael Solbes, haremos extensivo, en números sucesivos, a otras obras pictóricas españolas.



«Levitación de un poeta»

Antonio Buero Vallejo

Política y Teatro

«Hacen falta teatros estables en cada región»

Diego Jesús Jiménez

La gran personalidad de Buero Vallejo hace innecesario que tenga algún proyecto o alguna obra suya en cartel para sostener con él una entrevista. Lo que él nos dice sobre el teatro siempre tiene interés innegable. Sus palabras sobre la situación y los problemas del mismo continúan teniendo plena vigencia. Acerca de ello, hemos mantenido un diálogo con él que ofrecemos a continuación a nuestros lectores.

—¿Qué ayuda oficial debería tener el teatro?

—En principio, el teatro debería tener mucha más ayuda económica de la que tiene. Dicho esto así, cabría pensar que una cosa que necesita subvención es deficitaria y, por lo tanto, debe ser suprimida. Este es, por supuesto, un pensamiento bárbaro. Creo que no sería difícil que el teatro, mediante una remodelación de la sociedad española, volviera a ser autosuficiente económicamente hablando.

¿Que porqué el teatro no va bien? Pues creo que es debido a varias causas. La primera de ellas, y que hay que valorar sin duda, es el aumento del costo de la vida y, por lo tanto, el precio de las localidades, que han subido mucho. Esto, evidentemente, retrae en alguna medida al público.

—Pero ese mismo público, Antonio, se gasta el doble o el triple en una localidad para el fútbol, por ejemplo.

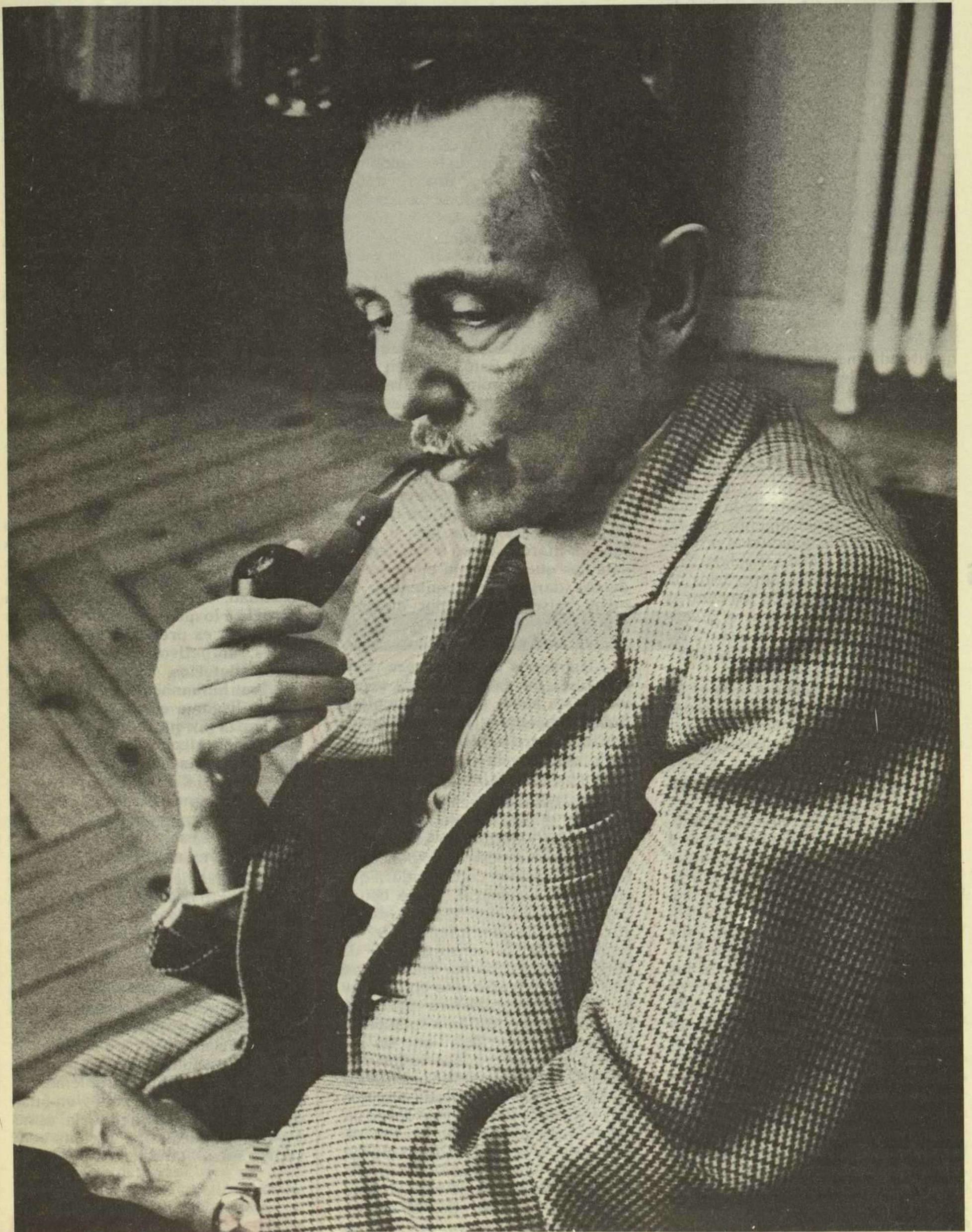
—Ahí acabaremos. Ahí quiero ir luego a parar. La segunda de las causas que contribuyen al estado actual de nuestro teatro, es la que se refiere a las cargas tributarias. En este sentido no se ha procedido a un reajuste. No sé si la Ley del Teatro, creo que sí, considerará este asunto. La verdad es que las cargas proceden de una época en la que se pensaba que el teatro tenía que tributar como algo pernicioso y no como un bien de cultura. Y en teatro hay cosas que, desde luego, no son cultura, pero hay otras que claro que lo son. Y eso hay que distinguirlo.

En tercer lugar, yo resaltaría la estructura de empresa privada que

tiene el teatro. Y no es que yo abomine de ello, pero resulta obvio que es una estructura en la cual hay una serie de locales que son en los que se hace el teatro —aunque se haga, también, en la calle— y que tienen que estar bien acondicionados. Esos locales, salvo los pocos pertenecientes al Estado o a los municipios, son de propietarios particulares. Algunos de ellos son propietarios aficionados al teatro y hacen cosas por pura vocación, pero la mayoría busca única y exclusivamente la rentabilidad. Y el teatro hay que enfocarlo de otra manera. Ya es milagroso —nos dice, abriendo un paréntesis— el intentar un teatro de ambición, de calidad y empuje, rodeados además de la actitud de comentaristas que enjuician y critican ásperamente como si el teatro fuese capaz de resistir esos golpes junto a los de la estructura de empresa privada que arrojan una diferencia injusta de la parte económica que se lleva el propietario del local y la que corresponde a la empresa de compañía. Muchas veces son, pues, dos empresas diferentes. Esto también, como es lógico, encarece la actividad teatral.

—Estos son problemas económicos y estoy de acuerdo en la forma y en el fondo de su planteamiento. ¿Pero acaso no tiene que ver en todo esto el nivel cultural, desgraciadamente tan bajo, de nuestro pueblo?

—Claro. Todas estas cosas suponen grandes problemas. Pero el fundamental, que subyace en todos ellos, no es el económico, sino el de la educación general. Hay un grave problema de educación en todo esto. La gente dice que el teatro es ca-



ro, olvidando que hay unas localidades en la parte alta del local que, aún hoy, son baratas. Existen, además, unos vales por los que se pueden adquirir las localidades al 50 por 100, aproximación bastante eficaz a las masas populares, etc. A esta gente a la que las seiscientas o setecientas pesetas le resulta un precio muy caro, habría que decirle que es un precio caro para su mentalidad. Es gente que no suele vacilar en gastarse ese dinero en los bares con los amigos o, mucho más que ese dinero, en un partido de fútbol.

Todo esto significa, que es a lo que quería llegar, que la sociedad española está gravemente desequilibrada en cuanto a la adhesión y aceptación de los verdaderos valores. Es decir: se trata de una sociedad inculta. No estoy haciendo diferenciaciones clasistas, ya que en esta situación se encuentran todas inmersas. El país, considerado como empresa estatal, ha cuidado muy poco el problema de la educación, y es ahí precisamente, donde, a la larga, está la solución al problema del teatro y a otros muchos. Hay que tener en cuenta, pues, a los niños y a su educación en los centros escolares. Que hagan teatro, que lo lean... Y te digo que la lectura de una obra de teatro es tan absorbente como la de una novela.

—¿Cuál es la función, ante el fenómeno teatral, de las instituciones democráticas?

—Esto tiene que ser objeto de una legislación. Por ello andamos tras un proyecto de Ley del Teatro, que se debatirá en las Cortes. Si este proyecto se traduce en una ley sensata, contendrá la defensa y apoyo a los locales teatrales de municipios y entidades administrativas. Se considerará, sin cuantificarlo, en qué medida los porcentajes de ayuda económica al teatro deberán ser progresivamente aumentados. A través de una ley se obligará a los municipios, a las diputaciones y al propio Estado a observar una conducta hacia el hecho teatral que, sin duda, servirá de gran ayuda para mejorar su precario estado. Esto no es incompatible con que de forma espontánea estas entidades, por un lado, y las asociaciones de vecinos, culturales, etc., por otro, pugnen por hacer y lograr una actividad teatral cada vez más sólida.

—Se habla mucho de talleres, escuelas de teatro ubicadas en provincias, pero creo que son pocas las

que funcionan, las que obtienen un rendimiento teatral positivo.

—Existen, sí, algunos teatros estables, un poco al estilo de lo que se hace en otros países, con una base técnica cualificada. Pero deberían existir más. Al menos uno en cada región y si fuera en cada provincia, mejor que mejor. Esto supondría, en cualquier caso, una revitalización del teatro desde la base, que es la más positiva, ya que el interés por el teatro surge del pueblo. Todo esto es altamente positivo para el teatro y hay que aumentarlo y fomentarlo. Ahora todo esto se encuentra en un estado embrionario. Creo que para llegar a un nivel satisfactorio haría falta crear teatros estables en todas partes. Esto requeriría un proyecto que comprendiera unos cincuenta o sesenta teatros estables en el país, y esto no es nada fácil. Bueno, hacerlo se haría en cuarenta y ocho horas, pero resulta que junto a los grupos existentes que merecen una estabilización hay otros que no poseen una cualificación técnica importante. Hoy por hoy si ponemos en marcha cinco o seis teatros estables que valgan la pena, ya podemos darnos por contentos. En otros países, Italia, por ejemplo, tampoco existen muchos más de estos que te digo.

—Hablemos de la censura. Está ahí. Cada día la libertad de expresión —sin haber logrado una plenitud al respecto— se ve cercenada por uno u otro motivo. ¿Cómo influye la censura en el creador, en el hombre de letras, en el artista?

—Efectivamente, esto que acabas de decir se está viendo hasta la saciedad. Ni siquiera en esta época han faltado secuestros de películas. Hay una posición conservadora que no quiere resignarse y que ocupa centros de decisión y, claro, configura el mantenimiento de la pecatería de la censura, más de hecho que de derecho. Esto ocurre no sólo en el teatro sino en la prensa. Existe una atmósfera regresiva. Para llevar la cuestión a su aspecto político, hay que decir que un gobierno de carácter conservador, monocolor, inevitablemente orienta los problemas del país desde ángulos más o menos clasistas y no desde un ángulo más general. No para resolver, como si se tratara de la purga de Benito, pero sí para enfocar todos los problemas que el país tiene planteados y entre ellos el del teatro, el de la censura, etc., en un

sentido democrático y de desarrollo de las libertades, haría falta lo que ya hace años se llamó gobierno de concentración y hoy se está llamando gobierno de coalición. Como esto no se hace, por ahora, estos y otros problemas de la nación no tienen fácil abordaje.

—¿Y la censura y el hecho creativo?

—Hay que empezar por abominar de la censura que es algo legítimo y que todos debemos hacer. Pero no caigamos en decir que con censura y falta de libertad no se puede hacer nada. Eso es falso. Con libertad se crea, evidentemente, mejor. Hay, además, una creación más extensa. Ahora bien: no debemos enjuiciar melodramáticamente las cosas y acabar con la conclusión de que todo lo que artísticamente se ha hecho en esos años de la censura, casi total, es una basura. El régimen antidemocrático presentaba un reto y a ese reto se respondía. Eso es verdad.

—¿No ocurre que algunos críticos no entienden tu obra —concretamente, me refiero a «Caimán»—, porque no ve que, en realidad, lo que pretendes, y con arreglo a lo que se pretende hay que enjuiciar, es presentar unos personajes conflictivos consigo mismos, contradictorios, como en realidad es el ser humano? El ser humano no puede llegar a conocerse a sí mismo, quizá porque, como decía Enrique Pajón Mecloy, en ese «sí mismo» hay variaciones, hay cambios, que lo hacen distinto a lo largo de la vida. En una palabra, que un hombre que responda en su totalidad a unos esquemas establecidos de antemano, no existe.

—Efectivamente, hay quien se guía en esto del teatro o del arte en general, por silogismos sociales. Esto ya lo desautorizó Marx. El silogismo sociológico no es un método para enjuiciar el valor literario de una obra de arte. Del teatro, en este caso. El que esto suceda así no quiere decir, ni mucho menos, que haya que caer en el polo opuesto; es decir, en una obra estética que nada tenga que ver con los problemas sociales. En cualquier país y en cualquier régimen la crítica social es necesaria y, por tanto, el teatro de crítica social, también.



El premio Cervantes y Rafael Alberti

77

Carlos Alvarez

Cuando en noviembre de 1967, la Real Academia Sueca concedió el Premio Nobel de Literatura a Miguel Angel Asturias, me encontraba yo en Estocolmo. Pregunté a un escritor cercano a los círculos de decisión cuándo se le daría a Pablo Neruda, y me respondió irónica y proféticamente: «Cuando sea embajador». Embajador era, en efecto, dignísimo embajador en París del Chile luminoso, dirigido por Salvador Allende, el gran poeta épico y tierno cuando lo consiguió unos años más tarde. También —y no tan digno, pues el régimen guatemalteco de Montenegro, represivo y antisocial, no justificaba su colaboración— Miguel Angel Asturias en el momento de recibir el máximo reconocimiento literario mundial. Porque ocurre que la Academia Sueca, cuyas decisiones no suelen ser ajenas a las fluctuaciones de la política, aunque generalmente lastradas por la derecha, gusta de premiar en sus años de honorabilidad a aquellos escritores cuya juventud, cuya madurez, transcurrieron por vías más azaro-

sas. Y un embajador es siempre un embajador.

¿Sería ya Premio Nobel Rafael Alberti si ocupara, en el marco de una España moderadamente democrática, pero burguesa, la Embajada de Roma? Tal vez. A nadie que yo sepa le molestó hace unos años que la distinción aureolara la lúcida efigie de Vicente Aleixandre, de la misma manera que, aunque a los cavernícolas de costumbre se les habría atragantado el caviar en el caso de que el Nobel de ese año hubiera ido a parar a Rafael Alberti, a nadie le habría podido sorprender esa otra posibilidad. Rafael Alberti es, evidentemente, un hombre, y un hombre, para el Nobel.

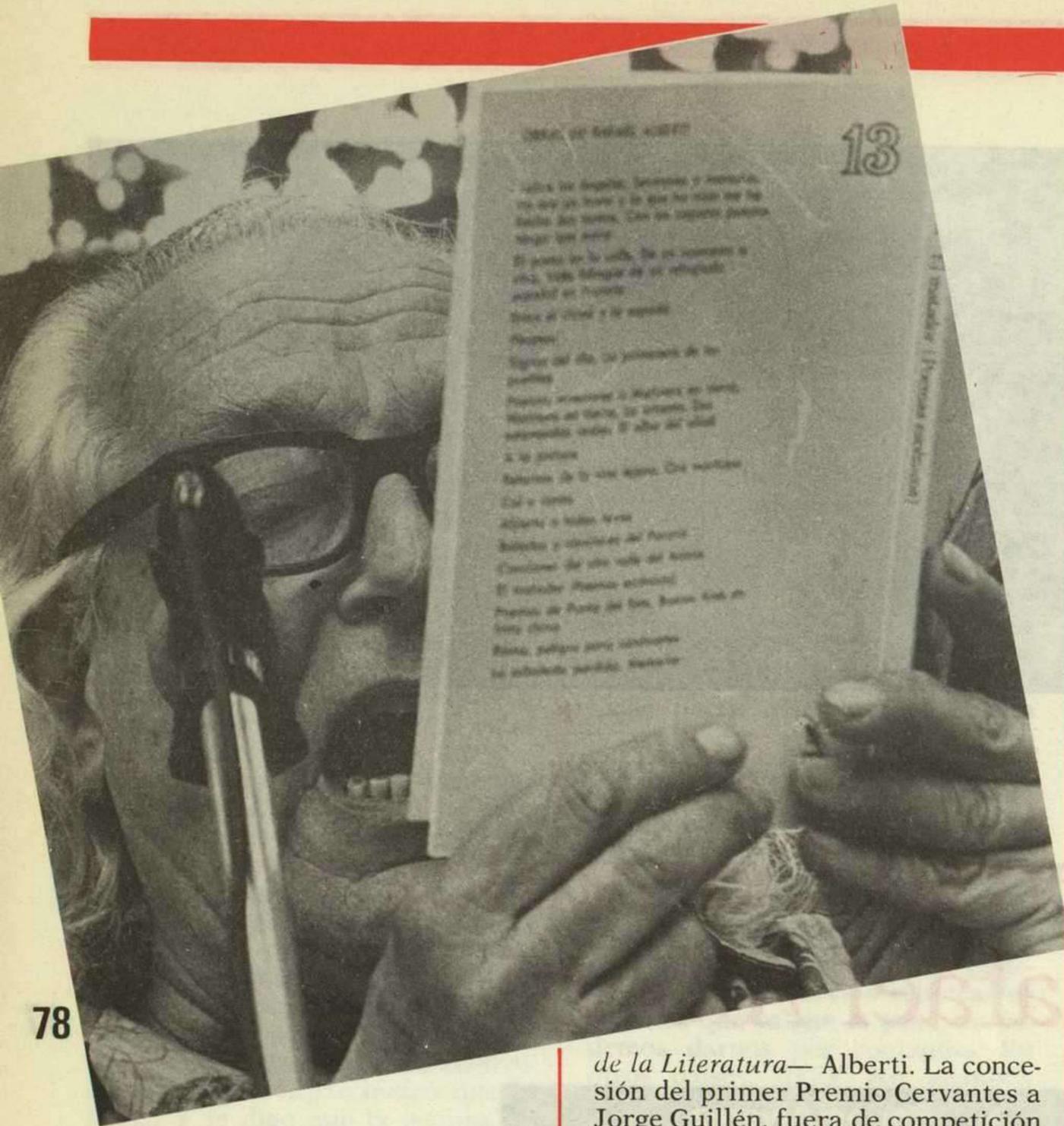
¿Qué ocurre entonces con el Nobel hispano, el *Cervantes*, que durante las convocatorias anteriores ni siquiera le ha rozado y ahora, cuando por fin la Real Academia Española se ha acordado de que existía cierto universal poeta cuyas raíces están ancladas en El Puerto de Santa María, ha volado a México con la complicidad de una parte no despreciable de los integrantes es-

pañoles del jurado, tales como, por ejemplo, el ministro de Cultura o el director general del Libro?

No nos engañemos. Y no se trata tampoco de poner en duda la valía de la obra de Octavio Paz, poseedor de una sabia frialdad creadora, inteligente analista de las interioridades del arte que trabaja, crítico profundo y documentado del quehacer literario. No se trata, a mi juicio, de polemizar sobre por qué Alberti no ha recibido el Premio Cervantes *este año*, sino por qué no lo ha recibido *todavía*.

«La verdad es que no hace mucho para que se lo den», comentó a preguntas de un poeta amigo cierto académico cuyo nombre prefiero omitir.

¡Cosa extraña, a fe! Cualquiera pensaría, incluso en este mundo en que vivimos, que lo que tiene que hacer un escritor para conseguir un reconocimiento literario es escribir, crear, añadir belleza y verdad al acervo cultural de la Humanidad, abrir nuevos caminos estéticos o profundizar en los ya existentes: culminar una obra rica y fértil. No



78

parece ser suficiente; tal vez, ni siquiera lo más importante. La intriga de pasillo, el halago hábilmente dosificado en la tertulia, la gravedad y la mesura en el vestir y el hablar son imprescindibles: el sombrero dogmático y circunspecto siempre tendrá mejor aceptación académica que la gorrilla marinera del poeta en la calle.

De los poetas de la «Generación de la República», denominación que él prefiere a la más artificial, pero comúnmente aceptada, de «Generación del 27», grupo de escritores entre los que la poesía es la instancia mayor y consigue por el impulso de sus cultivadores elevarse a cumbres de difícil acceso, aunque algunos de los hombres que la crearon —fundamentalmente Bergamín— transitaran por los senderos de la prosa, sobrevivieron a la guerra, a la primera posguerra y a la segunda en la que nos encontramos, Aleixandre, Guillén, Alonso, Diego y —sin citar a Bergamín por su menor incidencia en esta parcela

de la Literatura— Alberti. La concesión del primer Premio Cervantes a Jorge Guillén, fuera de competición Vicente Aleixandre por estar en posesión del Nobel, fue ya, muy probablemente, una decisión discutible. Sin negar la altura del autor de *Cántico* y *Maremagnum*, la mayor pluralidad de tonos del abanico albertiano, en cuyo arco se condensan los matices que van de la gracia a la profundidad, de la perfecta asimilación clásica al más vanguardístico juego experimental, debería haber aconsejado a los miembros de la Academia, para inaugurar el Nobel en castellano, fijarse en el poeta abridor de caminos que, tal vez sin exageración, sea a la poesía contemporánea que se expresa en nuestro idioma lo que Picasso a la pintura universal.

Si los tres primeros libros, de raíz popular, de Rafael Alberti (*Marinero en tierra*, *La amante*, *El alba del alhelí*), intercambiables, aunque el resplandor de la revelación correspondiera al primero, mostraban desde el alba de su escritura a un sabio reconversor de las canciones más ingenuas del pueblo, *Cal y canto*, inmerso en el culto endecasílabo en muchas de sus paletadas, indicaba ya que aquel nuevo poeta andaluz había asimilado con tal perfección

la herencia del clasicismo que... podría inmediatamente permitirse el lujo de, desde aquel trampolín, lanzarse a las aguas de cualquier aventura vanguardista. Pero resultaría absurdo, sobre todo en un comentario apresurado —y, además, cuando no es ésta la intención del mismo—, pretender analizar las diferentes etapas de una vida creadora, pródiga en hallazgos: *Sobre los ángeles*, los tontos del cine mudo, la poesía civil cuando lo civil es poesía, el retorno al puro lirismo, la madurez de lo vivo lejano, ¿no sugieren el paralelismo temático, la carnosidad o el ascetismo vitales en diferentes momentos de la expresión pictórica de Azul Pablo Ruiz Azul Picasso? Probablemente, sólo es posible hallar en la poesía contemporánea en castellano un sistema fluvial tan pródigo en desbordamientos de ríos caudalosos y manantiales. Pero para encontrar su fuente tendríamos que atravesar el océano y cruzar los Andes: sólo allí, ante la tumba de Pablo Neruda, nos sobrecogería la emoción de vislumbrar una idéntica riqueza musical y plástica... casualmente (?) puesta también al servicio del mismo ideal solidario.

Pero los miembros de la Real Academia Española, que hasta la última convocatoria lo han postergado, no parecen haber tenido en cuenta las dimensiones ni la plenitud de las bellezas añadidas por Alberti a nuestra lírica, a la lírica universal. Y, como todo cuerpo no sometido a la acción de una fuerza permanece en reposo o en movimiento rectilíneo uniforme, la inercia ha determinado la decisión adversa al gran andaluz, al gigantesco gaditano: la mayoría de los miembros del Jurado ha optado por premiar a Octavio Paz. Se sabe, eso sí, que quienes en principio estaban más capacitados para emitir una opinión válida, Dámaso Alonso y Juan Carlos Onetti, apoyaron la candidatura de Rafael Alberti. Otros, entre los cuales el felizmente cesado ministro de Cultura, Iñigo Cavero, y el incombustible director general del Libro, Matías Vallés, profundos conocedores, es de suponer, de la obra de Octavio Paz, prefirieron que el premio, y su dotación económica, alegraran las Navidades de un creador más aséptico. ¿Más aséptico? Bueno, en todo caso menos incapacitado para aceptar la cosmovisión política del presidente Reagan.

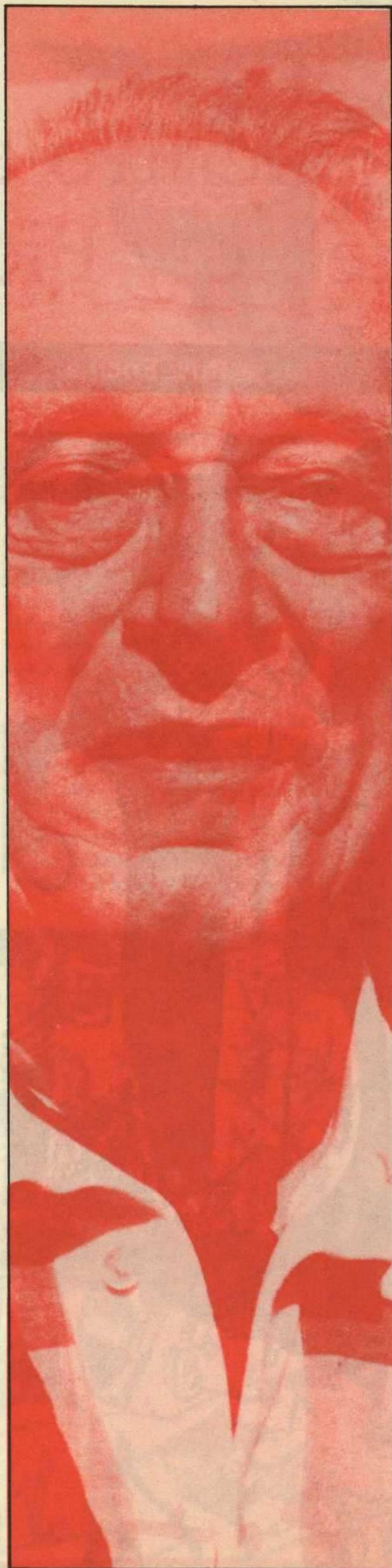
¿Seguimos repasando opciones,

fijándonos esta vez exclusivamente en las de nuestra Real Academia entre sus compatriotas? El primero fue Guillén; el segundo, tras el salto Atlántico necesario para que el *Cervantes* tenga una dimensión internacional, que lo hizo posarse, con toda justicia, en la frente del indiscutido cubano Alejo Carpentier, Dámaso Alonso, además de muy importante poeta y erudito de obra difícilmente abarcable, presidente de la Real Academia.

Muy importante poeta, desde luego. Quien descubriera a Góngora, *traduciendo al inteligible* sus *Solitudes*, tenía ya desde el florecimiento cultural republicano, como poeta, una obra interesante (sin llegar a *Poeta en Nueva York*, *La realidad y el deseo* o los otros escasos títulos que constituyen el Everest de la cordillera conocida como «Generación del 27») antes de publicar en 1944 *Hijos de la ira*, su apasionado y admirable redoble de conciencia. Pero, ¿puede en realidad compararse un trabajo fundamentalmente al servicio de la investigación, aunque salpicado de originales muestras de creatividad, con lo estrictamente creativo, si además se jalona ese esfuerzo creador con títulos, tales como, aparte de los ya citados, *A la pintura*, *Entre el clavel y la espada*, *Canciones y baladas del Panamá*, *Ora marítima...*, *Retornos de lo vivo lejano*? Lo mejor, como dijo no sé quién, es enemigo de lo bueno. Frase lapidaria que nos interesará recordar y repetir dentro de un momento.

Porque también Gerardo Diego es Premio Cervantes. Y no es un crítico erudito, sino un creador; no poeta de un solo acorde, sino de varios; también ha buceado en aguas experimentales. Y también, desde el *Romancero de la novia* justamente alabado por don Antonio, ha mostrado su sabiduría popular, su cultura bien asimilada. También, en suma, ha aportado innumerables bellezas a la Literatura. ¿Entonces?

Entonces, ¿se puede aceptar en serio que la categoría de Rafael Alberti sea inferior? Prescindiendo del hecho de que, exceptuando centenares de volúmenes, sobre gustos no hay nada escrito (y de la probable evidencia de que el envoltorio estilístico formal de Gerardo Diego esté muy por encima de la esencial belleza interna de cuanto ha entregado), creo que hay que buscar en causas extraliterarias la motivación de la preferencia de la Academia



por lo académico, de la derecha por la derecha. No olvidemos que la Academia, salvo honorabilísimas excepciones, sigue siendo un reducido del pasado. Creo que las razones del menosprecio de rojo y alabanza de blanco se encuentran en la realidad de la situación política española: esa tierra pantanosa que obliga a blindar el *Guernica* picassiano mientras se pretende hacer de él, custodiado por guardias civiles, el símbolo de la reconciliación de los españoles. ¡Curioso, en estos tiempos de descalificación oficial y continuidad real del pasado, que sean los más necesitados de olvido los que se opongan a la reconciliación! Porque lo cierto es que, en el momento de valorar trayectorias estéticas, y de buscar el apoyo adicional de los recorridos éticos, no es lo mismo encontrar entre las obras circunstanciales algún soneto dedicado al general Franco, y no desde luego con intención satírica o peyorativa, que haber cantado, con intención meliorativa, al pueblo español, simbolizado en Juan Panadero. La razón de que Rafael Alberti (Premio Lenin, por cierto, que no Stalin, querido Gabriel) no sea todavía Premio Cervantes, hay que buscarla donde está: en su filiación política; en su compromiso con el pueblo. Y la transición no sólo no ha terminado, sino que viajamos (y conviene, pero que mucho, pararlo) en el tren de retorno al 20 de noviembre de 1975.

A pesar de lo cual, quien en 1925 dio con *Marinero en tierra* toda la gracia y la brisa del diálogo entre la cal marinera y el añil de los esteros; quien en 1928 incorporó nuestra lírica a la lírica europea, con el estremecedor combate superrealista de *Sobre los ángeles*; el poeta civil que denunció en 1935 el imperialismo norteamericano, al ver una cruz gamada ensangrentando el mar en el Estrecho de Florida y pulsó en 1936 la fiebre de la capital de la gloria; el escritor de la pintura; el meditador de ausencias, que en 1952 enriqueció nuestro patrimonio literario y el de la Humanidad con *Retornos de lo vivo lejano*, ha tenido que ser ya este año reconocido por los habitantes de los viejos muros.

Hasta el próximo, Rafael, si la evolución autodinámica de la materia quiere.

El encuentro entre el pueblo y Picasso

Jaime Ruiz Encina

80 **C**uando ciertos críticos empezaron a acercarse al «Guernica» para desactivarlo, haciéndolo asimilable a los que necesitaban remontar a Picasso por encima de sus propios propósitos, y hacer ver que lo que estaba ante los ojos era un símbolo poco menos que neutro y que el lienzo carecía de motivaciones concretas, Picasso declaró que allí, en su tela, no había más que lo que había, que «el toro es un toro y el caballo, un caballo». Es decir, que no cabía otra interpretación que la que el cuadro mostraba: el resultado de un bombardeo, con madres y niños entre las llamas, con el cadáver de un guerrero, el caballo relinchando herido, el grito de una mujer que surge en la noche con su velón encendido y un toro que, claro está, era un toro español. El cuadro, además, se titulaba con el nombre de una villa española que los aviones de Goering habían utilizado como blanco de un ensayo general de destrucción masiva, en la retaguardia popular.

Los críticos querían ver más de lo que el lienzo mostraba. Querían desnaturalizarlo, darle una interpretación que sirviera para hacerlo aceptable hasta para los que habían ayudado a los alemanes a destruir la ciudad vascongada. «Se trata de la pesadilla de un artista; hay en esta pintura significados misteriosos», decían. Es como si a Goya, después de pintar «Los fusilamientos del 3 de mayo» le hubieran hablado también de símbolos, de interpretaciones. Goya hubiera respondido que allí no había más que lo que podía verse: unos hombres derrotados, fusilados por unos hombres con uniformes napoleónicos. Esto sucedió en la Montaña del Príncipe Pío, en Madrid, en 1808. Y esto otro sucedió en Guernica, el 26



de abril de 1937. Hay una anécdota: durante la ocupación alemana, algunos oficiales nazis fueron al estudio de Picasso a ver el «Guernica». El pintor los recibió y les mostró su pintura. Los oficiales, sorprendidos, preguntaron a Picasso, en francés, si era él el autor de aquello. Picasso, en castellano, les respondió: «No, los autores de eso son ustedes». No se sabe bien si los alemanes llegaron a comprender el significado de sus palabras.

Ahora, el «Guernica» se encuentra en España. No ha vuelto porque nunca llegó a estar aquí. Ha venido porque Picasso dejó dicho a sus familiares y amigos que el lienzo sólo podría ser entregado al Estado español cuando en España existiera un régimen democrático. Seguramente, habló de República, pero si lo hizo así fue porque había sido el régimen republicano el que le encargó el lienzo. También pudo ocurrir que para Picasso, la única salida posible del franquismo, en aquel período, no fuera más que la República. Ahora, para todos, parece improbable que el pintor se hubiera opuesto a que el «Guernica» fuera entregado a España. Las elecciones y la Constitución legitiman la democracia en nuestro país.

¡Picasso, libertad!

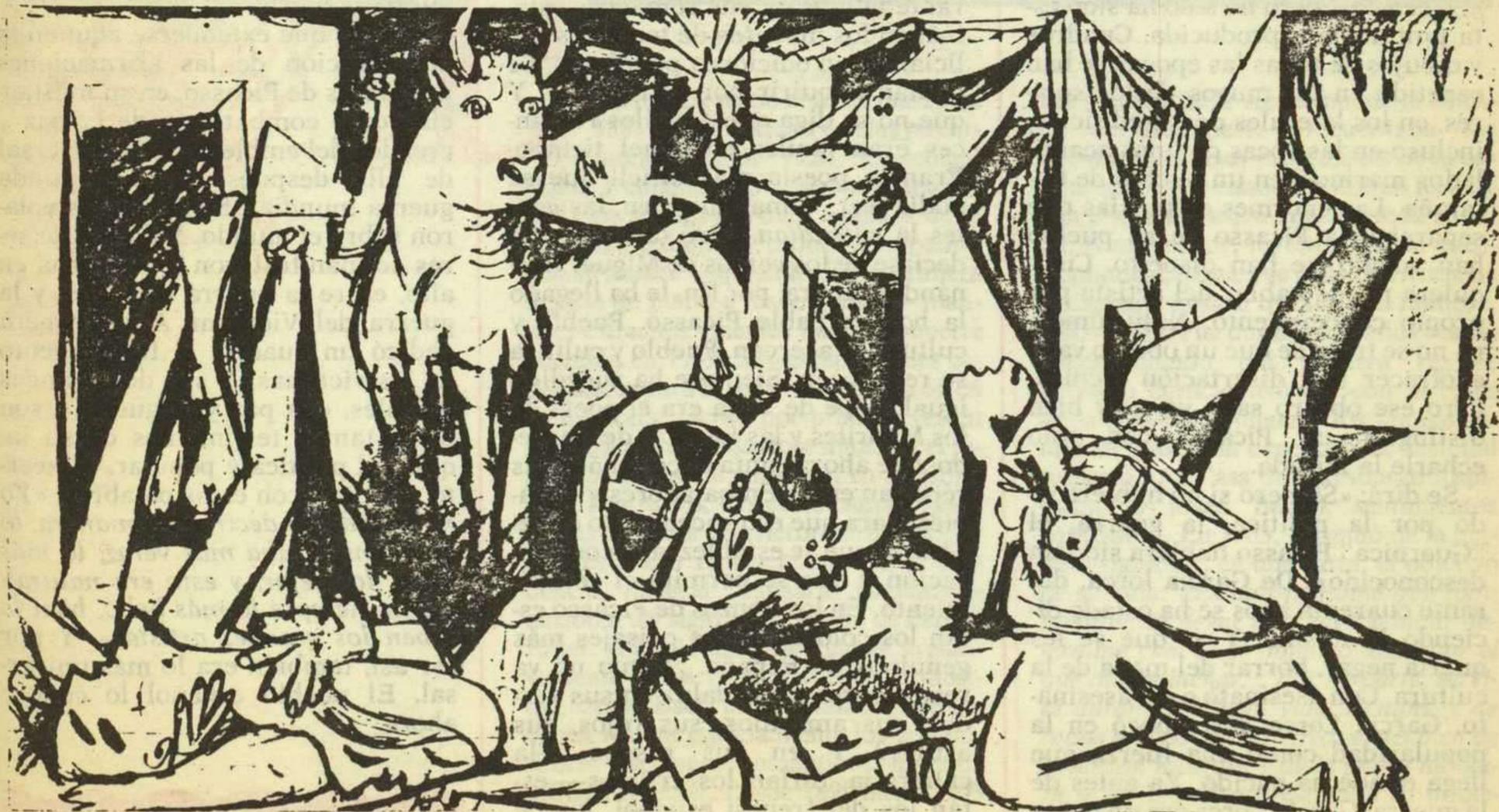
La llegada del «Guernica» ha puesto de relieve la enorme intuición del pueblo español para reconocerse en el primer pintor de nuestra época. Durante años, muchos, Picasso, por desconocido, se encontró situado a miríadas del pueblo. El mercado del arte así lo quería. Picasso era un pintor minoritario, puesto en el engranaje de

los marchantes y de las élites. Nos estamos refiriendo al pueblo español, porque el pueblo francés, entre el que vivió durante casi toda su vida, llegó a reconocerlo como uno de los suyos enseguida. Uno de los fundadores de la revista de los intelectuales españoles «Hora de España», puesta «al servicio de la causa popular» durante la guerra civil, escribió en esta publicación un artículo en el que recogía sus recuerdos del París de los años treinta. Allí contaba que, cuando su portera le identificó como español, exclamó: «Oh, España, toreros, Picasso». Es decir, Picasso era un hombre no sólo popular por casta, sino popular por conocido. Las gentes podían ir a ver sus cuadros a los museos, a las exposiciones. No sucedía en Madrid o en Barcelona lo mismo. La cerril sociedad burguesa española de aquella época había obligado al pintor a residenciarse en Francia. No logró que se nacionalizara, pero lo mantuvo alejado de su país hasta su muerte. El régimen de Franco jamás le tendió un puente, aunque tuvo que adquirir tres de sus cuadros para poder presentarlos, como tarjeta de visita aceptable, en el pabellón de la Feria de Nueva York. Mientras tanto, las reproducciones del «Guernica» entraban en España clandestinamente y estudiantes y obreros las adquirían para col-

garlas en sus casas. El pueblo español empezó entonces, ¡en la clandestinidad!, a conocer a Picasso. Y a través de un lienzo trágico, manchado de sangre y de noche, toda su obra. Hoy puede decirse que ningún españolito popular se sorprende ya de las creaciones cubistas, surrealistas, expresionistas, etc. —porque el mundo de Picasso es infinito— de este genial creador, auténtico revolucionario del arte de nuestro tiempo. Claro que, en pleno franquismo, con motivo de cumplir el pintor los 90 años, los estudiantes

de Madrid se manifestaron ya a los gritos de «¡Picasso, libertad!» y que muchos de ellos, junto al crítico José María Moreno Galván, fueron detenidos.

Que el pueblo español ha llegado a conocer y amar la obra de Picasso,



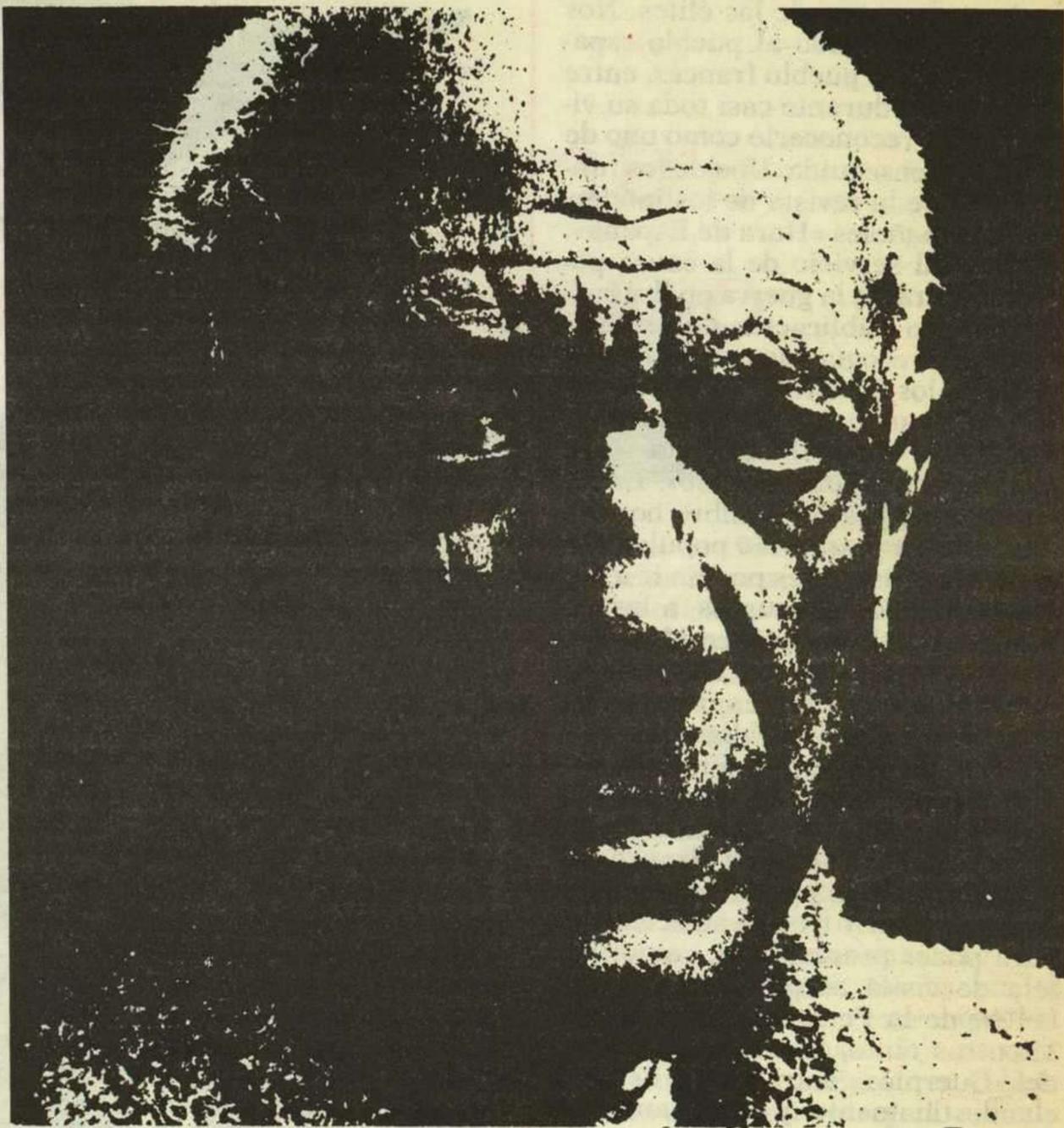
sin que ésta ya llegue a extrañarle o sorprenderle, ha podido comprobarse en estos días, con la llegada del «Guernica» y la inauguración de la exposición, de más de ciento cuarenta obras suyas, en el Museo Español de Arte Contemporáneo. ¡Cuándo se había visto en España colas, como las que todavía se forman ante el Casón del Buen Retiro, para contemplar una obra de arte! Ese es otro milagro más de Pablo Picasso. Tres o cuatro mil personas diarias reunidas, a veces con sus hijos, para ver qué es eso del «Guernica» de verdad. Y en el Museo de la Ciudad Universitaria, los grupos de obreros, empleados y estudiantes acuden cada domingo no a ver ya un lienzo de invocaciones trágicas, sino la pintura más difícil del genio que para ellos ha quedado ya descifrado en su contenido plástico y emocional.

En los murales del pueblo

82

Pero se han producido otras manifestaciones en el encuentro entre Picasso y su pueblo. Y han sido los murales que en tantas poblaciones y barrios de grandes ciudades han sido pintados por militantes democráticos, alumnos de escuelas y aficionados al arte, como homenaje al pintor. Mucho se ha repetido el «Guernica», pero no sólo ha sido esta pintura la reproducida. Cuadros y dibujos de todas las épocas se han repetido en los muros de los solares, en los laterales de los edificios, incluso en las rocas de unos acantilados marinos, en un pueblo de Cataluña. Las enormes distancias que separaban a Picasso de su pueblo han volado, se han disuelto. Cualquiera puede hablar del artista por propio conocimiento. Naturalmente, no se trata de que un obrero vaya a ofrecer una disertación técnica. Pero ese obrero sabe ya muy bien distinguir un Picasso con sólo echarle la mirada.

Se dirá: «Sí, pero si no hubiera sido por la política, la guerra, el «Guernica» Picasso hubiera sido un desconocido». De García Lorca, durante cuarenta años se ha estado diciendo lo mismo. Y es que se les quería negar, borrar del mapa de la cultura. Con asesinato o sin asesinato, García Lorca desembocó en la popularidad como una fuerza que llega donde ha nacido. Ya antes de la guerra, García Lorca era un poeta



sentido y repetido por el pueblo. Durante la guerra, sus romances estaban en los macutos de todos los milicianos, en ediciones populares. Se podían adquirir por una peseta. Y que no se diga que aquellos romances eran fáciles en aquel tiempo. Eran la poesía más difícil que se podía leer. Y mal que bien, las gentes la *entendían*. Otro tanto podría decirse de los versos de Miguel Hernández. Ahora, por fin, le ha llegado la hora a Pablo Picasso. Pueblo y cultura se acercan. Pueblo y cultura se reconocen. Siempre ha sucedido igual. Lope de Vega era el poeta de los Madriles y las letrillas de Quevedo, que ahora canta Paco Ibáñez, las repetían entre Embajadores y Lavapiés. Para que eso suceda sólo es necesario que se establezca la comunicación y que se permita el conocimiento. En los lienzos de Picasso están los colores de los paisajes más genuinos de España. ¿Cómo no va reconocerse un andaluz en sus verdes, sus amarillos, sus rojos, sus azules? Y en sus rasgos —la caligrafía, dirían los críticos— están los del frenesí español, los de

nuestra pasión y hasta los de nuestra muerte.

Habría que extenderse aquí en la enumeración de las afirmaciones populares de Picasso, en su militancia como combatiente de la paz y creador del emblema más universal de ella después de la segunda guerra mundial. Sus palomas volaron sobre el mundo. Millones de seres se manifestaron llevándolas en alto, entre la guerra de Corea y la guerra del Vietnam. A la primera dedicó un cuadro: el fusilamiento de las víctimas. Y sus dos grandes murales, «La paz y la guerra», son otros tantos testimonios de su inquietud política y popular. El acertó a decirlo con estas palabras: «Yo he tratado de decir, a mi manera, lo que consideraba más veraz, lo más justo, lo mejor, y esto era naturalmente siempre lo más bello, bien lo saben los grandes artistas». Y por ser así, también era lo más universal. El pueblo español lo conoce ahora.

BÉLA BARTÓK

en su centenario



«Bartók perteneció a esa clase de hombres que se hallan impelidos por un eterno descontento, que quieren cambiarlo todo, que quieren hacer que sea mejor y más hermoso todo aquello que en la Tierra encuentran. De esa clase de hombres surgen los artistas, las grandes figuras científicas, los grandes descubridores e inventores y, en la esfera de la política, los grandes revolucionarios, seres como Colón, Galileo, Kossuth, que dejaron el mundo de una forma diferente a como lo encontraron. Bartók es uno de estos pocos y a ello se debe el que aún hoy día sea uno de los compositores más interpretados en el mundo entero.

Zoltán Kodály (1955)



Bela Bartók nació el 25 de marzo de 1881 en la localidad de Nagyszentmiklós (desde 1920 Sînnicolaul Mare, Rumania), en el seno de una familia de pedagogos muy amantes de la música. Perdió muy pronto a su padre; con su madre —quien le dio la primera lección de piano a los seis años— mantuvo estrechos vínculos hasta su muerte acaecida en 1939. Sus excepcionales capacidades para la música no tardaron en manifestarse; actuó por primera vez en público a la edad de doce años, en el lugar donde residía entonces, en Pozsony (hoy Bratislava, Checoslovaquia), donde sus estudios estuvieron dirigidos por un destacado representante de la tendencia musical húngara romántico-nacional del siglo XIX, el hijo de Ferenc Erkel. A los 18 años ya conocía «relativamente bien» toda la literatura musical, desde Bach hasta Brahms. En esa época fueron especialmente los compositores alemanes románticos los que influyeron en él. Desde 1899 hasta 1903

fue alumno de la Academia de la Música de Budapest. Frecuentaba los círculos burgueses progresistas de la capital en los que conoció a Zoltán Kodály con el que mantuvo amistad toda su vida. (Compositor, investigador de música popular, a quien se debe el sistema de pedagogía musical que lleva su nombre, 1882-1967). Fue durante sus años académicos cuando por primera vez se enfrentó conscientemente con la crisis de la sociedad húngara: los antagonismos de clase y la dependencia nacional respecto a la Casa de Habsburgo inspiraron al joven Bartók sentimientos patrióticos. En 1903, formuló de la manera siguiente, en una carta, el objetivo de su vida: «*Es indispensable que todo hombre, al llegar a la edad adulta, determine cuál es el objetivo ideal por el que quiere luchar... Por mi parte, serviré durante toda mi vida, siempre y de todos modos, un objetivo: el del bien de la nación húngara y de la patria húngara.*» En 1904 fue presentada su prime-



ra composición de envergadura, la *Sinfonía Kossuth*. En 1904 y 1906 dio numerosos conciertos de piano en Alemania, Austria, Inglaterra, Francia, España y Portugal. Sus viajes contribuyeron a que se liberara del provincianismo feudo-semiburgués húngaro de principios del siglo pero no alteraron su soledad.

A principios de 1907 fue nombrado profesor en la cátedra de piano de la Academia de la Música de Budapest y, prosiguió en ella sus actividades, ininterrumpidamente, hasta 1934.

84

La época transcurrida entre 1906 y 1908 constituyó un giro decisivo en la vida y en la labor de Bartók. Fue entonces cuando trabó conocimiento con la música popular magiar y fue también en esa época cuando en sus esfuerzos en busca de nuevos horizontes ejercieron una liberadora influencia los músicos franceses modernos (Debussy y Ravel). A partir de entonces, su arte se esforzó, incansante y consecuentemente, en crear la síntesis de los elementos de contenido y de forma más antiguos y más modernos. Su excepcional significado desde el punto de vista de la historia de la música reside en la unión de los puntos inicial y final, en el hecho de reconocer que los elementos básicos de la nueva expresión musical —abandono de la tonalidad, lo que apunta hacia la cadencia, lo que lleva hacia la aleatoria, etc.— se hallan ya en el completamente desconocido tesoro, en vías de desaparición, pero todavía susceptible de ser salvado, de las más antiguas canciones populares.

Desde entonces, su vida, en distintos planos (dando clases en la Academia, realizando investigaciones de música popular en escondidas aldeas húngaras, transilvanas, rumanas y eslovacas, más tarde en Africa del Norte y en Asia Menor, y dando conciertos en ciudades europeas y de ultramar), se vio ocupada por cuatro principales actividades, es decir, la composición, el folklore, los conciertos y la enseñanza.

Entre 1907 y 1911 creó sus primeras obras maduras en todos los géneros de importancia: para orquesta, la *Suite II* (1907); para piano, la serie titulada *Para niños* (1908-1909) y su famoso *Allegro Barbaro* (1911): en la esfera de la música de cámara el *Primer Cuarteto de arco* (1907) y su primera ópera, de un acto, *El castillo del Príncipe Barba Azul* (1911).

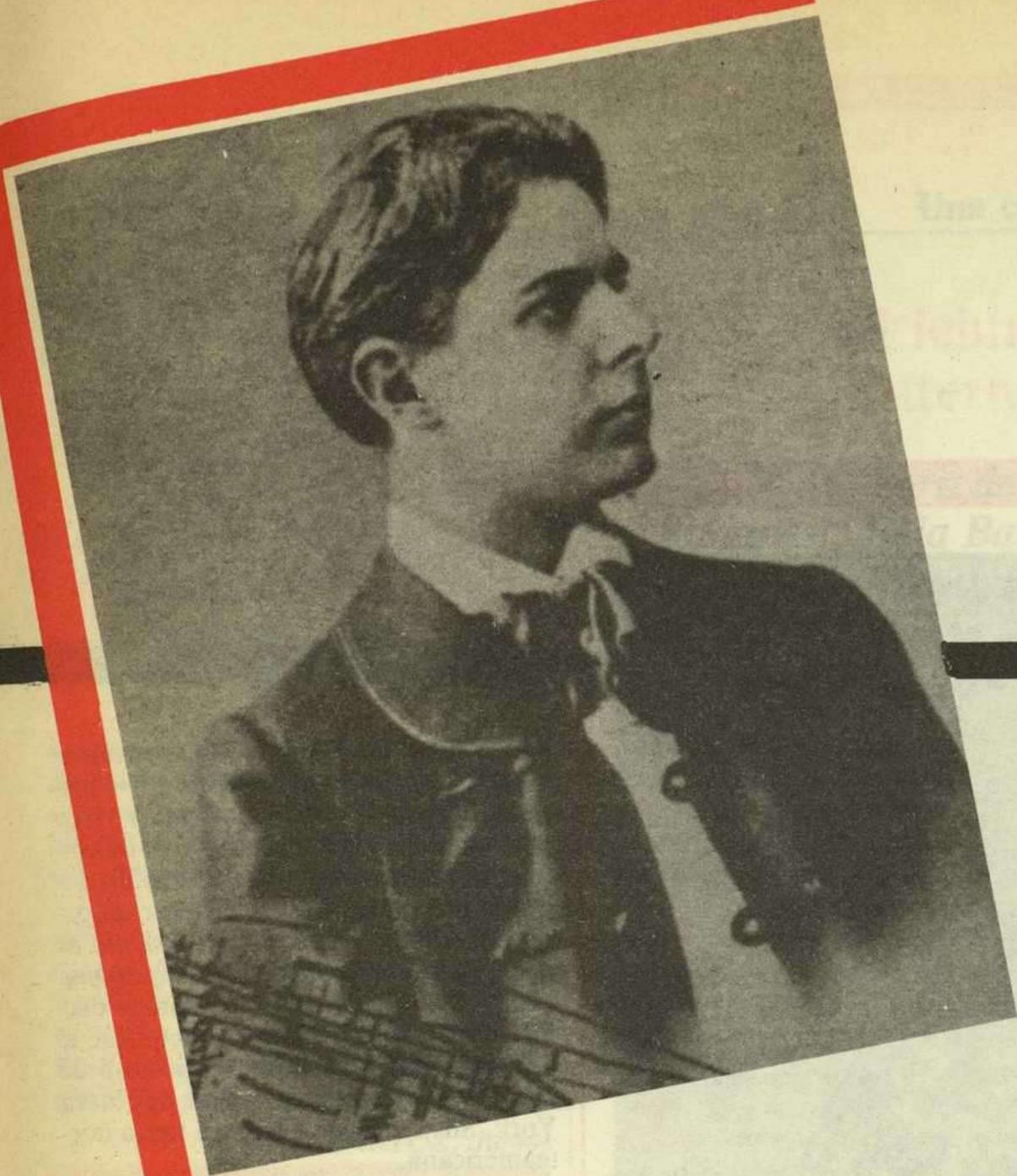
Las obras de su primera etapa de gran creador despertaron enormes polémicas entre el público y los críticos e hicieron surgir puntos de vista extremos. Sus pocos fieles de los primeros tiempos se entusiasmaban ruidosamente ante «la música del porvenir», ante el genio de Bartók, mientras que los conservadores hablaban de «escándalo» y de «cacofonía» y se reían, y la silbaban en los estrenos.

Bartók contrajo matrimonio, fundó una familia (en 1909 se casó con una alumna suya, Márta Ziegler; su primer hijo, Béla, nació en 1910), pero la estabilización de su vida privada estuvo muy lejos de aportar también la consolidación de sus tendencias artísticas. Se lanzó con gran ímpetu al torbellino de la efervescente vida intelectual del Budapest de principios del siglo. En aquella época, la capital húngara era uno de los centros espirituales de Europa. En ella, los pensadores, científicos y artistas se agrupaban en sociedades. Esta fue la única época (breve) de la vida de Bartók en la que se vio rodeado de compañeros. Acudía a las reuniones del Círculo Dominical organizado por el filósofo György Lukács (1885-1971) y el poeta, que más tarde se hizo mundialmente famoso como esteta cinematográfico, Béla Balázs (1884-1949), círculo al que también pertenecían, entre otros, el filósofo Károly Mannheim, el esteta Arnold Hauser, la poetisa Anna Lesznai, el escultor Béni Ferenczy y la psiquiatra Edit Rény de Gyömrő. Junto a Zoltán Kodály y otros amigos fundó la Nueva Agrupación Musical Húngara (1911).

Pero la incompreensión de una gran parte de la crítica y del público (varios órganos de la prensa le tacharon de epigonismo y antipatriotismo) hicieron que no tardara en desilusionarse y, así, permaneció años enteros sin actuar en público. «...Para eso... y para que yo tome parte en cualquier acción existe un obstáculo gigantesco. Se trata de que, hace un año, a mí me ejecutaron oficialmente como compositor musical» —escribió como respuesta a una requisitoria, en 1913—. «O son ellos los que tienen razón y yo soy un chapucero sin ningún talento, o tengo razón y los imbéciles son ellos. En ambos casos, entre ellos y yo... no se puede hablar de música y, mucho menos de una acción conjunta.» Los años siguientes vivió retiradamente, dedicándose a recoger música popular y a transcribirla. Fue el primero entre los músicos que para sus recopilaciones recurrió al fonógrafo. En un artículo que escribió en 1937 y llevó el título de «La máquina de música», manifestó lo siguiente: «Afirmo categóricamente que la ciencia del folklore musical tiene que agradecer a Edison su desarrollo actual.»

La primera guerra mundial le afectó espiritualmente, pero hasta 1918 prosiguió sus viajes por Hungría y los países vecinos para coleccionar música popular valiéndose del fonógrafo.

Su primer gran éxito de compositor lo alcanzó en 1917, al ser presentado en la Opera de Budapest el ballet titulado *El Príncipe tallado en madera*, que fue dirigido por el excelente director de orquesta italiano Egisto Tango que en aquella época trabajaba en Hungría. El libreto, lo mismo que en el caso del de «El castillo del Príncipe Barba Azul», fue escrito por el anteriormente citado Béla Balázs. «Hay muchos que opinan que esos textos son malos —manifestó el poeta después del estreno—. Pero en aquel entonces no eran muchos los escritores que se disputaban las obras de Bartók, puesto que le consideraban co-



mo loco de atar o como un estafador de mala fe, por lo que nadie hubiera podido escribirle un libreto. Ahora Bartók ha compuesto su ballet y ha compuesto su primera ópera y, con esas obras, se ha ganado la estima que merece su genio. Así, pues, mis libretos cumplieron su misión.» También el compositor se manifestó a este respecto. «Tal vez suene raro pero confieso que fue el hecho de que se diera de lado a mi ópera de un acto "El castillo del Príncipe Barba Azul" lo que me impelió a componer ese ballet. Porque dicha obra fracasó en un concurso de óperas. El mayor obstáculo para su puesta en escena lo constituyó el que la acción se concentra exclusivamente en el conflicto espiritual entre dos personas, y la música se redujo a la sencilla representación del mismo. En el escenario no ocurre nada más. Tengo tanto afecto a mi primera ópera que, cuando me fue entregado el libreto de Béla Balázs para el ballet, pensé inmediatamente que éste, con su espectacularidad y sus policromas, abundantes y variadas acciones hará posible el que las obras sean representadas durante una misma velada. Creo que está de más el que subraye que, hoy día, siento tanto afecto por ese ballet como por mi ópera» (1917).

Después de la primera guerra mundial, al derrumbarse la Monarquía austro-húngara, Béla Bartók, con sus

amigos compositores Ernő Dohnányi (1887-1960) y Zoltán Kodály, fue miembro del directorio musical de la República Húngara de los Consejos.

Hacia esa época (1918-1919), Bartók compuso su ballet *El mandarín maravilloso* cuyo texto fue escrito por Menyhért Lengyel. Después de la caída de la República de los Consejos, Bartók comenzó a pensar en emigrar, tanta amargura le producía el estado de cosas que reinaba en el país. También fue objeto de ataques por la prensa de la derecha que calificó de «antipatriota, envenenadora de pozos» su actividad de investigación de música popular realizada en un espíritu internacionalista. Además, en la Academia de la Música fue sometido a un procedimiento disciplinario por el cargo que desempeñó durante la República de los Consejos.

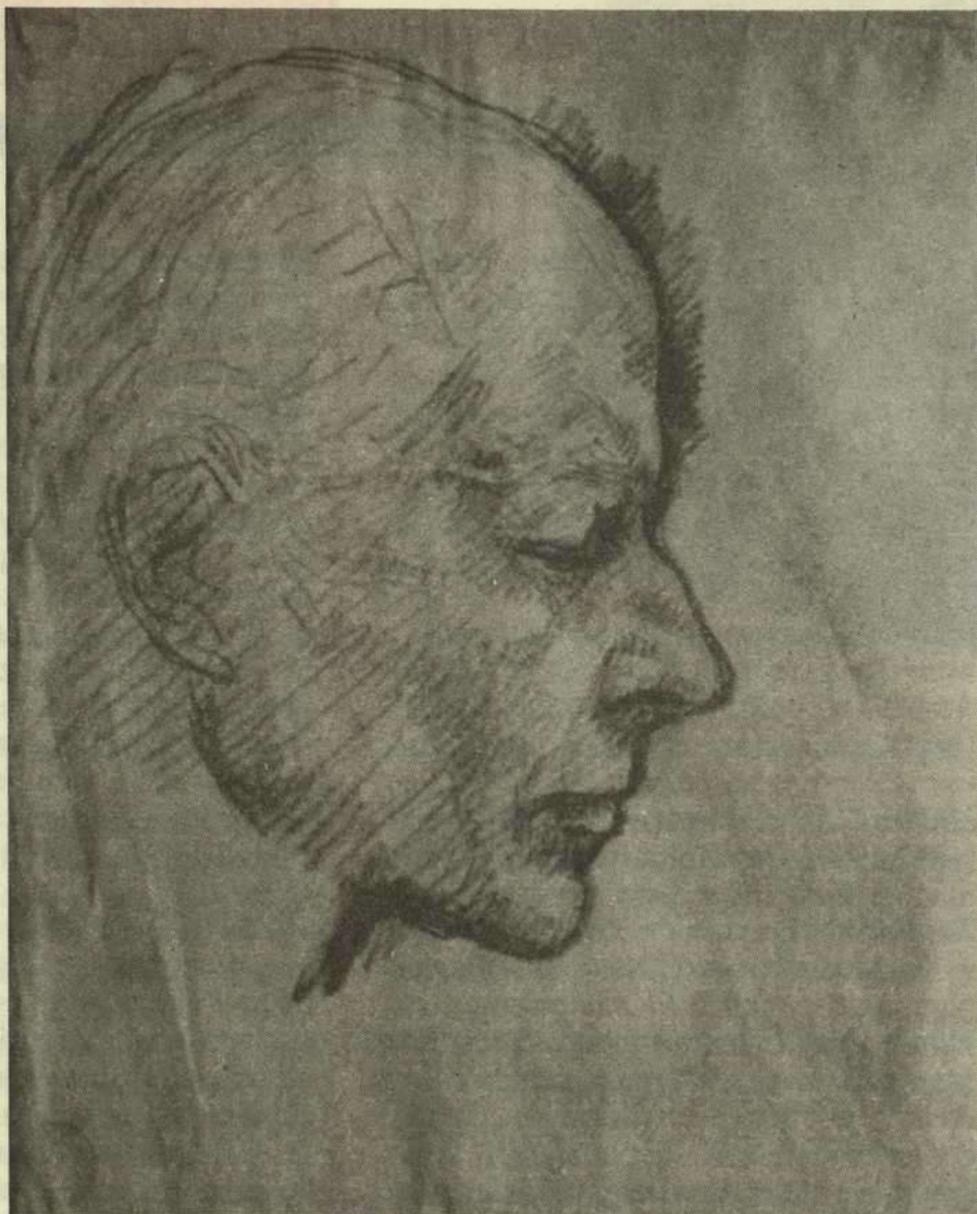
Durante los dos años posteriores, Bartók, abandonando la idea de la emigración («las canciones populares me ponen dificultades para ir hacia occidente, me empujan hacia Oriente» —escribió en una carta) residió con su familia en la casa del padre del filósofo György Lukács, donde conoció personalmente, entre a otros, al eximio escritor alemán Thomas Mann (1875-1955).

Durante la década de 1920 la música de Bartók emprendió el camino hacia la fama mundial. En esa década creó numerosas obras vocales y de cámara. Por

ejemplo, la *Suite de Danza* (1923), el *Primer Concierto para piano* (1926), dos *Rapsodias para violín y orquesta*, el *Segundo Concierto para Piano* (1930) y la *Cantata Profana* (1930), para solo de tenor y barítono, coro y orquesta. Tanto en Europa como en ultramar sus obras fueron cada vez más frecuentemente interpretadas por los mejores artistas de la época (y también por él mismo); en el extranjero aparecían cada vez mayor número de competentes estudios y críticas elogiando su arte. Le fueron concedidos premios y condecoraciones (por ejemplo, en 1927 ganó el concurso de la Musical Fund Society de Philadelphia, con su *Cuarteto de arco III*).

En 1923 se divorció y se casó de nuevo con una pianista alumna suya, Ditta Pásztory, que fue su compañera hasta el final de su vida y cuyo nombre va ligado a numerosas fieles interpretaciones de obras para piano de Bartók. De este matrimonio nació un hijo, Péter. En 1927 realizó una gira de conciertos por los Estados Unidos y, en 1929, por la Unión Soviética.

El cada vez más oscuro horizonte europeo en la década de 1930 obligó a Bartók a tomar una decisión. Se acentuaron la soledad y el aislamiento en que se veía en su patria, aunque en 1936 y en reconocimiento a varias décadas de labor en las ciencias musicales, fue elegido miembro de la Academia de Ciencias de Hungría. Formó parte de la Comisión de Colaboración Intelectual de la Federación de los Pueblos, prohibió que sus obras fueran presentadas o ejecutadas en la Alemania y la Italia fascistas. En la música, descubrió nuevas leyes de simetría y composición: *Microcosmos*, 1926-1939, *V Cuarteto de arco*, 1934, *Música para instrumentos de cuerda, de percusión y celesta*, 1936, *Sonata para dos pianos e instrumentos de percusión*, 1937, *Concierto de violín*, 1937-1938 —compuesto para el violinista Zoltán Székely (1903)—, *Contrastes*, 1938,



compuestos en 1938 para el famoso músico de jazz norteamericano Benny Godman (1909), *Divertimento*, 1939, para el director de orquesta suizo Paul Sacher (1906), *VI Cuarteto de arco*, 1939. «A medida que uno va alcanzando mayor madurez surge cada vez más el deseo de economizar medios, de ser más sencillo» —manifestó en una entrevista. En 1940 se dirigió a los Estados Unidos en compañía de su esposa. Según evoca su hijo mayor, Béla, «...sólo se llevó consigo lo más indispensable, pero conservó todavía durante largo tiempo su última vivienda en Budapest, y en las cada vez menos frecuentes cartas que escribía siempre hacía alusión a su regreso y a las dificultades que éste presentaba». Hasta el fin de su vida siguió sin poder adaptarse a la vida norteamericana. Al principio le fue confiada una misión por la Universidad de Columbia de Nueva York, la anotación y

ordenación del material de la colección de música popular sudeslava de Milman Parry, tuvo alumnos de piano y dio conferencias. Su estado de salud empeoró, se vio atacado por una incurable enfermedad, la llamada polycythemia. Después de tres años de silencio, sin componer, comenzó a trabajar de nuevo, en 1943, estando enfermo, desolado y solitario. A petición de la Fundación Koussevitzky compuso su *Concierto* para orquesta; en 1944, la *Sonata para solo de violín* para Yehudi Menuhin, después, en el verano de 1945, luego de haber alcanzado el final de la guerra y los primeros meses del renacimiento de Europa, el *III Concierto de piano*. Consiguió todavía componer esta última obra (a excepción de los 17 acordes finales de la partitura) pero el *Concierto de Alto* destinado a Wiliam Primose sólo quedaron algunos esbozos y, del proyectado *VII Cuarteto de Arco*, únicamente algunos

fragmentos de leimotiv. (La terminación del *III Concierto de Piano* y la instrumentación del *VII Cuarteto de Arco* fueron realizadas, después del fallecimiento de Bartók, por su discípulo Tibor Serly, compositor y director de orquesta (1900). «Lo único que siento es tener que irme con todo el equipaje» —dijo Bartók, uno de los últimos días de su vida, a uno de los médicos que le atendía. Murió el 26 de septiembre de 1945, en el Hospital West Side de Nueva York. Sus cenizas reposan en tierra norteamericana.

Béla Bartók visto por...

«Se vestía sencillamente y sin pretensiones, cuidaba mucho de su vestimenta, manteniéndola en buen estado incluso durante decenios. No abrigaba exigencias especiales en cuanto a la comida pero concedía gran importancia a que los platos estuvieran preparados cuidadosamente. Por lo general, comía poco; por decirlo así, no tomó bebidas alcohólicas en toda su vida; también estuvo mucho tiempo sin fumar, sólo se acostumbró al tabaco en los tiempos de la primera guerra mundial... Tampoco tenía esparcimientos en el sentido que se da generalmente a la expresión, puesto que no acudía a los teatros, cines, restaurantes u otros lugares de diversión, hasta era raro que asistiera a un concierto... Aunque nunca estuvo abonado a ningún periódico, era un asiduo lector de la prensa y compraba diariamente uno o varios periódicos. En éstos le interesaba todo, desde el editorial hasta los de economía y las noticias sobre política



y arte. Sus maneras con los extraños o desconocidos eran siempre reservadas y, en parte, precavidas debido a la tendencia de la gente a importunar. Con los miembros de su familia y con aquellos a quienes tenía afecto o estima se portaba siempre sencillamente y mostraba su agrado de hallarse con ellos. Le gustaba mucho explicar y enseñar y mostrar cosas como los últimos resultados de sus investigaciones, registros de música popular, etc.» (1955).

BÉLA BARTÓK, Junior

«Siempre que vi a Béla Bartók, cuando conversé con él, cuando espí sus palabras, en todas las ocasiones, penetró hasta lo más profundo de mi alma no solamente su afabilidad sino también su elevada y pura personalidad artística que quedaba expresada también ya por la hermosa mirada de sus ojos.» (1953).

THOMAS MANN

«...Su erudición y su memoria eran sencillamente pasmosas. Sus modales no dejaban ver el inmensurable fuego y energía de su carácter. Durante los dos últimos años de su vida —período en el que nos conocimos— fuera de la estricta exactitud de sus palabras y gestos, que en ambos aspectos encerraba dureza y resplandor diamantino, y en la que iban a la par la mayor ausencia posible de gestos, movimientos y esfuerzos físicos con el mayor contenido posible y la mayor fuerza de voluntad, nada de su ser revelaba la grandeza de su más profundo «yo», lleno de energía ancestral o sus inspiradas visiones. Sólo sus ojos —aquellos ojos que, de fantástica manera, lo penetraban todo— descubrían su verdadera esencia. Esos ojos revelaban el fuego de su alma, mientras su cuerpo, cada vez más débil, economizaba celosamente cada gota de fuerza, para dedicar éstas a más importantes objetivos.»

YEHUDI MENUHIN

Una carta de Béla Bartók

El leimotiv de mi vida: La fraternidad de los pueblos

El 10 de enero de 1931, mientras viajaba de Berlín a Budapest, Béla Bartók escribió una carta al folklorista rumano Octavian Beau, que en una conferencia radiofónica sobre el gran músico le había caracterizado como «compositor rumano». Béla Bartók protestó por esa adscripción de nacionalidad que no tenía otra base que la de su nacimiento accidental en Rumania y reivindicó su nacionalidad y personalidad húngaras. El texto de esta carta, que como la biografía que antecede reproducimos de la revista bimestral Hungría, es el siguiente:

A este respecto mi concepto es el siguiente: me considero como compositor húngaro. Es imposible que, teniendo en cuenta mis obras originales, en las que figuran motivos de la música popular rumana o mis melodías propias, inspiradas en dicha música, se me considere como compositor rumano, lo mismo que Brahms, Schubert y Debussy tampoco pueden ser catalogados como compositores húngaros y españoles, respectivamente, por el hecho de haber utilizado temas húngaros y españoles en sus composiciones originales. A mi juicio, usted u otros científicos procederían más correctamente si se abstuvieran de emplear este calificativo limitándose a señalar que «en tal o cual lugar, en esta y aquella obra pueden descubrirse temas de inspiración rumana». Si el concepto expuesto por usted fuera justo y correcto, entonces podrían considerarme con la misma razón como «compositor eslovaco», y, por lo tanto, yo sería un compositor de tres nacionalidades. Para seguir con este estilo franco y sincero, permítame exponerle a usted algunos de mis pensamientos relativos a este mismo tema.

Mi actividad de compositor puede concebirse —debido justamente a que se nutre de estas tres fuentes (húngara, rumana y eslovaca)— como una encarnación de la idea de integridad, en la que se pone gran énfasis hoy día en Hungría. Desde luego, al escribirle esto no deseo que usted lo dé a la publicidad,

y seguramente tendrá usted la necesaria prudencia de no hacerlo, puesto que cosas de este corte no tienen cabida en la prensa rumana. Lo menciono solamente como un punto de vista posible que he reconocido hace unos 10 años en un momento en el que nuestros chauvinistas me atacaban de la manera más vehemente a causa de mi estilo musical. No obstante, mi verdadera idea guía, de la que —desde que me he encontrado como compositor— tengo perfecta conciencia, es la idea de la fraternidad de los pueblos, la de una fraternidad pese a todas las riñas y discordias. Trato de poner mi música —en la medida de mis fuerzas— al servicio de esta idea; por eso, no me sustraigo a ninguna clase de influencia, cualquiera que sea su fuente: eslovaca, rumana, árabe u otra. Mas esa fuente ha de ser pura, fresca y sana. Debido a mi situación —digamos— geográfica, la fuente húngara es para mí la más cercana y, por eso, la influencia húngara es la que se percibe con mayor fuerza en mis obras. Ahora bien, la pregunta de si mi estilo tiene o no —independientemente de las diferentes fuentes— un carácter húngaro (y todo depende de esto), debe ser respondida por otros y no por mí mismo. De todas maneras, yo creo que lo tiene. Pues el carácter y el ambiente deben estar, de algún modo, en armonía.



88

Agapito Marazuela: Mester de juglaría

AL LER' O MATE' O O

A veces, raras veces ya, pues a cuentas lleva noventa años recién cumplidos, acompañado de algún amigo que del brazo le lleva, silencioso casi siempre, seguramente soñando marzas y enramadas, cantos de oficio o entradillas, puede vérselo andar, caminando bajo soportales, las calles de la Segovia que tanto ama.

Este hombre, nacido en Valverde del Majano, casi ciego, casi sordo, que se apoya en un bastón, ya no puede tocar la guitarra, apenas la dulzaina y de ello se lamenta. Se llama Agapito Marazuela y es, con certeza, el último juglar castellano.

Posee una guitarra y una dulzaina. La guitarra es bella, bien hecha al decir de los entendidos, como del guitarrero Santos Hernández que la construyó. Le fue regalada por la diputación de Segovia en 1926, tras que Ignacio Zuloaga encabezara una suscripción popular en favor de Agapito. La dulzaina acordada,

cromática, es del siglo XIX. Este instrumento, según el Espasa fue usado por los semitas. Otros afirman que otro es su origen, que vendría del dufai árabe. «En los siglos pasados —cuenta Marazuela— se llamó frestel, fístula o chirimía, que con tales nombres se conoció. El de dulzaina aparece por primera vez en la bodas del Condestable Lucas de Irujo. Era el siglo XV o XVI, que no me acuerdo bien de la fecha de la crónica de bodas».

Carrero, trajinante era su padre. Y con él, de niño, como si ya fuera hombre, gana su salario. De familia hilandera iban a los esquileos, pues el padre, amén de trajinante a bordo de un carro por tierras castellanas, oficiaba de recibidor de lana. Corriendo por montes de tomillo, cantueso y mejorana, acude a los mercados, escucha a los antiguos dulzaineros en fiestas y romerías. De ellos aprende canciones, músicas, con ellos se inicia en la dulzaina.

A los trece años marcha a Valladolid. El maestro, durante un año, es Don Angel Velasco, el del Valle de Renedo, el mejor dulzainero de la época. A los catorce vuelve a Segovia, donde su padre es ahora ventero puertas afuera de la ciudad, junto al río Eresma. Allí, en la venta, acompañado por el ruido del agua del molino harinero cercano, pizarra y tiza, con un profesor de la Banda de la Academia de Artillería, aprende, poco tiempo bien es verdad, música y solfeo.

Al tiempo, y para ganarse la vida, y porque ancha es Castilla, acompañando a un tamboritero, recorre caminos y veredas, caseríos, aldeas y molinos de Segovia, Valladolid y Avila, también camina tierras de Soria y Burgos. No hay bautizo, boda o procesión, despedida de quintos, romerías, fiestas de Santo o Santa que no conozca la presencia de Agapito y su dulzaina.

Entre andas e imágenes de escayola o palo, rosquillas, carnes de cordero asa-

Armando López Salinas

Marianita

(M.-104 = ♩)

184

Ten - goa - pos - ta - di - to ma - dre, con los mo - zos del lu -

- gar, de dor - mir con Ma - ria - ni - ta, an - tes del ga - llo can - tar.

do, vino bronco de la tierra, aire de manteletas y reboleo de faldas de muchachas que bailan jotas y fandangos en el anochecer alegre de las eras y plazas de la vieja Castilla, el juglar va recogiendo en sus manos, en su oído, en su prodigiosa memoria, las viejas coplas populares, coplas y sones que son la expresión musical de una Castilla que muere, de esos pueblos con nombres claros, rotundos, como ese sol despiadado que en verano recluye a las gentes en sus hogares, dejando los campos vacíos, solitarios: Valverde del Majano, Santa María de Nieva, Cuellar, Sepúlveda, Hontalvilla, Blascoeles, Riaza, Pedraza, Cantalejo, Abades, Molino del Carrascal, Fontiveros...

«Se ha dicho — cuenta Agapito — que en éstas tierras no se canta, que no son alegres. Pero ello no es cierto, «repíte una y otra vez». Cántase en toda Castilla, aunque la música en lata, los ritmos de hoy, van desplazando a las viejas tonadas, a las entradillas, bailes de rueda y reboladas, a las marzas del anochecer, cuando llega Marzo y alborrea la primavera, a las enramadas para la novia, a los mayos y canciones de cuna, a los cantos de boda, jotas pinariegas, fandangos y paloteos. La jota segoviana no tiene par. Ni entrada ni vuelta, cinco versos, el último con distinta música, veinte compases...»

Se pierden, es cierto, los cantos de oficio. Rara vez pueden escucharse por esas tierras de Dios, se duele Agapito. «Música propia tiene cada tierra, letra cada trabajo. Tiene canciones el trigo. De arada, de siega, de trilla. Para moler el grano y ferner la harina. Canciones de escarda y esquila, cantos para recoger algarrobas. Cantos difíciles de interpretar. En el norte de Castilla son colectivos, al sur de la meseta los dice una sola persona».

«En el folklore castellano — señala Agapito — hay unas notas muy especiales, muy largas. Esas notas hay que «tocarlas con gracia», como decimos los dulzaineros y no todo el mundo

puede hacerlo. Hay que tomar una nota y darle vueltas y vueltas, a un lado y a otro, como una noria loca. Esas notas, grupetos o melismas nadie que no sea castellano pueden sentirlos. Dicen algunos que vienen del gregoriano, pero yo no lo creo. Yo creo que vienen de los árabes, de los berberiscos...»

Más de setenta años dedicado a la investigación, luchador contra corriente, ganándose el pan día a día, Agapito Marazuela es el folklorista castellano más relevante, un exponente apasionado y apasionante de la cultura de un pueblo casi olvidado. Ya es historia y aún lo será más.

En Madrid, en 1932, da recitales de guitarra y dulzaina en el Ateneo y en el Círculo de Bellas Artes. También en la sala Pleyel de París. Toca temas de Sors, de Tárrega. Interpreta, como pocos lo han hecho, a los vihuelistas de los siglos XV y XVI, a Falla y Turina. Ese mismo año y a instancias del escultor Barral, que luego moriría en defensa de la República en el frente de Madrid, de los doctores Teófilo Hernando y Tapia, concurre y gana el Concurso Nacional de Folklore. Presenta Marazuela un cancionero donde están presentes los romances que tanto interesaron a Menéndez Pidal, tonadas de los siglos XVIII y XIX, el canto a la Virgen de la Soterraña de Santa María de Nieva. El jurado lo preside Oscar Esplá y figura en el mismo, junto a otros, el poeta Gerardo de Diego.

«Ese año — 1932 — fue el año más feliz de mi vida. Me dieron el Premio Nacional e ingresé en el Partido Comunista de España. Y comunista seré hasta que muera», cuenta siempre Marazuela.

Después, al fin de la guerra civil, llegó el silencio y las cárceles. Estuvo en San Antón, en Santa Rita, donde daba conciertos a los condenados a muerte, en la prisión de Vitoria. Puesto en libertad da clases de música en un molino durante cuatro años. Antifascista, luchador por la libertad de su pueblo, por la cultura, vuelve a ser detenido en Avila,

en una redada de gentes de izquierda. Burgos y Ocaña, penal del que guarda malos recuerdos, son sus nuevas prisiones.

Pero cárceles y sufrimientos no pueden con el viejo luchador. Libre ya, otra vez por ahí, a la intemperie, contra corriente. Dando clases de guitarra o dulzaina, tocando en alguna fiesta, se gana el pan nuestro de cada día. Desasistido por una cultura oficial que le ignora, silenciado durante cerca de veinte años, continúa su obra de investigación. Más tarde, y a cambio de dar algunas clases en la Cátedra de Folklore de Segovia, la Diputación de dicha ciudad le incluye en la Seguridad Social. Ahora ya no da clases en la Cátedra, desde que perdiera prácticamente la vista y el oído. Desde 1978 vive Agapito, es un decir, de una pensión mensual de ocho mil pesetas. Vergüenza debiera darle al Ministerio de Cultura.

En 1964 se editó su «Cancionero Segoviano». Edición agotada de mil ejemplares que es una obra esencial para comprender las raíces del folklore castellano. Son 337 temas recogidos. Ahora, la Diputación Provincial de Madrid reedita este libro bajo el nuevo título de «Cancionero de Castilla la Vieja», sin duda más acertado. Iniciativa ésta digna de todo elogio.

Nietzsche, dicen, media el valor de cada individuo por la cantidad de soledad que puede soportar. Y hoy para Marazuela soledad se llama no poder escuchar enramadas o marzas, jotas o entradillas de no importa que pueblo de su amada Castilla, soledad se llama el contrapunto claro de su dulzaina de llaves que no puede percibir junto al golpear templado de un tamboril o el tañer de un almirez de cobre, soledad se llama el no poder templar la guitarra que un día lejano fabricara Santos Hernández.

El largo camino

Se ha dicho y sostenido que el escritor es o debe comportarse como un ser solitario, sin más ligaduras o compromisos que los que le imponga su propia conciencia. Esto es un ideal bajo cuyas banderas nos alistaríamos gustosamente todos. Pero, por desgracia, no sólo resulta una utopía irrealizable, sino que el escritor, en la práctica, se ve condicionado por exigencias sociales irresistibles. Porque no vive dentro de una campana de cristal, sino en una comunidad de intereses de toda índole, organizados en grupos operativos de presión y dominación, grupos compactos y disciplinados como batallones. Es la nuestra una sociedad donde imperan la competencia —en el sentido de contienda y porfía— y la ley de la oferta y la demanda. En estas condiciones, el andar a solas por un campo donde se libran esas sordas batallas entre unos y otros es una temeridad cuyo resultado no puede ser otro que la propia inmolación, el ser víctima de todos.

90

La soledad debe reservarse para el trance de la creación. Pero, después, el escritor ha de convivir y competir en medio de las tensiones sociales, y entonces ya no depende sólo de sí mismo, sino en gran parte también de los demás, quiera o no quiera, le guste o no. Su independencia y libertad que tanto ama y necesita, no puede mantenerse más que en grupo con otras individualidades afines, sin perder nada de sí cada una de ellas, antes al contrario, enriqueciéndose y fortaleciéndose con el apoyo mutuo. Ello quiere decir que la actividad o función creadora necesita un respaldo jurídico que proteja la obra —el derecho moral del autor— de usurpaciones, violaciones y depredaciones y le garantice la justa participación en los beneficios económicos que produzca. Cuando se habla de esto último, parece como si se cometiera un sacrilegio a juicio de quienes no se recatan en exigir el máximo rendimiento económico de su trabajo. Si bien es verdad que la obra intelectual es un bien cultural, no lo es menos que, al salir de las manos de su creador, adquiere también las características de un bien económico que produce beneficios contables. Y como el autor se ve obligado a comprar servicios y bienes de uso y

por Angel M.^a de Lera

consumo, no es ningún dislate ni profanación pretender que los pague con el producto económico de su obra. Es mucho más digno y ético este procedimiento universal del toma y daca que remitir la solución del problema al mecenazgo y a la prebenda, que implican servidumbre y corrupción, o a la pedigüería, que infama y destruye.

Pero aún hay más. La sociedad española no ha reconocido al escritor lo que se suele llamar «status social», o sea, la situación, el puesto y el papel que le corresponde. Ahí está para confirmarlo la triste historia de los escritores españoles desde Cervantes a nuestros días: cárceles, exilios, persecuciones, hospitales y miseria. Salvo las excepciones de rigor, el intelectual ha sido en España un ser marginado, pintoresco y parasitario, y es todavía un tipo sin cabida en parte alguna.

Son muchos los temas, son muchos los agravios, son muchas las reivindicaciones y muchos los derechos menospreciados. Lo sabemos, como sabemos que no se nos hará justicia ni se atenderá nuestra voz fácilmente. Nada se regala. Hay que ganárselo todo a fuerza de trabajo y perseverancia, y, sobre todo, de unión, armonía y solidaridad.

Estas son las razones que nos indujeron a constituir la Mutualidad de Escritores de Libros y la Asociación Colegial de Escritores (ACE), y las que han inspirado nuestros congresos.

Por dos veces, en su corta vida de cuatro años, la ACE ha logrado reunir una nutrida representación de escritores españoles en congresos de carácter democrático y en condiciones de absoluta libertad e independencia. En Almería, en 1979, y en Sigüenza, en 1981.

El Congreso de Almería puede considerarse el primero de esas características en nuestra historia, y para mí significa en principio, un acto de afirmación social, la ordenación de las reivindicaciones en un programa gradual y sistemático y, sobre todo, el nacimiento de una conciencia colectiva de grupo. En

Almería, los escritores anunciaron su inquebrantable voluntad de competir, en igualdad de condiciones, con los demás sectores que componen la sociedad española, crearon una doctrina teórica y las bases de una estrategia de largo alcance. Mucho más de lo que podía esperarse de una colectividad dispersa hasta entonces y reacia a la acción comunitaria. A partir de aquella efemérides la ACE ha cuadruplicado el censo de sus afiliados, que raya ya en los ochocientos, y ha adquirido un peso específico sin precedentes tanto en el ámbito de la Administración como en el de la opinión pública.

El Congreso de Sigüenza, clausurado el 15 del pasado mes de noviembre, al que asistieron ciento veinte escritores españoles y varias delegaciones extranjeras, contribuyó decisivamente a la retirada del anteproyecto de Ley de la Propiedad Intelectual elaborado por el Ministerio de Cultura, porque suponía un sustancial retroceso en relación con las leyes de Propiedad Intelectual de 1879 y del Libro de 1975, y aprobó por aclamación la alternativa propuesta por la ACE. La libertad de expresión, la reforma de la Editora Nacional, la defensa del idioma en los medios de comunicación del Estado, la política de subvenciones al teatro y a la creación literaria, la presencia del escritor en los organismos donde se tomen decisiones sobre el libro, la difusión cultural y los derechos de autor, la creación de «cátedras vivas» de Literatura y de agregadurías culturales, la protección al libro de autor español, la ampliación de la red de bibliotecas públicas y el proyecto de una Federación iberoamericana de Sociedades de Escritores, fueron algunos de los temas que provocaron mayor interés entre un total de 46 ponencias.

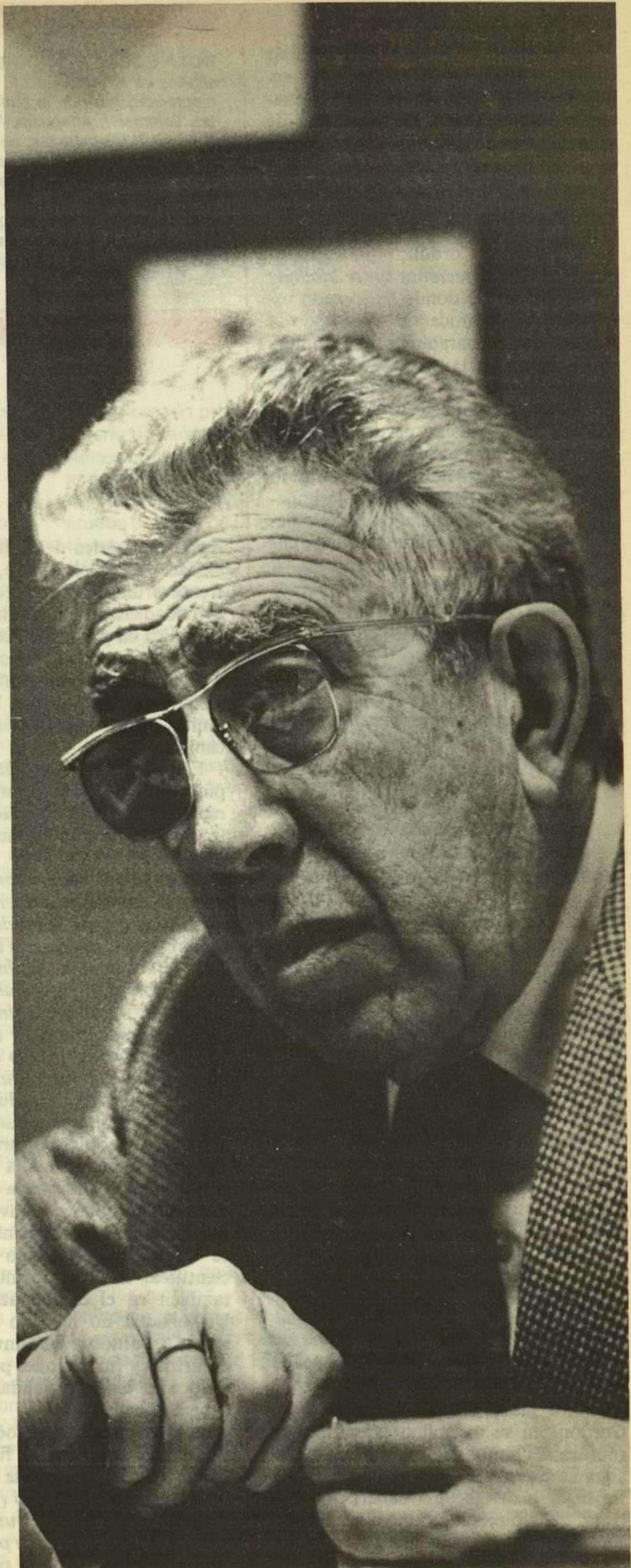
El camino es largo y difícil, pero estamos ya en él y dispuestos a recorrerlo hasta el final. Es cuestión de perseverancia y tiempo, y también del apoyo que nos presten las fuerzas políticas y sindicales comprometidas en el cambio social y cultural de nuestro pueblo. Zamora no se tomó en una hora, pero se tomó, como se toman finalmente todas las fortalezas de la sinrazón y la injusticia.

Faustino Cordón

Por una biología fundamental...

Daniel Lacalle

Entre el 16 y 30 de noviembre de 1981 el biólogo Cordón, uno de nuestros investigadores científicos más eminentes, dictó en la sede del Consejo Superior de Investigaciones Científicas una serie de cuatro conferencias dentro de un ciclo general organizado por el Instituto Nacional del Consumo con el título de «La alimentación animal y la alimentación humana», ciclo en el que participaron también Eloy Terrón, Carlos Barros y Concepción Llaguno. Las exposiciones de Cordón fueron, en esencia, una síntesis superadora, en parte desarrollada y ampliada a nuevos horizontes interpretativos (y sobre todo en su última intervención, sobre «Repercusiones del desarrollo de la ciencia sobre el conocimiento de la alimentación humana y perspectivas de la investigación futura»), de dos recientes libros suyos, *Cocinar hizo al hombre* y *La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico*, y se enmarcan dentro de su obra mo-



numental, *La alimentación, base de la biología evolucionista*.

La realización de este ciclo, y más todavía debido a lo masivo del seguimiento del mismo, justifica plenamente una reflexión sobre la obra de nuestro gran científico. Dada mi condición de no especialista parece lógico centrarse, no en los aspectos biológicos, sino en los relacionados con la concepción de la actividad científica y del mundo en Faustino Cordón, y para ello seguiré las *Conversaciones sobre biología evolucionista* (de donde he tomado todas las citas), enfocando sobre todo la ruptura con el paradigma que domina su disciplina en la actualidad. En este terreno, Cordón, dentro de una concepción globalizadora de la ciencia en general y de la biología en particular, no es sólo plenamente consciente del giro copernicano que está llevando a cabo, sino que racionaliza perfectamente la imperiosa y urgente necesidad de hacerlo debido al callejón sin salida en que se encuentra la biología académica.

«El avance de la ciencia —señala— es penoso, es lento, pero tiene un carácter diferencial del pseudoconocimiento. Es el avance de la comprensión general de la naturaleza entendida monísticamente. La ciencia avanza de la mano del pensamiento general. Debe alumbrarlo y apoyarse en él, debe ser un foco permanente de racionalidad. Me parece que la llamada ciencia actual es, en buena parte, por el contrario, un manantial de irracionalismo» (pág. 85). Romper con el paradigma significa, en primer lugar, quebrar ese irracionalismo.

Por ello es por lo que «la pesquisa de un pensamiento integrador —reconoce Cordón—, que persigue apoyarse en el desarrollo histórico de la verdad anterior, ha conducido a una estructura teórica fuertemente heterodoxa respecto al pensamiento biológico dominante» (pág. 25). Pero es que, además, la ruptura del paradigma es de cualquier modo absolutamente imprescindible para el avance de la ciencia, pero esa ruptura debe hacerse desde dentro, con un conocimiento pleno de la ciencia que se quiere superar (romper para desarrollar), no desde fuera o tangencialmente, por ello: «un científico necesita conocer la ciencia hecha —y en ese sentido, lo personifica— (nos dice) pero lo hace para negarla, en un aspecto al menos, sin lo cual no la hace progresar y, por lo tanto, no es científico» (pág. 83).

Ahora bien, ¿cómo se concreta en Cordón, en su disciplina específica, la ruptura del paradigma? Ya he expuesto algunas claves. La más importante es, sin lugar a dudas, una concepción integral de la biología dentro de una concepción integral de la ciencia estrechamente relacionada a una concepción in-

NOTA SOBRE BIBLIOGRAFIA. Los libros citados en el texto son: F. Cordón, «La alimentación, base de la biología evolucionista», volumen I, Alfaguara, Madrid, 1978, volúmenes II y siguientes, en preparación; A. Núñez, «Conversaciones con Faustino Cordón sobre biología evolucionista», Península, Barcelona, 1979; F. Cordón, «Cocinar hizo al hombre», Tusquets, Barcelona, 1980; F. Cordón, «La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico», Anthropos, Barcelona, 1981.

tegral e histórica del individuo y la sociedad. Esto, planteado, lógicamente, frente a una visión especializada de la actividad científica, y de la investigación biológica en particular, considerada como elemento aparte del conjunto social y de la actividad cotidiana, especialización y parcelación que han llegado a límites increíbles en éste como en otros campos.

Esto se ve claramente en lo que el propio Cordón define como «un cambio casi diametral del enfoque del ser vivo» (pág. 84), cambio de enfoque que él explica de la siguiente manera: «La ciencia evolucionista, cuando mira al ser vivo, lo considera primeramente como una unidad y, en segundo lugar, remite la comprensión de esta unidad al todo en evolución. En cambio, la ciencia hecha considera la célula como algo complejo, establecido indiscriminadamente por sus límites, y busca la clave en el interior, en el jugo de sus partes, como si fuera un mecanismo» (pág. 84).

Este cambio es, desde luego, prácticamente total. Supone el partir de la ontogénesis como objeto prioritario de atención, contrariamente a la prioridad que se da a la filogénesis en la ciencia académica constituida, y conviene recordar que la separación academia/Cordón no se da sólo en el plano de la teoría científica, en el plano intelectual, sino también en el estrictamente físico; la Universidad no ha sido capaz de integrar a Cordón y éste, investigador, en industrias y fundaciones privadas, dedicado a la biología fundamental, nada debe a aquélla.

Pero volviendo al enfoque ontogénico como oposición al filogenético, el propio Cordón nos señala como: «la naturaleza esencial de algo (y no hace excepción, naturalmente, un ser vivo) se explica, y sólo se explica por su proceso de origen» (pág. 45). La tarea básica de

la biología fundamental de corte evolucionista, a diferencia de la biología académica, es *entender el proceso de origen de un nuevo nivel de ser vivo o, si se quiere, de un nuevo modo de acción y experiencia*» (pág. 74).

Por lo tanto, podemos resumir que la ruptura del paradigma reinante que lleva a cabo la biología evolucionista de Faustino Cordón se basa en la concepción dialéctica e histórica de su disciplina, concepción basada y fundamentada en desarrollos y métodos estrictamente científicos. «La ciencia avanza por la comprensión gradual del todo por cada parte, y recíprocamente. En pocas palabras, la citología vigente sigue lastrada por un idealismo no científico» (pág. 84).

Estos eran los puntos esenciales en los que pretendía detenerme en este comentario sobre la actividad científica de Faustino Cordón y su concepción del mundo. Para finalizar, quisiera referirme brevemente a las connotaciones e implicaciones que éstos tienen.

Para mí, lo expuesto entronca de forma muy directa con nuestra tradición cultural. Por una parte, su concepción integral/totalizadora se relaciona, explícitamente, con Hegel y los grandes clásicos del marxismo, sobre todo Marx y Engels y, ya más cercanos a nosotros, con el científico Bernal y el filósofo Lukacs, en éstos, en su intento actualizado de proyectar esa globalidad impulsadora al futuro; pero esa relación, en la más pura ortodoxia, no se lleva a cabo de forma referencial o declamatoria, sino profundamente crítica. Por otro lado, la ruptura del paradigma le emparenta con todos los grandes científicos y, particularmente, por su cercanía y por superar el estrecho ámbito de una disciplina científica particular, con Einstein, a quien le une, además, su fusión con las preocupaciones del conjunto de la sociedad.

Pero hay un aspecto concreto de la vida de Cordón que es importante resaltar: su plena y absoluta dedicación a la actividad científica, no llevada a cabo desde una torre de marfil y, por lo tanto, no aislada del resto de su proyección privada y pública, supuso el convertir su lucha por la República en la lucha por la verdad científica, identificándose con el principio leninista de que la verdad es siempre revolucionaria y de ahí con que la verdad —su lucha por la verdad— es un acto revolucionario.

Por todo ello, y aquí termino, Faustino Cordón se inserta, con pleno derecho y para nosotros, sus compatriotas, como figura clave, dentro de la corriente de pensamiento (lo que él define como pensamiento verdadero) emancipatoria de la humanidad.

Revista de revistas



Desbabelizar el marxismo

Previsoriamente, ante el aluvión de tinta que va a suscitar en 1983 el centenario de la muerte de Marx, Robert Fossaert arremete, en un ensayo tan sugerente como provocativo, titulado *Un aller-retour Marx-Babel*, contra lo que él llama la babelización del marxismo, o la torre de Babel en que los teóricos están alojando al marxismo, en una progresiva tendencia hacia «una marxofonía cacofónica».

«Conceptos flotantes», «polisemia conceptual galopante» de un autor a otro en temas como el Estado, los aparatos de Estado, las superestructuras ideológicas, las clases sociales, etc., son para Fossaert «el síntoma de una crisis teórica en la teoría marxista».

A esos flotamientos en los conceptos más sintéticos del marxismo (cargados en su uso actual de significaciones proliferantes) se añaden los

que se derivan de la complejidad y diversidad de las situaciones específicas de uno a otro país; del tránsito, a través de las traducciones, de unas redes semánticas a otras; del carácter abierto e inconcluso de la propia obra de Marx, que no la protege precisamente de la ambivalencia; de los distintos sincretismos que han tratado de casar a Marx con Freud, Weber, Keynes y otros muchos.

¿Cómo reconocer el trazado fronterizo — se pregunta Fossaert — entre un «mal» sincretismo como los citados y una «buena» asimilación crítica de los mismos, como las realizadas por Marx con Ricardo, por Lenin con Hilferding y Hobson, o por Gramsci con Croce? Fossaert esquematiza a este respecto las tres pruebas más usualmente invocadas y aducidas para establecer los criterios de verificación de la teoría marxista. La primera es «la prueba por Marx», que a su inevitable relatividad — viene a decir el autor — añade el límite absoluto en que la sitúa el hecho de que Marx muriera en 1883. La segunda es «la prueba por el aparato» o la famosa «línea justa de la dirección» que aplicada al campo teórico no sólo es ineficaz sino incluso nociva, porque «la buena interpretación» no se establece por decreto. La tercera, «la prueba por la práctica», es la más válida, pero ocurre — dice el texto que vamos resumiendo — que «volens nolens, esta prueba se ha reabsorbido en muchos autores marxistas en demostraciones indiscernibles de las vías empiristas, positivistas, etc.».

Frente a estas pruebas clá-

sicas, Fossaert propone como criterio de verificación la incesante confrontación dialéctica entre la coherencia del sistema teórico marxista y la prueba práctica de la lucha de clases, acompañada de una crítica implacable de los hechos, de los datos, de los métodos, de los supuestos ideológicos y teóricos que subyacen en encuestas, estadísticas, etc., y de la inserción del conjunto en la actividad social viva.

La «desbabelización» del marxismo o la reactivación de su potencial teórico a través de un intenso despliegue crítico debería girar, según Fossaert, sobre dos ejes fundamentales: el de la asimilación de obras (Freud, Keynes, Leontieff, Weber, Foucault, etc.), ignoradas o refutadas expeditivamente por los teóricos marxistas, pero que penetran en ellos por «diversas ósmosis sincréticas», y, sobre todo, el del abandono de glosas y exégesis mil veces rumiadas y su sustitución por un esfuerzo aplicado a desarrollar el inmenso campo de lo que Marx no pudo tratar o dejó apenas esbozado.

Y si esto es mucho pedir — concluye Fossaert — hay una necesaria desbabelización mínima, consistente en que los teóricos marxistas se obligaran a precisar la génesis y significación conceptuales que dan al empleo de palabras tales como «clases, formación social, modo de producción, ideología, proletariado, burguesía, aparatos de Estado, etc.».

Este incitante, excitante y provocativo ensayo de Robert Fossaert (autor de *La Société*. Ediciones Seuil, que va ya por

su cuarto tomo) puede leerse en el número 33 (octubre-diciembre, 1981) de la revista trimestral francesa:

DIALECTIQUES (77 bis rue Légendre, 75017 París).



Marxismo y marxismo-leninismo

Profesor y autor de obras de filosofía, como la «*Introducción a la filosofía marxista*» publicada por las Editions Sociales, que él mismo dirige, y miembro del Comité Central del PCF, Lucien Sève se vio recientemente invitado a explicar «la teoría marxista-leninista del PCF». Tan singular invitación le incitó a recordar públicamente que el PCF abandonó el marxismo-leninismo hace ya más de tres años. En un artículo titulado «*Nuestra teoría no es ya la que era*», Sève explica por qué.

Porque el marxismo-leninismo — dice — es una doble reducción, histórica y geográfica, del marxismo. Ha pasado ya casi el doble de tiempo entre la muerte de Le-

nin y nosotros, que entre la de Marx y la de Lenin. Además, el marxismo se ha hecho *mundial*, con multitud de vías y de experiencias diversas.

Por otra parte, el stalinismo — «la primera forma histórica de codificación del marxismo en marxismo-leninismo»— hizo de éste una visión *doctrinal*. Visión doctrinal que enseña de antemano cómo es la «realidad» y lleva al conocimiento y a la política a la calcomanía, según las siguientes secuencias: «El materialismo dialéctico es el modelo de todo saber científico; la sociedad soviética es el modelo de todo socialismo; la dictadura del proletariado es el modelo de toda estrategia revolucionaria, etc., modelos que bastaría con revestir de las "particularidades" del objeto estudiado o de la situación afrontada para satisfacer los requisitos de lo concreto. Esta modelización general ha costado terriblemente cara al marxismo, tanto en el orden de la acción como en el del conocimiento... El marxismo-leninismo daba así la espalda a lo que Lenin tenía por la esencia viva del marxismo: el análisis concreto de la realidad concreta.»

La teoría marxista —añade Sève— «no pretende decir concretamente cómo son las cosas en general, sino que indica en general cómo hay que hacer para comprender lo que las cosas son concretamente».

Y también: «Definir al marxismo como marxismo-leninismo es empobrecerlo. Esta paradoja no es otra cosa que la dialéctica: toda determinación es negación. El marxismo de hoy contiene muchas más cosas que el marxismo-leninismo».

El artículo de Lucien Seve apareció en el número 90 (del 20 al 26 de noviembre de 1981) del semanario del PCF:

REVOLUTION (15, rue Montmartre, 75001 París).



El PCI se ausculta

Pocos partidos se auscultan a sí mismos tan profunda y frecuentemente como el PCI. A través de encuestas introspectivas, que tanto echamos de menos, por su imperativa necesidad, en nuestro Partido.

El CESPE (Centro Studi di Politica Economica) acaba de hacer pública una encuesta realizada entre los 16.000 delegados de las federaciones a los congresos preparatorios del XV Congreso Nacional del Partido. Se les sometió en 1979 un cuestionario con 78 preguntas, con el objetivo de trazar un perfil muy completo de los cuadros comunistas.

Es imposible en tan breve espacio resumir mínimamente los resultados y hasta la metodología, muy sofisticada, de una encuesta que tipifica las concepciones que del propio Partido tienen sus cuadros, en un abanico de tres varillas: *Partido como idea* (más orientado hacia el interior del P. y a la tradición) *Partido como proyecto* (orientado a la sociedad y a su transformación preferentemente) y *Partido como instrumento* (orientado al individuo y a objetivos particulares y contingentes).

Cerca del 66 por 100 de los encuestados resultaron susceptibles de ser adscritos a una u otra de esas tres concepciones del Partido. Esas adscripciones están determinadas por las respuestas dadas a una gran batería de preguntas que se interpenetran y corrigen entre sí, y entre las que destacan las relativas a

los principales motivos de ingreso en el Partido. Véamoslas: «Por cambiar la sociedad» o «por luchar por la igualdad y la justicia» (respuestas en las que prevalece la idea de transformación y se adscriben por tanto al *Partido-proyecto*); «porque es la fuerza más coherentemente democrática y antifascista», «porque es el partido de la clase obrera» (elementos tradicionales inherentes al *Partido como ideal*); «porque defiende los intereses de gente como tú», «porque sabe administrar con competencia y honestidad», «porque acoge a las fuerzas más vivas de la sociedad» (quienes eligieron estas respuestas se adscribían al *Partido como instrumento*).

Partido como ideal

Del total de la muestra válida (el 66 por 100 de los encuestados), el 29 por 100 se adscribe al Partido como ideal, cuota que se eleva a medida que lo hacen también la edad y la antigüedad de la militancia, confirmando así el apego a la tradición, propio del grupo. La mayoría procede de familias nada o poco religiosas, con antecedentes comunistas en los padres, tienen estudios inferiores y viven más encerrados en el círculo de los amigos comunistas.

Partido como proyecto

El 46 por 100, es decir, la mayoría, se enmarca en esta concepción del Partido. La cota se eleva en la zona roja (Emilia, Toscana) y en el sur. Es el componente más joven en edad y en militancia, con más altos estudios, con mayor procedencia de familias católicas. Y dato importante: en este grupo se encuentran los cuadros del Partido con cargos de más alto nivel.

Partido como instrumento

Es el grupo menor, el 25 por 100, y una gran parte del mismo se adhirió al P. en los años 70-74, coincidiendo con la gran expansión del PCI que culminó en los éxitos electorales de los años 75-76.

Entre los muchos datos interesantes de la encuesta cabe destacar la fuerte demanda de formación teórica que se da en los tres grupos, así como el fuerte carácter «partitocéntrico» de las relaciones sociales: más del 60 por 100 de los encuestados confiesa tener la mayoría de sus amigos entre los camaradas de partido y sólo un 2,6 por 100 dice tener sus amigos entre personas muy alejadas ideológicamente. En correlación con esto, el 51 por 100 declara que mantendría las mismas relaciones con un amigo que abandonara el Partido, frente a un 19 por 100 que dice que no y un 29 por 100 de inseguros.

Este trabajo, doblemente interesante por las conclusiones y por su metodología, ha sido publicado por Chiara Sebastiani y Renato Manheimer en el número 11 (noviembre 1981) de la revista mensual del CESPE, editada por Editori Riuniti Periodici:

POLITICA ED ECONOMIA (vía della Vite 13, 00187 Roma).

Con las bombas que tiran los fascistones...

...Se hacen las madrileñas, *Mamita mía, tirabuzones* (1). La segunda novela de Lola Salvador es un lúcido y hondo buceo en la memoria. Y la inmersión, a fuer de sincera, trasciende el testimonio personal y se transmuta en memoria colectiva, adquiere las dimensiones de un canto coral. La voz que resuena en el libro no es sólo la autobiográfica de Lola Salvador —autobiografía parece haber, por descontado, y a borbotones en el libro—, sino las voces de quienes, nacidas en las postrimerías de la década de los 30, fueron niñas de la postguerra civil y vivieron el racionamiento, la represión ideológica, la dura y boba disciplina de un internado de monjas.

Mamita mía tirabuzones es el segundo libro de Lola Salvador Maldonado (el primero, *El crimen de Cuenca*, sobradamente conocido por su conjunción con las vicisitudes de la película homónima de Pilar Miró). La autora juega a ocultar su nombre bajo el seudónimo masculino, seudónimo que le brinda «la solapada broma» de su primer apellido. Pero nadie puede llamarse a engaño, pues la sensibilidad que late bajo estas líneas es una sensibilidad específicamente femenina, y Lola Salvador se abre un hueco en esa nueva generación de narradoras que cuenta ya con nombres tan sólidos como Montserrat Roig o Carmen Riera.

La historia individual no puede ser

más simple: una niña que despierta a la vida en el Madrid de la postguerra, marcada por el estigma de unos padres rojos y ateos, y va forjando su implacable aprendizaje sentimental con las menudas relaciones de la vida cotidiana (el colegio inglés, el taller de modista de la familia, su hermano mayor, la corpórea realidad materna y el borroso perfil del padre) y las invenciones de su fantasía: El «Espíritu del Aire», con quien dialoga y a quien comunica sus proyectos de vida: «*Quiero ser espejo, espejo de todo. Así yo seré todo y al mismo tiempo les mostraré a los demás lo que son... Cuando yo sea mayor, me construiré una torre de cristal para poder ver los relámpagos. Desde allí haré un mundo sin pobres ni ricos, donde el hombre no maltrate al hombre, ni al niño, ni a la niña, ni a la mujer, ni a los perros, ni a las tortugas, ni a la tierra.*»

La familia de esta niña de mil nombres —Lola, Verónica Loca, María Rosa, Anticristo— decide emigrar a Australia, para «huir» en cierto sentido de la opresiva realidad del país, pero el ilusionado viaje se ve truncado en tierras andaluzas, a la espera del barco, por la muerte de la madre. Como consecuencia, vendrá el internamiento en un convento de monjas —para más inri, unas religiosas que se dedican a recoger y enderezar criaturas descarriadas —donde la cría sufre la experiencia

mística, de la que sale gracias al encuentro con un extravagante jardinero, «el Negro», que narra a su manera unas peripecias de la guerra civil, tan absurdas y enloquecidas que en el fondo resultan acaso más reales que la propia historia.

Al servicio de esta sencilla anécdota, cuyo núcleo son temas esenciales —el sexo, la muerte, el dinero, la religión— hay un texto escrito con un asombroso ritmo y unidad tonal. El uso de diversos lenguajes —el populachero del «Negro», el del «comic» en los momentos de rebelión, el lírico en los monólogos con el «Espíritu del Aire», se aúna para dar al libro un estilo muy personal.

El único reparo que podría ponerle a la novela, su carácter autobiográfico, que en muchos casos hace que los autores, una vez «vaciado el saco», enmudezcan, no parece objeción seria en este caso. Lola Salvador Maldonado tiene a sus espaldas ya diez años de escritura —guiones de televisión, prensa, traducciones—, ha apostado decididamente por la pluma y nos dará más obras en el futuro.

ESTHER BENITEZ

(1) SALVADOR MALDONADO, ...*Mamita mía, tirabuzones*. Barcelona, Editorial Planeta, Colección Fábula, octubre 1981, 187 págs.

GUIA DE LIBROS

JÜRGEN HABERMAS: «LA RECONSTRUCCION DEL MATERIALISMO HISTORICO».

Editorial TAURUS. 975 ptas.

Recopilación de ensayos del más joven representante de la «Escuela de Frankfurt», escasamente conocido en nuestro país, en los que aborda gran variedad de cuestiones teóricas, desde el marxismo y la filosofía hasta las cuestiones de legitimación del Estado moderno.

JOSE LUIS L. ARANGUREN: «ETICA».

Alianza Universidad. 850 ptas.

Nueva reimpression de un texto ya clásico del profesor Aranguren.

YVON BELAVAL (bajo la dirección de): «LA FILOSOFIA EN EL SIGLO XX».

Editorial Siglo XXI. 450 ptas.

Décimo y último volumen de la Historia de la Filosofía, editada por Siglo XXI.

FRANÇOIS MITERRAND: «AQUI Y AHORA».

Ed. Argos Vergara. 595 ptas.

HELMUT SCHMIDT: «UNA POLITICA PARA LA PAZ».

Ed. Planeta. 500 ptas.

Una larga entrevista, en su edición española, prologada por Felipe González, en la que, antes de su elección el presidente francés pasa revista a los problemas políticos internos e internacionales. El libro del canciller alemán es una selección de quince de sus discursos.

ROBERTO HAVEMANN: «RESPUESTAS ACLARATORIAS A LA ADMINISTRACION CENTRAL DE VERDADES ETERNAS».

Editorial Ariel. 390 ptas.

GEORGE KONRAD / IVAN SZELENYI: «LOS INTELECTUALES Y EL PODER».

Editorial Península. 775 ptas.

FERNANDO CLAUDIN: «LA OPOSICION EN EL SOCIALISMO REAL».

Editorial Siglo XXI. 800 ptas.

Tres aportaciones diferentes para el estudio de los problemas

de los países del llamado «socialismo real».

TUÑÓN DE LARA (dirigido por): «HISTORIA DE ESPAÑA. TOMO IX: LA CRISIS DEL ESTADO: DICTADURA, REPUBLICA, GUERRA (1923-1939)».

Ed. Labor. 1.700 ptas.

Sexto tomo publicado, de los diez que van a componer esta importante Historia de España.

MARIA CRUZ MINA: «FUEROS Y REVOLUCION LIBERAL EN NAVARRA».

Alianza Universidad. 580 ptas.

Un preciso estudio histórico de un tema de actualidad política, ahora que se discute del «amejoramiento» del fuero navarro.

BARTOLOME BENNASAR: «INQUISICION ESPAÑOLA»: Poder político y control social.

Editorial Crítica. 690 ptas.

Un estudio de la Inquisición como prodigioso instrumento de poder político y control social.



El cuadro.

Nuestra Bandera

CAMPAÑA DE SUSCRIPCION

En 1982 Nuestra Bandera cumple 45 años de existencia. Es parte de la historia de las ideas y de la lucha de los comunistas.

SUSCRIBETE a la revista teórica y política del Partido Comunista de España.

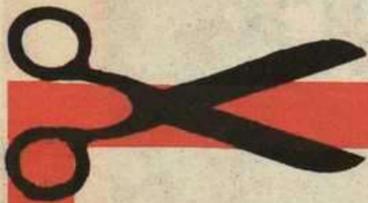
Los suscriptores
recibirán como
obsequio la edición
facsimil que recoge
los números 1 y 2 de
NUESTRA BANDERA (1937).



*Nuestra Bandera, 1937
Edición Facsimil*

**Suscripción
por ocho números:**

**España 1.350 Ptas.
Extranjero 1.850 Ptas.**



Nombre
Dirección: Calle n.º D.P.
Población: Provincia

**Deseo suscribirme a ocho números de
NUESTRA BANDERA, empezando por el número.....**

El importe de la suscripción lo haré efectivo:

- Contra reembolso.**
- Envío cheque bancario.**
- Por giro postal n.º**

**Recórtese o cópiese este cupón. Escríbase con ma-
yúsculas. Envíese a NUESTRA BANDERA.**

**Calle Santísima Trinidad, 5.
Madrid-10.**

Nuestra Bandera

Consejo de Redacción

José SANDOVAL - Director
Julián ARIZA
Luis ARROYO
Jordi BORJA
M.^a Antonia CALVO
Antonio KINDELAN
Armando LOPEZ SALINAS
Héctor MARAVALL
Damián PRETEL
Eulalia VINTRO

Maqueta y Confección:

Javier URBEZ

Secretaría de Redacción:

María GARCIA OSET

Distribución y suscripciones:

Domingo BERNAL

Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5.
Madrid-10.

Depósito legal: M.20.166-1977
Imprime: Gráficas ELICA
Bóyer, 5. Madrid-32.
